

Espiritismo

5 ps.

Léon, José Sol
e Hip. 1874

dt
9501-3/0011

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

Cuando dimos principio á nuestras reuniones, en el mes de Mayo del año próximo pasado, al objeto de estudiar el Espiritismo, léjos estábamos de sospechar que pudiera llegar un dia en que hiciésemos público el resultado de nuestros modestos trabajos. Temíamos hallar en la nueva doctrina puntos ridículos, flancos vulnerables y motivos mas que suficientes no ya solo para relegarla al desprecio en primer término y al olvido despues, sino aun para condenarla como atentatoria á las sabias leyes de la moral evangélica; en cuyo caso, nuestro ánimo era disolver las reuniones y volver cada uno á su punto de partida.

Empero hemos de confesar que nos habiamos equivocado. Nuestra prevencion contra la nueva escuela era infundada é ilegítima, y debemos á la verdad esta espontánea confesion. En vez de ha-

llar en ella teorías faltas de lógica, afirmaciones ridículas, creencias supersticiosas y absurdas y una moral sospechosa, hemos visto una filosofía robusta, accesible á la razon, sancionada por los hechos y sólidamente establecida sobre la predicacion de Jesucristo. Movidos por una fuerza superior irresistible, dimos, en llegando el mes de Setiembre, á nuestras reuniones un carácter mas formal, estableciendo, como resultado de los estudios hechos y de las nuevas creencias aceptadas, el «Círculo Cristiano-espiritista», decididos ya á entregar oportunamente el fruto de nuestras tareas al fallo de la opinion pública.

Sin el impulso superior, sin la fuerza de la conviccion y del deber, que nos ha hecho animosos, sin embargo de no haber nacido con nosotros el valor, no nos atreveríamos hoy á publicar este libro. Fráguiles cañas, impotentes para resistir el formidable soplo del aquilon; aislados delante de la tempestad, sin otro abrigo que el de nuestra conciencia satisfecha; bien se nos alcanza que de la publicacion de este libro sólo podemos recoger disgustos, desabrimientos y amarguras. Débiles pigmeos, tenemos la audacia de fijar nuestras miradas en un coloso de diez y nueve siglos, y al coloso le bastará un ligero estremecimiento para aniquilarnos y perdernos. ¿Por qué, á pesar de todo, no vacilamos ni temblamos? ¿Por qué, como David, nos ofrecemos á las iras de Goliat? ¿Por qué semejante insólito

valor, sabiendo que hémos de ser irremisiblemente víctimas de la fuerza? ¡Ah! una voz mas poderosa que la de todos los colosos de la tierra ha sonado clara á nuestros oidos, y seguimos sus preceptos: nos sentimos poseidos de la locura del deber, y antes que sacrificar el deber, nos hallamos resueltos á sacrificarlo todo. Como los primeros cristianos, tenemos la fé necesaria para tremolar el divino estandarte de las enseñanzas de Jesus ó sucumbir á su gloriosa sombra.

No nos maldigais, sacerdotes de Cristo, los que os creéis depositarios de la verdad absoluta: somos vuestros hermanos, y no dejaríamos de serlo, aun cuando cerraseis vuestro corazon á la caridad, que tanto recomendó el Enviado del Altísimo. Nosotros os amamos y bendecimos, porque debemos amaros y bendeciros; porque debemos amar y bendecir á todas las criaturas, como emanadas del pensamiento de Dios. No nos maldeciréis ¿no es verdad? Os titulais cristianos, y procederéis cristianamente: estamos de ello ciertos. Porque vosotros no ignorais que Jesus reprendió severamente á Santiago y á Juan (1), que querian descendiese fuego del cielo sobre los samaritanos, por haberse estos negado á recibirlos en una de sus ciudades. Y ¿qué hariais si llegase á vosotros la palabra de Jesus, y os dijese: «Ha-

(1) S. Lucas, Cap. IX., v. 54, 55 y 56.

ced esto? Hariais lo que el Maestro os ordenara. Dejad, pues, que nosotros hagamos otro tanto.

El objeto del presente libro es justificar nuestra conducta y combatir los errores involucrados por los hombres en la religion cristiana, demostrando que el Evangelio, léjos de oponerse á la realizacion del progreso, condenado por los decretos de Roma, es la fuente y la gran palanca del progreso indefinido de la humanidad. De esta suerte, persuadidos los hombres de que el Cristianismo responde á todas sus necesidades y aspiraciones legítimas, lo abrazarán con entusiasmo y fe, y desaparecerán el indiferentismo y el culto de la materia.

Mas como la existencia de los errores supone la de individuos ó clases que los aceptan y prohijan, es punto menos que imposible combatir los primeros sin herir la susceptibilidad de los segundos. A fin, pues, de evitar torcidas interpretaciones, ajenas á nuestro ánimo, declaramos formalmente que ni antipatías, ni prevenciones, ni malas voluntades, como tampoco ningun deseo de ofender ó perjudicar á nadie, directa ni indirectamente, han movido nuestra pluma, que ha obedecido únicamente los impulsos de la conciencia. Cuanto censuramos, refiriéndonos al clero ó á las autoridades de la iglesia, debe entenderse de los errores y abusos, no de los individuos ó clases; pues si nos creemos autorizados á censurar mistificaciones, no tenemos derecho á condenar á

los que tal vez vean el buen uso en el abuso y la verdad en el error. ¿Ni cómo habíamos nosotros de condenar, siendo el principio capital de nuestra doctrina la caridad y el perdon?

Todo en el universo tiene su razon de ser y todo contribuye y coopera al cumplimiento de la ley que preside en la creacion. Moises no podia anticiparse á Jesucristo; porque el pueblo hebreo, grosero, material y prevaricador, no estaba en aptitud de recibir el Evangelio. Tampoco Jesus espresó claramente lo que sabia; porque la generacion á quien hablaba no hubiese podido llevar el peso de sus verdades (1): por esto se sirvió de alegorías y parábolas, que, si por de pronto se prestaban á interpretaciones erróneas, habian mas adelante de ser entendidas en su verdadero sentido. ¿Quién, no obstante, podrá con razon acusar á Moises por la dureza de sus leyes y á Jesus por haber callado ó dicho en lenguaje oscuro lo que no convenia revelar? La inspiracion y la palabra de Dios son sucesivas, y la humanidad las va recogiendo en la medida de sus necesidades: de consiguiente, no podemos culpar á la iglesia romana por errores que no son de ella, sino de la miseria de los tiempos y de la ignorancia de las generaciones que se han sucedido desde la muerte de Jesus.

Creemos haber manifestado con bastante

(1) S. Juan, Cap. XVI, v. 12.

claridad nuestro pensamiento: todo por la idea; nada contra las personas. Si despues de cuanto dejamos consignado, hubiese aun quienes se juzgasen zaheridos por algunas de las frases sembradas en el curso de este libro, lo sentiremos; pero no será nuestra la culpa. Las personas, repetimos, nos merecen sin distincion el mas cordial respeto: los errores, y solo los errores, es lo que nos proponemos combatir.

El Círculo Cristiano-Espiritista.

Lérida y Abril de 1874.

ROMA Y EL EVANGELIO.

PRIMERA PARTE.

LA RAZON EN BUSCA DE LA FÉ.

I.

Dios, que ve los secretos de nuestra alma, sabe cuan sanos son los propósitos y sinceros los deseos que nos mueven á publicar el presente trabajo, fruto de un maduro estudio y de una imparcial observacion. Entregados de buena fé, con la mejor buena fé, al movimiento intelectual que viene agitando las conciencias y las sociedades al amparo de las libertades que nos ha traído el movimiento político, la brisa revolucionaria; nos hemos atrevido á buscar la razon de nuestras creencias religiosas, con ánimo resuelto de robustecerlas y afirmarlas por la fuerza de la conviccion, de purificarlas en su caso, ó de sustituirlas si llegábamos á persuadirnos de que nos alimentábamos de errores. No ignoramos que este nuestro atrevimiento será por algunos calificado de orgullo satánico, de conato de independencia por la iglesia censurado y condenado; mas, como quiera que del fallo de los tales podemos apelar al del sentido comun, al de la conciencia universal, y en último término al de la Suprema Justicia, no hemos de

acobardarnos y retroceder ante una calificación gratuita y caprichosa.

La razón es un atributo, un don concedido por el Altísimo á los hombres. Y del mismo modo que los ojos del cuerpo nos han sido dado para abrirlos á la luz, la razón, que es la vista del alma, la hemos recibido para buscar la luz de la verdad, que es el alimento del espíritu. ¿O es que la criatura racional posee en la razón, no una luz que le muestre los peligros, sino un peligro, un obstáculo, una amenaza? ¿O es que el Sumo Legislador ha establecido el feudalismo intelectual, la servidumbre de razón á razón, de inteligencia á inteligencia? ¿Dónde está el orgullo, donde la soberbia, en los que juzgándose pequeños y falibles emplean toda su actividad en buscar algún destello de la verdad que descende de las alturas, ó en los que blasonan de guardar en depósito la verdad íntegra y absoluta y niegan á los demás el derecho de inquirirla?

La verdad absoluta es una é indivisible, es Dios. Todas las manifestaciones de la verdad salen de un mismo foco, de un mismo centro, de la divina sustancia. El que busca la verdad, busca á Dios. La ciencia y la religión son manifestaciones de la verdad absoluta; salen de Dios y á Dios vuelven. La religión es la ciencia y la ciencia es la religión: son, permitasenos la palabra, el hilo conductor que pone en comunicación á la criatura y al Criador. La ciencia que no conduce á Dios, es falsa; la religión que no marcha con la ciencia no es la verdadera religión.

Pues bien, lo que nosotros hemos procurado es buscar en la ciencia los fundamentos de nuestra religión, de la religión que nos habían transmitido nuestros mayores y que heredamos á ojos cerrados, sin la conveniente reflexión. Lo que nosotros hemos pretendido es sancionar el sentimiento por la convicción y la fé por el estudio (1). «Buscad, y hallaréis; llamad y se os abri-

(1) Y esto ruego, que vuestra caridad abunde mas y mas en ciencia y en

rà; pedid y seréis oídos» (1). Hemos buscado una luz que desvaneciese las dudas que de vez en cuando nos asaltaban sobre el destino de las almas; hemos llamado á las puertas del santuario donde la verdad se asienta; hemos pedido fervorosamente el auxilio de Dios en nuestras debilidades y miserias; ¿qué mal hicimos? ¿Es nuestra conducta censurable? Podremos estar en un error; acaso nos ciega alguna preocupación que no atinamos á ver; mas, si nos ha de ser lícito decir lo que profundamente sentimos, no podemos dejar de manifestar que, en nuestro concepto, lo que á la mayor parte, á la inmensa mayoría de los católicos nos ha perdido desde hace muchos siglos, es el olvido del consejo ó precepto evangélico que dejamos apuntado. Hemos buscado, hemos llamado, hemos pedido poco, dejando que otros busquen, llamen y pidan en lo que directamente nos importa.

II.

Para los que tenemos el consuelo de creer en la existencia de Dios y en la inmortalidad del espíritu, la salvación del alma es el negocio de mas monta, el único verdaderamente importante. Y si en los asuntos del momento, que tales podemos llamar á los que se refieren á nuestro bienestar puramente temporal, no lo fiamos todo á manos ajenas, y queremos intervenirlos y asegurarnos por nosotros mismos de su desarrollo y

todo conocimiento: Para que aprobeis lo mejor, y seais sinceros y sin tropiezo para el día de Cristo. San Pablo á los Philip. Cap. 1, vers. 9 y 10.

Examinadlo todo: y abrazad lo que es bueno. S. Pablo, Ep. I á los Tess. Cap. V. v. 21.

(1) S. Mateo, cap. VII, v. 7.

resultados; no es de censurar, ántes al contrario, es justo, prudente y racional que, tratándose del estado ulterior del alma, que nos han presentado como definitivo, procuremos adquirir directamente la certeza necesaria, hasta donde la luz de nuestra razón alcance. Bueno es que uno desconfie prudentemente de sí propio y rinda á la autoridad de los doctores de la iglesia el homenaje de respeto que merece en las cuestiones religiosas; pero de esto á la abdicación completa del criterio individual media una distancia enorme. Bueno es en las escursiones científicas seguir las huellas de hombres sabios, mas no con una venda en los ojos; que el ciego no acierta á comprender la belleza de los fenómenos que oye describir al que le guía, ni á evitar el abismo en que uno y otro pueden precipitarse por las distracciones y abstracciones del sabio.

Queremos salvarnos, y la salvación nos parece harto aventurada cuando el alma cierra los ojos para buscarla: por esto hemos querido abrirlos; por esto, seguros de que la religión y la moral verdaderas nada pueden temer de la ciencia, hemos preguntado á la ciencia la verdad de la moral y de la religión en que nos han educado, la confirmación del catolicismo romano, de la iglesia en que se nació nuestra cuna y formaron nuestras creencias. ¿Obedecía esta conducta al deseo de hallar motivos para combatir los fundamentos religiosos que nos legaron nuestros padres? No, por cierto: habíamos tenido momentos de duda, de incertidumbre, de ansiedad, tocante á la cuestión capitalísima del destino ulterior del hombre, momentos que, á pesar nuestro, se reproducían y nos hostigaban con frecuencia; y como la fé ciega no era poderosa á tranquilizarnos, corrimos á buscar armas con que robustecer nuestra fé y hacer frente á los ataques de la duda.

Es muy cómodo decir «creed», y sumamente difícil creer lo que la razón no acepta. En vano los médicos se esforzarán en persuadir al enfermo de que su salud mejora, si cada día se siente mas débil y quebrantado. Pronúnciese enhorabuena la palabra «creed», mientras

que á continuación se recomiende el estudio de las creencias impuestas; mas, imponer la fé y negar el derecho de inquirir sus motivos ¿no equivale á hacer aun la misma verdad sospechosa de mentira? Decidle á un hombre, en el pleno goce de sus sentidos, que cierre los ojos para siempre, con promesa de que otros se encargarán de ver por él y guiarle, y se reirá de vuestra singular ocurrencia; y ¿se quiere que uno, en el perfecto goce de su razón, renuncie á ella por completo y la abdique, precisamente en lo mas trascendental para el hombre, en aras de la razón de otro hombre?

Se amenaza á las almas con un fallo sin apelación y una suerte definitiva despues de la vida corporal: dejad, pues, que las nuestras mediten profundamente sobre sus pasos y estudien su misión y deberes con toda la luz posible, á fin de no estraviarse en los senderos de la vida. Quien así no procede, se acredita, ó de necio, ó de imprudente y temerario.

III.

Ya nos parece estar oyendo la palabra «racionalistas!», lanzada en son de anatema sobre nosotros, por habernos atrevido á recordar que la razón es el atributo distintivo de la naturaleza humana, atributo que no puede el hombre haber recibido de la Divinidad sin un objeto, sin el deber de desenvolverlo y servirse de él para los actos que dependen de la libertad individual. ¿Qué sería la libertad humana, el libre albedrío, sin el juego de la razón, sin la luz del entendimiento? ¿Cómo podría la conciencia ser responsable de sus fallos y la voluntad de sus determinaciones, careciendo el hombre del faro que ilustra su conciencia y guía su voluntad? Y si poseyendo esa luz procura apagarla ó cierra los

ojos para no servirse de ella ¿cómo procederá el hombre con libertad? ¿Ha puesto Dios en la sustancia racional algo que coarte su actividad y la condene á un estado embrionario ó al quietismo y á la inercia con respecto á las verdades religiosas? ¿Ha querido el Sumo Hacedor en sus relaciones con la criatura, y de parte de esta, la correspondencia humillante del esclavo, un culto automático desnudo de inteligencia y sentimiento, ó el homenaje que brota del reconocimiento y de la admiración?

Racionalistas!.... Si con esta palabra se pretende designar á los que levantan en su alma altares á la razon para divinizarla, considerándola con la única ley de las acciones humanas, la rechazamos con toda la energía de que somos capaces; pues bien se nos alcanza que los atributos del hombre son progresivos, y por lo mismo limitados, y limitados el radio de su actividad y la esfera de su potencia.

Tampoco somos racionalistas en el sentido de negar toda autoridad. Admitimos de buen grado y con veneración la que emana directa ó indirectamente de Dios y la de cuantos hombres pensadores han tomado la delantera á los demás en los difíciles caminos de la ciencia, en cuanto sus afirmaciones no contravienen las leyes del buen sentido.

Mas si el ser racionalista consiste en emplear prudentemente la razon hasta donde alcancen los rayos más ó ménos intensos de su luz; en buscar á Dios por nosotros mismos, estimando en lo que vale la mediación ajena; en procurar hermanar y armonizar la ciencia con la religion y la religion con la ciencia; en pedir á esta la sancion de la fé; en considerar la autoridad de los hombres como autoridad falible, que equivale á decir como autoridad humana; en discurrir sobre lo que la razon no comprende y rechazar lo que la razon rechaza por absurdo; en investigar la manera mas propia y agradable de servir en espíritu y en verdad al Padre comun de las criaturas; en llamar á las puertas de su justicia paternal al objeto de que nuestras almas se

fortifiquen en el deseo y la práctica del bien; en reconocer nuestra debilidad é impotencia é implorar humildes en las dudas y desfallecimientos el auxilio superior; si en esto consiste el ser racionalistas ¿por qué hemos de negar que lo somos, cuando el serlo está en la dignidad y en los atributos de la naturaleza humana?

¡Cuán errados viven los que pretenden perpetuar la infancia de la humanidad! El niño se ha trasformado en hombre y busca la emancipacion y la independencia propias de la nueva edad en que ha entrado. No creen en el progreso de los tiempos, y el progreso de los tiempos se les echa encima. Han educado las sociedades, y no han sabido aprender que las sociedades no permanecen estacionarias. Han monopolizado la ciencia; la han visto irradiar su luz en todas direcciones, y no han adivinado que esa luz habia de matar la oscuridad de la fé que no se fundamentase en la ciencia. La historia no les ha dicho nada; el vuelo de las ciencias experimentales y de la filosofia no les ha dicho nada: la tierra continúa para ellos fija y enclavada en el centro del universo y aspiran aun á detener el curso del sol como Josué.

Tal vez opondrán á nuestros buenos deseos y sinceras observaciones sus ordinarios anatemas. No los tememos, pues precisamente han perdido su ya escasa importancia, desde que han querido hacerlos infalibles; pero los sentimos y deploramos, como sentimos y deploramos todos los abusos de esta índole cometidos en nombre de una religion que recomienda la caridad por la principal de las virtudes. Si nos maldicen, bendeciremos: son nuestros hermanos, y á sus frases de maldición y odio contestaremos aflijidos con palabras de amor y de perdon.

IV.

Por qué somos católicos romanos? Tal fué la pregunta que formulamos como primer acto de nuestra independencia religiosa. Para contestarla y discurrir sin pasion, fué preciso desprendernos de todo espíritu de secta, que es lo que debe hacer cualquiera que desee investigar la razon de sus creencias.

Somos católicos—hubimos de decir—porque lo fueron nuestros padres; porque lo era el país en que nacimos; porque lo fué nuestra educacion; porque nos enseñaron á discurrir con el criterio católico; porque sólo el catolicismo entre las religiones tenia carta de naturaleza en nuestro suelo; porque, de no serlo, habríamos incurrido en el desprecio de muchos de nuestros conciudadanos y en las iras de un clero prepotente; porque nos habíamos persuadido, á fuerza de oírlo repetir, que fué del credo romano no era posible la salvacion de las almas; porque temíamos el enojo del Señor, las afiladas uñas de Luzbel y las hogueras del infierno, con que se amenaza á los desdichados que no reconocen la autoridad del que se sienta en la silla de Pedro, esto es, en la silla donde jamás Pedro se sentó; porque, en fin, no dejábamos de entrever una gran luz, una gran enseñanza y un gran fondo de verdad en la religion romana.

Pero ¿es esto bastante como razon de nuestro catolicismo? ¿No pueden contestar en idénticos términos los sectarios de todas las religiones positivas? Tambien en ellos han influido las circunstancias de nacimiento y educacion, el egoismo, la influencia clerical ó sacerdotal, la esperanza de la salvacion de sus almas y el temor de terribles castigos en la vida de ultratumba; y

tambien ellos entreven algo divino y verdadero en la raiz de sus creencias religiosas. Entónces habríamos de convenir en que, para ser católicos, no nos asisten razones mas poderosas que las que pueden alegar los judíos, los mahometanos, los budhistas, los sectarios del brahmanismo y los afiliados á las diferentes sectas en que vemos dividida la religion cristiana. Y habríamos de convenir igualmente en que, al afirmar que nuestras creencias son las únicas verdaderas, nos apoyamos en las mismas razones que los hijos de los demás cultos cuando establecen y sostienen que las únicas creencias verdaderas son las suyas.

En resúmen; vinimos á parar en que éramos católicos romanos por sentimiento, en virtud de una série de circunstancias que se habian desarrollado á nuestro alrededor, independientes de nuestra voluntad, ajenas á nuestra iniciativa. Católicos sin conviccion, sin aquella conviccion, se entiende, que penetra suavemente en el alma por todas sus avenidas; sin aquella conviccion que es el resultado progresivo de la comparacion y de la comprobacion; sin aquella firme conviccion que procede de la armonia de las leyes y de los hechos con el juicio, y del juicio con la conciencia. ¿Habrá muchos católicos que lo sean de otro modo?

Y semejante catolicismo, con perdon sea dicho, estuvo muy léjos de satisfacernos. Podia servirnos de punto de partida, de primer jalón en nuestro ensayo filosófico religioso; mas nos faltaba la conviccion, y una voz poderosa, la voz de la conciencia y del deber, nos repetía sin cesar: «Buscad la conviccion, pues sin ella, la fé carece del mas legítimo de sus títulos, la moral del mas eficaz de sus apoyos, y la religion del mas sólido de sus fundamentos.»

V.

En nuestros estudios hemos partido del supuesto que la iglesia de Roma puede errar, y, por lo mismo, inducir á error á los fieles que siguen sus enseñanzas. Habíamos de proceder de esta manera; pues, de lo contrario, admitiendo la infalibilidad de Roma, claro es que sólo ella hubiese tenido el derecho de estudiar y decidir en las cuestiones religiosas.

Que Roma puede errar ¿quién lo duda, si está comprobado hasta la evidencia que ha errado? Y si alguno dudare, tómese el trabajo de dar una ojeada á la historia de los papas, de esos dioses levantados por el último concilio ecuménico; compárela con la historia de los dioses de la antigua Grecia y de la antigua Roma; compárela con la de todos los dominadores de los pueblos; y viendo que allá se van unos y otros en eso de miserias, y corrupción, y debilidades, y errores, y contradicciones, y supercherias, y ambiciones, y fraudes, y arbitrariedades é injusticias, concluirá por no reconocer otros dioses ni otras infalibilidades que el Dios de cielo y tierra y la infalibilidad (1) de la Sabiduría infinita.

Si Roma puede errar y ha errado lo están diciendo Victor I en el segundo siglo de la iglesia; Marcelino en el siglo tercero; Liborio en el cuarto; Gregorio I y Virgilio en el sexto; Bonifacio III y Honorio en el séptimo; Formoso, Estéban XI y Adriano II en el noveno; Juan XI y Juan XII en el décimo; Pascual II en el oncenno; Eugenio III en el siglo doce; en el catorce,

(1) Porque Dios es verax; y *todo hombre falaz*. S. Pablo á los Romanos, Capítulo III, v. 4.

Juan XXII; en el quince, Eugenio IV, Pio II y Alejandro VI; en el diez y seis, Sixto V; en los diez y siete y diez y ocho, Clemente XIV; y Pio VII en el diez y nueve.

Si Roma puede errar y ha errado díganlo las heregías aprobadas hoy por ella y mañana condenadas, las contradicciones de sus enseñanzas, los progresos de la ciencia condenados primero y luego prohibidos y empleados, las influencias cortesanas dominantes en los palacios de los papas, los procedimientos poco canónicos de algunos para ceñirse la tiara, y otras mil verdades desconocidas aun de la inmensa mayoría de los católicos, referentes á la historia de la falibilidad de los sucesores de Pedro: desconocidas hasta hoy, pero que serán mañana conocidas y apreciadas de cuantos tengan ojos para ver y oídos para oír. Felizmente las hogueras de la Inquisición han sido apagadas para siempre, no sabemos si á gusto de los infalibles, al irresistible soplo de la libertad, por los mismos proscrita y condenada.

Y puesto que Roma puede errar y ha errado, puede también inducir y ha inducido á error á los que de sus doctrinas se alimentan. He aquí porque le negamos una autoridad absoluta é inapelable en las decisiones religiosas; he aquí porque le negamos el derecho de imponer una fé ciega; he aquí porque reivindicamos el de intervenir directamente en los negocios de nuestra alma. Debemos á Roma, como todos los católicos, respeto y agradecimiento por las verdades que ha difundido y sustentado; pero al mismo tiempo nos debemos á nosotros la razón de nuestras creencias, por los errores y mistificaciones de que los vicarios de Cristo han salpicado sus doctrinas.

VI.

Segun el criterio romano ¿quién es Dios?

Dios, en su esencia, en sí mismo, es un ser infinitamente puro y perfecto, eterno, inmenso, omnipotente, causa del universo, infinitamente bueno, sabio, justo y misericordioso; en suma, el poder, la sabiduría y el amor infinitos concentrados en una individualidad indefinible.

Estamos conformes de toda conformidad con el criterio de Roma en cuanto á la esencia de la divina sustancia. Corresponde perfectamente á la idea que puede concebir de la Divinidad el limitadísimo entendimiento del hombre. Despojar á Dios de cualquiera de las expresadas perfecciones sería destruir la concepcion de Dios. Sería establecer la negacion por base y punto de partida de todas las afirmaciones.

Y esto es lo que precisamente hace la iglesia romana dentro de su criterio religioso, en la esfera de las relaciones entre el hombre y el Ser Supremo. Lo infinito limitado, el absurdo, tal es el cimiento de la religion de los papas; porque el cimiento de toda religion es Dios, y el Dios de aquella es lo infinito con limitaciones. Pureza, perfeccion y sabiduría infinitas, limitadas sin embargo por una impureza, una imperfeccion y un error eterno, el mal absoluto, uno de los resultados de la obra de Dios: poder infinito para el bien, limitado por las conquistas del espíritu maligno, que revelarían claramente la impotencia divina (1) ante el poder de una

(1) No puede ninguno entrar en la casa del valiente, y robar sus alhajas, si primero no ata al valiente, para poder despues saquear su casa. S. Marcos, Capitulo III, v. 27.

de sus criaturas: bondad infinita, limitada por la creacion de multitud de espíritus predestinados á eternos sufrimientos: misericordia y amor infinitos, que tienen su limite en la puerta del lóbrego calabozo de los miserables réprobos: justicia infinita, limitada por la injusticia de castigos bárbaros y exagerados, y de preferencias caprichosas entre los espíritus angélicos y entre los hombres: entre los últimos principalmente; pues, siendo definitiva su suerte despues de una existencia temporal, para que el castigo fuese justo é imparcial el premio, sería necesario que todos los hombres sufriesen iguales pruebas, contrariedades y tentaciones y en condiciones idénticas.

Si aceptamos, por tanto, el criterio de Roma en cuanto á la esencia de la divina sustancia, muy léjos estamos de respetarlo como guia fiel é intérprete infalible en lo que respecta á las relaciones entre la criatura y el Criador; pero tan léjos, que no vacilamos en considerarlo como principal causante de las divisiones y cismas de la iglesia, de la indiferencia religiosa, del escepticismo, y del materialismo, que tan audaz se presenta en nuestros dias. El absurdo no puede dar otro fruto que la negacion. El absurdo religioso conduce primero á la division, al cisma, y concluye por la indiferencia y el ateísmo. Estamos ya en la última de las fases del catolicismo romano.

VII.

En el estado actual de las sociedades y á la altura á que ha llegado el desarrollo del sentido comun y de la razon humana, no basta decir y asegurar que tal ó cual iglesia es la única depositaria del fuego sagrado, sino que se hace necesario satisfacer con pruebas con-

cluyentes las legítimas aspiraciones de los que buscan la verdad en su natural terreno, en el terreno de la ciencia. El «*Magister dixit*» ha caído ya en desuso, y los menos descontentadizos desean alimentos más sustanciosos para calmar su apetito intelectual. Y cuando, yendo en pos de la razón de la fe, se tropieza con un diablo que limita el poder de Dios, con un infierno horripilante que lucha con la bondad, la misericordia y la justicia divinas, con un purgatorio que puede abreviarse por medio de metálico, etc. etc.; uno no puede menos que exclamar: Estas doctrinas son ateas e irracionales, y lo irracional y lo ateo no puede ni podrá jamás formar parte integrante de la verdadera religión.

Y ¿cuál es el deber del hombre que cree en Dios y en la inmortalidad del alma, si se persuade de que su religión no explica las verdaderas relaciones que deben mediar entre la criatura y el Sumo Hacedor; si llega á comprender que la mentira anda mezclada con la verdad, y lo perecedero y mutable confundido con lo esencial y eterno? Su deber es levantar la voz contra la impostura; no consentir en silencio la explotación de la razón y sentimientos del hombre por el hombre; protestar de los abusos y mistificaciones que se cometen tomando la Divinidad por editor responsable; descartar lo divino de lo humano á fin de que las obras de Dios brillen en todo su esplendor; arrostrar las consecuencias, comunmente desagradables y funestas, que suele llevar la defensa de verdades no aceptadas aun por la generalidad; en una palabra, cooperar decididamente á que la verdad religiosa se abra paso en las inteligencias y en los corazones, sacrificando en aras de tan santa causa el bienestar propio y aun la vida, si los acontecimientos hicieren necesario el sacrificio.

¿Qué debe importarnos el ridículo, si despreciándolo llevamos nuestro grano de arena á la obra de la regeneración humana? ¿Qué deben importarnos los insultos, si en el santuario de nuestra conciencia gozamos la inefable satisfacción del que hace el bien por el bien sin esperar la recompensa de los hombres? ¿Qué sig-

nifican las humillaciones, los improperios, los anatemas y persecuciones con que los defensores del error contestan á los que se atreven á denunciarlo ante el gran jurado de la conciencia universal, si con ello se logra que la conciencia humana se emancipe del secular dominio que coarta su actividad, y se eleve sobre las preocupaciones que la envuelven y oscurecen?

Basta ya de temores indignos y consideraciones egoistas, único sosten del vacilante edificio de los absurdos religiosos. Hora es ya de que el Templo se restaure y reedifique y se adore en él á Dios en espíritu y en verdad. Basta ya de mistificaciones y supercherias; basta ya de comedias religiosas, de dioses pequeños y de cultos insustanciales, que han concluido por desmoralizar y perturbar las sociedades y desarrollar de una manera pavorosa la indiferencia, el escepticismo y el culto de la materia. ¿No veis cómo el mundo moral se desmorona? ¿No oís el estrépito de las creencias que se derrumban? ¿No os hace temblar el clamor que se levanta de todas las conciencias, el frío que se apodera de todos los corazones, el simoun que empuja y arrastra todos los pueblos, el fuego que se propaga en todos los estados católicos de la tierra?

A los hombres de buena voluntad nos dirigimos. ¿Sabeis por qué imperan el dolo y la mentira en las relaciones sociales y en la política de los pueblos? ¿por qué los lazos de la familia se relajan y la inmoralidad cunde en todas las esferas? ¿por qué el egoismo se enseñorea de los hombres y es el oro el iman de sus acciones y deseos? La causa de tantos males estriba en la falta de creencias, que son la sancion de la moral; y sin el regulador de la moral, la perturbacion se introduce en las familias y la corrupcion agita las sociedades.

Los hombres que aspiran al triunfo de la verdad son mas que los interesados, de buena ó de mala fe, en sostener el error. Unámonos, pues; juntemos nuestros caritativos esfuerzos, que aislados no dan fruto: el arca de salvacion, el Evangelio de Jesus, flota aun sobre el

océano de las miserias humanas. No transijamos por más tiempo con la mentira religiosa, sea cual fuere su procedencia, sean cuales fueren los atavíos de que se presente adornada, sea cual fuere la autoridad que la predique y esploté.

VIII.

Muchos se escandalizarán ó aparecerán como escandalizados con la lectura de las líneas que preceden: tan subvertidas se hallan algunas conciencias, tan acostumbradas á nutrirse de hipocresía y engaño, que la verdad las escandaliza y subleva.

Los tales no suelen escandalizarse, sin embargo, cuando un hombre se atribuye la infalibilidad, atributo del Ser Supremo;

Cuando un obispo que se titula cristiano niega la obediencia á los poderes del Estado y escita á la rebelión;

Cuando un sacerdote romano empuña el trabuco y enseña á balazos el catecismo religioso;

Cuando se regatea la pronta salvacion de una pobre alma perdida en un rincon del purgatorio;

Cuando un católico que náda en la abundancia, sea clérigo ó seglar, se olvida de las miserias ajenas;

Cuando un pobre es llevado á la huesa sin recursos, por no tener su esposa ó hijos dinero para comprarlos;

Cuando un ferviente devoto que reza el rosario y oye misa, presta su dinero á los pobres al veinte ó treinta por ciento;

Cuando se despoja religiosamente á un padre de familia, *in articulo mortis*, de sus bienes terrestres, con promesas ó amenazas celestiales;

Cuando se destroza la reputacion de un hombre de bien, *ad majorem Dei gloriam*, en un círculo de beatas ó sacristanes;

Cuando se lleva y trae el nombre de Dios en las contiendas fraticidas;

Cuando se esplota el cielo hasta el punto de destinarlo exclusivamente para los afiliados á una bandera política determinada.

¡Oh fariseos, oh hipócritas! (1) Afortunadamente el mundo empieza á conocerlos. Vuestra religion es un comodín, una máscara, pero una máscara que se os está cayendo á pesar vuestro. Teneis á Dios en la boca y en el corazon el interés. Invocais á cada paso el Evangelio, pero el Evangelio es la caridad y la humildad, y vosotros sois orgullosos y egoistas. Condenais la libertad, y usais y abusais de ella para vuestros fines mundanos. Jesucristo es la paz, es la mansedumbre, es la justicia, es el amor, es la dulzura, es la tolerancia, es el perdón, es la luz, es la libertad, es la palabra de Dios, es el sacrificio por los demas; y vosotros sois..... sois el reverso de la medalla, el polo opuesto, la perfecta antítesis de las virtudes de Jesus.

«¡Mas ay de vosotros, fariseos hipócritas! que cerrais el reino del cielo delante de los hombres. Pues ni vosotros entráis, ni á los que entrarian dejais entrar. Que devorais las casas de las viudas, haciendo largas oraciones: por esto llevareis un juicio mas riguroso.» (2).

«¡Ay de vosotros guías ciegos, fariseos hipócritas! que diezmais la yerba buena, y el eneldo, y el comino, y habeis dejado las cosas que son mas importantes de la ley, la justicia, y la misericordia, y la fè. Esto era menester hacer, y no dejar lo otro. Guías ciegos, que colais el mosquito, y os tragais el camello.» (3).

(1) En este apóstrofe nos referimos á los que se escandalizan de nuestras verdades, y no de los hechos verdaderamente escandalosos que dejamos apuntados.

(2) S. Mateo, Cap. XXIII, v. 13 y 14.

(3) S. Mateo, Cap. XXIII, v. 16, 23 y 24.

«¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas! que limpiáis lo defuera del vaso y del plato, y por dentro estais llenos de inmundicia. Fariseo ciego, limpia primero lo interior del vaso y del plato, para que sea limpio lo que está fuera.» (1).

«¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que parecen defuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad. Así tambien vosotros de fuera os mostrais en verdad justos á los hombres; mas de dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad.» (2).

Escandalizaos, si quereis, mas no os hagais la ilusion de que por este camino ha de continuar el vasallaje moral y material de los pueblos. El verdadero escándalo, el gran escándalo que debiais haber evitado, es la postracion religiosa en que han sumido al mundo cristiano tantas y tantas mistificaciones introducidas en el credo católico romano. ¡Ah! si hicieseis un recuento imparcial de los hombres verdaderamente afiliados por conviccion al catolicismo de Roma ¡qué desengaño sufririais! ¡Cuán pequeño quedaria su número, despues de descontados los indiferentes, los escépticos, los materialistas, los hipócritas, los fanáticos, los católicos de oficio y los católicos de conveniencia! Y si de los restantes descontásemos aun los que interiormente rechazan alguno de los dogmas establecidos, de temer sería que la iglesia romana quedase reducida á su estado mayor, algo mermado, y algunos miles de adeptos.

(1) S. Mateo, Cap. XXIII, v. 25 y 26.

(2) S. Mateo, Cap. XXIII, v. 27 y 28

IX.

Desconsolador es el cuadro que en nuestros dias ofrece la sociedad católica romana. Contra ella prevalecen las puertas del infierno, toda vez que en su seno se desenvuelven espléndidamente todas las malas tendencias, y á su sombra y calor todas las ambiciones fermentan, todas las malas pasiones se nutren y robustecen. Y como quiera que las puertas del infierno no han de prevalecer jamás contra la verdadera religion cristiana, que es la que reconoce por única ley el Evangelio, venimos á concluir que no es Roma la legítima espresion de la iglesia establecida por el hijo de María.

¿Dónde hallar, pues, el cristianismo en su pureza? En nuestro sentir, la iglesia de Cristo no es ninguna de esas iglesias estrechas y cerradas que vienen disputándose con encono la supremacia de las conciencias y el predominio temporal; iglesias mezquinas, que hacen consistir lo esencial de la religion en un conjunto de exterioridades y fórmulas más ó menos aceptables ó ridículas; iglesias exclusivistas, que condenan á sufrimientos eternos á la inmensa mayoría de los hombres y se reparten el cielo como país de conquista; iglesias que remedan groseramente la conducta de las parcialidades políticas reservando sólo para sus adeptos y paniaguados las delicias del presupuesto celestial; iglesias fátuas y orgullosas, que se atribuyen la posesion de la verdad absoluta y la infalibilidad de su criterio; iglesias, en fin, que usurpan el monopolio de todos los dones con que la Bondad infinita ha enriquecido á la humanidad entera.

La iglesia de Cristo ha de ser algo más, mucho

más y mucho mejor que todo esto. Más grande que Roma, más grande que Lutero, más grande que Mahoma, más grande que las demás iglesias que se adjudican el título de únicas verdaderas. Dentro de ellas han de haber todos los hombres de buena voluntad (1), llámense judíos, protestantes, católicos ó mahometanos: de otra suerte no estaría basada en la justicia ni sería universal, caracteres inseparables de la religión divina. El judío, el mahometano, el protestante, el budista, el católico, el cismático que ama á Dios en espíritu y en verdad, y practica la virtud, éste está con Cristo (2) y dentro de la verdadera iglesia. No es cristiano el que así se titula sólo por haber recibido el agua del bautismo, sino aquél que sigue las enseñanzas de Cristo (3), enseñanzas que se sintetizan en una palabra: CARIDAD; es á saber, amor hácia Dios y hácia nuestros semejantes (4). Esta palabra, ésta fórmula, éste simbolo evangélico une en un solo cuerpo á los hombres de todos los países, de todas las razas, de todas las creencias, formando la iglesia universal, la iglesia esencialmente cristiana.

Día vendrá en que sea uno el rebaño, la iglesia de Dios, y uno el pastor, el Verbo, la palabra de Dios, el Evangelio, Jesucristo. En todas las religiones hay algo divino, mezclado con las añadiduras de los hombres; y como la luz irá poniendo de manifiesto y separando la verdad de la mentira, lo eterno y esencial de lo perecedero y vano, llegará el día en que todas las religiones se depuren y fundan en una sola.

(1) Y os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se asentarán con Abraham, y Isaac, y Jacob en el reino de los cielos. S. Mateo, VIII, 11.

(2) Mas Dios, en cualquiera gente, del que le teme y obra justicia, se agrada. Hechos de los Apóstoles, X, 35.

(3) Porque no es judío el que lo es manifestamente: ni es circuncisión la que se hace exteriormente en la carne: mas es judío y circunciso el que lo es en lo interior. S. Pablo á los Romanos, II, 28 y 29.

(4) Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Amarás á tu prójimo como á ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. S. Mateo, XXII, 37, 39 y 40.

X.

La gran luz y el gran fondo de verdad que hemos dicho haber entrevisto en la religión romana, es la enseñanza de Jesús, código inmejorable de moral que acusa lo divino de su origen: por esta razón, la bandera enarbolada en nuestros estudios religiosos ha sido el Evangelio, y nuestro Maestro, Jesucristo. ¡Qué la Sabiduría infinita nos ilumine! Tales son el deseo que sentimos y la súplica que elevamos.

El Evangelio es la fuente de las verdades morales y religiosas, y la iglesia cristiana la iglesia de la verdad. Mas, del mismo modo que el agua sana y cristalina debe buscarse, no en la corriente y sí en el manantial primitivo; el cristianismo puro hemos de buscarlo, no en la corriente romana, y sí en su principio, en el manantial evangélico. Las aguas medicinales de la verdad, purísimas en su origen, en el Verbo, expresión del pensamiento de Dios, corren adulteradas con la mezcla del orgullo y de la ignorancia, y corrompidas é inficionadas con el cieno de las miserias humanas. Remontemos, pues, la corriente hasta subir al manantial de que procede, llamando para que nos acompañen á cuantos sientan la necesidad de reparar los estragos sufridos en sus creencias á causa de la impureza del actual catolicismo.

Tomada esta resolución, oímos hablar de que en el mundo se había formado y propagaba con inverosímil rapidez una escuela filosófico-religiosa, cuyos adeptos se contaban ya por docenas de millones, que pretendía nada menos que restaurar el cristianismo puro y explicar la religión por el Evangelio y la ciencia. ¿Será esto cierto? nos dijimos. ¿Será posible que

del seno de la humanidad presente, tan perturbada en su fé, se levante una voz que arrastre las conciencias hácia la luz, una filosofía que penetre en los ánimos, una religion que enlazando los tiempos y brotando del Evangelio lleve la conviccion al entendimiento y la esperanza al corazon? ¡Dios de los cielos! Que esto sea una verdad; que no sea una mistificacion, un error más sobre los muchos errores que se disputan el imperio de los ánimos.

Entónces oímos tambien que la nueva propaganda era por unos calificada de locura, y de aberracion satánica por otros, y que los afiliados sufrían impasibles el ridículo y los anatemas, compadeciendo á los mismos que los ofendían con sus sarcasmos ó los perseguían con sus airadas maldiciones. Que el fundamento de su religion era la caridad, en la cual hacían consistir la moral de las acciones humanas y lo esencial del culto, apoyándose en que el corazon y las obras son los únicos y legítimos títulos del merecimiento del espíritu. Que predicaban recompensas y castigos espirituales, pero en justísima proporcion con el bien ó el mal realizado durante la vida corporal. Que creían en la pluralidad de mundos habitados, considerando la obra de las creaciones magestuosa y grande como emanacion de la Sabiduría ilimitada; y en la pluralidad de existencias, como necesaria al desenvolvimiento progresivo y gradual de las criaturas hasta llegar á la perfeccion, que es el resultado, y no puede ser otro, de la divina ley á que obedece el universo. Y, por último, que, hallando comprobada desde la más remota antigüedad la comunicacion del mundo espiritual con el de los encarnados, comunicacion autorizada en el Evangelio y confirmada en experiencias recientes é indubitables, aceptan dicha comunicacion y las enseñanzas de los espíritus, como faros luminosos puestos por Dios en la senda de la humanidad para alentarla y guiarla.

Ahora bien: ¿cuál de estos puntos, cuál de estas afirmaciones puede haber dado motivo á que sus de

fensores sean motejados de locos ó de instrumentos infernales? ¿Se hallarian, por desgracia, tan dislocadas las conciencias, que se juzgase locura la predicacion de la caridad, y concepto diabólico la idea de un Dios infinitamente grande, infinitamente justo, infinitamente sábio, infinitamente misericordioso y bueno? La ignorancia y la malicia se han dado siempre la mano para rechazar la verdad y defender el error. El mismo Jesucristo fué apellidado loco, impostor y órgano de Beelcebub por sus contemporáneos, y últimamente sufrió la muerte en testimonio de la bondad de su doctrina.

XI.

Antes de condenar, como ántes de aceptar una doctrina, es necesario estudiarla, á fin de no incurrir en la insensatez de prohijar ó combatir una cosa sin conviccion y sin conocimiento de la misma, conducta propia de espíritus ligeros y atolondrados: ántes de argüir de malicia ó de locura, es preciso certificar en términos irrecusables que en realidad hay locura ó malicia en el punto concreto de que se trata.

Insiguiendo esta conducta, que nos pareció la más prudente y acertada, quisimos cerciorarnos por nosotros mismos, y no de oídas como muchos suelen hacerlo, acerca de lo que podia haber de verdad ó de falsedad en la escuela espiritista, que es la nueva escuela filosófico-religiosa á que nos hemos referido, sin nombrarla, en el párrafo anterior. Sabíamos que á ella estaban afiliados muchísimos hombres distinguidos por su honradez, por la entereza de su carácter, por la firmeza de sus convicciones cristianas, por su eleva-

cion gerárquica en la república de las letras, por su posicion política y social, y que contaba en el considerable número de sus adeptos hombres de todas las clases y de todas condiciones, desde la más humilde á la más considerada: y, en honor á la verdad, acaso esta observacion fuè parte en nosotros á decidirmos al estudio del Espiritismo, juzgando que si el Espiritismo era una locura, no podia ser sino una locura muy sublime, puesto que la abrazaban y hacian suya inteligencias tan privilegiadas y corazones tan sanos. Corriamos el riesgo de ser victimas del contagio; no obstante, nos consolaba el pensar que bien podíamos acometer la calificacion de locos en tan honrada y juiciosa compañía.

Habíamos asimismo observado que entre los más fervientes adalides de la iglesia romana, en las discusiones privadas que frecuentemente se suscitaban tocante á la nueva escuela, figuraban no pocos hombres de moralidad y creencias harto sospechosas; hombres que en su vida habian hablado de catolicismo más que para ridiculizarlo; hombres descreídos, que siempre hicieron gala de su incredulidad; hombres metalizados, positivistas de mal género, sin conciencia ni pudor, que todo lo subordinaban á su insaciable sed de bienes y comodidades materiales: y al ver y al oír á estos defensores de última hora de las doctrinas de Roma, tan empeñados en oponerse á la invasion de la locura espiritista, nos sentimos inclinados á sospechar que esta locura venia á condenar su proceder y que se hallaban más libres y holgados dentro de la moral romana, que bajo la moral que el Espiritismo establecia.

Tambien habia escitado vivamente nuestra atencion la ruda guerra hecha por el clero á las nuevas doctrinas, á las cuales se opone con mucho mayor empeño y energía que al vuelo del materialismo, enemigo capital y el más implacable de toda creencia religiosa. Porque, aun dando de barato que la escuela espiritista no interprete fielmente el espíritu del Evan-

gelio, lo acepta como base de sus creencias, y esto debia bastar para que el clero romano limitase su campaña á demostrarle sus errores y atraerla de nuevo con amor y mansedumbre al redil de la ortodoxia. Pero léjos de discutir con uncion y suavidad, cierra abiertamente con los nuevos propagandistas, los vitupera, los insulta, los maldice, los expone á la pública execracion, los apellida instrumentos de Satanás, y, como tales, vomita sobre ellos toda la hiel que puede caber en un corazon nada cristiano. ¿Por qué tanta tolerancia con los apóstoles de la materia y tanta iracundia con los espiritistas, que al fin y al cabo proceden del mismo tronco que los partidarios de la infalibilidad papal? ¿Cuándo hablará la esfinge para revelar la razon de tan irregular y misteriosa conducta?

XII.

No es necesario que la esfinge hable: la clave de las iras sacerdotales la tenemos en el estudio de los principios y doctrinas que se propagan á la sombra de la bandera levantada ha diez y nueve siglos por Jesús, hecha girones por los que la han manoseado y explotado. Hombres de buena voluntad, persuadidos de que no podia ser verdadera la religion que condenaba el progreso humano; la religion que luchaba con los adelantos de la ciencia; la religion que despojaba á Dios de sus esenciales atributos haciéndole copartícipe de las miserias humanas y elevaba á determinadas criaturas á la categoría de dioses; la religion, en fin, que habia llevado el descreimiento y la perturbacion á los organismos sociales; buscaron una tabla de salvacion, una luz que permitiese á los hombres medir la profundidad del abismo que se abria en su desatentada car-

rera; y esta tabla y esta luz la hallaron en la predicacion de Cristo, en el mismo Evangelio en que Roma pretendia apoyar sus enseñanzas. Y como esto es destruir los abusos y errores na la ménos que por los propios textos de donde se hacen derivar, hé aquí porque los interesados en su continuacion distinguen con el más cordial encono á los atrevidos é indiscretos novadores. ¿Qué les importa á ellos de la escuela materialista? ¿Tiene ésta ni puede tener de su parte la opinion pública, luchando, como lucha, con la conciencia universal, con las tradiciones, con la necesidad, con la filosofia, con el sentimiento, con los deseos, con las esperanzas, con las creencias de todos los pueblos? No temen á los defensores de la materia, no; los abandonan á sus esfuerzos impotentes, concediéndoles á lo sumo una mirada de reojo y una sonrisa de triunfo y de desprecio. Por lo mismo que el materialismo quiere destruirlo todo no podrá destruir nada: podrá, sí, crear conflictos parciales y pasajeros en la economía social; mas, ¿no vienen estos conflictos á dar en último término mayor importancia á las clases sacerdotales y hacerlas más necesarias?

Otra cosa es con respecto al Espiritismo. Esta escuela no viene á destruir, sino á reparar y restablecer; á dar la voz de alerta á la humanidad, que se ha salido de su cauce, á fin de que, reconociendo sus extravíos y considerando la sima que se abre bajo sus plantas, vuelva sobre sus pasos y retroceda á las derechas sendas del Evangelio. No viene á destruir el cristianismo, antes á restaurarlo, descartando de él todo lo que los hombres han añadido en oposicion á las verdades predicadas por Jesús. No viene á conmover la sociedad en sus cimientos, antes á robustecerlos y afirmarlos. No lleva en su diestra la tea de la discordia, de los odios, de las pasiones aviesas; ni predica el egoismo, el privilegio, la intransigencia ó la rebellion; sino que, humilde como su Maestro Jesucristo, llama los corazones á la humildad y á la caridad; ensalza el sufrimiento y la resignacion; despierta la esperanza de la felicidad

por la purificacion de los sentimientos y la práctica del bien; y señala con el dedo al Hijo del hombre como modelo el más acabado de costumbres, que los hombres deben imitar. Una escuela que tan puros y benéficos principios viene á proclamar ha de hacerse suyas todas las conciencias honradas, todos los corazones nobles, todas las inteligencias independientes que buscan la verdad en la virtud; y esto es más que sobrado para llevar la alarma á las tiendas de los que no admiten otra verdad que sus afirmaciones, y sublevar las iras de los que se sentian bien hallados con el monopolio del alimento espiritual.

Estudad el siglo apostólico los que teneis ojos para ver: comparad la pobreza episcopal de los discipulos de Jesús con la opulencia episcopal de nuestros dias y decidnos: ¿Puede esto ser continuacion de aquello? ¿Nada se ha exagerado, nada se ha cambiado, nada se ha mistificado? Si Pedro y Pablo se levantasen por un momento, volvieráanse á sus sepulcros, avergonzados de las riquezas y fausto de los que osan llamarse sus sucesores: decimos mal; llenos de santa indignacion, arrojarían á latigazos, como Jesús, á los comerciantes del Templo.

XIII.

La tormenta ruge sobre nuestras cabezas: ¿cómo no ha de rugir si somos débiles y decimos la verdad á los poderosos? ¿Cuándo la verdad no ha sido ridiculizada ó perseguida, si ha venido á oponer un dique á errores y abusos inveterados? Porque, desdichadamente, las sociedades están montadas de suerte que, aun siendo muchos los que conozcan los abusos, son poquísimos los que tienen la valentia de denunciarlos

y estar á las consecuencias. Lo más comun es compadecer á los redentores, aplaudirlos interiormente y negarlos en voz alta.

Ya sabemos, por tanto, lo que nos espera: miradas de ódio de parte de unos y de conmiseracion de parte de otros. En cambio nosotros miraremos á todos con amor. Estamos poseidos de la locura espiritista, que no consiste sino en el cumplimiento de la ley moral por la caridad, y obramos de conformidad con esta ley. Locos á sabiendas en medio de un siglo cuya cordura es el egoismo, hacemos el sacrificio de nuestro amor propio y de nuestras comodidades, y seguimos, hasta donde nuestras escasas fuerzas lo permiten, las huellas de Jesucristo. Lo que sentimos, lo que firmemente deploramos, es no tener la necesaria virtud para imitar á Jesucristo en todas nuestras acciones: no somos aún todo lo locos que debíamos para podernos llamar fieles imitadores del que murió en testimonio de la divinidad de su locura.

¿Por qué el siglo no llama locos á nuestros canónigos, á nuestros obispos y arzobispos, á nuestros cardenales, á nuestros papas, y en general á las dignidades de la iglesia? ¿Por qué? No es difícil adivinarlo. El dios del siglo es el becerro de oro, y el siglo llama cuerdos, y muy cuerdos, á los que poseen el precioso metal de que se fabrica su dios: el espíritu del siglo es el negocio, y el siglo reconoce por hijos suyos á los que saben negociar y obtener pingües ganancias: la moral del siglo es la comodidad y los goces, y el siglo aplaude la sensatez de los que gozan y disfrutan de las comodidades de la tierra. El siglo no inquiere los linajes ni averigua las procedencias; no pregunta á nadie de donde viene ni á donde va; toma las cosas tales como se le presentan, y se limita á interrogar á cada cual sobre su posición y riquezas, para exclamar: «Vosotros, los afortunados, hombres del negocio, del bienestar y del éxito, venid á mi derecha, porque sois hijos de la sensatez engendradora en el positivismo utilitario: y vosotros, los pobres de corazón, los que anteponeis al

negocio la conciencia y el deber y no habeis sabido granjearos los halagos de la fortuna, pasad á mi izquierda; no sois mis hijos; sois unos necios y unos locos, acreedores al sarcasmo y al desprecio.»

XIV.

Algunos nos leerán con imparcial criterio, y vendrán á nuestro lado; y aun nos sonríe la esperanza de que estos han de ser los más, porque los más sienten la imperiosa y apremiante necesidad de llenar el hueco que en su corazón han dejado los sofismas religiosos. Tarde ó temprano, cuantos de buena fé se dediquen al estudio de la naturaleza humana en sus relaciones con la Divinidad, se cobijarán al amparo de las consoladoras creencias por nosotros aceptadas; porque se persuadirán de que son necesarias, y que no es el Espiritismo una escuela fanática impregnada de un misticismo fantástico, como comunmente se cree, sino una doctrina racional, sancionada por la lógica y confirmada por los hechos.

Los católicos sinceros, que siguen y respetan las enseñanzas de Roma, porque viven en la persuasión de que son las únicas verdaderas como expresión fiel de las predicaciones de Jesús, abrazarán con entusiasmo el Espiritismo en cuanto fijen su consideración en la estrechez y tendencias acomodaticias del criterio de los papas y la pureza evangélica de la moral que la nueva escuela se propone restaurar y difundir. ¿No aceptan por credo suyo el Evangelio? Pues vengan á nuestro campo, que también nosotros invocamos el Evangelio y lo proclamamos de origen celestial, más que celestial, divino. Pero queremos el Evangelio en su cristiana pureza; no corregido y aumentado á inte-

rés y capricho de los hombres. Escudriñad el Evangelio, católicos romanos, escudriñadlo bien, y nos daréis la mano y os uniréis á nosotros en el afán de cooperar al renacimiento de la verdadera fé; puesto que veréis con la mayor claridad que, si Jesucristo fué el reflejo del pensamiento de Dios, Roma, está hoy muy distante de reflejar á Jesucristo.

Tambien aguardamos á los indiferentes, á aquellos cuyo indiferentismo proviene, mas que de apego estrechado á los goces materiales, de las contradicciones recogidas donde habian pensado hallar la solidez de la verdad y la raíz de sus creencias. Los tales se ocupan poco de la existencia de Dios y de la supervivencia del alma, no porque nieguen interiormente una y otra, sino por no haber podido su razon transigir con los errores evidentes que oscurecian la concepcion de ambas afirmaciones. Que la contradiccion desaparezca; que se les hable de un Dios verdaderamente justo y sabio y de una vida futura sin castigos feroces ni premios inmerecidos, y dejaran con íntima satisfaccion su indiferentismo, en parte justificado.

Igual esperanza abrigamos tocante á los materialistas que lo son, no por sistema, y sí sólo por no haber hallado tierra firme en el espiritualismo de las religiones positivas. Ven en ellas la confusion, y prefieren el vacío. Pero el vacío es el abismo sin fondo, y el abismo es la desesperacion. El que se ahoga busca una tabla; el que siente hundirse en el espacio se agarra á la cuerda que una mano benéfica le arroja. La tabla salvadora que nosotros les ofrecemos es el estudio del Espiritismo, en el cual podrán saborear las especulaciones de una filosofía robusta y adquirir una fé consoladora y firme, basada en hechos indubitables.

Católicos, indiferentes, materialistas, hombres de buen deseo, estudiad. No os pedimos una adhesion fácil; pues harto sabemos y sabeis todos adonde conduce la aceptacion impremeditada de creencias religiosas. Lo que os pedimos, lo que os aconsejamos, y al hacerlo cumplimos un deber que no podemos eludir, es que estudiéis y compareis.

XV.

Como nuestro objeto se contrae á señalar la senda por donde hemos llegado á la escuela espiritista y tomado asiento en ella, no creemos del caso hacer en estas páginas un estudio concienzudo y filosófico de los principios que sustenta. Libros hay en que dichos principios se dilucidan con la extension y profundidad convenientes á su importancia, y á ellos remitimos á nuestros benévolos lectores (1).

Algo no obstante debemos decir de las afirmaciones capitales de la nueva escuela, toda vez que hasta aquí nos hemos ceñido exclusivamente á poner á la vista las contradicciones y errores de la doctrina romana, no hablando del Espiritismo sino muy á la ligera. Esto nos autorizaria, en la opinion de los hombres pensadores, á rechazar la moneda falsa que Roma nos ofrece por oro de buena ley; mas no á afiliarnos á otra iglesia y sustituir con otras las primitivas creencias; y nosotros queremos dejar bien establecido que, si desde hoy renunciamos á algunas enseñanzas romanas y abrazamos la religion verdaderamente cristiana, no ha sido sin que precediese toda la reflexion, toda la madurez, todo el estudio necesario. Por otra parte, no solo el vulgo, sino tambien muchísimas personas de distin-

(1) A cuantos ansien poseer convicciones sólidas en materias religiosas, les recomendamos la lectura de los siguientes libros: «Dios en la naturaleza» y «Pluralidad de mundos habitados», por Flammarion; «Pluralidad de las existencias del alma», por Pezzani; «El Evangelio», «El Génesis», «El Cielo y el inferno», «El libro de los espíritus» y «El libro de los Medios», por Allan Kardec; «La razon del Espiritismo», por Bonnami; «Preliminares al estudio del Espiritismo», por Torres Solano; «Impresiones de un loco», por C. Bassois; «Un hecho, la Magia y el Espiritismo», por Villegas; «Exposición y defensa de las verdades fundamentales del Espiritismo», por Anastasio Garcia Lopez; etc.

guida ilustracion, tienen formado del Espiritismo un concepto estravagante, sin mas motivo que no haberse tomado la molestia de estudiarlo por sí mismos y creido con sobrada ligereza ajenas relaciones, inspiradas con frecuencia en la pasion y el interés: y este es un motivo más para que nos estendamos en algunas consideraciones que juzgamos oportunas, al objeto de destruir conceptos erróneos y prevenciones infundadas. A este fin presentamos á continuacion en frente unas de otras las enseñanzas espiritistas y las del catolicismo romano, con ánimo de compararlas y discurrir acerca de cuales merecen la preferencia.

Afirmaciones romanas.

Un solo mundo habitado: la Tierra.
Existencia única del hombre.
Suerte definitiva despues de la muerte.
Infierno eterno en absoluto.
Comunicacion entre el diablo y el hombre.

Afirmaciones espiritistas.

Pluralidad de mundos habitados.
Pluralidad de las existencias del hombre.
Reencarnacion de las almas.
Eternidad relativa de los sufrimientos del alma.
Comunicacion entre los espiritus superiores é inferiores y el hombre.

En muchos otros puntos difieren las dos escuelas; pero, conforme ya dejamos apuntado, no pretendemos ocuparnos de ambas con extension y hacer un estudio comparativo detallado, estudio que tal vez haremos más adelante. Hoy por hoy limitamos nuestra tarea á presentar á la vista del lector algunas de las razones que ponen de relieve la superioridad del cristianismo espiritista sobre el romano en sus diferencias esenciales más marcadas.

XVI.

Al escribir Moisés en el primer capitulo del Génesis, versículos 14 y 15, que Dios hizo los astros nada más que para lucir en el firmamento y alumbrar la tierra, expuso sencillamente la opinion vulgar de sus contemporáneos, y tal vez la suya propia, que, si como á legislador era ilustrada, no rayaba como astrónomo á tan distinguida altura. Vió que las estrellas lucian y alumbraban, y creyó sencillamente que el Sumo Hacedor las habia engastado en las superiores bóvedas para lucir y alumbrar. Tal como lo habia concebido, así lo escribió en el primero de los libros que compuso para recoger la tradicion y referir la historia de su pueblo.

A pesar de la afirmacion terminante de Moisés, es lo cierto que los astros fueron hechos por Dios para algo más que alegrar la tierra con su luz; y no nos cabe duda que habria el caudillo del pueblo hebreo opinado como nosotros, si hubiese sabido que más allá del firmamento rodaban millones de millones de lumbreras cuya luz no se acordaba de la tierra. ¿A qué fin puso Dios el infinito número de astros que se bañan en las inmensidades del éter al otro lado del firmamento de Moisés? Este nos dice que al objeto de alumbrar la tierra; mas como tal objeto no se cumple, fuerza es convenir, ántes que suponer un error de cálculo en el Legislador del universo, en que Moisés se equivocó.

La equivocacion del caudillo hebreo desaparece, sin embargo, si uno, en vez de atenerse á la letra, se fija en el espíritu, en el concepto que se desprende de los citados versículos. Subordinando todos los demás astros á la tierra, y ésta, en los versículos 28, 29 y 30,

al hombre, se sigue que las lumbreras del cielo habían sido hechas para enviar su luz á la humanidad, mejor que á nuestro planeta. De este modo, Moisés, divinamente inspirado, estableció una gran verdad, desconocida de él y de los hombres de su tiempo; pues no cabe duda que las estrellas, para alumbrar y dar vida á la humanidad han sido hechas.

Siendo esto así, y siendo no ménos cierto que el número de astros cuya luz no llega á la tierra sobrepasa infinitamente al de aquellos que vemos brillar en derredor, podemos en buena lógica, y autorizados en el Génesis, deducir que la humanidad no está limitada á los hombres que pueblan la superficie del planeta; que son muchos, muchísimos, innumerables los mundos habitados sembrados en el universo, y que toda la creación canta la gloria y la sabiduría de Dios, pues en todo él hay seres capaces de conocerle y adorarle.

Esta verdad la confirmó el mismo Jesucristo cuando dijo: «Hay muchas moradas en la casa de mi padre (1).» ¿Qué casa y qué moradas son esas de que nos habla Jesús, sino el universo y los mundos que sirven de mansiones á los hombres, infinito el primero y digno de la inmensidad de Dios, y limitados los segundos como las criaturas á quienes sirven de moradas? Sólo la ignorancia podía imaginar que nuestro planeta, el pigmeo de los astros, miserable grano de arena en el espacio, mereciera la preferencia y el homenaje de los demás cuerpos celestes: sólo el orgullo del hombre de la tierra, acaso de los ménos elevados en la escala del progreso, pudiera atreverse á fijar límites á la creación suponiendo reducida en él toda la humanidad.

Como era de esperar, la ciencia está de acuerdo con las palabras de Jesús y con el pensamiento que expresó Moisés sin penetrarlo. La mirada del astrónomo, salvando distancias enormes con auxilio del telescopio, se ha fijado en otros astros y ha visto en ellos

(1) San Juan, XIV, 2.

todas las condiciones de vida de que el nuestro se halla enriquecido: y puesto que sería ofender á Dios en su sabiduría suponer que pudo crear mundos con condiciones inútiles é innecesarias, resulta una vez más demostrado que no es la tierra la única morada de los hombres.

Moisés, Jesucristo y la ciencia atestiguan la pluralidad de mundos habitados; de consiguiente, los que afirman otra cosa, pecan contra la ciencia, contra el Evangelio y contra el Génesis.

XVII.

Al decir de Roma, las almas son creadas en el instante mismo de empezar su existencia en los cuerpos que han de ser los instrumentos de su bienaventuranza ó perdición. Viven un corto número de años bajo su envoltura material, y al emanciparse del cuerpo con la muerte, son sumergidas en el infinito para cantar eternamente las alabanzas de Dios ó para blasfemar eternamente.

Analicemos estas afirmaciones al resplandor de la razón. Si el alma pasa, en virtud del soplo divino, del *no ser* al *ser* en el momento de penetrar en el cuerpo ¿cómo se concibe la parte de responsabilidad que se le asigna en el supuesto pecado originario de nuestros primeros padres? ¿Por qué vía de justicia, por qué impenetrable misterio se le imputa una falta que se cometió cuando aun no había salido de la nada? ¿Será, por ventura, que el Hacedor Supremo no crea las almas, sino que las forma de una sustancia contaminada en su primera manifestación individual?

Todos los hombres, se dice, estaban contenidos en el primero. ¿Cómo? ¿Corporal ó espiritualmente? Lo

primero es un error evidente, habida consideracion á que el organismo del hombre se renueva en términos que nada le queda al anciano del cuerpo que poseyó en los primeros dias de su vida; y lo segundo, el mismo catolicismo romano lo rechaza, cuando establece que Dios crea sucesivamente las almas.

Pero aun suponiendo que hubiese en el primer hombre el principio generativo, y algo orgánico que se ha trasmitido por la generacion á los demás, no deja por esto de ser menos inconcebible la trasmision del pecado original. El único responsable de los actos que proceden de malicia es el *yo*, el ser inteligente y libre, el alma; y por tanto, el responsable del primer pecado es exclusivamente el alma que lo concibió y cometió (1), y de ningun modo las almas que ni estuvieron presentes ni pudieron contribuir á cometerlo.

Hay más todavía. La mancha original, segun afirma la iglesia de los papas, queda perfectamente borrada con el agua del bautismo. El hombre, despues de recibido el sacramento, resta puro é inmaculado, de suerte que si en aquel feliz instante desaparece del número de los vivientes, su alma se eleva sin tropiezo á los pies de su Criador. Ahora bien; si el bautizado se ha desprendido del pecado hereditario ¿por qué nuevo misterio lo trasmite á sus hijos y sucesores? ¿En virtud de que nueva ley traspasa y lega á sus herederos un vicio, una lepra, una deuda que habia oportunamente saldado? Y si se heredan las consecuencias de la primera falta, que no por ser la primera deja de ser de la misma naturaleza que las otras ¿por qué no heredamos las consecuencias de la segunda y tercera?

Dejemos á un lado responsabilidades absurdas é inconcebibles en la justicia de Dios, y estudiemos lo que puede significar el pecado original en el terreno

(1) El alma que pecare, esa morirá: el hijo no llevará la maldad del padre, ni el padre la del hijo: la justicia del justo sobre él será, y la impiedad del impio sobre él será. Ezechiél, XVIII, 20.

filosófico, ya que la religion romana le da una interpretacion á todas luces errónea. Que el hombre viene al mundo con algun vicio anteriormente contraido, no es lícito ponerlo en duda, y mucho ménos negarlo: con grandes caractères aparece escrito en el organismo humano y en cada una de las manifestaciones del alma. Los sufrimientos físicos y morales no merecidos por actos de la vida presente, la miseria, los infortunios, las enfermedades, el idiotismo, la locura ¿qué son, que pueden ser dentro de la justicia de Dios, sino pruebas harto claras de que el espíritu viene á la lucha de la vida con heridas recibidas en anteriores combates? ¿Qué pueden ser sino consecuencias y resabios de extravios y errores propios preexistentes en el alma? Y pues no es posible concebir la culpa sin el culpable, preexistiendo la primera, la preexistencia del segundo queda igualmente establecida y fuera de toda duda.

Reasumamos. El hombre no es responsable de pecados en que no ha intervenido personalmente por su libre voluntad: luego la teoria de la iglesia romana respecto á la trasmision del pecado original es evidentemente errónea.

La vida es una demostracion palmaria de que el hombre viene al mundo con responsabilidades innatas: luego el alma humana, á quien se hace efectiva dicha responsabilidad, es preexistente á su union con el cuerpo.

Resulta que además de la vida presente, de la existencia actual, el hombre ha debido tener otras existencias solidarias, en cada una de las cuales el alma aporta la responsabilidad de las faltas cometidas en la anterior y los resabios de sus flaquezas y extravios; existencias de prueba, de reparacion y purificacion, destinadas á conducirla de etapa en etapa á la perfeccion y á la felicidad por sus merecimientos y virtudes.

XVIII.

Veamos ahora las consecuencias que, de aceptar la suerte definitiva del alma despues de la muerte, se derivan; y si estas consecuencias son ofensivas á la justicia y á la misericordia de Dios ¿puede un hombre verdaderamente cristiano no rechazarlas, y con ellas su fundamento?

En Dios no hay acepcion de personas (1), dice el Apóstol de las gentes: todos los hombres son iguales en su presencia, y cada uno recibe el fruto de sus obras. Esta doctrina, que es la del siglo apostólico, la de los primeros días del cristianismo, en que se respiraba en toda su pureza el divino soplo de la predicación de Jesús, es de todo punto incompatible con el destino definitivo de las almas despues de una sola existencia temporal. Que á los ojos de Dios no hay distinciones de personas, el entendimiento lo ve con claridad, porque no puede haberlas en su justicia infinita, y en Dios no se concibe contradiccion: que las habria si la suerte del hombre quedase definitivamente resuelta despues de la muerte, es lo que nos proponemos brevemente demostrar.

En la conducta de cada uno influyen poderosamente una multitud de concausas. La edad, el sexo, el temperamento, las inclinaciones naturales, la salud, el país en que se nace, la educacion, el talento, la posicion social y otras mil condiciones ó circunstancias contribuyen á formar la moral del individuo y á decidir con frecuencia su voluntad. Dichas concausas establecen tal variedad entre los hombres, que bien podemos

(1) San Pablo á los Colossenses, III, 25.

afirmar, sin temor de equivocarnos, que no hay dos en condiciones de existencia perfectamente idénticas en todo el género humano.

El principio de tan notorias desigualdades entre los hombres no debemos en manera alguna atribuirlo á Dios; pues seria tanto como atribuirle la acepcion de personas de que habla el Apóstol, y de aquí la arbitrariedad y el capricho. ¿Cómo remontarnos hasta el Ser Supremo, al inquirir la causa de la desigualdad de condiciones, sin atentar á su justicia? ¿Por qué unas criaturas mueren en edad en que no han podido contraer méritos ni responsabilidades, al paso que otras viven largos años y se hacen acreedoras á castigos ó recompensas? ¿Por qué ha de haber afortunados que nazcan dentro del gremio católico, por ejemplo, y desdichados que vengan á la vida en tierra infiel, predestinados los primeros probablemente á gozar del cielo y los segundos á aumentar el número de las almas condenadas? ¿Cómo se explica que unos sean naturalmente inclinados á la práctica del bien y lo hacen sin esfuerzo, mientras otros no pueden obrarlo sin oponerse con violencia á la corriente de sus inclinaciones que los empujan al mal? ¿Por qué se niega á la generalidad de los hombres el talento que se concede á unos pocos, si ese talento es una antorcha luminosa para conocer á Dios y las leyes de su voluntad soberana? ¿Por qué la miseria, la baja condicion, la fealdad, las deformidades, la falta de salud, la humillacion y los sufrimientos morales de un lado; y de otro la abundancia, la elevacion social, la hermosura, la robustez, la gloria y la tranquilidad de espíritu? No, no puede ser Dios el autor de tamañas desigualdades; porque las imperfecciones no proceden de la perfeccion infinita. Nuestro nacimiento no es otra cosa que la continuacion de nuestra perfectibilidad, y un efecto del grado de progreso que en méritos de nuestra libertad hemos alcanzado. Venimos al mundo á recoger el fruto de las semillas sembradas en anteriores existencias, y á sembrar de nuevo para la vida del porvenir: nos-

otros somos, de consiguiente, y no Dios, la causa de la diversidad de las condiciones humanas. El alma, al desprenderse de su envoltura corporal, recobra la memoria de su pasado, momentáneamente perdida; mira el camino recorrido, y presiente el que le falta aún por recorrer; estudia sus errores; examina sus impurezas; mide su debilidad y su fuerza, y busca en una serie de reencarnaciones los medios de purificarse, de reparar el mal hecho, de rectificar su falso juicio y de aproximarse á su sapientísimo y bondadoso Padre, que á lo lejos la espera como contristado para recibirla en su seno.

¡Cuán esplendorosa brilla de este modo la justicia de Dios sobre la tierra! El hombre es hijo de sus propias obras, y las diferencias humanas hijas del uso de la libertad individual. Renacen la paz y la esperanza en los corazones, brota la verdadera piedad, revive la fe, y progresa el hombre y la humanidad progresa. Un suave murmullo de alabanza se eleva de la tierra al cielo; porque del cielo desciende un rayo de luz reparador, que disipa la oscuridad y el desaliento.

Y no se crea que la justa y consoladora teoría de las reencarnaciones sea exclusiva de estos tiempos y de la escuela espiritista: filósofos ilustres de la antigüedad la sustentaron; la proclamaron los profetas; el mismo Jesucristo la indicó; la prohijaron los Apóstoles (1), y posteriormente han continuado defendiéndola varios venerables doctores de la iglesia católica, y entre estos, algunos, como Clemente de Alejandría y Gregorio de Nicea, venerados en los altares cristianos. Un obispo francés, Monseñor de Montal, hablaba de las vidas anteriores del alma en una pastoral que publicó en 1843.

(1) En la tercera parte de este libro hallará el lector multitud de citas bíblicas en apoyo y confirmación de la teoría de las reencarnaciones del alma, como igualmente de las demás que constituyen lo esencial de la escuela espiritista.

XIX.

Vengamos al caballo de batalla del catolicismo romano, al dogma del infierno eterno, con que amenaza á los miserables mortales que se separan de la virtud y mueren impenitentes; dogma horrible, que, comenzando por infundir el desaliento, concluye por inspirar en las almas débiles la lógica de la desesperacion. El infierno romano, sustituyendo el amor con el temor, ha desnaturalizado por completo el genio del cristianismo; pues no cabe duda que, en el ánimo de los fieles, el dogma mas influyente es el de la eternidad de penas, que flota en los corazones muy por encima del sentimiento de amor y caridad, piedra de toque del cristianismo evangélico.

Ni en el Antiguo, ni en el Nuevo Testamento hallamos cosa alguna que se parezca á esa maldición eterna que Roma pone en los labios de la Bondad y de la Misericordia ilimitadas. Hallamos sí severísimas amenazas, pero que no cierran jamás la puerta al arrepentimiento y á la rehabilitacion. El lenguaje de las Escrituras es con frecuencia hiperbólico, especialmente en las conminaciones de castigos, en razon á que los corazones á quienes iban dirigidas no se ablandaban ni movian con facilidad; y á esto sólo debemos atribuir la aplicacion de la palabra *eternidad* tratándose de los sufrimientos espirituales. En el versículo 6, cap. VI de la Epístola á los Hebreos, S. Pablo afirma ser *imposible* la rehabilitacion del que ha caido despues que hubiese sido una vez iluminado; y no obstante, los comentaristas dan al vocablo *imposible* la significacion de *difficil*. ¿Por qué si *imposible* quiere significar *difficil*, *eterno* no ha de significar *muy duradero*?

Ninguna falta puede el hombre cometer cuyas con-

secuencias sean eternamente permanentes: es limitado, y límites, de consiguiente, ha de tener todo lo que de su naturaleza emane.

A esto oponen los que defienden la eternidad del infierno, que, si bien es verdad que los pecados de los hombres no tienen de parte del pecador el carácter ó sello de infinidad, lo adquieren con respecto á la entidad á quien ofenden, que es una entidad infinita.

¡Estraña manera de discurrir! ¿No sería mas lógico sentar que cuanto mas pequeño sea el ofensor menor es la importancia de la ofensa, y que, siendo infinita la distancia que los separa, no hay ni puede haber ofensa de la criatura al Criador? La iglesia define los pecados mortales diciendo que son ofensas graves, y los veniales ofensas leves contra Dios; mas ¿cómo se conciben ofensas leves, siendo el ofendido Dios, si hemos de juzgarlas no con respecto al ofensor, sino en relacion al ofendido? Aceptando la lógica romana, si castigo eterno merecen los pecados que se califican de mortales, castigo eterno merecen los veniales; pues unos y otros son, á su decir, ofensas inferidas á un Ser eterno é infinito.

El Espiritismo no puede concebir la existencia de un Dios injusto, iracundo y vengativo, y niega por ende la eternidad de penas entendida en su acepcion rigurosa y absoluta, admitiéndola únicamente en un sentido relativo, en el sentido de que la purificacion ha de ser tan duradera como la impureza y la expiacion tan intensa como la malicia de la falta.

Terminaremos este párrafo con las siguientes palabras de Isaías: «No castigaré eternamente, y mi rigor tendrá fin; porque de mí han salido los espíritus y yo he creado las almas (1).»

(1) Isaías, LVII, 16, según la Vulgata.

El dogma del infierno viene magistralmente tratado en la comunicacion número 23, inserta en la segunda parte de este libro. Recomendamos muy eficazmente al lector la lectura de dicha comunicacion.

XX.

A muchas personas, más ó menos enteradas de las doctrinas espiritistas, las hemos oído decir y repetir: «¡Lástima que el Espiritismo acepte la comunicacion entre el mundo de los espíritus y el mundo de los encarnados! Sin este lado ridiculo y fantástico, seria indudablemente la mas aceptable de las teorías religiosas; porque es la más racional, la más consoladora y la que mejor explica las relaciones de lo visible y corpóreo con lo invisible y espiritual.» Los tales pertenecen al número de los que blasonan de despreocupados, y temen la calificación de crédulos ó supersticiosos si transigen con la comunicacion de los espíritus.

Otros, y estos son la generalidad de los católicos, admiten el hecho de la comunicacion; pero, en lugar de considerarla como una enseñanza provechosa permitida por Dios y dada por espíritus de todas las categorías en la escala del progreso, la atribuyen á la intervencion maléfica del espíritu de las tinieblas, partiendo del supuesto que ni los bienaventurados desde el cielo, ni las almas de los que temporalmente sufren desde el purgatorio, ni los condenados desde la mansion del dolor, pueden comunicarse con los mortales. De esta permision, á su decir, sólo disfruta el diablo, para hacer á los hombres la zancadilla y llevárselos á las hogueras inferiores, como si dijéramos, á la inquisicion eterna.

Y otros, por último, los materialistas, niegan rotundamente la comunicacion espiritista, como todo lo que aparece de carácter extranatural y fuera del alcance de los sentidos, y la atribuyen á causas puramente mecánicas aunque desconocidas, á la alucinacion ó á la superchería.

La comunicacion espiritual, sancion de los principios que constituyen el credo del Espiritismo, pues faltando ella carecerian de autoridad y no se elevarian de la esfera de las hipótesis humanas, es la continuacion de la revelacion divina, sin cuyo auxilio jamás la humanidad hubiese alcanzado la idea de Dios y el conocimiento de sus deberes morales y de sus futuros destinos. Necesaria la revelacion al progreso de las sociedades, debía venir y ha venido de lo alto en todos tiempos en la medida de las necesidades humanas y del estado de cultura y perfeccionamiento de las almas. La ciencia y la ley moral vienen de Dios; y por tanto, la humanidad, sin la revelacion, ni habria podido dar un paso en las vias de la ciencia, ni producir un código de moral que mereciese de los hombres un mediano respeto.

Ó es preciso ir con los materialistas á la negacion de Dios y de la supervivencia individual del espíritu, ó convenir en la posibilidad y en la realidad de la comunicacion espiritual. Convenir en la posibilidad; porque, si los espíritus, encarcelados y sujetos dentro de la grosera envoltura del cuerpo, se comunican, no obstante, sus pensamientos, ¿con cuánta mayor facilidad podrá comunicar los suyos el espíritu, rotos los lazos que le habian cohibido y ofuscado? Y convenir en la realidad; porque, además de venir la comunicacion autorizada con el testimonio de los hombres, es, conforme lo hemos razonado, un hecho necesario, y lo que es necesario infaliblemente sucede.

Apénas si merece los honores de la refutacion el supuesto que atribuye al diablo, y esclusivamente al diablo, la comunicacion espiritual. Aun dando de barato que el diablo fuera una entidad real, una personalidad, y no un mito alegórico, seria una blasfemia suponer que Dios ha de consentir una influencia maléfica sobre las criaturas y negarles la bienhechora influencia de los espíritus de luz. No existiendo entre el hombre y los espíritus otra comunicacion que la diabólica ¿á qué conducen las oraciones á los santos, tan

eficazmente recomendadas por la iglesia? ¿Era el diablo el espíritu que inspiraba á los profetas, el que ponía en movimiento la pluma de Isaías (1), el que envió á Juan (2) á bautizar en agua diciéndole al propio tiempo cómo reconocería á Jesús? ¿Es el espíritu maligno el que Jesucristo promete (3) á los que espíritu pidieren á su Padre? ¿Son asimismo demonios el espíritu que saludó á María, el que hablaba por boca de Estéban (4), el que conversó con Pedro y con el centurion Cornelio (5) y el que inspiró á Agabo (6)? Refiriéndose Pablo, el Apóstol de los gentiles, á las comunicaciones de espíritu (7) en su carta á los Philipenses ¿aludia por ventura á comunicaciones infernales? «Carísimos—dice San Juan en la primera de sus cartas (8)—no queráis creer á todo espíritu, mas probad los espíritus si son de Dios:» confirmacion terminante y explícita de la posibilidad y realidad de la comunicacion recíproca de los espíritus en sus diversos grados y los hombres.

La comunicacion espiritista ha sido y continúa siendo un hecho constante testificado por las Escrituras y por millares de hombres de todos los tiempos y de todos los paises. ¿Cómo se verifica esta comunicacion? Lo ignoramos; pero esta ignorancia no destruye el hecho. Y lo ignoramos, porque desconocemos la naturaleza del cuerpo espiritual de que habla San Pablo en su carta primera á los Corinthios (9). Si la comunicacion espiritista fuese, como los materialistas creen, resultado de una alucinacion, que no se explica siendo tan general, aun así veriamos en ella la accion

(1) Isaías, VIII, 1.

(2) S. Juan, I, 33.

(3) S. Lucas, XI, 13.

(4) Hechos de los Apóstoles, VI, 9 y 10.

(5) Hechos de los Apóstoles, XI, 19 y 22.

(6) Hechos de los Apóstoles, XI, 28.

(7) Cap. II, 1.

(8) Cap. IV, 1.

(9) Cap. XV, 44.

providencial de la Divinidad; pues no puede ser sino de origen divino una alucinación que eleva las almas por el cumplimiento del deber.

XXI.

Comenzamos nuestros estudios acerca del Espiritismo con la resolución de abandonarlos, si en el camino de nuestras investigaciones teórico-prácticas se atravesaba algún principio opuesto á la moral evangélica, baluarte firmísimo de nuestras creencias religiosas. Envueltos en el tenebroso torbellino que nace de la discordancia de la fé con la razón, quisimos arrojar de nosotros la túnica emponzoñada de la duda y buscar la paz de los corazones creyentes; mas esto sin salirnos del Evangelio, monumento imperecedero de la verdad revelada. Y ¿cuál ha sido el resultado, cuál el fruto recogido en la escursión realizada? El presente trabajo lo revela bien claramente: hemos renunciado por completo á la fé que no puede soportar el peso de la investigación, y conquistado, en ventajoso cambio, profundas convicciones y la confianza que inspira la certeza de haber hallado las huellas de la verdad. Seremos débiles, seremos fáciles á las seducciones de la concupiscencia y del orgullo; pero no podemos dejar de consignar que el Espiritismo es un regulador eficaz de las costumbres y un poderoso incentivo de todos los buenos sentimientos.

No se oponen, no, las doctrinas espiritistas á la moral predicada por el Hijo del artesano; ántes vienen á ofrecerla en toda su pureza y espresion, desnuda de aquellas innovaciones humanas que la han desnaturalizado y corrompido. Registrando las predicaciones de Jesús y de los Apóstoles, capítulo por ca-

pítulo, versículo por versículo, hemos visto en ellas con toda claridad una perfecta concordancia con todo lo fundamental del Espiritismo, y una discordancia no ménos perfecta con muchos de los dogmas del pasado. En esta alternativa ¿á quién debemos seguir? ¿al papa ó á Jesucristo? ¿A los obispos del siglo diez y nueve ó á los Apóstoles del primer siglo? ¿A Roma, que condena, ó á Jesús, que no vino á condenar sino á salvar (1)? La eleccion no es dudosa: sin vacilar nos acogemos á la bandera de Cristo: á su sombra esperearemos el cumplimiento de las divinas promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los que mora la justicia (2). Abrazados á ella, arrostraremos las provocaciones, los insultos, las injurias, las amenazas, los odios y las persecuciones, pidiendo á Dios, que nos ha de juzgar á todos, tesoros de caridad y amor para saber perdonar aun á nuestros enemigos.

Mas ¿por qué nos han de odiar y perseguir? ¿Somos acaso los responsables de las convicciones adquiridas pidiendo á Dios luz y protección? ¿Alzamos por ventura algún pendón de exterminio? Los que no querais venir á nuestro lado, inspiraos en sentimientos cristianos; no nos persigais: que si el Espiritismo viene de los hombres, por sí mismo sucumbirá; y si su origen es divino, en vano intentarais oponeros al torrente invasor de la voluntad de Dios.

Somos espiritistas en Cristo, y nuestros deberes en Cristo son la predicacion de la verdad y la práctica del amor. En cumplimiento de este deber, para nosotros sagrado, venimos hoy á decir á nuestros hermanos que nos lean: No ridiculiceis, no rechaceis el Espiritismo sin estudiarlo; no desprecieis la nueva revelacion que baja de las alturas, y en ella descubridéis la medicina de vuestros males y de las enfermedades que corroen las entrañas de la sociedad

(1) S. Lucas, IX, 56.

(2) Epist. II de S. Pedro, III, 13.

moderna. Venid con nosotros, os lo suplicamos; y os lo suplicamos porque sois nuestros hermanos y queremos vuestro bien y vuestra felicidad. Venid los despreocupados, y no temais tropezar con supersticiones ridículas; venid los católicos sinceros, que el demonio no alberga en los réales de la caridad y de la adoracion al Ser Supremo; venid los materialistas, y si buscáis de buena fe las pruebas de vuestro error, pruebas tendréis con que llenar el vacío en que miserablemente os agitaís.

¡Cuán largos, cuán tristes y negros son los días en que la duda se apodera del alma, y la hostiga y la tortura con la amenaza de un porvenir sumido en la horripilante confusion de *la nada*! Los sentimientos, la voluntad, la conciencia, el juicio, todas las fuerzas vivas del espíritu se sublevan; sienten horror al vacío, á la negacion, y buscan en la tierra, en el espacio, en los cielos, donde quiera que ven brillar una pequeña chispa luminosa, la afirmacion de su sér y de su inmortalidad. Consulta entónces el hombre á sus semejantes; mas ¿dónde hallar una autoridad infalible? Inquiérese la ciencia; pregunta á la religion; pero la religion y la ciencia se destruyen mutuamente, y esta confusion aumenta las dudas del espíritu. A las noches de insomnio suceden los días de ansiedad y zozobra; y la salud se quebranta; y huye la paz del corazón; y se pierde por último la dichosa actividad del bien, que necesita del estímulo de la esperanza y del incentivo de la fè.

Tambien nosotros, cual más cual ménos, hemos pasado por estas sirtes del espíritu, por estas scilas y caribdis de la duda y del temor. Por lo mismo, y porque hemos experimentado las suaves dulzuras que penetran en el alma con las doctrinas que el Espiritismo profesa, llamamos á nuestro lado á los enfermos, á los que llevan la cruz del infortunio, á los que corren desalados en pos de las verdades psicológicas, á las frágiles barquillas humanas que se sienten impotentes para resistir y triunfar en el oleaje de la vida.

Mas, á fin de que los que quieran venir, sepan de antemano y á ciencia cierta á donde van, les espon-dremos con precision nuestro credo, que no teme la luz, ántes bien la busca y la desea. Tal vez mañana todos los verdaderos espiritistas se verán en la necesidad de hacer otro tanto, para desenmascarar á los falsos, que se cubrirán de apariencias al objeto de sembrar la discordia y la zizaña, y minar el puro cristianismo que al presente se levanta sobre las ruinas del cristianismo de los papas.

He aquí ahora la espresion de nuestra fé:

CREEMOS en Dios, único, omnipotente, sapientísimo, infinito en perfecciones, causa del universo.

CREEMOS en la existencia é inmortalidad del alma espiritual, y en su perfectibilidad progresiva por los merecimientos.

CREEMOS en las recompensas y expiacion de los espíritus en justísima proporción con la bondad ó malicia de sus actos libremente realizados.

CREEMOS en la pluralidad de mundos habitados y de existencias, como espresion lo primero de la sabiduría de Dios, y medios lo segundo de purificacion de las almas y de reparacion de las faltas cometidas.

CREEMOS en la salvacion final de todo el género humano.

CREEMOS en la divinidad de la mision de Jesucristo, y en la redencion de los hombres por el cumplimiento de los preceptos evangélicos.

NUESTRA MORAL es la caridad; NUESTRA RELIGION, el Evangelio; NUESTRO MAESTRO, Jesucristo.

CREEMOS, con Jesús, que toda la ley y los profetas se reducen al amor de Dios y al amor de nuestros semejantes.

CREEMOS, por último, en la comunicacion espiritual, como necesaria al progreso de la humanidad y prueba de la soberana Providencia, que vela incesantemente sobre las debilidades de los hombres.

doctrinas cristiano-espíritistas en quien lo emprende instado del deseo de investigar el camino de la verdad religiosa. Penetran suavemente en la razón, la conciencia las acoge sin obstáculo y la voluntad las acaricia con entusiasmo y dulzura. A la influencia bienhechora de su luz huyen avergonzadas las dudas, desaparecen las contradicciones y brotan torrentes de consuelo y armonía. Es la fe, triunfante de la negación; es el éter, es la esperanza, es la realidad, llenando los abismos del vacío; es Dios, que se levanta esplendoroso del seno del universo inundándolo todo con su amor.

¡ Benditas las horas que á tan saludable estudio hemos consagrado! Porque en esas horas el corazón siente á Dios, y el alma respira á Dios, y la voluntad busca á Dios y lo halla en todas partes: en el soplo de los céfiros, en el bramido del huracán, en el canto del pajarillo, en el silbido de la serpiente, en la oscuridad, en la luz, en el gusano, en el hombre, en la tierra y en los cielos. En esas horas el espíritu recobra la paz y la libertad, y cerniéndose sobre las miserias de la vida eleva sus miradas en la dirección que el genio del bien le señala con el dedo.

II.

Admitidas la posibilidad y necesidad de la revelación, de la comunicación de pensamientos entre los espíritus libres y los hombres, nuestro estudio habría sido incompleto, si, mientras sujetábamos al crisol de la razón los principios de la escuela espíritista, hubiésemos olvidado lo más importante de ella, la parte experimental. Léjos de esto, aspirábamos á la confirmación práctica de las teorías por los hechos, bus-

SEGUNDA PARTE.

LA RAZÓN Y LA FÉ ILUSTRADAS POR LA REVELACIÓN.

I.

Como el rocío de la noche reverdece las plantas agostadas al ardiente beso del sol capicualar, así revivían nuestras esperanzas, mustias y abatidas, á medida que nos sumergíamos en el reparador ambiente de las creencias verdaderamente cristianas. Nuevos y dilatados horizontes se abrían á nuestra admiración, y el alma, libre, y con la libertad gozosa, volaba de horizonte en horizonte, hasta vislumbrar el misterioso punto en que la tierra se junta con el cielo. Prófugos, en cierto modo, de la casa paterna y voluntariamente desterrados de nuestro país natal, respirábamos otra vez las queridas brisas del hogar y de la patria, pero enriquecidas de salud y de perfumes. Salidos del cristianismo romano, volvíamos al cristianismo, mas al cristianismo en su consoladora pureza, llevando un tesoro inagotable de convicciones y de fé.

Tal es el resultado que produce el estudio de las

cando en ellos el complemento necesario de la fé, que iba ganando terreno en nuestros ánimos.

Y ese complemento vino, porque la revelacion ó comunicacion espiritual es necesaria á toda la humanidad, y el Ordenador del universo no la ha vinculado en determinadas clases ni se trasmite por herencia entre los individuos. Desde el instante en que el corazon afligido eleva sus ruegos pidiendo á Dios sabiduría, sus palabras llegan á lo alto y son oídas, y Dios envía espíritus de consejo (1). «Me buscaréis, y me hallaréis,—dice el Señor,—cuando me buscaréis de todo vuestro corazon»(2). En su presencia no hay privilegios ni escluye á nadie de sus dones: á todos nos hace igualmente partícipes de los bienes que con abundante mano derrama sobre los hombres.

La revelacion es siempre progresiva y acomodada al estado y necesidades de la humanidad: sus fases son tan variadas como las del género humano en la sucesion de los siglos. Cae la lluvia y fecunda la tierra, y vuelve á caer para continuar fecundándola. Ni Moisés, ni los profetas, ni Jesucristo dijeron todo lo que podian haber dicho: cada uno habló segun su tiempo, y segun lo que podian soportar las generaciones de su tiempo. El exceso de luz ciega como la carencia absoluta de ella. Por esto los profetas hablaron diferente de Moisés, y Jesucristo diferente de los profetas. Moisés hablaba con el castigo, los profetas con la amenaza y Jesús con la promesa y el amor.

Hoy la revelacion es una grande avenida, cuyas aguas invaden la tierra de uno á otro confin. Las profecias de Isaías y Joél (3) se cumplen á la letra, y los espíritus derramándose sobre toda carne, sobre todo linaje de hombres, declaran la verdad de la supervivencia espiritual y la voluntad del Señor. Los errores

(1) Daniel, X, 12.

(2) Jeremias, XIX, 13.

(3) Isaías, XXXII, 15; Joél, II, 28.

religiosos, algunos de ellos derivados de antiguas alegorías mal interpretadas, han desquiciado de tal modo las creencias, hasta tal extremo han sembrado el desconsuelo, la duda ó la negacion, que han hecho necesario el cumplimiento de aquellas profecias y la venida del Consolador, del Espíritu de verdad, prometido por Jesucristo (1) para restablecer todas las cosas. Solamente el Espíritu de verdad podria ya salvar el mundo moral de un naufrágio que parece inevitable.

III.

No pasó mucho tiempo en ensayos, que no obtuviésemos pruebas fehacientes de la verdad de la comunicacion espiritista. Varios de los que hoy son individuos del Circulo lograron pronto resultados más ó menos importantes, los suficientes para adquirir la necesaria conviccion. Estos ensayos se repitieron con el mejor deseo por algunas familias formales en la confianza del hogar, y actualmente son varios los mediums escribientes de uno y otro sexo, que practican con fruto la mediumnidad en una capital donde apenas ni de nombre era conocida (2).

Ya desde los primeros experimentos tuvimos ocasiones de observar que la comunicacion no estaba exenta de contradicciones y peligros. Vaticinios frustrados, promesas no realizadas, afirmaciones desmentidas, inexactitudes, lijerezas y vaciedades no faltaron, y aun tal vez nos habrian hecho vacilar y desistir, si no hubiésemos visto en el fondo de todo la realidad

(1) S. Juan, XIV, 16, 17, 26; XVI, 7 y 13.

(2) Se aplica el nombre de *medium* á la persona que sirve de instrumento de comunicacion á los espíritus.

de un hecho digno de ser estudiado, y al lado de comunicaciones de aquella indole otras, por todos conceptos, respetables.

Poseíamos el hecho, y nuestro deber era estudiarlo y evitar, si posible fuese, sus inconvenientes. No nos fué difícil comprender que la diversidad y contrastes de las comunicaciones eran naturales y lógicas, como reflejo de la diversidad intelectual y moral de los espíritus libres. El espíritu no adquiere por el mero hecho de su emancipacion del cuerpo el conocimiento de todas las cosas ni se desprende de todas sus impurezas: goza sí de alguna mayor lucidez; pero conserva las inclinaciones, los sentimientos y en cierto modo los hábitos contraídos dentro de su envoltura corporal. Es un ser progresivo, y no realiza sus transformaciones bruscamente, sino de un modo armónico y por una sucesion graduada. Esto es lo aceptable y filosófico, aun cuando no lo hubiese hecho evidente el Espiritismo. La diversidad que se observa entre los hombres no es menor en el mundo de los espíritus; y por lo mismo, las manifestaciones individuales de los seres de ultratumba varían hasta lo infinito, como las manifestaciones individuales de los hombres. El espíritu se manifiesta en la comunicacion docto, prudente, bondadoso, veraz, profundo, grave, discreto, virtuoso, ó ignorante, ligero, malévolo, falso, superficial, atolondrado, ridículo, maldiciente, segun el grado de su cultura intelectual y moral.

Lo que interesa, pues, es esquivar las comunicaciones que no producen, moralmente hablando, ningun bien, y que no pueden proceder sino de espíritus superficiales ó malévolos. La esperiencia nos enseñó que con prudencia y buen deseo se sortean con facilidad esos escollos, en que no pocos tropiezan y zozobran por no dar al empleo de la mediumnidad aquella importancia que merece. La falta del conveniente respeto, las pretensiones estremadas, la curiosidad, el amor propio y el egoismo se pagan frecuentemente recogiendo contradicciones, chascos y necedades. Y como quitada la

causa desaparece el efecto, las comunicaciones frívolas, insustanciales é infructuosas dejan de repetirse en cuanto dejan de provocarse por falta de la necesaria preparacion, ó por otros motivos fáciles de adivinar.

El mismo desarrollo de las comunicaciones, aun de las que conviene evitar, instruye en gran manera á los que de sus enseñanzas saben oportunamente aprovecharse; pues siendo la comunicacion, por punto general, un fiel reflejo de las buenas ó malas disposiciones de los que la solicitan, de su mayor ó menor elevacion é importancia podrán colegirse todas aquellas consideraciones que aviven el estímulo ó sirvan de correctivo. Es preciso estudiar, como aconseja el evangelista San Juan, si son de Dios los espíritus que se comunican, ó lo que es lo mismo, si sus instrucciones llevan el sello de la moral evangélica; y de no ser así, suspender la comunicacion y disponerse dignamente para obtenerla con provecho. Cuando los espíritus falaces ven que sus insinuaciones engañosas son conocidas y repetidamente despreciadas, se retiran, y dejan el puesto á otros superiores, á quienes atrae el buen deseo de los que buscan en las enseñanzas espirituales la verdad y la virtud.

IV.

La comunicacion espiritual es un acto de tanta gravedad y trascendencia, que ningun otro puede en la vida del hombre comparársele. Por su medio vamos en pos de la verdad psicológica y de la felicidad, y ambos objetos se elevan demasiado sobre cualquier otro que pueda e hombre proponerse, para que sea necesario encarecerlos. Es el telescopio que pone al alcance de nuestra vista el mundo donde seremos trasladados despues de

la presente peregrinacion, y nos hace conocer la suerte que podemos prometernos como fruto de nuestras obras. Por la comunicacion, la misericordia del Altisimo corre el lienzo que nos ocultaba el porvenir, nos envia un rayo de su benéfica luz y nos alienta y fortalece.

El que juega con la comunicacion como con una cosa liviana y baladí, se condena á verse defraudado en aquello en que podia depositar las más seguras esperanzas. No se prometa de ella ni consuelos, ni convicciones, ni consejos útiles, ni acrecentamiento de virtudes, ni nada que pueda contribuir á su felicidad; ántes muy al contrario; será en sus manos á manera de una arma peligrosa en poder de un niño atolondrado, un raudal de ofuscacion y un manantial de decepciones.

¿Cuál es el fin que debemos proponernos por la comunicacion? Este punto es esencialísimo, y lo recomendamos eficazmente á cuantos se entreguen al estudio de la filosofia espiritista. Tal vez no ha sido aun bastante meditada, ó si lo ha sido, no es comun hacer en la práctica las aplicaciones convenientes. Se da todavía demasiada importancia á los fenómenos físicos, al hecho material de la comunicacion, en perjuicio de la moralidad del acto, que debe ser la guía y el objeto. Por esto las reuniones espiritistas revisten aún á los ojos de la multitud cierto aspecto ó carácter teatral y fantástico, del todo extraño á la atractiva magestad de las doctrinas evangélicas. Todo lo que no sea procurar por medio de la comunicacion el mejoramiento de las costumbres, empezando por la reforma de las propias, es divagar y profanar una gracia de inapreciable estima, que cesará con el mal uso.

Somos discípulos reciénvenidos á la escuela espiritista y no alentamos ni alentaremos nunca la pretension de constituirnos en maestros de sus luminosas enseñanzas. Pero somos discípulos llenos de buenos propósitos, de convicciones y de fé, é invocamos este título á fin de que se comprenda que nuestras observaciones arrancan de un buen deseo y van dirigidas á remover los obstáculos que pueden retardar por más ó ménos tiempo el triunfo del Cristianismo.

V.

¡Si seremos víctimas de una alucinacion, de una ilusion de la esperanza, de un espejismo mental, de un error con máscara de verdad!..... Cien veces nos ha ocurrido esta reflexion, y otras tantas la realidad ha desvanecido nuestras dudas. La comunicacion espiritual es un hecho nos decia la pluma que la mano ponía en movimiento sin el concurso de la voluntad; la comunicacion espiritual es un hecho añadia el testimonio de miles de hombres con autoridad irrecusable; la comunicacion espiritual es un hecho añadian el Antiguo y Nuevo Testamento. ¿Podemos por ventura sospechar que se hayan puesto de acuerdo, para seducirnos y engañarnos, el testimonio de los sentidos, la autoridad humana y las Sagradas Escrituras?

Es tan poco lo que el hombre conoce de las leyes y naturaleza de los seres, que camina completamente á oscuras ó poco ménos por la senda de su progresivo desarrollo. Su ignorancia le hace suspicaz, y se resiste á dar acogida á las verdades que no caben en la estrechez de su cerebro. Un débil rayo de luz le ciega, y niega la luz hasta tanto que logra dominarla y acostumbrarse á ella. Ve los astros, y juzga que son miserables farolillos pendientes de una techumbre firme y sólida. ¡Ay del primero que se atreverá á descolgarlos del firmamento, á redondear la tierra y arrancarla del centro del universo! Pero las verdades se imponen, aun á pesar de la ignorancia del hombre, y llega un tiempo en que este las admira con entusiasmo, despues de haberlas rechazado con desprecio.

Lo que ha sucedido con las leyes cosmológicas, con la electricidad, con el magnetismo, en una palabra, con cada uno de los progresos científicos, sucede hoy con

el fenómeno de la comunicacion espiritual. Se desconocen sus leyes, y la ignorancia se resiste á autorizar el fenómeno. Los *despreocupados* se rien de él, como se rieron de Copérnico y de Galvani los *despreocupados* de los siglos diez y seis y diez y ocho. ¿Qué diria de ellos el mundo si confesasen la realidad de una ley que no pueden explicar dentro de su hinchazon, de su positivismo, de su ciencia *universal*, de su superioridad sobre cuantos creen que resta mucho por descubrir y que no toda la sabiduría está al alcance de los dedos?

Más cuerda la iglesia romana, admite el hecho de la comunicacion; pero, sujeta dentro del círculo de hierro de su infalibilidad y de sus dogmas, lo atribuye á la influencia maléfica del diablo, recién llegado á lo que parece de los desiertos de la Tebaida, donde lo tenia encadenado el buen Rafael, compañero de Tobias. En el curso de este libro, y muy principalmente en una de las comunicaciones suscritas por Maria, se debate con la mayor profundidad y amplitud la cuestion del diablo, razon por la cual nos creemos dispensados de hacerlo en este lugar. Día llegará en que Roma se desprenda de su Pluton y de sus eternas fraguas, como se ha desprendido de otras afirmaciones caidas á su tiempo en el descrédito.

VI.

¿Cómo se verifica la comunicacion espiritual? Nosotros sólo nos referiremos á las comunicaciones por medio de la escritura, pues á esta clase pertenecen las obtenidas en el Círculo de Lérida. El *medium*, esto es la persona que posee la facultad de recibirlas, toma la pluma, abandona la mano sobre el papel, y la mano marcha movida por un impulso ajeno é inteligente,

trazando palabras, frases y periodos legibles, cuyo conjunto espresa, no los pensamientos del medium, sino los de la fuerza inteligente exterior é invisible que imprime el movimiento á la pluma. La mano del medium, completamente pasiva, obra como la del niño que forma sobre el papel trazos y letras obedeciendo á la direccion y movimiento de la mano de su maestro.

La capacidad ó aptitud medianímica es muy general: en nuestro concepto, todos la poseen en mayor ó menor escala; y si no todos obtienen resultados, debe atribuirse tal vez, ántes que á la falta de aptitud, á la impaciencia ó á la informalidad con que muchos suelen practicar los ensayos. Es indispensable comprender que la comunicacion no puede tener efecto sin permission superior, y en vano nos prometeremos esta permission si no la pedimos dignamente. No es condicion precisa creer en la realidad del fenómeno para obtenerlo: basta estudiarlo con respeto y desearlo con el propósito de servirse de él en bien de la humanidad.

El medium puede ser *mecánico é intuitivo* (1): el primero obra maquinalmente, sin conciencia de lo que su mano escribe; el segundo preve los pensamientos y aun á veces las palabras que su mano traslada luego automáticamente al papel. En este último caso, la comunicacion es una verdadera inspiracion, y merece no ménos confianza que la primera, la mecánica, siempre que el medium, dejando completamente abandonada su mano, evite la posibilidad de mezclar conceptos propios con los conceptos inspirados.

La mediumnidad intuitiva es con frecuencia causa de desaliento y dudas por parte del mismo medium, quien, viendo que su mano escribe lo que se refleja ántes en su mente, sospecha ser su voluntad la que influye en el movimiento de la pluma. Estas sospechas se desvanecen con el buen uso de la mediumnidad y

(1) Al hablar de mediums *intuitivos* nos referimos á los semi-mecánicos de Allan Kardec. El que desee más instrucciones sobre este punto, consulte el «Libro de los Mediums» del citado autor.

con la práctica; pues en el curso de las comunicaciones no han de faltar algunas sobre hechos ignorados por el medium y comprobados despues, ó que se eleven sobre sus conocimientos de una manera notable.

Que el medium intuitivo influye en la estructura y fraseología de la comunicacion, no puede ponerse en duda; pues un pensamiento, inspirado á dos mediums de diferente grado de ilustracion por un mismo espíritu, resulta escrito con palabras y construccion más ó ménos cultas segun la cultura ó ilustracion del medium. Pero esto, que al primer golpe de vista hace sospechosa la comunicacion, no es, si bien se reflexiona, sino un resultado lógico y natural, que fácilmente se esplica, tan fácilmente como la comunicacion estrictamente mecánica. Para el espíritu las palabras son muy poca cosa y el pensamiento lo es todo: comunica su pensamiento al medium, y en cuanto ve que éste lo interpreta fielmente, se lo hace escribir empleando las palabras concebidas por el medium, á fin de facilitar la espresion escrita del pensamiento. Por esta razon, raras veces un espíritu elevado se sirve de un medium intuitivo de escasas luces para comunicaciones trascendentales: tendrá con él conversaciones sencillas ó le dará consejos familiares; mas para asuntos serios ó materias de importancia preferirá servirse de quien, aun cuando no sea capaz de concebir por sí los conceptos que le trasmite, pueda en mayor ó menor grado comprenderlos y correctamente formularlos.

VII.

En nuestro sentir, el acto de la comunicacion del espíritu libre con el hombre, fantástico y por esta razon sospechoso si se mira á la ligera, no es, si bien se medita, sino el resultado de una ley natural, desconocida de nuestros antepasados, vislumbrada por la presente generacion que la adivina allá en el último término de su horizonte, y que será del dominio de las generaciones venideras. Como se ignoraron en otros tiempos la mayor parte de las leyes cosmológicas que forman la ciencia astronómica de nuestros dias, la influencia del vapor, la existencia de la electricidad y del magnetismo, y tantos otros fenómenos y leyes naturales que han venido sucesivamente á alentar y recompensar los esfuerzos de la inteligencia humana; así tambien ha podido permanecer y ha permanecido ignorado el fenómeno de la comunicacion, sin que esto signifique nada contra la existencia de la ley en cuya virtud se produce y pone de manifiesto. Jesús como Galileo lucharon con el ridiculo, y con el anatema de la iglesia oficial; y sin embargo, la tierra continúa dando vueltas al rededor del sol empujada por Galileo, y las doctrinas evangélicas han trasformado la humanidad y conquistado el imperio moral del mundo civilizado.

Los progresos se realizan al través de los siglos con admirable sucesion, sin violencias ni inoportunos sacudimientos. El suelo no recibe la semilla hasta hallarse convenientemente preparado, ni la semilla se convierte en sabroso fruto sino despues de haber triunfado de vientos y tempestades. Moisés preparó el corazon de los homóres, y Jesús derramó en él la santa semilla del Evangelio. Newton no podia

nacer ántes que Galileo. La idea de la pluralidad de mundos no hubiese obtenido carta de naturaleza entre los hombres, si ántes el telescopio no pusiera el mundo planetario al alcance de su investigadora actividad. El fluido electro-magnético ha abierto nuevos horizontes, ignorados panoramas, á las investigaciones humanas, y acaso no esté lejano el día en que el estudio de los flúidos nos lleve de la mano al descubrimiento de esa ley natural que se adivina, sin conocerla, en el fenómeno, tan combatido y condenado, de la comunicacion de los espíritus.

San Pablo en su primera carta á los de Corinto afirma que el hombre tiene dos cuerpos, uno animal, por cuyo medio comunica el espíritu con el mundo corpóreo, y otro espiritual, fluidico é incorruptible, que sirve de intermedio entre el alma y el cuerpo material. De esta opinion han participado sábios eminentísimos desde la más remota antigüedad y participa la escuela espiritista, que distingue el cuerpo espiritual con el nombre de perispiritu. Este nos da la clave de los fenómenos psicológicos, y sin él sería de todo punto inconcebible la manifestacion ó influencia del principio inteligente sobre el organismo humano. Es tambien un rayo de luz en el misterio de la resurreccion de la carne, que sería inadmisibile, caso de referirse á la resurreccion de los cuerpos animales.

Con tales precedentes, la oscuridad en que aparece envuelta la comunicacion espiritista cesa de repente, y empieza á verse con alguna claridad la existencia de la ley por la cual el hecho se produce. Dos cosas hay que estudiar en el hecho de la comunicacion: la trasmision del pensamiento, y la fuerza que dirige el movimiento de la pluma ó de otro objeto cualquiera. La primera, esto es, la trasmision del pensamiento, puede ser el resultado de una corriente fluidica entre el espíritu libre, que se mueve en el fluido universal, y la inteligencia del hombre; y la segunda, es á saber, el movimiento de la pluma ú otro objeto, lo realizará el espíritu obrando con su envoltura fluidica sobre el fluido en

que están sumergidas cada una de las moléculas materiales del objeto en que se propone manifestar su actividad.

Esto que acabamos de decir no lo presentamos como afirmaciones indiscutibles; pues no exageramos nuestras pretensiones hasta el orgullo de creernos maestros en tan difíciles materias: lo indicamos nada más que como un punto de mira para los que puedan con más provecho que nosotros llevar adelante sus estudios, y á fin de que los escépticos se persuadan de que el Espiritismo va en pos de la verdad y de la fé por los senderos de la ciencia.

VIII.

Con escasas excepciones, al pié de cada comunicacion escrita suele aparecer el nombre con que quiere darse á conocer el espíritu que la ha inspirado ó producido. Estos nombres son á veces desconocidos, pero muchas otras pertenecen á amigos, deudos ó personajes históricos cuyo saber ó virtudes ha conservado la fama. En el primer caso no ocurren dificultades; pues, no siendo de persona conocida el espíritu que se comunica, juzgamos de él y de su importancia por la importancia y carácter de la comunicacion: mas, en el segundo ¿quién nos asegura de la autenticidad de la firma; de que quien ha movido nuestra mano es el espíritu del que fué nuestro amigo, nuestro pariente ó el personaje histórico que revela la firma del escrito?

Estas dificultades, sin embargo, son mas aparentes que reales y no deben ser motivo de desaliento para continuar en la práctica de la mediumnidad. Es más: semejante incertidumbre es necesaria y provechosa, ya porque nos pone en el caso de estudiar la bondad

de las comunicaciones, manteniéndonos en constante vigilancia contra las sugerencias que pudiesen inducirnos al error y desviarnos de los senderos del bien; ya también porque por ella se nos reserva íntegra la libertad de albedrío y el mérito de nuestros actos morales. La autenticidad de las firmas solo podría comprobarse de una manera indudable por la visión constante de los espíritus, visión que sería nada menos que la evidencia de nuestra suerte venidera y la anulación completa de nuestra actividad individual.

La evidencia de la autenticidad de las firmas no debemos prometérsela; pero sí aspirar á una certeza suficiente á llevar á nuestro ánimo la tranquilidad y el sosiego. Ya que no podamos asegurarnos por el sentido de la vista de que el espíritu que nos habla es el mismo que dice hablarnos, empleemos todos los medios racionales para no ser víctimas de una suplantación de nombre, que podría sernos perjudicial; ni más ni menos que haríamos en nuestras relaciones sociales para identificar la personalidad de quien nos escribe sobre asuntos de importancia. ¿Qué hace el que recibe una carta en que se le ordena ó ruega la entrega de valores ó documentos de gran interés á una persona desconocida, si la firma de la carta es la de quien tiene derecho á ordenar dicha entrega? Consultar con detenimiento el contenido de la carta; observar si está escrita de conformidad con los antecedentes del firmante; estudiar si envuelve alguna contradicción ó algún concepto sospechoso habida consideración á todos los pormenores del asunto; y si nada escita sus sospechas, entrega los valores ó documentos sin desconfianzas ni recelos. Podrá después resultar que todo ha sido una sorpresa; pero ni estas sorpresas son comunes, ni aun cuando suceden una que otra vez interrumpen la buena marcha de las relaciones sociales.

Ahora bien; cuando en una comunicación vemos aparecer la firma de un amigo, de un hermano, de una madre, ó de otra persona que había sido de nuestra

intimidad, estudiemos si realmente conviene el carácter de la comunicación al de la persona firmada; y si después de un escrupuloso y severo análisis hallamos completa conformidad ¿por qué hemos de dudar de la autenticidad de la firma? Si esta corresponde á un espíritu de cuya elevación no nos es lícito dudar, en atención al renombre que conquistó por sus merecimientos durante su tránsito en la tierra, tenemos derecho á exigir de él pensamientos elevados, sanos consejos y enseñanzas provechosas, en consonancia con sus antecedentes de ciencia y de virtud; y si esta consonancia resplandece en la comunicación, no podemos sospechar infidelidad en la firma, por cuanto no es de suponer que un espíritu elevado sustituya á otro y hable en su nombre, como no sea por delegación de aquel á quien sustituye. Por el fruto se conoce el árbol, dijo nuestro Maestro Jesucristo (1): hagamos aplicación de esta prudente máxima; juzguemos de los espíritus por sus frutos, que son las comunicaciones; y respetando y aceptando las que nos encaminen á Dios por la práctica del bien, desechemos aquellas otras que, fomentando nuestra concupiscencia, tiendan á desviarnos del amor á Dios y del cumplimiento del deber.

IX.

Las comunicaciones frívolas é insustanciales—aun cuando dignas de estudio, no por sí sino por las consideraciones á que se prestan,—suelen producir más que bien; motivo por el cual el deber del medium

(1) No pueda el árbol bueno llevar malos frutos, ni el árbol malo llevar buenos frutos. S. Math. VII, 18.

que aspira á obtener de su facultad el mejor fruto, es despreciarlas y evitarlas: á este objeto convendrá que, desconfiando de sí mismo, sujete sus trabajos medianímicos al criterio de personas ilustradas y veraces. El medium aislado es con harta frecuencia victima de la influencia de ciertos espíritus que, socolor de moralizarle y dirigirle, le arrastran á los mayores absurdos. La esperiencia nos ha revelado que debe desconfiarse por punto general de las comunicaciones debidas á los esfuerzos individuales aislados: sin ir mas léjos, los dos mediums de que por el presente dispone el Circulo Cristiano Espiritista de Lérida y por cuyo conducto hemos logrado en nuestras reuniones importantísimos resultados, algunos de los cuales vienen continuados en esta segunda parte, se han visto en la precision de no practicar la mediumnidad sino en presencia de otras personas, en atencion á que, á sus solas, ó no obtienen resultado alguno, ó si lo obtienen, son comunicaciones insulsas, afirmaciones falsas, frivolidades y contradicciones.

Jesucristo prometió su espíritu á los que se reuniesen en su nombre, en el amor al Padre y en la caridad, término y punto de partida de las enseñanzas evangélicas. Las oraciones colectivas, cuando los que oran se asocian é identifican en el mismo deseo y se dirigen á un mismo fin, al mejoramiento moral propio y de nuestros hermanos y á la glorificacion de Dios, obran con más eficacia y atraen las bendiciones del cielo. Son una prueba de fervorosa humildad, y Dios oye los ruegos de los humildes, de los que sintiéndose débiles è indignos de los favores superiores unen sus aspiraciones en una sola y las elevan de mancomun, desconfiando cada uno de sí propio. Son tambien actos de verdadera caridad, de solidaridad en el bien; por cuanto cada uno deposita en el acervo comun la ofrenda espiritual que sale de los tesoros de su alma, formando estas ofrendas reunidas una nube de incienso que elevan á Dios sus bienaventurados mensajeros. He aquí por qué las comunicaciones obtenidas en los

centros ó reuniones espiritistas suelen ser incomparablemente superiores á las que reciben los mediums aislados.

La oracion que precede al acto de tomar el medium la pluma para recibir las instrucciones espirituales, y que debe preceder á todo acto medianímico, recibe el nombre de *evocacion*. Decimos que debe preceder á todo acto medianímico; porque los espíritus superiores sienten tanta repulsion hácia los actos frívolos, como complacencia en responder al llamamiento de los que invocan su auxilio con ánimo de aprovechar sus consejos. Puede asegurarse, sin temor de que los hechos vengan á desmentirlo, que los fenómenos de mediumnidad provocados y realizados sin la debida preparacion, son siempre directamente producidos por espíritus superficiales ó inmorales. Para alcanzar de Dios las mercedes de que tenemos necesidad, hemos de pedir las, y hemos de pedir las con fervor, recogimiento y buen deseo.

En el acto de la evocacion, el medium principalmente, y con él todas las personas que concurren y deseen provechosas instrucciones, deben levantar su corazon á Dios con el mayor fervor posible, pidiéndole un rayo de su divina luz y la asistencia de espíritus elevados; aunar los deseos y voluntades, subordinando unos y otras á la voluntad soberana; y por último, dirigir todos los propósitos á la glorificacion de Dios y á la caridad, esto es, al cumplimiento de la ley moral, que nos prescribe el amor hácia el Criador y la benevolencia y beneficencia con respecto á nuestros hermanos los hombres. Observando además un religioso silencio y evitando la curiosidad, la impertinencia, el orgullo y la hipocresía, puede fundadamente esperarse la intervencion de buenos espíritus atraídos por la bondad de los deseos y dispuestos siempre á contribuir al bien de la humanidad. Mediten acerca de lo que acabamos de indicar los católicos que tiemblan ante las evocaciones creyendo en la existencia del diablo, y se persuadirán de que, aun suponiendo real la exis-

tencia de espíritus esencialmente maléficos, Dios no podría en su justicia entregarnos á las sugerencias de aquellos, precisamente cuando le pedimos luz y protección del fondo de nuestras almas.

Hecha la evocación de la manera espresada, debe aguardarse con respetuoso recogimiento las enseñanzas superiores provocándolas con la continuación del buen deseo, imán que atrae á los espíritus que ministran la palabra del Altísimo. Y como ellos ven mejor que nosotros las necesidades humanas y los medios más eficaces de guiarnos por los derechos senderos de la virtud, lo prudente será recibir las inspiraciones que espontáneamente nos comuniquen, sin pretender sujetarlos á preguntas ó puntos determinados. Esto no obsta para que en uno que otro caso los consultemos sobre cuestiones concretas; mas siempre procediendo con mucha cordura y humildad, y sin perder de vista que la consulta ha de responder á un fin moral. No pretendamos tampoco descubrir por medio de los espíritus los secretos del porvenir, ni alijerar nuestros trabajos mentales, ni consultemos respecto de si hemos ó no de practicar lo que nuestra conciencia nos prescribe; porque en tales casos los espíritus que viven en la luz callarán, y vendrán á confundirnos los que se gozan en engañar y seducir (1).

X.

Conviene desvanecer una preocupación harto vulgarizada entre los que condenan ó ridiculizan el Espiritismo sin conocer sus prácticas ni haberse tomado el trabajo de estudiar sus doctrinas. Suponen, de buena

(1) Comunicaciones 9 y 27.

ó de mala fe, que los mediums se atribuyen el poder de obligar á los espíritus; de perturbar la paz de los sepulcros, arrancando de ellos por medio de conjuros ó palabras cabalísticas las almas de los difuntos; de violar los secretos que oculta el silencio de la muerte; de descubrir por los espíritus los arcanos del porvenir; en una palabra, de ordenar á su antojo las manifestaciones de ultratumba, ni más ni ménos que si ejerciesen un absoluto dominio sobre el mundo espiritual. Si así fuere, el Espiritismo sería en verdad el mayor de los sacrilegios y la más orgullosa de las profanaciones, y merecería el desprecio y el anatema de cuantos creen en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma.

Por fortuna semejante suposición es calumniosa y carece por completo de fundamento. Ningun espiritista (1) comete la insensatez de atribuirse autoridad de ninguna clase sobre las almas, y todo lo espera de la bondad de sus propios actos y de la permisión divina. No pretende dominar en la voluntad de los que fueron, ántes al contrario, busca en sus venerandos consejos el mejoramiento propio y el triunfo de la virtud. Sabe que es hijo de Dios, y pide confiadamente á su Padre, que es el Padre de toda la humanidad, luz para conocerle y sentimiento para amarle. ¡Es tan dulce el nombre de padre.....! Al pronunciarlo los labios el corazón se abre á todas las esperanzas. Porque el buen padre da la vida por la salud de sus hijos, y nuestra salud está en las manos del Padre que está en los cielos.

La evocación espiritista no es un conjuro supersticioso ó maléfico. Es una oración humilde y respetuosa que se eleva al Ser Supremo, á fin que se digne inspirarnos y fortalecernos en la práctica del bien con el consejo de los espíritus que durante su vida terrenal

(1) No basta que uno se titule espiritista para serlo: es necesario conocer las doctrinas y practicarlas. No faltan espiritistas de nombre que entienden tanto de Espiritismo, como de catolicismo romano un considerable número de católicos romanos.

conquistaron por sus virtudes el premio de los justos y la admiracion de los hombres. Es el tierno suspiro del hijo que invoca la proteccion del Padre; es la debilidad de la criatura que se acoge al amparo del Criador; es el quejido lastimero del enfermo que va en pos de la salud; es el acento del alma que desea agradar á Dios y conocer su voluntad para respetarla y cumplirla.

¿No son cristianos estos propósitos y estas prácticas? ¿Difieren por ventura en algo de las prácticas y propósitos que se derivan de la moral evangélica? ¿Son las evocaciones espiritistas algo más que preces dirigidas á Dios por conducto de nuestros intercesores, los santos, tan eficazmente recomendadas por la iglesia católica romana?

Si nuestras súplicas llegan hasta los seres dichosos que moran en las esferas de la felicidad inmortal, con igual razon llegarán á nosotros sus santas inspiraciones. Así lo acepta la iglesia romana, y pide con frecuencia para los hombres las inspiraciones superiores. Cada santo goza, en su concepto, de una prerogativa especial, y debemos invocar á tal ó cual, segun sea la índole de nuestras necesidades. Ahora bien: ¿pueden ó no ser oídas nuestras súplicas? ¿Pueden ó no los santos ejercer en nosotros provechosas influencias? Claro está que si; pues de otra suerte las oraciones á los santos serian actos perfectamente inútiles y estériles. Y si pueden, como Roma misma lo asevera, ¿que es esto sino la comunicacion entre los espíritus y los encarnados, de que el Espiritismo habla? Si San Juan, por ejemplo, puede inspirarnos sentimientos de ternura y San Pablo de caridad; si Santa Lucia interviene alguna vez en la curacion de las enfermedades de la vista, San Roque en la curacion de los apestados, San Ramon en los alumbramientos, etc. etc. ¿por qué negarles el poder de hacer sensible su intervencion? En vida curaban las enfermedades del alma y del cuerpo por la virtud de sus piadosos ruegos ¿y no podrán, ya glorificados, poner en movimiento una pluma? Cada nacion, cada comarca, cada pueblo venera en sus al-

tares con preferencia á un santo determinado, á quien considera como patrono ó protector, y á él acude en sus necesidades y aflicciones: si amenaza una tempestad; si se experimenta algun temblor de tierra; si la cosecha corre peligro de perderse por falta de la conveniente lluvia; si alguna terrible enfermedad se desarrolla; el pueblo eleva fervientes rogativas á su santo tutelar, y por su intervencion la tempestad se amansa, el terremoto no produce estragos, la bienhechora lluvia riega las agostadas mieses y las enfermedades disminuyen y desaparecen. El clero católico no tan solamente ha permitido sino que ha fomentado estas creencias. Enhorabuena: mas si un espíritu bienaventurado puede encadenar los vientos, disipar las nubes y disminuir los horrores de la peste ó de otra plaga cualquiera, ¿á que negarle la facultad de dirigir el movimiento de una mano para transmitir piadosas amonestaciones? ¿Por qué apelar al extremo recurso de atribuir al diablo las manifestaciones espirituales sensibles que vienen á condenar ciertos abusos?

Apénas hay pueblo ni familia que no conserve en su tradicion ó en su historia el recuerdo de alguna de esas manifestaciones espirituales sensibles, que se transmiten piadosamente de padres á hijos y de generacion á generacion, tradiciones que el clero católico ha recogido y respetado sin pensar en combatir su origen como perjudicial y diabólico. Aquí es un espíritu bienaventurado, que aparece envuelto en un círculo de luz; allí un rumor de cadenas que turba el silencio de la noche; acá una mano que escribe con caracteres de fuego; allá una voz sepulcral que pide algunas misas para salir del purgatorio: espíritus celestiales, demonios, condenados, almas en pena, de todo hay en las tradiciones vinculadas dentro del catolicismo y recogidas en pequeños y grandes volúmenes para instruccion y mejoramiento de los fieles. Y sin embargo, conforme acabamos de manifestar y todo el mundo sabe, jamás el clero romano impugnó por absurdas ó irreligiosas semejantes tradiciones; aceptaba la posi-

bilidad de los hechos, dentro de la permision divina; oía su relato con piadosa uncion, y con piadosa uncion celebraba las misas y acaudalaba las limosnas y mandas procedentes de la creencia en las apariciones de las almas. Si era posible ayer la comunicacion entre los espíritus y los hombres sin la mediacion del diablo, ¿por qué no ha de ser posible hoy? Y si no es posible ¿por qué no lanzó el clero su anatema contra las comunicaciones cuando en estas se aconsejaba la celebracion de misas y los legados á la iglesia?

Dos grandes verdades resultan del inconsecuente proceder de la clase sacerdotal: primera, que la comunicacion recíproca de los espíritus libres y los hombres cabe dentro de los principios verdaderamente cristianos, supuesto que ha recibido en dias no lejanos el asentimiento de la iglesia; y segunda, que el clero sacrifica á su conveniencia personal la verdad de los principios al asegurar que el Espiritismo se propone destruir la religion cristiana, siendo así que lo que se propone y procura es afirmarla, aun cuando para lograrlo le sea forzoso arrancar la máscara á los que socolor de religiosa piedad esplotan la sencillez de los fieles.

XI.

Por las consideraciones que preceden, pueden nuestros lectores juzgar sobre la importancia moral del hecho de la comunicacion espiritista, y modificar tal vez la opinion formada á la ligera, sin un exámen imparcial y maduro del fenómeno. Nada de fantasmagoria; nada de prácticas misteriosas; nada de conciliábulos en las sombras; nada de profanaciones insensatas ó de conjuros y palabras cabalísticas; nada de

muestras que se levantan de la tumba para responder al llamamiento imperioso de un miserable mortal que obedece á la influencia maléfica del espíritu maligno. Preces, piadosamente elevadas á Dios con humilde corazon, como hijos y siervos suyos que somos, como criaturas débiles que piden al Señor la fortaleza que les falta; misericordia divina, que envia un rayo de su luz á los que la buscan en la humildad y en el deseo del bien; gracias al Altísimo por las inspiraciones y favores alcanzados de su bondad omnipotente: he aquí el principio y desenlace de la comunicacion espiritista; he aquí las tenebrosas prácticas de los que, desengañados, buscan en Dios la verdad religiosa, que no han podido hallar en la palabra de los hombres. Antes de condenar tales prácticas, preciso es negar la eficacia de las oraciones, el poder consolador y benéfico de los bienaventurados y la verdad de las promesas evangélicas.

«El demonio del orgullo habla por vuestra boca, dicen los sacerdotes romanos: sois unas miserables criaturas, y os atreveis á presumir que podeis poner en relacion directa con los santos.» No tenemos inconveniente en confesaros que somos débiles; que padecemos enfermedades en el alma; que sentimos en nosotros el peso de la concupiscencia y de mil y mil miserias de nuestra naturaleza. Compadecednos: mas, por lo mismo que estamos enfermos, dejad que pidamos á Dios, que es mejor médico que vosotros, el remedio de nuestras enfermedades; por lo mismo que somos débiles, no nos arrebateis el consuelo de llamar en nuestro auxilio la proteccion superior. Esto no es orgullo; es humildad, es fé, es esperanza, es adoracion, es amor. Si Dios oye propicio nuestras plegarias sin merecerlo; bendito sea Dios que nos envuelve en su misericordia infinita!

Mas vosotros que nos increpais y condenais, habeis de permitirnos que á nuestra vez os preguntemos: ¿y son vuestras costumbres tan puras è immaculadas, vuestros deseos tan santos, vuestros propósitos tan

nobles, vuestra caridad tan ejemplar, que merezcáis comunicaros directamente, no ya con las criaturas celestiales, sino con el mismo Dios y con Jesucristo en cuerpo y alma, como pretendéis hacerlo en el sacrificio de la misa? ¿Nada hay en esto de orgullo y de pretensiones insensatas? ¿Por ventura el Sumo Hacedor ha vinculado el monopolio de sus dones en la clase sacerdotal? ¿Ignorais que en Dios no hay acepción de personas ni de clases, y que, conforme dice el Profeta, jamás desoye las súplicas de los corazones contritos y humillados? Caso que únicamente los justos pudiesen esperar la comunicacion superior; cuántos de vosotros pronunciarían en vano las frases sacramentales!

La comunicacion con los espíritus, previas las disposiciones necesarias, es un acto eminentemente cristiano. Así lo entiende el Círculo Cristiano Espiritista de Lérida, y así lo entenderán á buen seguro aquellos de nuestros lectores que nos hayan seguido con imparcial juicio en el curso de nuestras observaciones filosófico-religiosas. Un año atrás no éramos espiritistas, y hoy lo somos: empezamos por el estudio de las doctrinas, y las doctrinas, que resaltan por la sublimidad de su moral, nos atraieron; inquirimos los hechos con investigadora mirada, y los hechos nos han traído al terreno de las más arraigadas convicciones, viendo en ellos la sancion de los principios. Temerosos de las dificultades que ofrece la parte espermental, hemos procurado orillarlas tomando las debidas precauciones; y los resultados atestiguan que no hemos trabajado en valde. De ello juzgarán nuestros lectores por la série de comunicaciones que á continuacion publicamos, obtenidas todas por este Círculo, y sobre cuyo valor é importancia llamamos muy particularmente su ilustrada y benévola atencion.

COMUNICACIONES Ó ENSEÑANZAS DE LOS ESPÍRITUS.

1. (1)

Mayo de 1873.

«Amigos míos: sabed desde hoy romper vuestros escrúpulos ó miramientos mundanos respecto á la defensa de las verdades que os han sido iniciadas.—*Luculus.*»

Esta comunicacion fué la primera que se obtuvo en nuestro centro de estudio de las doctrinas espiritistas. Antes se habian obtenido privadamente algunas otras por individuos del centro, y en alguna de ellas aparece *Luculus* por primera vez como espíritu protector de uno de dichos individuos, aconsejando la formacion de un centro de estudio y prometiendo su cooperacion y direccion espiritual. No las publicamos; porque nos hemos propuesto no publicar ninguna de las recibidas privadamente. Tampoco publicamos todas las que se han recibido en el Círculo, toda vez que nuestro objeto en esta segunda parte se reduce á presentar á la con-

(1) Juzgamos á propósito manifestar que en ninguna de las comunicaciones que transcribimos, cuyos originales conservamos para ponerlos á la vista de los que deseen examinarlos, hemos introducido alteracion de ninguna clase, ni de concepto, ni de palabra, ni de letra. Tales como fueron inspiradas las insertamos. Es admirable que en dichos originales no aparecen correcciones ni enmiendas, sin embargo del indisputable mérito de algunos bajo el doble aspecto científico y literario. Tampoco nos hemos creído autorizados para suprimir los nombres con que han aparecido suscritos, considerándolos parte integrante de las comunicaciones. Son tan venerandos algunos, que bien hubiéramos querido velarlos, por el respeto que nos merecen; mas el mismo respeto nos prohibe en primer término suprimir de la revelacion ni una sola palabra.

sideracion del lector un conjunto de comunicaciones suficiente para formar juicio acerca del desarrollo é importancia de los resultados medianímicos alcanzados en Lérida en el corto trascurso de unos meses. Por lo que queda dicho se comprenderá que la formacion del Circulo fué debida á la iniciativa superior de los espiritus, y que los fundadores no hicieron más que responder á las inspiraciones de arriba.

2.

Id. de id.

«Queridos hermanos: desoid los consejos del egoismo engañador, y amad á los hombres vuestros hermanos, en espíritu y en verdad. No temáis.—*Luculus.*»

Las comunicaciones que insertamos han sido todas dadas espontáneamente. Siempre hemos creído que no habíamos nosotros de dirigir las enseñanzas de los espiritus, sino recibirlas en la forma y sobre los puntos que Dios fuese servido concederlas. La comunicacion que antecede es la síntesis de los deberes del hombre en sus relaciones con la humanidad. Es la palabra de Jesús; y el diablo, si existiese, no hablaría como Cristo ni sería propagandista de la moral evangélica.

3.

Junio de id.

«La razon os hará cada dia más admirables las sublimes lecciones de la moral, que tiene por fundamento el amor á la criatura y por término á Dios. No olvideis que mañana responderéis de vuestro corazon, porque lo teneis en vuestras manos, y sois responsables de las obras de vuestras manos cuando la razon las mueve.—*S. Luis.*»

Luculus, maestro y guia espiritual del Circulo, habia anunciado en una comunicacion privada que vendrian á ilustrarnos y afirmarnos en la fé espiritus superiores, promesa que empezó á tener cumplimiento

con la comunicacion núm. 3. En otras obtenidas por diferentes mediums é inspiradas por distintos espiritus se espresa que Luculus es un espíritu de elevadísima categoria. El Circulo Cristiano Espiritista se honra y complace en darle aquí público testimonio del agradecimiento y respeto que le debe.

4.

Id. de id.

«Jamás sospecheis que Dios pueda permitir el abuso y la sofisticacion ó el fraude cuando se invoca su misericordioso y justo nombre.—*Fenelon.*»

Cuatro palabras, pero que envuelven una máxima irrefutable y la negacion más esplicita de la intervencion diabólica en los actos en que se invoca con fervor el auxilio del Altísimo. No; aunque el clero romano afirme lo contrario, no es concebible que Dios permita nos arrolle y confunda el espíritu maléfico en el momento en que nos acogemos al amparo de la Divinidad. Semejante hipótesis es una aberracion de la razon y del sentimiento, ó una blasfemia abominable.

5.

Id. de id.

«Aspirais á esplicaros los secretos del mundo espiritual y eterno: es preciso ántes sufrir pruebas que os hagan merecedores de un beneficio tan trascendental. No dejeis, sin embargo, de amar y de orar: á la VERDAD sólo se llega con la práctica no interrumpida de la oracion y del amor.—*Fenelon.*»

¡Cuán sublimes son estas últimas palabras del que fué arzobispo de Cambray! Son el compendio de la doctrina de Jesús, la caridad, esto es el amor á Dios y al prójimo. Que penetren estas máximas en el corazon del pueblo, y la sociedad se habrá salvado. Fenelon las enseñaba y practicaba; pues de él se lee que se hizo amar en su diócesis por sus caritativos hábitos y

admirar del mundo por su sabiduría. Esto no obstante, no pudo escapar á la intolerancia romana, que condenó su libro «Esplicacion de las máximas de los Santos.» Tal ha sido la suerte de muchos genios.

6.

Id. de id.

«Humillad vuestros pensamientos y vuestro corazón á los piés de Aquel á quien en vano los hombres intentarán definir y conocer. Hermanos míos, la idea de Dios está sobre todo lo que no es Dios. En la caridad hallaréis la única luz con que vislumbreis algo de la Divina Naturaleza. Levantad en vuestro corazón un altar al Dios desconocido, y predicad su nombre, y haced que ante El se prosternen los que os oigan.—*S. Pablo.*»

Obtuvieron estas líneas despues de una conversacion en que se discurió tocante á los atributos y naturaleza de la Divinidad. Con una pincelada maestra el espíritu de Pablo dice de Dios todo lo que los hombres pueden decir en cien volúmenes, y separa por el infinito la Inteligencia Suprema de la limitada inteligencia humana.

7.

Id. de id.

«Escuchad los consejos que con frecuencia recibis de vuestros hermanos y amorosos maestros espirituales con quienes habeis alcanzado comunicaros. Más no pongais en olvido que la semilla no se derrama sobre la tierra estéril é infecunda, sino sobre aquella en que ha puesto sus esperanzas el activo labrador.—*Luculus.*»

Indigno se considera de estos celestiales impulsos el Circulo Cristiano Espiritista, y da gracias á Dios y á sus enviados por haberlos recibido sin merecerlos, respetando los designios superiores. A estos impulsos

responde hoy publicando el presente libro, persuadido de que contribuye al mejoramiento de la humanidad generalizando el conocimiento de las doctrinas espiritistas. No ignora ninguno de los individuos que lo componen que esta publicacion y la propaganda que de aquellas doctrinas hacen les han de acarrear multiplicados sinsabores; más ¿qué significan los disgustos, cuando nacen del cumplimiento del deber? Sentimos una dicha desconocida, y la caridad nos manda hagamos de ella partícipes á los que sufren, aunque caigan sobre nosotros las impías maldiciones de los unos y los brutales sarcasmos de los otros. El tiempo nos dará la razon; y los anatematizados y los locos de hoy serán los bendecidos y los cuerdos de mañana.

8.

Id. de id.

«Sobre los pueblos antiguos sostuvieron los tiranos y los monopolizadores de la conciencia sus usurpados y abominables derechos, por la ignorancia, que, como un inmenso sudario de tinieblas, envolvía la tierra: hoy, á la ignorancia ha sustituido la indiferencia y la negacion, que son sus hijas, en unos, y en otros el positivismo utilitario, más criminal que la negacion y la indiferencia, supuesto que es el hijo primogénito del más refinado egoismo. En esta época, grande por la trascendental revolucion que en todos los órdenes, y principalmente en el moral, se está elaborando con increíble y desconocida rapidez, el espíritu humano está llamado á descubrir, en virtud del estudio y de la observacion, la clave de los milagros y el secreto de los misterios.—*Moisés.*»

La ignorancia era la enfermedad de la humanidad antigua, y el positivismo utilitario es el virus que corroe las entrañas de las sociedades modernas. El Espiritismo, en cumplimiento de una misión providencial, viene á combatir, apoderándose del Evangelio, los males sociales de que se habla en la comunicacion de Moisés.

Era una necesidad restablecer el sentido moral de los pueblos, extraviado por las interpretaciones erróneas de las doctrinas de Jesús, y esta necesidad viene á llenarla el Cristianismo Espiritista rectificando los errores religiosos, que, en lucha con el sentimiento y la ciencia, acrecientan de dia en dia el número de los incrédulos. La fé de acuerdo con la ciencia regenerará la humanidad, y la ciencia revelará á los hombres regenerados el secreto de los milagros y de los misterios de la fé.

9.

Id. de id.

«Jamás intenteis saber por los espíritus secretos proféticos; porque los espíritus que viven en la luz callarán, y vendrán á confundiros los que se gozan en engañar y seducir.—*Eulogio.*»

No olviden esta enseñanza los que, movidos exclusivamente por la curiosidad ó el interés propio, aspiran á descubrir por medio de la intervencion de los espíritus los secretos del porvenir y á la satisfaccion de deseos frívolos ú orgullosos. En la comunicacion espiritual no debe buscarse otra satisfaccion que la de las necesidades morales, propias y comunes; de lo contrario, los espíritus frívolos se encargan de sembrar la confusion por los mismos medios que la Providencia ha concedido al hombre para alcanzar la verdad. Tan cierto es que las faltas llevan en sí mismas el castigo.

10 y 11.

Junio y Julio de id.

«Ilustrad á los que no tienen fé en las hermosas y dulces semillas del Espiritismo, que el buen Señor os ha concedido por medio de sus enviados; porque la Verdad se acerca, y es necesario que los enviados le preparen el camino. En verdad os digo que el Cristo

ha recibido la palabra de Dios, y ha descendido de la region de la luz y está entre vosotros.—*S. Pablo.*»

«Amigos y hermanos míos en espíritu: En vuestros dias se cumplirá la palabra de Jesús cuando dijo: «Yo enviaré el Espíritu de verdad.» Abrid los ojos y mirad enderredor: lo que vosotros admirais, brota aquí y allí y en todas partes. Son los albores luminosos precursores del orto del Sol de los espíritus. Porque en verdad, en verdad os digo que los tiempos se precipitan, y el Enviado y los enviados restablecerán las cosas en su verdadero asiento.—*S. Luis.*»

Ambas comunicaciones confirman ó ratifican lo que han manifestado los espíritus en diferentes puntos del globo desde diez ó doce años acá; es á saber, que el Espíritu de Verdad, anunciado y prometido por Jesús, viene en nuestros dias á restablecer la verdad religiosa, oscurecida con las interpretaciones erróneas y comentarios interesados del Evangelio. Ahora bien: ¿significa esto que vamos abocados á presenciar la venida de otro Mesías entre los hombres, restaurador del verdadero sentido de la moral evangélica, continuador del Mesías que vino hace diez y nueve siglos á redimirnos con su doctrina? ¿O debe entenderse por el advenimiento del Espíritu de Verdad la revelacion espiritual que en este momento histórico cae como el rocío sobre todos los paises de la tierra? Del lenguaje concreto de las comunicaciones parece debe entenderse lo primero; y en este supuesto, el deber de todo buen cristiano es estar en vela y preparado para recibir dignamente al Enviado de Dios.

12.

Julio de id.

«Hermosa y divinamente consoladora es la enseñanza de los espíritus. Es la luz, que viene á romper el espeso velo de tinieblas que impide al hombre entrever algo de su espiritual destino; es la verdad, que rasga con sus irresistibles resplandores la oscura nube

que encapota el horizonte de la conciencia y de la razón humanas; es el suave rocío del amor, que viene á vivificar los corazones en la caridad; es la voz de Aquel que tronó en el Sinaí, y que ahora no os habla otro lenguaje que el de un padre que se siente contristado por las debilidades de sus hijos.—*S. Luis Gonzaga.*»

¡Cuánta unción, cuánta misericordia y cuán consoladora ternura respiran las líneas de esta comunicación, dictada por el espíritu de S. Luis Gonzaga! La revelación, que desciende para dar luz á la humanidad extraviada; la mano providencial del Criador sembrando el amor en los corazones de los hombres, y la mirada tierna y compasiva del Padre envolviendo á sus débiles hijos perdidos en las encrucijadas de la vida, es un cuadro que conmueve todas las fibras del alma y hace caer á uno de rodillas exclamando: ¡Padre mio! ¡Padre mio! he pecado en tu presencia; he quebrantado la ley; pero soy tu hijo, sálvame. Bendita mil veces la doctrina que inspira tan piadosos sentimientos.

13.

Id. de id.

«Hermanos: Inútil será vuestra voluntaria misión, vuestra misión apostólica y vuestra propaganda caritativa y racional, con aquellos que buscan en el Espiritismo, no la luz que viene de lo alto, no las dulces y purísimas aguas de la virtud que descienden de la fuente de la vida, no la reforma de sus hábitos ni el abandono de sus frivolidades, no en fin su mejoramiento moral por la caridad y el amor, sino la insensata satisfacción de una curiosidad orgullosa. Rogad por ellos; porque los tales son de los que Jesús dijo *tienen ojos y no ven, oídos y no oyen*: por esto cierran sus ojos á la vida y sus oídos á la caridad. Porque vieron la luz y la menospreciaron, volverán por sus piés á la region de las tinieblas.

«Hermanos míos: aprovechaos de las lecciones y consejos que la misericordia del Padre os dá para

vuestra enseñanza y á fin de que hagais revivir la semilla en los corazones que le buscan. Creed, amad é instruid.—*S. Luis.*»

La primera parte de esta comunicación es el complemento de la que lleva el núm. 9 y la firma de Eulogio: ambas revelan cual ha de ser el fin que debe mover á los que desean las instrucciones superiores. En la segunda parte se nos impulsa á continuar en la fé y en la propaganda de la moral evangélica, impulso á que no podemos sustraernos sin faltar á nuestra conciencia y ser ingratos á los beneficios que nos han sido prodigados con abundancia inmerecida.

14.

Id. de id.

«¿Veis como los rayos del sol se abren paso al través de las negras nubes que envuelven la tierra y encapotan el horizonte despues de la tempestad? ¿Veis como el huracan se amansa, el sosiego se restablece, las esperanzas se recobran, las brisas suspiran dulcemente, los pajarillos renuevan sus melodiosos acentos y la naturaleza revive? Así son las tormentas sociales y las tempestades humanas. El mundo físico en sus perturbaciones y violentas sacudidas no puede traspasar el límite de la ley de su equilibrio, que es la ley eterna de su conservación y sucesivas cuanto necesarias transformaciones: del mismo modo acontece en el mundo, ó mejor dicho, en el universo moral. La ignorancia, las rebeldias de la razón y de la conciencia, los fanatismos, las pasiones, los intereses y el orgullo son los aquilones que vienen á arremolinar las sociedades y sacar á la humanidad de su asiento. Mas, restad tranquilos: el universo moral rueda empujado por la divina ley de la perfectibilidad y de la purificación; y todo, de etapa en etapa, de sacudida en sacudida, marcha hácia su providencial destino. No creais que en algun tiempo la humanidad retrocede: vacila, pero en su vacilacion

se fortalece para arrancar con más vigoroso empuje.

¡Cuán hermosas, instructivas y civilizadoras serian para el hombre las lecciones de la historia, si la historia fuese el cuadro fiel de las vicisitudes humanas, y si el hombre pudiese abarcarla en su universalidad! Porque, y conviene que lo sepais, vuestra historia es una gota de agua en el océano de las humanidades que bullen y se desarrollan en las inmensas llanuras del infinito, y aun esa gota no llega á vosotros sino corrompida y adulterada. Así y todo; aun á través del espeso velo con que la han cubierto y desfigurado las pasiones y los intereses de secta y de partido; así y todo, repito, veréis en la historia confirmado el sucesivo é indefinido progreso de las sociedades humanas. Y cuando llegue, que llegará, el venturoso dia en que la historia universal se ofrezca á vuestros ojos clara, transparente, luminosa, sin velos y sin afeites, entónces ¡oh! entónces caeréis abismados á los piés de esa eterna Providencia, cuya Suprema Luz arrancó á la humanidad de las tenebrosas inmensidades del caos.—*S. Juan Evangelista.*»

Los acontecimientos político-sociales que por aquellos dias presentaban en España un aspecto pavoroso, haciendo temer grandes catástrofes, acababan de ser el tema de nuestra conversacion en el momento de recibir la comunicacion del Evangelista. Conocedor profundo del movimiento moral de la humanidad, desvanece nuestras dudas y acalla nuestros temores hablándonos de la ley indefectible del progreso, al cual contribuyen los mismos sacudimientos sociales que escitan la ansiedad de los hombres. En testimonio de sus palabras nos habla de las enseñanzas de la historia; mas, como de paso, y de una pincelada, nos hace comprender la insuficiencia de nuestra historia de la humanidad y presentir otra historia más grande, más universal, más digna de la creacion: la historia de todas las humanidades *que bullen y se desarrollan en las inmensas llanuras del infinito*. Esta es la creacion digna de Dios, un universo lleno de inteligencia, de

adoracion y de vida; y no el insignificante planeta que habitamos, considerado hasta hoy como la obra privilegiada de la Suprema Inteligencia.

15.

Id. de id.

«Henchid vuestro corazon de valor y de esperanza. ¿Por qué se refleja en vuestras palabras el desaliento y la duda? ¿Por ventura necesitais, para mostraros animosos y fuertes, legiones de hombres que os escuden y defiendan? ¡Temeis.....! Para creer sin volver atrás los ojos ¿aguardais á que el trueno retumbe y caiga el rayo? ¡Vacilais....! ¡Ah! mirad que vuestro valor es el de los faltos de fé: mirad que esa fé es la fé de los cobardes.

Proseguid en vuestra obra, y regocijaos; porque es la obra de los discípulos y precursores del Espiritu de Verdad, elegidos en los eternos consejos del Altísimo. Vosotros no seréis, no podeis ser hijos pródigos de los dones que os ha concedido el Padre.

Vosotros no os envaneceréis, ni tampoco seria prudente envaneceros; porque lo pasado y lo porvenir son un libro cerrado á vuestros ojos, velados por la materia.

Adelante, hermanos míos queridos: virtud, perseverancia y fé. Lo que quisiereis, eso se os dará. En la casa del Padre hay moradas siempre envueltas en luz y en amor, donde los espíritus vuelan en el purísimo ambiente de la felicidad inmortal, donde se realizan todas las armonias del alma, donde se confunden todas las voluntades en una sola voluntad, todos los sentimientos en un solo sentimiento, todas las dichas en la dicha inefable del amor, del amor de los amores.—*S. Agustín.*»

En el principio de nuestros estudios teóricos y prácticos acerca del Espiritismo realizábase en nosotros una lucha tenaz, y las diversas alternativas de esta lucha se reflejaban en nuestros actos y palabras. En

presencia de los hechos y ante la lógica de los principios, la fe se apoderaba de nosotros y nos empujaba con la voz de la conciencia por la senda del deber; pero otra voz, la voz de los recuerdos, de las creencias en que se había nutrido nuestro corazón desde la cuna, entibiaba nuestro valor, y las dudas nos arrollaban y hacían vacilar. La costumbre luchaba en nosotros con la realidad, el sectario de las enseñanzas de Roma con el cristiano, el temor con la convicción. Tal vez, sin las frecuentes inspiraciones que de arriba venían á fortalecernos y alentarnos, habríamos sucumbido y abandonado la gloriosa empresa comenzada; mas, afortunadamente, esas inspiraciones vinieron, y la victoria coronó nuestros esfuerzos. Semejante victoria nos condenaba á las sátiras de los unos y á la persecución y maldición de los otros; no obstante, el sacrificio estaba hecho: á la aprobación y bendiciones de los hombres hemos antepuesto la aprobación de la conciencia y la bendición de Dios.

16.

Id. de id.

«Hermanos míos, hijos conmigo del Padre Espiritual que está en los cielos. Andad con paso firme, sin dudas ni vacilaciones, por el camino empezado, en cuyo término se halla la luz regeneradora de los mundos y la paz de los espíritus. Si alguno en la tierra os dijere: «Yo soy la verdad eterna», cerrad vuestros oídos; porque la verdad inmutable es el sol que brilla sobre las moradas de la Ciudad Santa. Porque quiso Róma usurpar la perla que orna la divina diadema, he aquí que sus días son contados. Sus esfuerzos son las supremas ansias de la muerte. El orgullo blasfemó de Dios y osó levantar otro dios; mas sopló el viento de las alturas, y el dios del orgullo, que era de barro, cayó reducido á polvo. Vosotros veréis cumplidas estas palabras.

Continuemos, hermanos. El Cristianismo Romano

no es el Cristianismo establecido por Jesús y predicado por los Apóstoles y por los Padres en los primeros siglos de la Iglesia: es una rama desgajada del gran tronco del Catolicismo, ya casi muerta, porque ha perdido el elemento esencial de vida, la sávia de la humildad y del amor. Porque los pastores no cuidaron como debían de sus ovejas y buscaron la sombra y el ócio, por esto anda el rebaño disperso y á la ventura, aniquilado con el cansancio y sofocado con el calor (1), en busca del cristalino manantial que ha de reparar su esperanza y regenerar sus fuerzas.

Compadece á esos guardianes obcecados en un positivismo demasiado egoísta y terrenal, y rogad por ellos. Perdieron la confianza del Padre de familias, y no se sentarán á su mesa entre los escogidos hasta que todas las ovejas, sin faltar una sola, hayan llegado salvas al redil. No olvideis jamás estas verdades. Seguirán las fugitivas huellas de la oveja perdida, y pasarán los días y los años. Sufrirán angustias y grandes temores; el desaliento se apoderará de su alma; la noche los sorprenderá en el bosque, los rigores del estío en el arenal, la tempestad en el desierto. ¿No sufrirá por culpa de ellos la pobrecita oveja? Bendigamos todos á Dios en sus sapientísimos designios.

—*Fenelon.*»

Había girado nuestra conversación sobre el dogma de la infalibilidad, decretado por el último concilio ecuménico. Sin odio, sin pasión, sin animosidad de ninguna clase, ántes al contrario, con todo el respeto que merecen las decisiones de las autoridades y de las corporaciones sábías, cada uno de nosotros había expresado su sentir tocante al indicado punto. Terminada la pacífica discusión, ó mejor dicho la exposición de nuestras individuales apreciaciones, aspirábamos á obtener

(1) Rebaño perdido fué mi pueblo: los pastores de ellos los engañaron, dos hicieron vagar andando por los montes: del monte pasaron al collado, se olvidaron de su majada. Jeremías, I, 6.

un rayo de luz superior en la materia, y esta luz vino por conducto del espíritu del inmortal Fenelon. Permita el cielo que no sea rechazada por los que rigen la nave del cristianismo oficial. Permita el cielo que los *pastores*, en cuyo número debemos considerar á cuantos por su ilustracion pueden servir de guías á los demás, abandonen la sombra y el ócio y corran presurosos á la salvacion del rebaño, que se pierde en el despeñadero del materialismo y en las soledades del indiferentismo religioso.

17.

Id. de id.

«Amigos míos, velad sin cesar. No olvidéis ni por un momento lo que debéis á la Providencia, á vuestros hermanos del Universo, y á vosotros mismos. A la Providencia le debéis todo lo que puede hacer vuestra felicidad, á los hombres vuestro amor, á vosotros mismos la salvacion. Habeis sido de los llamados: de vosotros depende el que en breve término seais de los elegidos. Veo que quereis ser de estos últimos, y para alcanzar dicha tan inefable oid lo que debéis practicar.

Desde la mañana al despertar hasta que el sueño vuelva por la noche á cerrar vuestros ojos, ocupad todos los instantes que os dejen libres las atenciones que os rodean en elevar vuestro espíritu hácia el Padre comun de las criaturas y en cumplir su sapientísima y próspera voluntad. Y ¿sabeis el mejor modo de elevar á Dios el corazón y obedecer sus órdenes en la tierra? Orad por los que sufren; compadeced las miserias, sobre todo las del alma; llevad un consuelo allí donde asome una lágrima; amad á los niños y á todos los seres débiles, y sed su providencia; mirad á los que os ofenden, con cariño, olvidando sus injurias; instruid á los ignorantes, con preferencia en las verdades del espíritu; combatid con la unción de la palabra y del ejemplo todos los fanatismos, y muy especialmente el fanatismo religioso; no disimuleis la verdad, antes

predicadla siempre sin temor; sed severos con vosotros, y escusad las debilidades ajenas; no prestéis jamás el corazón á la lisonja y al orgullo; no olvidéis las obligaciones que os ligan á vuestros padres, á vuestras esposas y á los hijos que habeis recibido, pero sin exagerarlas en perjuicio de los demás; en suma: amad y practicad el amor. Cada uno de estos actos es una flor del alma, y juntos forman un delicado ramillete, cuyos aromas suben hasta Dios.—*Maria.*»

Los que atribuyen al diablo las comunicaciones que se reciben en los círculos ó reuniones espiritistas ¿juzgan, de buena fé, que la que acabamos de transcribir puede ser inspirada por alguno de esos espíritus maléficis destinados por Roma á atizar eternamente el fuego de las mansiones infernales, encendido al soplo de la divina venganza? Un código de moral la más sublime, inspirado y escrito por el apóstol de la inmoralidad, de la corrupcion y del crimen, cuya única mision es inficionar las costumbres y los sentimientos para aumentar el número de los infelices condenados, es un fenómeno tan nuevo, tan inconcebible, tan irracional, que lo rechazan de comun acuerdo por absurdo el entendimiento y el corazón. Dar buenos consejos á quienes han de ellos necesidad, es una de las obras de misericordia; y á nadie se le habia ocurrido hasta hoy que el diablo pudiese emplear el tiempo en obras tan caritativas y cristianas. Esto no puede esplicarse como no sea suponiendo que los espíritus rebeldes han concluido por abdicar sus malas mañas y convertirse en discípulos y apóstoles de las doctrinas evangélicas; Resbaladizo es el terreno en que el diablo ha colocado á los partidarios de su tenebroso poder!

El Espiritismo es incomparablemente más lógico, y ofrece soluciones que están en perfecta armonia con la bondad y la justicia de Dios. Cree que los espíritus benéficos disfrutan de más poder que los maléficis, y que si Dios nos sujeta á pruebas y tentaciones en que intervienen los segundos, permite tambien que vengan los primeros á sostenernos y alentarnos. Si el discurrir

asi es para unos locura y para otros heregía, no entendiamos ni su entendimiento ni su fé.

18.

Id. de id.

«Hermanos míos: Cuando el gorgéo de los pajarillos rompe el silencio de la noche y despierta la naturaleza dormida, es que una nueva aurora viene á rasgar el manto de las tinieblas nocturnas y devolver al mundo su faz risueña y su alegría habitual: cuando los espíritus dejan oír sus misteriosas armonías y la humanidad se agita como sacudida con violencia, es que un nuevo rayo de luz viene á mostrar á los hombres la olvidada senda del deber y del progreso. El progreso por el deber es la ley del universo moral; y cuando esta ley se olvida ó su cumplimiento se entorpece, vienen las sacudidas sociales, las violencias, las revoluciones, y también los temores y los arrepentimientos. Estudiad la época actual, y observaréis síntomas alarmantes de descomposicion; pero estos síntomas preceden siempre á las grandes renovaciones. Preparaos sin demora, no os durmais; porque en vuestros dias el Espíritu de Verdad vendrá con sus elegidos á obrar la más importante de las renovaciones que la humanidad habrá presenciado y admirado. —S. Luis Gonzaga.»

La renovacion de que nos habla el espíritu de S. Luis es una necesidad universalmente reconocida por cuantos estudian el estado moral de la humanidad; y lo que es necesario, irrevocablemente sucede. Un malestar general se experimenta en todos los pueblos y en todas las sociedades, y nadie acierta á dar con el remedio. La política ensaya todos los procedimientos para devolver la paz; pero inútilmente: porque la enfermedad que se busca en la cabeza, está en el corazón. Los errores religiosos han engendrado la incredulidad y el positivismo; y los pueblos no pueden vivir sin la fé, que es el alimento del alma. La vida del sentimiento

es vida de expansion y de verdadero bienestar; y en la época actual el sentimiento apenas da señales de vida. Diez y nueve siglos van pasados desde el establecimiento de las doctrinas de Cristo, y aun no hemos sabido ser verdaderamente cristianos: todavía los hombres nos miramos unos á otros con indiferencia como á estraños, sin acordarnos en la práctica de que Jesús nos recomendó la caridad y el amor. Todavía abundan los ricos que ven sin inmutarse la miseria de los pobres, y pobres que aborrecen á los que disfrutan de las comodidades de la vida. Este es el cáncer de la humanidad presente, y el Espiritismo viene á arrancarlo de raíz desarrollando á la vista de los hombres, á fin de que penetre en su corazón, el mandamiento del Maestro: AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS. Esta es la fórmula de la felicidad humana.

19.

Id. de id.

«Hermanos: Vosotros habláis y pensáis del Espiritismo como de las obras de los hombres: por esto vacilais; por esto dudais de su eficacia y no estais aún bien persuadidos de su triunfo. ¿Creeis, por ventura, que fueron los hombres los que propagaron el Evangelio de Jesús? La luz vino de las alturas de Sion, y lo que descende de lo alto no perece. Lo que los hombres han hecho del Evangelio ha sido explicarlo á su manera y acomodarlo á su orgullosa ignorancia. Si el Evangelio fuese un monumento levantado por manos de hombres, nadie se acordaria de él.

Sed más pensadores, y pensad con mejor acuerdo. El Cristianismo Espiritista ó es obra humana, ó descende de la Razon Suprema, del Origen Eterno de las causas: en el primer supuesto, pereceria sin remedio; mas, en el segundo, ¿quién podrá evitar su triunfo ni detener su paso? ¿quién puede temer que el pensamiento divino tropiece en las miserables dificultades de los hombres? ¿qué significan los intereses, la am-

bicion, el amor propio, el orgullo, los odios, los egoísmos y todo el inferno de malas pasiones que agitan y conmueven el corazón humano, ante la eterna é inmutable voluntad del Altísimo?

El Espiritismo, amigos míos, bien lo comprenden así algunos de vosotros, viene de arriba, y porque viene de arriba triunfará. Es el Evangelio, revelado por los espíritus que ven la palabra de Dios y explicado á la altura de las necesidades morales de los tiempos y de las generaciones; porque el Evangelio es manantial de luz y de vida en todas las edades de la humanidad y para todas las humanidades. El Cristianismo Espiritista triunfará, porque es la verdad de los sabios, la alegría de los corazones humildes y sencillos, el consuelo de los que lloran y la esperanza de los que sufren.—*Aquino Tomas.*»

Nuevas vacilaciones en la fe; nuevos temores, engendrados exclusivamente en miramientos humanos, y nuevos impulsos celestiales. Gozábamos de cierta consideración entre los hombres, y esta consideración iba á disiparse como el humo. Neófitos aún, veíamos en el camino de la fé un porvenir erizado de espinas y sinsabores, y volvíamos los ojos con harta frecuencia á nuestro pasado, prontos á retroceder. En estos momentos solemnes la conciencia, ilustrada y fortalecida con las inspiraciones de arriba, nos echaba en cara nuestra debilidad y egoísmo; y la navecilla próxima á zozobrar triunfaba del oleaje, y hendía otra vez las aguas en demanda del puerto salvador.

20.

Agosto de id.

«Hermanos míos: vuestros vivos esfuerzos por atraer al camino de la verdad á los que no conocen sus senderos, no penseis que puedan resultar infructuosos. Sois el eco de la trompeta del ángel que llama á juicio las conciencias dormidas en el error, y la voz del cielo es muy penetrante para no oírla los mortales.

Mas, diréis vosotros: «¿Y quién soy yo para que venga á mí la palabra que se pronuncia en los consejos del Señor? Me siento débil y enfermo; vacilo; dudo; mis acciones están muy léjos de responder á la perfección que distingue á los elegidos del Padre: ¿de dónde, pues, la gracia de ser instrumento de la Eterna Misericordia y mensajero de sus dones?»

Haceis bien en confesar vuestra pequeñez, y yo os aplaudo sinceramente, amigos míos. De los hijos del orgullo huyen los espíritus de verdad. Sois débiles é imperfectos, es cierto; pero ¿no vais, por ventura, con decidido propósito en busca de la perfección y de la salud del alma? ¿Acaso, miétras vais en pos de la luz, no podeis llamar á otros para que os acompañen? Habeis llamado al médico, porque os sentiais enfermos del corazón, y el médico ha venido á curaros, porque le llamasteis á voces. ¿Qué tiene pues de extraño que, miétras vosotros saneis, podais hacer partícipes de las medicinas que vigorizan vuestro espíritu á otros espíritus que sufren como vosotros?

Además, ya se os ha dicho que el libro del pasado y del porvenir está cerrado á los ojos de la carne, y en vano intentarais profetizar.

Obedeced los decretos superiores sin inquirir sus causas y sus fines: continuad siendo dóciles y sumisos á las inspiraciones de arriba, porque por el fruto se conoce el árbol; no olvidando que no faltan en las regiones de la oscuridad espíritus que habian recibido en sus encarnaciones luces especiales, de que no supieron hacer el uso conveniente. Valor, hijos míos, y actividad. Volveré á veros y á ilustraros.—*María.*»

El venerando nombre de *MARÍA* con que termina la comunicación que lleva el núm. 17, habia sido para nosotros, más que otra cosa, motivo de confusión, desconfianzas y celos. El exceso de luz cegaba la vista de nuestro espíritu. ¿Cómo habíamos nosotros, miserables criaturas, vencidos cada día centenares de veces en las tentaciones y pruebas; como habíamos de creernos dignos de recibir directamente las inspira-

ciones de la madre de Jesús! Estábamos como atontados y sin podernos explicar lo que pasaba en nosotros, ni atrevernos á juzgar sobre los hechos, de cuya realidad, por otra parte, no nos era lícito dudar. En tal estado, viene de nuevo MARÍA en la comunicacion número 20, y desvanece las causas de nuestro aturdimiento y recelos. La Providencia suele servirse de medios los más humildes para el cumplimiento de sus fines, al objeto de que brille con todo el esplendor su omnipotente intervencion.

21.

Id. de id.

«Yo os doy vivas gracias porque os acordasteis de mí. Durante mi mision episcopal pertencí, en apariencia á la iglesia romana, y en realidad, por una intuicion innata del mundo espiritual, á la religion de la verdad. Por esto en mi propaganda religiosa procuré suavizar en lo que podia los dogmas del Pontificado y fundamentarla en el sublime principio del amor, que es el alma del Evangelio de Jesús.

No necesitais de mí para vuestras enseñanzas; sin embargo, volveré cuando me llameis. Veo alrededor de vosotros espíritus cuya luz no puedo mirar de hito á hito: son muy superiores á mí. Seguid sin vacilar sus inspiraciones, y seréis dichosos.

No me apartaré de vosotros, hermanos queridos, sin dejaros un consuelo. Vuestra mision es sacerdotal, como lo fué la mia. No es el sacerdote el que viste el hábito, sino el que predica la verdad y practica la virtud. Los primeros sacerdotes de la religion cristiana fueron los Apóstoles, y los Apóstoles nunca fueron sacerdotes en el sentido que hoy tiene esa palabra. Dia vendrá en que los sacerdotes no se distinguirán por el color y la forma de su ropaje, sino por la predicacion. El verdadero sacerdocio no exige votos ni formas especiales, ni pertenece á una clase determi nada: es, muy

al contrario, una mision puesta al alcance de todos, sin distincion de estados, sexos ni condiciones.

Habeis hallado el camino de la vida: seguidlo.— Victor, Obispo.»

El católico romano que lea este libro con la prevenccion del sectario, dirá tal vez al fijar sus ojos en la comunicacion de Victor: «¡Veis, veis como es el diablo el que interviene en las comunicaciones, atacando rudamente la clase sacerdotal para destruir el Cristianismo! Al lobo se le ha caido la piel de manso cordero con que pretende seducir á los incautos. ¡Es el diablo! ¡es el diablo!»

Pero no todos nuestros lectores juzgarán de una manera tan *diabólica*, y á este número pertenecerán cuantos examinen la cuestion con recto é independiente criterio. Porque, ó en el catolicismo romano las formas son lo esencial, y en este caso vendriamos á parar en que es una religion inaceptable, ó las palabras de Victor son la espresion fiel de una verdad dentro del catolicismo. Victor hace consistir la mision del sacerdote en enseñar la verdad y la virtud con la palabra y el ejemplo, y despoja del carácter de tal al que, aun vistiendo el hábito de sacerdote, ni sus palabras ni sus actos guardan armonía con la sublimidad de su mision. ¿Es esto atacar la clase sacerdotal? Quien así opine, léjos de poner en evidencia la mediacion del espíritu maligno en la comunicacion de Victor, condena implicitamente al clero católico romano, dando á entender que no es muy común entre los sacerdotes el predicar la verdad y practicar la virtud. Victor, al sublimar el ministerio sacerdotal, no censura á los ministros que con la palabra y el ejemplo siguen las huellas del que fué la encarnacion de la divina palabra, sino á aquellos otros que tienen el orgullo de creerse representantes de Dios entre los hombres sólo por vestir un hábito que manchan con sus miserias.

22.

Id. de id.

«Hermanos: La oracion dominical es la síntesis y la clave de la doctrina predicada por el que murió en la cruz. Es un símbolo; una profesion de fé esencialmente cristiana; un respetuoso tributo de gratitud y adoracion al Ser Supremo; la espresion del más ferviente de los deseos del corazon humano, el deseo de una felicidad inmortal; la confesion de nuestra inferioridad, de nuestras debilidades, de nuestros apetitos y miserias, acompañada de una humilde y espontánea sumision á la divina voluntad. Es tambien, y muy particularmente, la fórmula más pura y espresiva de la ley de caridad, única del universo moral, y una tierna imitacion de Jesucristo.—*Maria.*»

No queremos insistir más acerca de si en las comunicaciones interviene ó no una influencia diabólica. La sublime moral que respiran las que dejamos trascritas revela claramente su superior origen; y cuanto podríamos hablar en apoyo de su elevacion y pureza, con más elocuencia lo dicen las mismas comunicaciones. Fijense bien en ellas nuestros lectores, y verán que el Espiritismo encauza y dirige las creencias por las verdaderas corrientes evangélicas.

23.

Id. de id.

I.

«Hijos míos, esperad, esperad (1). La semilla confiada á la tierra no se transforma en dorada espiga sin

(1) El principio de esta comunicacion, importantísima por el fondo y por la forma, responde á nuestros fervientes deseos de que el cristianismo en su pureza se propague con la mayor rapidéz. Tales son la bondad y excelencia de las doctrinas espiritistas, que quisiéramos verlas ya aceptadas por todo el mundo, y nos parece largo el tiempo que tarda en invadir todos los entendimientos y apoderarse de todas las voluntades.

haber sufrido los frios del invierno y los siniestros amagos de la tempestad en los primeros días de verano. Tened entendido que las leyes del universo moral guardan una admirable armonia con las que rigen en el universo sensible. La doctrina espiritista, que en su fondo es la santa semilla del Evangelio, ha experimentado y continúa aún experimentando el frio del ridículo, con que se habia creído quedaria sepultada en los oscuros senos del olvido; mas ya se oye el rugir de la tempestad que se aproxima. Mientras el Espiritismo se mantuvo oculto en el fondo de las conciencias, como el grano de trigo en las entrañas de la tierra, juzgóse suficiente el ridículo para anonadarlo; pero, contra todas las previsiones de sus contrarios, no tan solo no ha caido en el olvido ni continuado vergonzante en los secretos pliegues de una que otra conciencia aventurera, sino que se ha atrevido á salir á la luz y á disputar el derecho de legitimidad en la herencia de Jesús: por esto todos los elementos opuestos se concitan y sus más mortales enemigos se aprestan para embestirlo y vencerlo.

¿Quién será el vencedor en este combate á muerte? ¿Quién despues de la lucha tremolará su victoriosa bandera? Vosotros lo sabeis como yo, porque vosotros sabeis que los ángeles del Señor no pueden pelear al lado del egoismo contra el amor; del orgullo contra la mansedumbre; de la esclavitud contra la emancipacion; del comercio ó esplotacion religiosa contra la piedad; del fanatismo contra la verdadera fé; de las tinieblas contra la luz; del error contra la verdad; de la impostura, que sale de los hombres, contra la moral evangélica, que nació desde la eternidad en los consejos del Altísimo.

No os admireis de que el sacerdocio se oponga con mortal tenacidad á la nueva revelacion de que vosotros sois testigos (1); pues no es de admirar que las

(1) Movidos de la caridad, y nada más que de la caridad, algunos de nuestros hermanos del Círculo habian intentado escitar al estudio de los hechos y

mismas causas produzcan idénticos resultados. El fariseísmo contemporáneo de Jesús no quiso reconocer ni sancionar la moral de la divina doctrina; porque la verdad evangélica, que santificaba la pureza, la humildad y la pobreza de corazón, era la condenación más terminante de sus afectos de la carne, de su soberbia y de su apego á las glorias y riquezas exclusivamente mundanas. ¿Qué ménos podía hacer el fariseísmo que apellidar loco, impostor, y aun instrumento de Beelcebub (2) al que de tal manera le echaba en cara sus vicios, sus errores y sus crímenes?

Vengamos al fariseísmo de hoy, del cual forma el sacerdocio la parte más importante. La iglesia oficial, que por lo mismo que es oficial no puede ser la verdadera, pues el ministerio del culto y la enseñanza de la fé son atributos y deberes indeclinables de las almas; la iglesia romana, que desde el mismo instante en que adoptó el dictado de *romana* debió dejar de llamarse católica y cristiana; la iglesia, repito, que por tantos siglos ha llevado el cetro del mundo; que ha dominado en las conciencias; que ha fijado límites á los más hermosos atributos de la libertad humana; que ha ejercido en las masas ignorantes una influencia decisiva con el fuego del cielo y las hogueras de la tierra; que ha mirado frente á frente todos los poderes y puesto por escabel de su encumbramiento todas las instituciones; que ha amontonado, sofisticando el alma del Evangelio, bienes y comodidades; que ha llevado su espíritu comercial hasta el altar y vendido la salvación á peso de oro; que ha encadenado la razón de todos los hom-

doctrinas del Espiritismo á ciertos eclesiásticos ilustrados, los cuales, no obstante su ilustración, respondieron atribuyendo exclusivamente al diablo el fenómeno de las manifestaciones sensibles de los espíritus. ¿Y es posible, decíamos nosotros, que los hombres eminentes, que las inteligencias privilegiadas del clero católico romano no acierten á ver más que la acción del diablo en una propaganda que tiene por objeto la restauración del Evangelio, la reforma moral de las costumbres y la purificación del sentimiento!

(2) Más los Phariseos, oyéndolo, decían: este no lanza los demonios sino en virtud de Beelcebub príncipe de los demonios. S. Math. XII, 24.

bres subordinándola á la razón de un miserable mortal por ella divinizado; que se cree y se titula le única poseedora de las verdades eternas, como si Dios no pudiendo sobrellevar solo el peso de estas verdades se hubiese visto precisado á compartirlo con los representantes de una secta; ¿cómo esta iglesia, cómo este sacerdocio ha de consentir sin luchar, y luchar desesperadamente, el triunfo del Espiritismo, del Espiritismo, que viene á borrar las últimas huellas de las diferencias de clases predicando la igualdad natural; que emancipa la conciencia de la superstición y la inteligencia del absurdo; que revela el deber y las excelencias de la caridad y de la oración, pero de una caridad sin limitaciones egoístas y de una oración espontánea sin hipócritas limosnas; que arroja con el látigo de la ciencia á los que negocian y regatean en el templo la salvación de las almas; que derriba de su encumbrado pedestal al hombre-dios para confundirlo en el polvo común de las generaciones perecederas y fallibles; que saca la antorcha de debajo del celemin para que todos vean por sus propios ojos; que hace á toda la humanidad heredera del Cielo, que cada secta se adjudicaba con exclusión de las demás; que arrebató al Vaticano la llave misteriosa, sacrílegamente usurpada? Si, sacrílegamente usurpada; porque Jesús estableció su doctrina y sus promesas, no sobre los hombres y las instituciones, sino sobre la fé en Dios y en la práctica de la caridad, que es una derivación de aquella fé.»

II.

«Os han tratado de locos: ¡ bendita locura la locura que consuela por la esperanza y purifica por el cumplimiento del deber sancionado por la ciencia y la razón! Otros os llamarán instrumentos de Satanás, y vuestros nombres atraerán alguna de esas abominables maldiciones que se pronuncian en nombre de un Dios de paz; mas, ni os asuste el ver que os señalan

como emisarios del infierno, ni tembleis ante maldiciones impotentes, esperando la bendicion de arriba. Decid á los primeros, á los que locos os juzgan: «¿Dónde está vuestra sensatez, si os agitais en las soledades espantosas del vacío miéntras vivís, y no esperais sino quedar sumidos en el horrible vacío de la nada cuando vuestro cuerpo caiga para no levantarse más? Si la sensatez, si la cordura, están en la negacion, en la desesperacion, en la nada, preferimos á vuestra cordura nuestra locura expansiva y generosa.» Y á los segundos, á los que en sus palabras os juzgarán instrumentos del diablo, contestadles: «Si esto es del diablo; si del diablo proceden los virtuosos consejos, las sanas máximas, las caritativas exhortaciones, los evangélicos impulsos que todos los dias recibimos y admiramos; fuerza es que convengais en que el diablo trabaja por destruir el imperio del diablo (1), ó este personaje es de mejor condicion que vosotros, ya que viene á encauzar y restablecer lo que vosotros en tantos siglos no habeis hecho mas que perturbar y distraer de su cauce natural. Elegid: en el primer caso, contribuimos á destruir el poder del demonio ayudándole contra sí mismo y á ensanchar el reino de Dios, y hacemos por lo mismo un bien: en el segundo, contribuimos con los que son mejores que vosotros á la reforma moral de nuestros hermanos, y Dios escribirá nuestros esfuerzos y piadosos deseos en la consoladora página de nuestra reparacion.» Y añadidles: «Si el diablo fuese el diablo ¿no veis, insensatos, que para extender sus dominios ninguna necesidad absolutamente tenia de apelar á un nuevo sistema, ménos eficaz que el que le ofrecen las doctrinas de vuestra iglesia? ¿No sois vosotros los que prostituis la redencion abriendo de par en par las puertas de los tormentos infinitos y guardando

(1) Y si Satanás se levantara contra sí mismo, dividido está, y no podrá durar, ántes está para acabar. S. Márcos, III, 26.

los supremos goces para un reducido número de mortales? ¿Qué más podría apetecer el dios del mal?»

El diablo existe, sí; pero no el diablo negacion de la omnipotencia, de la misericordia y de la justicia de Dios: existe, pero no personificado en un ser inmundo y abominable, destinado á fomentar perpetuamente el mal, á luchar victoriosamente con el Origen del bien y destruir poco ménos que del todo los efectos permanentes y siempre vivos de la redencion. El diablo de la secta romana, que arranca de una alegoría, literalmente y, por lo mismo, mal interpretada, es una afirmacion atea; porque supone en Dios, que es y no puede dejar de ser el padre y causa espontánea de las criaturas, debilidades y sentimientos de que os avergonzaríais vosotros, sin embargo de que no ejerceris la paternidad sino por la carne y en virtud de superior delegacion. Los diablos son el egoísmo, la impureza, el orgullo, la avaricia, los odios, las hipocresías, las pasiones y los sentimientos que salen de su punto dentro de la libertad humana. Jesús libraba los endemoniados; mas ¿juzgais acaso que arrojaba de los cuerpos seres malignos, individualidades reales, que se habian posesionado de ellos? Así lo creyó la ignorancia de mis contemporáneos, y Roma ha fomentado en provecho propio esa creencia, haciendo de ella la más poderosa de sus armas y el instrumento de su larga dominacion y de su encubramiento temporal. Jesús sanaba los cuerpos enfermos, por la eficacia de la virtud que emanaba de él como de un foco de regeneracion y de vida (1), y curaba las úlceras del alma, por la eficacia y santidad de sus miradas, que llegaban al corazon, y de la divina palabra, que como un torrente de luz fluía de sus amorosos labios. Y los sordos oían, y los ciegos veían, y los muertos en la vida del alma resucitaban.»

(1) Y toda la gente procuraba tocarle: porque salía de él virtud, y los sanaba á todos. S. Lucas, VI, 19.

III.

«El hombre es un ser débil, muy débil, en su doble naturaleza. Su cuerpo, formado con elementos y combinaciones puramente materiales, lleva en sí mismo el germen de descomposicion propio de la materia, germen que se desenvuelve rápidamente en el organismo humano en fuerza del principio vital que por él circula y que viene á ser para la materia el agente y motor de sus transformaciones. Su alma, substancia real, pero misteriosa y desconocida para los que no ven el pensamiento de Dios, penetra en el cuerpo y se adhiere á él por un lazo semimaterial (1), ignorante de sí misma, aletargada, olvidada de su pasado y á oscuras de su presente y porvenir, con facultades embrionarias para el bien como para el mal y llevando impresa la marca de faltas y debilidades anteriores. ¿Qué es lo que hará esa alma á medida que despierte de su letargo y tome posesion de su cuerpo? Por un lado el organismo, los estímulos de la carne, provocando necesidades, apetitos y tendencias sensuales y egoístas; por otro el alma con aspiraciones á elevarse y ennoblecerse, pero cohibidas y neutralizadas por los ciegos impulsos de su envoltura material y por los resabios de errores y extravíos morales cuyo origen no podria explicarse sin recurrir á la preexistencia del espíritu. Por un lado la carne, imperiosa, dominante, lasciva; por otro el alma inconsciente en un principio, débil, enfermiza y con la puerta abierta á todos los vientos de la seduccion. ¿Qué es lo que hará; que es lo que podrá hacer, sino sucumbir sin luchar, esa pobre alma, si todo lo que la rodea y acompaña conspira á perturbarla, debilitarla y destruirla? Pero el Omnipotente, de cuyo amor nacieron y descendieron

(1) Si hay cuerpo animal, lo hay tambien espiritual. S. Pablo á los Corintios, Ep. 1.ª, XV, 44.

las almas, no pudo ni quiso crearlas para condenarlas al mal (1); no pudo consentir ni consintió en entregarlas inermes á una lucha en la cual fatalmente hubiesen de ser vencidas. Quiso que la vida del hombre sobre la tierra fuese un combate; mas un combate glorioso, un combate de purificacion, de reparacion y de prueba, de pena y humillacion en el vencimiento y de galardón en la victoria. Entónces su justicia vió la necesidad de un equilibrio de fuerzas; y este equilibrio, base de la moralidad y responsabilidad de las acciones humanas, fué hecho. Como contrapeso y correctivo á los instintos é impulsos groseros de la materia, puso Dios en el alma la semilla de los sentimientos que purifican y ennoblecen: en oposicion á las tendencias hácia la sensualidad, el constante deseo de puras é inefables fruiciones: al lado de los resabios del mal, las intuiciones y los presentimientos, acompañados de un moderador severo é incorruptible. Y aun no estaba del todo acabada la obra; al cuadro le faltaba luz. La voluntad habria en sus actos procedido á oscuras; porque la conciencia continuaba en las tinieblas y la libertad no aparecia. Apareció, por último, con la luz de la razon, que, sacando á la conciencia del caos, vino á ser como el coronamiento del sapientísimo equilibrio ordenado por la Suprema justicia.

No es lícito retocar este cuadro ni añadirle el más ligero detalle; pues la Divinidad se refleja en él con sus más hermosos atributos y el hombre es una obra que glorifica á su incomprendible Autor. ¡Y, sin embargo, el hombre se ha atrevido á poner en él su sacrílega é ignorante mano! Ha sometido la débil naturaleza de la criatura racional á una influencia maléfica, decisiva, porque destruye el divino equilibrio; la ha rodeado de legiones de espíritus privilegiados para el mal, dotados de un poder casi infinito, destinados á arrollarla y á perderla para siempre. ¡Desdichado destino el de las

(1) Yo os hice, y yo os llevaré: yo os traeré, y salvaré. Isaías, XLVI, 4.

almas! ¡Salir de la nada; aspirar un instante á una dicha que presienten sin conocerla, y sucumbir para ser arrastradas á eternos sufrimientos! Para que una sola alma saliese vencedora en la lucha con el diablo, dado el poder que á éste se le supone, necesaria sería la intervencion directa de Dios; y ni Dios hace milagros, que serian como una solucion de continuidad en la maravillosa sucesion de las leyes por Él con infinita sabiduría establecidas, ni es admisible en su justicia que, hecho el milagro en beneficio de algunas almas, no lo hiciese en beneficio de todas.

Insistiré aún sobre lo mismo; porque este punto es de importancia decisiva y de trascendentalísima influencia para establecer sobre una base sólida el orden de relaciones que deben mediar entre la criatura y el Criador. La concepcion de Satanás es en su fondo esencialmente atea. Estudiad reflexivamente la naturaleza de ese tenebroso engendro tal como se le presenta y describe, y veréis con toda claridad que es una negacion hipócrita de Dios en algunos de sus esenciales atributos. Niega en primer término su justicia, con respecto al mismo diablo, de quien no dejaría de ser autor y padre, y con respecto á los hombres, cuyas débiles fuerzas sometería á una prueba bárbara y á un poder irresistible. Niega su bondad, en la prevision, por la presciencia, de seres en sí mismo concebidos, predestinados á sufrir y producir eternamente el mal. Niega su sabiduría, suponiendo en la obra de las creaciones, que debia ser perfecta, una imperfeccion absoluta é infinita. Niega su omnipotencia, poniendo por limites del poder de Dios, que es el poder del bien, la accion triunfante del espíritu del mal. Y niega su misericordia, excluyendo de ella á todos los ángeles caidos y á las victimas de ese poder irresistible y tenebroso.»

IV.

«Un error llama por lo general una série de errores, pues sólo por este medio puede defenderse y perpetuarse. El dogma erróneo del diablo suscitó el dogma no ménos erróneo del infierno; la torcida inteligencia de la redencion de la humanidad en Jesucristo, y un dogma absurdo sobre el perdon de los pecados: y de estos han derivado otros errores no ménos trascendentales.

El dogma del infierno, de una mansion horrible de dolores sin esperanza ni término, síntesis de todos los dolores, de todas las angustias, de todas las agonías, de todas las desesperaciones, en una palabra, de todos los suplicios que podia concebir el corazon más inhumano, la crueldad más refinada, es, como el dogma del diablo, una gran blasfemia, y la negacion de Dios en su bondad, en su misericordia, en su justicia, en su sabiduría, y aun podría añadirse en su inmensidad, ya que no se concibe la presencia de la divina substancia en la tenebrosa region del crimen eterno y de la desesperacion sin fin. Hermanad, si os es posible, vosotros, los que amenazais con eternas torturas á los que como vosotros esperan el justísimo y supremo fallo; hermanad, repito, vuestro dogma con las prescripciones de la moral evangélica, que tambien vosotros invocais. ¿No os habeis apercebido, no veis con toda claridad un contrasentido, una flagrante contradiccion, un absurdo, en un Dios que prescribe por medio de su enviado la caridad sin limitaciones y el perdon de las ofensas, y que da al mismo tiempo el ejemplo de un odio eternamente vivo y de una caridad mezquina? Digo mezquina, porque con las dificultades y tropiezos que en el camino de la salvacion ha amontonado la iglesia de Roma, mezquino, por no decir completamente nulo, es el número de los elegidos del Señor.

Jesucristo, que nunca despegó los labios para pronunciar una palabra inútil, porque era la encarnacion

de la divina palabra y en todo habló por superior delegación; en los postreros instantes de su vida, como resumiendo la moral de sus predicaciones, dijo á los hombres: «**AMAOS**»; y elevando su sentimiento al Padre «**PERDÓNALOS, -dijo-PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN**». ¿No os bastan, oh hombres, estas dos palabras de amor y esperanza, para persuadiros de que la caridad ha de ser universal, y de que del perdón nadie queda excluido, cuando quedaron envueltos en él los que quisieron matar la doctrina de amor en la persona de Jesús, los que levantaron su parricida mano contra Dios en la persona de su Enviado?

Jesucristo, muerto ya, bajó en espíritu á los infernos (1); esto es, al mundo de los espíritus en sus diversas regiones de luz y de oscuridad, para decir á los unos: «*Vosotros, los que habeis muerto en la paz de la justicia; los que por vuestras obras habeis merecido elevaros sobre la línea que separa la expiación y la reparación, de la prueba, pero que os sentis sedientos de mayor purificación; id, descendid á la tierra, y apoderándoos de mi testamento, sed los continuadores de mi obra y los maestros de la doctrina redentora*»; y á los otros, á los que habian muerto en el remordimiento, á los enfermos, á los leprosos del alma, á los condenados por sus obras: «*Id, subid á la tierra, y hallaréis en ella, si buscáis, el rocío de vuestras marchitas esperanzas, la piscina de vuestra salud, la inagotable fuente de vuestra redención é indefinido progreso.*» Y Abraham y Caín volvieron á la vida de la carne (2).

Si el dogma de la eternidad de sufrimientos se hubiese ceñido á una eternidad relativa, que es en el sentido en que Jesús la entendió; la justicia de Dios habria en él resplandecido, y en él la iglesia le habria glorificado. La acción de la divina justicia no puede

(1) Cristo, en espíritu, despues de muerto, fué á predicar á aquellos espíritus que estaban en cárcel. Ep. primera de S. Pedro, III, 19.

(2) Abraham, figura de los espíritus buenos, y Caín, de los rebeldes.

concebirse sino ejerciéndose y aplicándose dentro de una proporción y correspondencia absolutas entre el castigo y la malicia de la falta; y como ninguna de las faltas humanas procede de malicia, por su naturaleza y origen, infinita, ni sus consecuencias son eternamente permanentes; por lo mismo, tampoco puede en justicia continuar eternamente el castigo. Continuará, sí, mientras persista la malicia y el espíritu se obstina en el mal; en términos tales, que si la obstinación fuese eterna, eterna irrevocablemente seria la expiación. Esta es la eternidad relativa de que os hablaba, y así la entendia Jesús.»

V.

«Resuelto ya con la muerte el problema del destino de las almas de una manera definitiva, sin ulteriores temores ni esperanzas; necesario se hacia, ya que quedaba para siempre cerrada á los espíritus la puerta del arrepentimiento y de la reparación, llevar un consuelo á los hombres, que, de no ser así, habrían fatalmente caido arrollados en la desesperación: y este consuelo fué á buscarse en la falsa explicación de la redención por Jesucristo; falsa, como falso era el motivo que la hiciera necesaria. Incapacitado el hombre de purificarse y rehabilitarse á los ojos de Dios por medio de la reparación de las faltas y males cometidos y ocasionados en la vida, y no teniendo tampoco méritos propios que viniesen en cierto modo á servir de fuego purificador, de bautismo de las almas; quedaba entre él y Dios un desconsolador vacío, el abismo de la condenación, imposible de salvar: y se llenó aquel vacío y se cegó aquel abismo sustituyendo la reparación con el arrepentimiento, y la purificación y los méritos propios con el sublime sacrificio y méritos personales de Jesús. Dentro de esta enseñanza, dentro de esta redención, cabe el absurdo de que puede un hombre ser causa ocasional de la condenación de otros mil, y, sin reparar tan gravísimos é incalculables ma-

les, presentarse purificado al fallo de la suprema justicia. Ni esto es bueno y justo, ni la redención, tal como Roma la esplica, es concebible.

Adan no es una personalidad: es el tipo de una raza humana, que, habiendo alcanzado, por los siempre sabios designios de la Providencia, habitar mundos superiores al vuestro, pecó por orgullo y por egoismo, abusando en provecho propio de la natural bondadosidad de los que la habian recibido como á una raza hermana. Llamada á juicio, fué condenada á la expiacion y á la reparacion, justísima sentencia que vino á cumplir en la tierra algunos miles de años ántes de la época fijada en el primer libro de Moisés. Adan en el paraíso, simboliza aquella raza morando en esferas superiores; y la simboliza en su expiacion en la tierra, despues del pecado original. Necesario era para entrar de nuevo en el paraíso de que habia sido arrojada, en la tierra de Canaan de donde sus pecados la habian obligado á salir, pasar ántes por el desierto de la expiacion, que purifica, y de la reparacion, que justifica. Y ¿por qué medios habia de expiar y reparar sus pecados y los males ocasionados? Trabajando y regando la tierra con el sudor de su frente; es decir, luchando su inteligencia con las groserias de una materia, de una carne más impura, y llevando á los hombres que ántes que ella habitaban el planeta semillas de mayor progreso, luces de perfeccionamiento hasta entónces ignoradas.

Que no os susciten dudas estas revelaciones: se os hacen porque son necesarias; porque los tiempos se acercan y va á surgir la nueva generacion. Sin embargo de que la raza simbolizada en Adan sufrió en su inmigracion á la tierra una gran perturbacion moral, que ocasionó el olvido de su pasado; no fué la perturbacion tan absoluta, que no dejase en las almas vestigio alguno de la perdida felicidad y cierta esperanza, á manera de presentimiento, de que serian redimidas y nuevamente elevadas, concebida en la claridad del mundo espiritual. Con los condenados de la

raza adámica vinieron tambien espíritus de mision con el divino encargo de arraigar y fortalecer aquella esperanza; y así, apoderándose de ella la humanidad, la consideró como una promesa de origen celestial, que pasó y se robusteció al través de los siglos y de las generaciones. Y en realidad existia la promesa de la redencion; que promesas divinas son las esperanzas y deseos innatos de felicidad espiritual: y como esta felicidad es inasequible á las almas impuras y por su impureza condenadas, habia de brotar y brotó en el corazon del hombre la esperanza de su redencion, principio más ó ménos remoto de su felicidad venidera.

Pero la redencion prometida á la humanidad extraviada no es, ni cabe en la justicia de Dios, la redencion que explican los sacerdotes y doctores del cristianismo romano, conforme he indicado más arriba. Jesucristo no pudo ni quiso asumir, ni asumió, todas las responsabilidades individuales contraidas y por contraer á causa de los pecados de los hombres, y de aquí, tampoco podia el sacrificio de su vida redimir á la humanidad levantándole el destierro á que habia sido condenada. El principio de la redencion se pierde en el misterioso principio de las humanidades; pues la redencion comienza con el deseo de ser redimido, y hubo este deseo desde que hubo espíritus que sufrían y aspiraban á alcanzar el término del sufrimiento. Comienza con el deseo de ser redimido; porque este deseo conduce primero al arrepentimiento, y luego al amor y á la práctica del bien, que son el principio y término de la verdadera redencion. La redencion de la humanidad no estriba, pues, en los méritos y sacrificio de Jesús, sino en las buenas obras de los hombres. Lo que Jesucristo hizo, enviado por la misericordia del Padre, fué apresurar la redencion del linaje humano, derramando sobre el mundo y sus errores la luz de la única doctrina redentora.*

VI.

Esto sentado, fácil es y lógico deducir que ni Roma ni nadie posee el divino privilegio de perdonar los pecados, y que este perdon es un efecto natural de la misma redencion. La llave del Paraíso no la ha confiado el Supremo Jardinero ni aún á los espíritus más allegados á Él por su pureza; y mucho ménos habia de confiarla á los hombres ó á instituciones humanas, de cuyo perecederas y falibles (1). Los espíritus puros y los hombres de mision tienen á su cargo guiar á la humanidad hácia la senda que conduce á las dichosas moradas, cuando de ella se separa; más sus puertas sólo el Omnipotente puede abrirlas. Al que por sus obras queda redimido, Dios le perdona; porque Dios es el centro de todas las armonias.

No lo explica así Roma, ni era posible que así lo explicase despues de admitida y prohijada la existencia del diablo y de una mansion de eternos sufrimientos como suerte fatalmente definitiva de las almas condenadas. No podia arrancar á los hombres, aun á los más pecadores, la suprema esperanza de rehabilitarse á los divinos ojos; en primer lugar, porque habria sido contradecir claramente el Evangelio, y tambien porque ninguna sociedad hubiese aceptado una religion que, como el Saturno de los paganos, devorase á sus propios hijos; y como aquella esperanza se desvanecia para el pecador en el destino definitivo de su alma, hubo necesidad de hacerle comprender que allí donde no alcanzasen su expiacion y méritos personales, alcanzarian, prévio el arrepentimiento, la expiacion y méritos de Jesús. ¡Qué ceguedad! ¡Cuánta aberracion! Suponer y afirmar que los sufrimientos y muerte del Justo fueron ordenados de lo alto en expiacion de los pecados

(1) Porque Dios es veraz, y todo hombre falaz. S. Pablo á los Romanos, III, 4.

de todos es la más orgullosa de las blasfemias contra la justicia del Eterno.

Dios, no solo lo hizo todo bien, sino que en todo hizo lo mejor; y es una verdad evidente que el hacer recaer sobre quien no ha delinquido la expiacion de faltas por otros cometidas, lo mismo que el tomar en cuenta los méritos espirituales de uno para la salvacion de otro, ni es lo mejor, ni solamente lo bueno, no ya en la divina sino en la humana justicia. Esta exige, siempre que es posible, la reparacion del mal hecho, á más de la consiguiente expiacion, y es lo mejor que tiene la justicia de los hombres; y ¿habia de faltar, pero de una manera completa y absoluta, en la justicia de Dios, ordenada por una inteligencia y sabiduría infinitas y por un poder ilimitado?

Jesucristo trasmitió á sus apóstoles y discípulos, y con estos á cuantos acudiesen á sostener y propagar el Evangelio, la facultad de perdonar los pecados; pero esta facultad la vinculó en los continuadores de su santísima mision en los mismos términos con que él la habia recibido de su Padre (1). El orgullo y la ignorancia desnaturalizaron, sin embargo, el legado trasmitido por Jesús, y los hombres se atribuyeron una virtud que continuaba integra en el fondo de la verdad evangélica. *Lo que destigares*, no por tu virtud y poder, sino por el poder y virtud de la doctrina sobre la cual quedará edificada mi iglesia, que es la iglesia de Dios; *lo que así destigares y perdonares en la tierra, tambien en los cielos quedará destigado y perdonado*. ¿No equivale esto á decir: En mi testamento, que os lego para que lo hagais valer; para que lo expliqueis y aclareis á mi pobre pueblo, que es la humanidad entera sin excepcion de un solo hombre; hallaréis el Jordan de las almas, la fuente de su redencion y del perdon de sus pecados: todas las que atrajéreis hácia mi, que soy,

(1) Cómo el Padre me envió, así tambien yo os envío. S. Juan, XXII, 21.

en representacion d'Él (1) que me ha enviado, el camino, la verdad y la vida; todas las que atrajéreis con vuestros consejos y predicaciones á la práctica sincera de mi doctrina, quedarán redimidas y perdonadas, siendo vosotros los instrumentos del perdon? Si, hijos y hermanos míos: no sobre los hombres y las instituciones humanas, sino sobre la divina palabra y la práctica de la caridad, estableció Jesús su sacerdocio y sus promesas.»

VII.

«*Hora est jam nos de somno surgere.* Hora es ya de que la humanidad se reconozca; hora es ya de que, obedeciendo á las inspiraciones que descienden de las esferas etéreas y acompañando su propia y espontánea actividad, salga del Egipto de su obcecacion, de la esclavitud de sus errores, para emprender y seguir á paso firme, sin vacilaciones y prevaricaciones, el camino que conduce á la tierra prometida. Hora es ya de que la verdad se abra paso en las inteligencias y reinen en los corazones la caridad y la humildad. Hora es ya de que la semilla sembrada en las conciencias por el Hijo del hombre produzca fruto abundantísimo de vida, y que todas las sectas religiosas, depurándose de cuanto es obras y mandamientos de hombres (2) y conservando lo permanente y eterno, converjan, se unan é identifiquen en Dios y en el Evangelio para constituir la iglesia universal, el verdadero CATOLICISMO CRISTIANO.

Vosotros, los que por fanatismo, por ignorancia ó por orgullo os creéis ministros, sacerdotes y representantes de todo un Dios y depositarios de sus verdades y poder sólo porque otros hombres os han impuesto sus manos, tal vez impuras y manchadas, y pronun-

(1) No hemos querido alterar la singular ortografía de esta palabra, y la dejamos tal como resultó escrita en el original.

(2) Y en vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. S. Math. XV, 9.

ciado sobre vuestra cabeza una fórmula vana é ineficaz; venid, venid aquí, hermanos míos, hijos míos; venid, pues todos cabeis en la misericordia del Padre; venid, y decidme: ¿Qué sois vosotros? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Habeis penetrado con imparcial é investigadora mirada en vuestro corazon, en los recónditos pliegues de vuestra conciencia, en los secretos de vuestra alma? ¿Habeis medido vuestros deseos? ¿Habeis sondado vuestras debilidades y miserias y buscado, desnudos de amor propio, el verdadero nivel de vuestras virtudes? ¿Os habeis mirado, os habeis escudriñado bien? ¿Habeis siquiera pensado en estudiaros? En una palabra: ¿os conoceis? Pues si no os conoceis, haced alto al llegar á este punto: concentraos, hijos míos, y pedid á Dios que os abra los ojos para que podais veros con claridad y sin orgullo; porque se os llama á un juicio de amor, en virtud del cual se os abre el camino de vuestra reparacion y el medio de que podais comparecer sincerados y limpios á otro juicio, al juicio en que cada cual recoge el fruto de sus obras. Estudiao, os repito, y decidme: Al encontraros frente á frente de vuestros hermanos los demás hombres, á quienes con tanta ligereza condenais, y de vuestra conciencia, que os recuerda lo que sois ¿os habeis, por ventura, juzgado superiores y dignos de ser sus maestros, y los ministros de Aquel que todo lo ve y todo lo juzga? ¿Habeis podido dudar de que ante Dios nadie es más que aquello de que sus obras le hacen merecedor? Venid y decidme: La fé que quereis imponer á los demás proscribiendo y condenando el más esencial atributo de las almas, la teneis vosotros? Y los que de vosotros la teneis, ¿cómo la habeis adquirido? ¿Por vuestra iniciativa, por vuestras virtudes, por vuestro estudio y esfuerzos, por haber mirado la luz ó por haber cerrado los ojos para no verla? Venid y decidme: Al consagraros al sacerdocio ¿habeis consultado los intereses espirituales de la humanidad, ó los vuestros temporales? ¿lo habeis aceptado como un sacrificio, ó cómo un modo de vivir y prosperar? ¿Habeis profe-

sado la pobreza que nace del amor, y la dulzura que nace de la humildad, ó, por el contrario, habeis sido acaparadores è iracundos? Venid y decidme: ¿Habeis dado y enseñado á dar á Dios lo que es de Dios y al César le que es del César; ó bien os habeis postrado á los piès del César en desdoro de la majestad de Dios, é invocado el nombre de Dios para combatir al César? En las contiendas, en las guerras entre vuestros hermanos ¿habeis corrido á contenerlas y hacerlas ménos sangrientas con vuestra apostólica unción; ó las habeis enardecido y ensangrentado abusando de la influencia que habeis ejercido y aun ejerceis en razon á vuestro ministerio? ¿Habeis querido cómo Jesús reinar en las almas por la caridad, ó dominar en la tierra por la ignorancia? Venid y decidme: Despues de tantos siglos que habeis gobernado las conciencias, explicado la moral y dirigido las sociedades, ¿en qué estado habeis dejado las sociedades, las costumbres y las conciencias? ¡Ah! éste no es el fruto, no, del Evangelio.

Reconoceos, hijos míos; compadeceos de vosotros mismos, como yo os compadezco y como mañana os compadece la humanidad; amaos más en Dios y ménos en la carne, que todavía estais á tiempo. Habeis errado; ¿quién no ha errado? Habeis cometido faltas; ¿quién con derecho podrá arrojar sobre vosotros la primera piedra? Levantad del suelo la bandera que Jesús enarboló, y, dejando de ser sacerdotes por el hábito, sedlo por la caridad y la predicacion. No dudeis de que quien os habla es María, la mujer dichosa que llevó en su vientre al celestial Enviado, al Fundador de la divina religion que vosotros creéis profesar y no profesais como debeis. No rechaceis esta revelacion ni la condeneis sin meditarla. Estudiadla sin odio, sin pasion, sin prevenciones de escuela y sin el egoismo del sectario; y si despues de este provechoso estudio, para el cual os suplico invoqueis fervorosamente el auxilio de Dios, la luz de la sabiduría increada, os sentís impulsados á confesar que este

documento, reflejo fiel de la verdad evangélica, no puede ser obra de un genio maléfico, de un espíritu mentiroso, confesadlo, hermanos míos, hijos míos, y aceptad y defended la nueva revelacion. ¿Qué importa que esta revelacion venga á derribar y pulverizar un coloso de diez y nueve siglos, si levanta al mismo tiempo del polvo de la ignorancia, del error y del egoismo á toda la humanidad? No rechaceis el Espiritismo; no intentéis combatirlo con el diablo, que se evapora en vuestras manos al calor de la nueva luz y desaparece para ocupar su verdadero asiento entre los recuerdos mitológicos. Si pretendéis obstinaros en vuestros errores y encerraros en vuestra infalibilidad orgullosa, no por esto lograréis impedir ni detener un momento lo que está irrevocablemente decretado: seréis arrollados por la idea, y sucumbiréis miserablemente, llevando en vuestra caída la compasion de los unos, el desprecio de los otros, el odio de muchos y la severa responsabilidad de vuestros actos.—MARÍA.

Amaos los unos á los otros y glorificad á Dios.—
MARÍA.*

Dejamos al buen criterio de nuestros lectores los comentarios á que se presta la comunicacion de María. ¿Qué podríamos nosotros añadir que no fuese pálido è incoloro al lado de la fluidez del estilo y la profundidad de los conceptos que campean en las preciosas líneas inspiradas por la madre del Redentor? Bendicimos mil veces á la Providencia por habernos concedido, sin merecerla, una joya de inestimable precio, y un escudo en el cual se embotarán las envenenadas saetas de los enemigos y detractores del Cristianismo espiritista, ó hablando con más propiedad, del Cristianismo de Jesús.

24.

Id. de id.

*Amigos míos: No me habeis llamado con la palabra, pero me habeis llamado con el deseo, y por

esto vuelvo: el buen deseo es como la estela luminosa que dejan en pos las almas de los que viven, y sirve como de guía y conductor á los espíritus que duermen el sueño de la justicia.

Preveis para vosotros dias de injusticia y amargura, y ciertamente no os equivocais: van á alzarse contra vosotros por un lado las exageraciones ateas con sus sarcasmos, y por otro las exageraciones religiosas con sus furibundas maldiciones. Pero ni unas ni otras os han de hacer vacilar ni retroceder un paso; porque la victoria será para las doctrinas que profesais y que se propagan en todas direcciones con asombrosa actividad. Vuestros sufrimientos serán exclusivamente morales; pues afortunadamente han pasado ya entre vosotros los tiempos en que se necesitaba autorizacion eclesiástica para establecer una verdad.

¿Estais ó no persuadidos de la bondad y justicia de vuestros deseos y de la eficacia en la reforma de las costumbres de los principios que brotan de la nueva revelacion? Pues, si es así, desechad todo temor pueril, impropio de ánimos resueltos. Que el mundo vea vuestra fè y vuestra resolucion inquebrantable; y el mundo podrá señalaros primero con el dedo, pero luego os respetará y concluirá por seguiros. Que el mundo vea por vuestras acciones que sois buenos, y rechazará á vuestros calumniadores. Vuestras convicciones exigen de vosotros que mejoreis sin cesar vuestros hábitos y dulcifiqueis los sentimientos que sentís vibrar en los secretos de vuestra alma. El Espiritismo teórico es una filosofia, y el Espiritismo práctico es una virtud; y no olvideis que lo que el mundo necesita y busca no son filosofias estériles, sino virtudes.—*Victor, Obispo.*»

¡Cuánta bondad y cuán virtuosos consejos en la comunicacion de Víctor! Sin echarnos en cara nuestras debilidades, nos traza el camino que debemos seguir si hemos de llevar dignamente el consolador nombre de cristianos. No basta discutir acerca de la bondad de las doctrinas, ni propagarlas con la palabra: es nece-

sario enseñarlas con el ejemplo, dulcificando los sentimientos y reformando los hábitos. En vano nos llamaremos espiritistas mientras no procuremos con eficacia el mejoramiento del espíritu. Al leer las palabras de Víctor, nos parece estar contemplando un genio benéfico en actitud de señalar á los hombres el templo de la virtud.

25.

Setiembre de id.

Hermanos: Recordad á todas horas la saludable enseñanza que contiene el consejo que os dió Víctor cuando os dijo: «El Espiritismo teórico es una filosofia, y el Espiritismo práctico es una virtud; y no olvideis que lo que el mundo necesita y busca no son filosofias estériles, sino virtudes.»

Vosotros discurris con cierta lucidez tocante á las verdades fundamentales del espíritu y os sentís movidos de buenos deseos; pero esto no basta: vuestros discursos y vuestra lógica son poco ménos que completamente infructuosos, pues no pasan del limitado círculo de vuestras relaciones intimas; y vuestros buenos deseos no son activos como debieran despues de lo que os ha sido concedido. ¿Quereis guardar la antorcha debajo del celemin? Si así fuere, retiraos en el oscuro rincón de vuestro egoismo, y dejad á otros una mision que requiere la actividad incansable de la hormiga y el celoso cuidado del pastor.

Aun vacilais; aun temeis y no os atreveis á decidir, y ¿sabeis por qué? Porque os falta la fè del apóstol; porque el amor propio es aún el móvil de muchas de vuestras acciones; porque pretendéis acomodar, no vuestras conveniencias al Espiritismo, sino el Espiritismo á vuestras conveniencias; porque todavía, sin embargo que hablais mucho de caridad y humildad, no sois sinceramente humildes ni verdaderamente caritativos.

Sois fríos, y para el cumplimiento del encargo que habeis aceptado se necesita tener el corazón de fuego; sois excesivamente temerosos, y se necesita el valor del mártir. Leed las comunicaciones que habeis, sin merecerlas, obtenido, y cobraréis el valor y el entusiasmo que os faltan. Y, sobre todo, pensad menos en vosotros y mucho más en los otros, y no temais ni vacileis en decir y proclamar en voz alta las verdades que os ha sido dado conocer.—*S. Agustin.*»

San Agustin nos reprende con sobrada razón por nuestra tibieza y cobardía. Aun pesaban sobre nuestra fe las consideraciones mundanas; aun vacilábamos y no teníamos el valor suficiente para completar el sacrificio. Pensábamos demasiado en nosotros, y faltábamos a la caridad: nos rebelábamos contra los consejos superiores, y faltábamos a la humildad. Indignos de los favores que el cielo nos prodigaba, no sabíamos estimarlos en su verdadero valor ni anteponerlos a las honras de la tierra. Por esto, leida la reprensión de S. Agustin, bajamos confusos y humillados la frente reconociéndonos culpables, y pidiendo a Dios la resolución y fortaleza necesarias para triunfar del egoísmo y rechazar los asaltos del orgullo.

26.

Noviembre de id.

«Hermanos míos; hijos míos, porque lo sois de mi doctrina, fundada sobre la fe de Jesús: la paz sea con vosotros y la caridad vuestro espíritu. Gloria a Dios en las alturas y a Jesucristo en la derecha del Padre. Yo a sus pies.

Estoy con vosotros desde que os reunisteis dos en espíritu de verdad y en nombre de Jesús, y he seguido con ansiedad vuestros pasos. ¡Temía no retrocedieseis por causa de las contradicciones y por temor a las miradas del mundo! Felizmente no ha sucedido así, y por ello me felicito y cordialmente os felicito.

También he visto vuestros trabajos y el celo que os mueve en pro de la propaganda cristiana. Vuestro libro será la protesta de la verdad humilde contra el error triunfante y orgulloso. Su filosofía sencilla penetrará suavemente en las entrañas del pueblo: será un pequeño roedor; pero, en su pequeñez, contribuirá eficazmente a destruir los pies del gran gigante. No es un trabajo perfecto, pero sí de grande utilidad: más útil para el pueblo que algunos de mis libros, que será necesario reformar. Tal vez «Roma y el Evangelio» no será el último de los libros que publicaréis en defensa de las verdades cristianas. Pedid y recibiréis, dijo Jesús nuestro divino Maestro.

Escudriñad vuestro corazón y pesad vuestras obras y vuestros hábitos en la balanza del deber. No os pido imposibles; pero os amo y os aconsejo, y continuaré aconsejándoos por amor y por deber. Sed perseverantes en el bien, como lo es el Padre en sus misericordias.

La paz sea con vosotros y la caridad vuestro espíritu.—*Allan Kardec.*»

Allan Kardec, el hombre ilustre que con incansable actividad supo reunir los datos y antecedentes que revelan la verdad del Espiritismo, esparcidos por todos los países de la tierra, formando con ellos un cuerpo de doctrina moral y religiosa; el distinguido apóstol de la caridad cristiana, que enarboló con mano firme la bandera del Evangelio, hecha girones por el egoísmo y el orgullo; el espíritu varonil, a quien no arredraron los insultos y sarcasmos de la época en su empresa de empujar y dirigir las sociedades por la senda de la felicidad y del amor; Allan Kardec continúa desde las regiones espirituales la saludable propaganda que inició e hizo fructificar durante su vida corporal. Más de treinta millones de espiritistas dan testimonio de la poderosa iniciativa que desplegó el autor del «Libro de los Espíritus», del «Evangelio según el Espiritismo», del «Génesis», del «Cielo y el Infierno», del «Libro de los Mediums», y de otras obras de inesti-

mable precio para el desarrollo de las virtudes cristianas.

27.

Diciembre de id.

«Amigos míos: las contradicciones son el crisol de la fé. Teneis entendimiento para juzgar, corazon para sentir y voluntad para obrar. Estudiad las cosas; pesadlas con madurez y discrecion, y despues haced lo que vuestra conciencia os inspire. No lo espereis todo de arriba. La gracia alcanza allí donde no pueden alcanzar las fuerzas de la humana naturaleza; pero nunca descende á lo que está en la esfera del poder de la criatura. Consultad á los espíritus, con el beneplácito de Dios, las cosas que están sobre vosotros, y lo demás á vuestra conciencia, que si seguís sus consejos, obraréis como inspirados de los espíritus de Dios. Jamás pidais consejo acerca de vuestros deberes; pues son deberes, y se cumplen sin consultarlo. Consultar sobre el cumplimiento de un deber supone vacilacion, y es el principio del incumplimiento del deber.

Vuestro hermano.—*Luculus.*»

Nunca recomendaremos demasiado la lectura y estudio de esta comunicacion á los cristianos espiritistas (1), y especialmente á los que se dedican á la práctica de la mediumnidad. Ofrece tantos atractivos el acto de la comunicacion espiritual, que apenas hay un neófito del Espiritismo que no empiece por ensayarlo y provocarlo ántes de conocer el respeto que merece, los inconvenientes que presenta y la manera de practicarlo con fruto, resultando de aqui infinidad de decep-

(1) Añadimos impropriadamente el calificativo *espiritistas* á la palabra *cristianos*, solo para distinguirlos de los cristianos romanos; puesto que siendo, como son, aquellos, discipulos fieles del fundador del Cristianismo, debieran llamarse *cristianos*, sin otro aditamento ó distintivo.

ciones. Cuando la indiscrecion, la vanidad, la curiosidad, el orgullo ó el egoismo son los motores de la voluntad del medium ó de los que contribuyen á provocar el hecho, las comunicaciones adolecen de mil defectos y defraudan siempre las esperanzas de los indiscretos, frívolos ú orgullosos. Es preciso persuadirnos de que en el uso de la mediumnidad únicamente puede y debe buscarse el bien moral propio y ajeno; y todo lo que no sea responder á estos nobles deseos y caritativos propósitos es profanar la comunicacion. La caridad es el espíritu de las enseñanzas de Cristo: busquemos, pues, la caridad; y nada más que la caridad, en el hecho de la comunicacion entre los seres espirituales y los hombres.

28.

Marzo de 1874.

I.

«Me he elevado, hermanos míos, sobre el presente, y mi espíritu ha visto.

¿Qué es lo que mi espíritu ha visto?

Ha visto lo pasado y ha vislumbrado algo de lo porvenir.

He visto primero la confusion, el estado caótico primitivo del planeta que habitais; y mi alma ha admirado el poder de Dios en la cuna de la humanidad.

El caos terrestre estaba sumergido en la luz, en la armonia universal, en el fecundo seno del Creador.

¿Qué he visto más?

He visto la nube condensarse y el caos obedeciendo y transformándose al empuje de la única ley que gobierna el universo.

La tierra iba surgiendo de la confusion, y rodaba, y rodaba por el infinito, bañada por los rayos del sol y envuelta en la luz de miriadas de hermosísimas estre-

llas: y mi alma ha admirado el poder de Dios y su sabiduría increada.

¿Qué he visto más?

He visto levantarse de la tierra los vapores y caer la lluvia á mares, enfriándola, y fecundándola y preparándola para sus grandes destinos.

Y su seno virginal, obedeciendo á la suprema ley de las armonías, recibía los primeros gérmenes, el semen de vida destinado á fecundar los organismos: y mi alma ha admirado el poder de Dios y su inefable providencia.

¿Qué he visto más?

He visto la tierra levantarse del fondo de las aguas y separarse los mares de los continentes, y el flúido vivificante elaborando en el secreto de la naturaleza y en el misterio de las fuerzas emanadas de la suprema ley los organismos primitivos.

Un principio sin principio, anterior y superior á todo otro principio, una fuerza anterior y superior á toda otra fuerza, una ley anterior y superior á toda otra ley, una causa anterior y superior á toda otra causa, una inteligencia anterior y superior á toda otra inteligencia, una voluntad anterior y superior á toda otra voluntad lo penetraba todo y lo llenaba todo: y mi alma ha admirado el poder de Dios y su incomprensible inmensidad.

¿Qué he visto más?

He visto los rayos del sol bañando las primeras colinas de la creacion y produciendo un océano de puntos huminosos en la superficie intranquila de las aguas. ¡Cuán bella y majestuosa soledad!

Y las colinas de la tierra y los fondos de los mares se cubrían y tapizaban con las encantadoras primicias de la vejetacion: y mi alma ha admirado el poder de Dios y su hermosura en sus obras.

¿Qué he visto más?

He visto grandes trastornos y espantosos cataclismos: la tierra agrietarse y arrojar de sus entrañas nubes candentes y torbellinos de humo y fuego como

montañas, y las aguas saltar los limites fijados inundando la tierra, como si corriesen á apagar aquel incendio universal por medio de un diluvio universal.

Y no por esto dejaba el globo de seguir su curso; porque los cataclismos entraban en los efectos de la primera y única ley impuesta á la substancia material: y mi alma ha admirado el poder de Dios y su admirable prevision.

¿Qué he visto más?

He visto surgir de nuevo el órden y la armonía del seno de la confusion; dibujarse en el firmamento el arco-iris, y renacer las plantas y transformarse, más ricas de frescura y lozania, embelleciendo más y más la superficie terrestre.

La nube que circundaba y aprisionaba la tierra iba purificándose y haciéndose más ténue, más sutil y transparente. El planeta habia cerrado los enormes boquerones que dieran paso al fuego de sus entrañas. Y mi alma ha admirado el poder de Dios y su grandeza abrumadora.

¿Qué he visto más?

He visto con sorpresa y he recorrido toda la escala ascendente de la vejetacion en sus innumerables tipos, desde los más simples é imperfectos hasta los más perfectos y complicados.

En la cima de la montaña, en la cúspide de la pirámide, en el más elevado de los tipos, he creído adivinar que el desenvolvimiento de las plantas no es sólo debido al flúido, al principio vivificante, sino que interviene en él un flúido, un principio, acaso más etéreo y celestial. Y fijando confuso é impotente mis miradas en la soberbia vejetacion que cubria las tierras primitivas, he admirado el poder de Dios y lo insondable de sus secretos.

¿Y qué he visto más?

Mi alma ha quedado deslumbrada y ciega, porque ha querido desafiar la luz del sol. Dejad que mi alma recobre la vista que ha perdido intentando sorprender uno de los secretos de Dios.

II. le unos prima el obul.

«Al reanudarse la vision, ya no eran sólo los vegetales los seres vivientes que poblaban la superficie de la tierra y los abismos del océano. Las aves se mecían en los pliegues de las suaves brisas y cantaban en el ramaje; los animales discurrían, cada uno según su instinto y necesidades, por los montes y las llanuras, por los desiertos y las selvas, por los bosques y las orillas de los ríos; los peces volaban en el seno de las aguas; y sobre todos estos seres dotados de vida y movimiento se destacaba otro más noble y privilegiado, el rey de todos, el hombre.

Habia mediado un paréntesis, tal vez de muchos miles de siglos. Este paréntesis no pertenece á la criatura: es del dominio de la sabiduría infinita.

¿De dónde habian salido los peces, las aves y los animales terrestres? ¿Cuál habia sido el principio de su formacion y desarrollo? ¿Vinieron de arriba, ó se levantaron del polvo? Mi espíritu no lo habia visto; pero mi alma recordó haber como adivinado algo, más puro que el impulso vivificante, en los primeros y más elevados eslabones de la cadena vegetal.

Guardaos de sentar afirmaciones sobre mis palabras tocante al misterioso nacimiento de los animales. Mi espíritu estaba ciego, y ¡qué confianza merece la vista de un pobre ciego!...

Y recorriendo y estudiando la escala ascendente del reino animal en sus innumerables tipos, ví con sorpresa en los más perfectos algo que no sabré explicar, algo que parecia escapar y sobresalir de la naturaleza animal.

Dios mio, cuán pequeños somos á tus piés!

¿De dónde habia salido el hombre? ¿Cuál habia sido el principio de su formacion y desarrollo? ¿Vino directamente del pensamiento de Dios, ó se levantó del polvo siguiendo una série de transformaciones sucesivas? Mi espíritu no lo habia visto; pero mi alma no

podia olvidar aquel algo indefinible que habia como adivinado en los animales superiores.

¡Luz, luz, mucha luz, muchísima luz!.... Pero la luz reside en Dios. Habia visto y veía vegetales como minerales y minerales como vegetales, animales como vegetales y vegetales como animales, hombres que participaban mucho del animal y animales que participaban algo del hombre.

Guardaos de sentar afirmaciones sobre mis palabras tocante al misterioso nacimiento del hombre. Mi espíritu estaba ciego, y ¡qué confianza merece la vista de un pobre ciego!....

Veía el hombre, y veía en él el sentimiento, la voluntad y la luz: veía el animal, y veía en él la sensación, el impulso y el instinto: veía el vegetal, y veía en él la tendencia á la conservacion.

Y me preguntaba:

El sentimiento, la voluntad y la luz son creaciones independientes y primitivas, ó son una sola creacion ya modificada ó transformada?

Y al considerar que los tres sellos distintivos de la naturaleza humana pudieran confundirse en su raíz, cruzó fugitivamente en mi alma la idea de que podia ser la unidad, la identidad, el límite de su depuracion.

Y me preguntaba:

¿Seria, por ventura, el sentimiento, la sensación depurada y transformada; la voluntad, el impulso depurado y transformado; la luz, el instinto depurado y transformado? ¿Serian, por ventura, el sentimiento y la sensación, la voluntad y el impulso, la luz y el instinto, depuraciones y transformaciones de aquella tendencia á la conservacion, iniciada en el organismo vegetal?

Lo ignoro; no lo sé; no quiero, no puedo, no me atrevo á saberlo; porque Dios ha puesto un velo entre su secreto y los ojos de mi espíritu. Mi alma nada sabe acerca del principio y nacimiento del hombre!....»

III.

«Adan, Adan, dónde estás?»

Mis ojos le buscaban y no le veían; le llamaba y no me respondía. Adan no había venido aún.

Dónde estaba Adan?

Tampoco estaba Moisés para decirme donde permanecía escondido el primer hombre del Génesis.

Porque yo veía un hombre, dos hombres, muchos hombres, y entre ellos no veía á Adan, y ninguno de ellos conocía á Adan.

Eran los hombres primitivos los que mi espíritu absorto contemplaba.

Era el primer día de la humanidad; pero ¡qué humanidad, Dios mío!....

Era también el primer día del sentimiento, de la voluntad y de la luz; pero de un sentimiento que apenas se elevaba de la sensación, de una voluntad que apenas se distinguía del impulso, de una luz que apenas alcanzaba á desvanecer alguna de las sombras del instinto.

En el primer acto, el hombre buscó que comer, y comió: en el segundo, buscó una compañera, se juntó con ella, y tuvo hijos que se parecieron á su padre y á su madre: en el tercer acto, pareció como que intentase levantar sus ojos en dirección al cielo, y dejándose caer pesadamente sobre la tierra, se durmió.

¡Cuán nebuloso y triste es el primer día de la humanidad mirado desde el presente!....

Mi espíritu buscaba al hombre, y al hallar al hombre, mi espíritu retrocedía. Volvía á mirar al hombre, y mi espíritu retrocedía de nuevo. Porque mi espíritu no veía al hombre del Paraíso: veía mucho menos que el hombre, y algo, muy poco más que un animal superior.

Sus ojos no daban paso á la luz (1); su frente des-

(1) Ya habrá comprendido el lector que el espíritu que se comunica aplica la palabra «luz» como sinónimo de «inteligencia».

aparecía debajo de su cabello áspero y rígido; su desmesurada boca se prolongaba hácia adelante. Sus manos se parecían á sus piés, y frecuentemente las empleaba como sus piés. Una piel velluda y fuerte cubría sus carnes duras y enjutas, que no llegaban á disimular la fealdad del esqueleto.

¡Oh! Si hubieseis visto como yo al hombre del primer día, con sus largos y escuálidos brazos caídos y sus grandes manos hasta las rodillas, vuestro espíritu habría cerrado los ojos para no ver y buscaría el sueño para olvidar.

No obstante, no dejéis de glorificar á Dios; porque Dios es la sabiduría infinita, y el hombre primitivo es una manifestación, un destello de la luz eterna, de la sabiduría infinita.

Dejad marchar la obra de Dios. Su término, como el de todas las obras de Dios, es la pureza y la perfección.

El hombre primitivo, visto desde hoy, es un espectáculo que hiere de horror y desolación: visto desde los primeros siglos del nacimiento de los animales, el hombre primitivo es una esperanza luminosa, una nube rasgada en el horizonte de lo porvenir.

Amemos y adoremos á Dios.

El hombre de los primeros días de la humanidad comía y bebía, pero no comía ni bebía como el hombre; andaba, pero no andaba como el hombre; veía, pero no veía como el hombre; amaba y odiaba, pero ni amaba ni odiaba como el hombre.

Su comer era devorar: bebía bajando la cabeza y sumergiendo sus abultados labios en las aguas: su andar era perezoso é indeciso, como si la voluntad no interviniese: sus ojos vagaban sin expresión por los objetos, como si la visión no se reflejase en su alma; y su amor y su odio, que nacían de sus necesidades satisfechas ó contrariadas, eran pasajeros como las huellas que dejaban en su espíritu y groseros como las necesidades en que tenían su origen.

El hombre primitivo hablaba, pero no hablaba como

el hombre. Algunos sonidos guturales, acompañados de gestos y ademanes, los precisos para responder á sus necesidades mas urgentes, eran el lenguaje del hombre del primer dia.

Huía de sus semejantes y buscaba la soledad. Se ocultaba de la luz, y buscaba indolentemente en las sombras la satisfaccion de sus exigencias naturales.

Era esclavo del más grosero egoísmo. No procuraba alimento sino para sí. Llamaba á su compañera en determinadas épocas, cuando eran más imperiosos los preceptos de la carne, y satisfecho el apetito, buscaba otra vez la soledad sin acordarse de la compañera y de los hijos.

Era extremadamente perezoso. Echado sobre la tierra, se alimentaba de lo que estaba al alcance de su mano; y siempre que se ponía en movimiento, sus gestos revelaban la repugnancia y el disgusto.

Pasaba junto al cadáver de otro hombre, fijaba en el cadáver una mirada estúpida, y pasaba de largo.

Jamás reía; jamás sus ojos derramaron lágrimas. Su placer un grito; su dolor un alarido.

Su pensamiento, leve, inseguro y fugitivo; sus ideas, elementales y confusas. No dejaban en su alma otro vestigio que el que deja en vosotros un sueño incoherente y fugaz.

El pensar le fatigaba: huía del pensamiento como huía de la luz.

Consideraba los animales terrestres como iguales al hombre en naturaleza, y consideraba las aves superiores al hombre.

El cielo giraba y las estrellas lucían sobre su cabeza; mas él no percibía el movimiento del cielo ni el brillo de las estrellas.

Para él no había mas tierra que la tierra que alcanzaban sus ojos, ni otros seres que los que herían sus toscos sentidos.

Vivía sin darse razon de que vivía: moría sin haber presentido que había de morir.

¡Oh! Si hubieseis visto como yo el hombre del pri-

mer dia, con sus largos y escualidos brazos caidos y sus grandes manos hasta las rodillas, vuestro espíritu habria cerrado los ojos para no ver y buscaria el sueño para olvidar.»

No obstante, no dejéis de glorificar á Dios; porque Dios es la sabiduría infinita, y el hombre primitivo es una manifestacion, un destello de la luz increada, de la sabiduría infinita.»

IV.

«Había fenecido el primer dia del hombre. Dia de siglos, porque en el reloj de la humanidad los dias son segundos de segundos, y los siglos de siglos dias.

Amemos y glorifiquemos á Dios y elevadle cánticos. La humanidad ha dado un paso en el progreso.

¡Cómo penetra en el corazón el rocío del consuelo! ¡cómo vislumbra el espíritu los primeros albores de la luz! ¡cómo el alma despierta trémula de emocion al dulce presentimiento de una felicidad al alcance de los siglos!.....

Porque el hombre primitivo no es el hombre; porque la humanidad del primer dia no es la humanidad.

El primer hombre es el primer peldaño de la escala de Jacob: apenas se levanta del polvo.

El hombre es la ley, es el progreso, es la perfeccion, es la elevacion por la materia, es la purificacion por la luz, es el mejoramiento por el mérito, es la felicidad por el deber, es la palabra de Dios que subsistirá con la eternidad.

Porque si el hombre del primer dia fuese el hombre, el hombre no habria salido del primer dia.

Y el hombre ha salido del primer dia.

Mi espíritu ve el cuerpo del hombre, y no cierra los ojos para no ver el cuerpo del hombre; contempla su alma, y no aparta la imagen de su alma.

Ha comenzado la lucha del espíritu con la materia, y el principio espiritual avanza; poco, pero avanza.

La primera jornada augura el triunfo del espíritu

sobre la carne: es el punto de partida, el principio del fin del reinado de la materia y el primer anuncio del reinado del pensamiento de Dios.

En esta lucha eternamente secular el cuerpo es el crisol del espíritu, y el espíritu el modelador, el artífice del cuerpo.

Después del primer día de la humanidad el cuerpo del hombre aparece ménos feo, ménos repugnante á la consideracion de mi alma.

La raíz de su frente empieza á dibujarse en la parte superior del rostro, cuando el viento azota y levanta los ásperos mechones que la cubren. Sus ojos son más tersos y transparentes, su nariz más perfilada y levantada y su boca ménos grande y prominente. Un principio de espresion se revela en el conjunto.

Sus brazos, ménos largos y escualidos; sus carnes, ménos enjutas; sus manos, más pequeñas y más prolongados los dedos; los huesos del esqueleto, más redondeados; más dispuestas y fáciles al movimiento las articulaciones; mayor elasticidad en los músculos y más transparencia en la piel que cubre todo su cuerpo.

En sus miradas se refleja el primer destello intelectual: son las miradas del niño al despertar de su alma; al penetrar por vez primera la sensacion en su espíritu adormecido.

En su andar, ya ménos pesado y vacilante, se adivina sin esfuerzo la accion inicial de la voluntad, el principio de las manifestaciones espontáneas.

Se acerca á la mujer, y no la abandona al punto como en el primer día del hombre. La asiste en el nacimiento de sus hijos, con quienes comparte el calor y el alimento. El sentimiento comienza á germinar.

Mueve su lengua, torpe y balbuciente como la del pequeño párvulo. Siente nuevas necesidades, y ensaya los medios de espresarlas para satisfacerlas. He aquí el principio del lenguaje, la necesidad.

Juzga inferiores á los demás animales, y se aprovecha de ellos para acallar el hambre y satisfacer su apetito.

Sospecha que no todo termina allí donde termina el alcance de su vista; que tras de una montaña se levanta otra montaña, en una estension relativamente dilatada.

En sus miradas se lee más bien la sorpresa ó la curiosidad que la estupidez. Huye de los objetos que encuentra por vez primera; poco á poco pierde el temor que la novedad le infunde; vacila; se aproxima, y por último se complace en manosear lo que ha causado sus recelos. En este momento, su rostro, sus ademanes y sus exclamaciones revelan la pueril alegría que llena su corazón. Es el soldado que acaba de obtener una gran victoria sobre un enemigo invencible.

El miedo es más poderoso en él que todos sus cálculos y sentimientos. El ruido de las fieras, el estampido del trueno, el fulgor de las centellas, el siniestro rumor que precede á la tempestad, las frecuentes trepidaciones de la tierra por las expansiones interiores, la rojiza humareda de los cráteres, y no solo esto, todo lo nuevo, todo lo desconocido, le hiela de espanto, le trastorna, le amilana. Olvida á su compañera, olvida á sus hijos y cree que va á morir.

Porque él sabe que ha de morir, y el temor de la muerte está sobre todos sus temores. Ha visto con miedo cadáveres de otros hombres, y juzga inevitable la muerte.

Ya no busca como en el primer día la sombra y la soledad: huye de las tinieblas, porque tiene miedo, y huye de la soledad, porque se reconoce débil é impotente. La mujer y los hijos son su compañía habitual.

Admira con infantil entusiasmo la salida del príncipe de los astros, y renacen sus recuerdos y esperanzas; y el decaimiento y la angustia se pintan en su rostro cuando ve el sol perderse en el horizonte. «¿Volverás?» le pregunta entristecido.

Y el sol vuelve á salir; porque la satisfaccion de todos los deseos legítimos de felicidad está prevista en la eterna ley que imprime su movimiento á los mundos y dirige el desenvolvimiento de los seres.

Y el hombre cae agradecido de rodillas al contemplar el renacimiento del sol; y en su grosero é incipiente lenguaje esclama: «¡Gracias, amigo mio, protector mio, DIOS mio! Tú vienes á consolarme: á Ti debo mi felicidad y mi alegría: ¡yo te adoro!...»

El beneficio fué el primer dios de la humanidad, personificado en el sol; porque el sol era el mayor de los beneficios que podia concebir la materializada inteligencia del hombre.

No creais vituperable esa adoracion primitiva: ella es el punto de partida de la religion natural, completada por el Evangelio de Jesús y las instrucciones sucesivas tocante á los puntos oscuros del Evangelio. Ella es además la raiz de la moralidad de las acciones humanas, la primera manifestacion de agradecimiento de la criatura al poder superior desconocido.»

V.

«¡Adelante! ¡adelante!...»

El hombre ha salido de su inofensiva infancia. Sus apetitos, sus instintos, sus pasiones dominan la voluntad, que carece de timon. El hombre es una barquilla agitada por el vendabal.

Ve á la mujer, y siente al punto el fuego de la lascivia. ¡Ay de la mujer si se atreve á oponerse y resistirse á sus carnales deseos! La quebrará entre sus manos con la facilidad con que quiebra una frágil caña la mano airada del adolescente contrariado.

Los apetitos de la carne preponderan y ejercen en el hombre una influencia violenta. Estamos en el reinado de la carne.

El cuerpo humano ha adquirido toda su fuerza y robustez. No os hablo de su belleza: ¿conozco yo por ventura el limite de la belleza de los organismos humanos? ¿Sé tan sólo si existe ó no ese limite?

La carne impera: sus estímulos son tan poderosos en el hombre, que oscurecen por completo su razon, tuercen su juicio y pervierten su conciencia.

No importa: ¡adelante!... ¡adelante!...

El hombre juzga lícito todo aquello que sonríe á su concupiscencia. Los actos no ha pensado aún en clasificarlos en lícitos é ilícitos, sino en agradables y desagradables.

Siente la fuerza del hambre, y corre á acallarla sin perdonar medios ni violencias. Si otro hombre tiene en su poder el manjar que su estómago apetece, se lo arrebatata: si para arrebatárselo es necesario matar, mata. Hostigado por el hambre, mata también á un semejante suyo y lo devora, aunque este semejante sea uno de sus hijos ó su propia compañera.

Horrorizaos... mas no condeneis: solo compasion deben inspiraros los primeros extravíos de la naciente humanidad. ¡Ay!... vosotros no sabeis sobre quienes pesaria vuestra condenacion.

Siente el aguijon de la lujuria, y todo lo atropella á trueque de satisfacer su insaciable y volcánico apetito y hartarse de carne y de fornicacion. Busca á la mujer, busca al hombre, busca á las bestias de la tierra; y hace fornicacion en la mujer, y en el hombre, y en las bestias de la tierra.

No importa: ¡adelante!... ¡adelante!...

Las contradicciones excitan su ira y le mueven á la venganza. Airado, pierde hasta los rasgos humanos de su semblante, y no concibe otra venganza que la muerte.

Sus dioses son el rayo y el huracan, símbolos para él los más expresivos de la fuerza y del poder.

El gérmen de todos los malos instintos que tienen su nacimiento en la carne; la semilla de todos los impulsos malévolos que tienen su raiz en la concupiscencia, se desenvuelven aceleradamente y enseñorean del corazon del hombre.

El bien moral es desconocido: el mal es el soberano de la tierra y tiene sujetas á su dominio las manifestaciones de la voluntad humana. No digo de la libertad humana; porque en esta fase de la humanidad, la voluntad no es la libertad: es poco más que un impulso

mecánico é inconsciente: es una pequeña ráfaga luminosa amortiguada por el frío de la insensibilidad afectiva y por el empuje destructor de las exigencias de la carne.

Los diablos se propagan y pululan en toda la estension de la tierra y se insinúan engañosamente en las inexpertas criaturas. Incitan con seductores halagos á la fornicacion, á la intemperancia, al egoismo, al odio, á la violencia, al homicidio, y triunfan sin resistencia.

Esto habia de ser, y fué: el reinado de la carne habia de preceder, en virtud de la eterna ley, al reinado del espíritu, y el reinado del diablo al reinado de Dios sobre la tierra.

No os escandaliceis de estas palabras. El mal absoluto no existe. Todo lo que está en el tiempo es relativo. El mal de hoy es el bien de ayer, y el bien presente será el mal de mañana.

Nada hay absolutamente perfecto sino lo absoluto; y nada hay absoluto sino Dios.

Todo lo que existe fué de Dios, viene de Dios, pero no es Dios; y existe de toda eternidad, sin ser Dios, porque Dios es el principio de todas las cosas, y Dios es de toda eternidad.

En el principio era Dios, y era el Verbo, y el Verbo en Dios era Dios, porque era el mismo Dios; y el Verbo existia como emanacion de Dios, y no era Dios fué de Dios.

Porque todas las cosas del cielo y de la tierra son efectos de la Palabra de Dios.

Nada hay absolutamente perfecto sino Dios, y el Verbo en Dios, que es la ley en Dios.

Lo perfecto no puede ser jamás principio de lo imperfecto: he aquí porque la imperfeccion absoluta, el mal absoluto, no es una realidad.

La ley es perfecta, porque es el Verbo en Dios: las criaturas no son perfectas, porque son el Verbo fué de Dios.

Peró el Verbo fué de Dios, como que viene de Dios, camina á la perfeccion, que es su principio y su fin.

Las imperfecciones de las criaturas, sus miserias, sus debilidades, sus extravijos, sus errores, no son sino transiciones ó fases progresivas de su perfectibilidad indefinida. Ved por qué decia y repetia de nuevo:

¡Adelante!... ¡adelante!.....

VI.

«Hemos llegado al nacimiento de las sociedades.

¿De dónde ha venido la sociedad?

¿No lo adivinais?

Mi espíritu contempla absorto el encadenamiento y sucesion de las maravillosas fases de la generacion y movimiento del Verbo.

En el principio era Dios, y en Dios el Verbo, el Pensamiento de Dios.

Y el Verbo en Dios engendra hoy, en el principio, la Palabra, que es el Verbo fué de Dios.

Y el Verbo, la Palabra, engendró en el principio la materia cósmica universal y el movimiento; y el Verbo en Dios engendra hoy, en el principio, la ley fué de Dios.

Y la ley, obrando desde el principio sobre la materia cósmica y el movimiento, engendró la sucesion eterna de las cosas y de los tiempos.

Y la ley engendró la condensacion y la separacion de la materia cósmica.

Y la condensacion engendró el movimiento circular; y la separacion engendró la traslacion.

Y la rotacion y la traslacion engendraron el enfriamiento y las formas de las masas condensadas y separadas de materia cósmica.

Y la ley engendró, por el enfriamiento de las grandes moles de materia cósmica condensada, los globos vaporosos; y los vapores engendraron los líquidos; y los líquidos se transformaron en sólidos.

Y la ley, obrando sobre los sólidos y los líquidos, engendró los primeros organismos.

Y vinieron los vegetales.

Yo no sé la generacion de los animales acuáticos; pero vinieron despues del desarrollo de la vejetacion acuática:

Yo no sé la generacion de los animales terrestres y de las aves; pero vinieron despues del desarrollo de la vejetacion terrestre:

Yo no sé el principio de la generacion del hombre; pero el hombre vino despues del desarrollo y sucesion de los animales terrestres:

Porque mi espíritu estaba deslumbrado y ciego.

Y la ley, en su actividad eterna, engendra hoy, en el principio, el ser de la materia cósmica, y engendra en el seno de la substancia el principio vivificante.

Y el principio vivificante engendró el desenvolvimiento expansivo y la transformacion progresiva de todas las substancias, procedentes de la substancia única.

Y la ley, obrando sobre el principio vivificante, engendró, para el vegetal, la tendencia; para el animal, la sensacion, el impulso y el instinto; para el hombre, el sentimiento, la voluntad y la luz.

Ya sabeis el misterio: hoy no lo podeis penetrar, y yo tampoco con vosotros.

Estudiemos en Dios, en este siglo y en el otro; obremos el estudio, y oremos por el estudio y en verdad:

Porque Dios ve nuestro estudio, y sus oidos son á nuestro estudio, y sus ojos á nuestro deseo en el estudio.

Porque escrito está, que nada permanecerá eternamente oculto.

Y el principio vital, predominante, engendró en los vegetales, en los animales y en el hombre el desarrollo y predominio de los órganos.

Y el predominio orgánico, en el hombre, engendró primero la estupidez, que es el sueño de la luz, y la inercia, que es el sueño de la voluntad y del sentimiento.

Y la primera ráfaga luminosa engendró el primer movimiento de la voluntad incipiente.

Y el predominio orgánico, en el hombre, engendró la fuerza muscular.

Y la voluntad, subyugada por la carne, engendró el abuso de la fuerza.

De los estímulos de la carne nació el amor.

Del abuso de la fuerza nació el odio.

Y la luz, obrando con alguna mayor intensidad sobre el amor y sobre el odio, engendró las sociedades primitivas.

VII.

•El hombre mora en compañía de sus mujeres, y de los hijos; y tiene hijos de sus mujeres, y de sus hijas; y la fornicacion en medio de ellos.

Y la fornicacion estimulo es y hoguera de señal, que atrae y llama de léjos á los ladrones.

Y los hijos del fuego se juntan á los hijos del fuego; y la fornicacion los hace fuertes, por la union, contra los fuertes.

En medio de todos la fuerza y la iniquidad:

Porque la fuerza está en gran poderío; y la luz, en el hombre, le ha enseñado ya el poderío de la fuerza.

Un hombre, dos hombres, diez hombres, una mujer, dos mujeres, diez mujeres, una familia. Una familia, dos familias, diez familias, una sociedad. El primero el hombre.

La familia, por la carne: la sociedad, por la fuerza.

Moran las familias á los ojos; se protegen; crian rebaños en los pastos de los piés; levantan troncos en tiendas, y marchan despues: el primero el hombre.

Entre las tribus la guerra.

La guerra por la fornicacion, por la violencia, por los rebaños, por los pastos, por las pieles, por la sombra de las tiendas.

El primer derecho, la fuerza; porque el primer rey, la carne.

El hombre más fuerte, el señor de la tribu: la tribu más poderosa, el lobo de las demás.

Pero dos tribus, tres tribus, se conciertan y oponen á la rapacidad del lobo; y el que devoraba es devorado.

La vida de un hombre ¿es algo? La vida de cien hombres ¿es algo?...

Muere un hijo? Un movimiento de la carne, un alarido y una lágrima. Muere otro hombre? Un grano de arena en las entrañas del mar.

Todos los goces, la gula, la fornicación y la venganza: todos los dolores, el hambre, los males del cuerpo y los sufrimientos y violencias del odio.

Las tribus, sin asiento: como el huracán marchan hacia adelante, y como la langosta, asolan la tierra en que asientan sus reales.

Las piedras, y las ramas desgajadas de los árboles, sus instrumentos de destrucción y de muerte: su grito de guerra, un alarido feroz.

Mas el abuso de la fuerza y de la fornicación era necesario: estaba en la ley de depuración y perfectibilidad.

En virtud de esta ley, se purifican el oro y el crisol, el espíritu y el cuerpo; porque ambos vienen de un mismo principio y marchan al mismo fin, á Dios, que es el principio y término de los seres.

Pero la preponderancia del cuerpo debia preceder; pues del triunfo del espíritu sobre la carne depende la depuración y desenvolvimiento indefinidamente sucesivo de la criatura racional.

Haced preceder el desarrollo espiritual al predominio de la carne, y veréis desaparecer el mérito de las acciones humanas:

Porque no hay mérito sin lucha; y la razón sin los estímulos y apetitos del organismo es la victoria sin combate.

No supongais, sin embargo, que la depuración y elevación del cuerpo sea el predominio de la carne: precisamente lo que este predominio revela es la inferioridad del cuerpo.

El perfeccionamiento del cuerpo sigue paralelo con el perfeccionamiento del espíritu; porque ambos obedecen á la misma ley; y á más el espíritu construye su morada conforme á sus necesidades y á la altura de sus aspiraciones.

Conforme el espíritu se emancipa de sus impurezas, el cuerpo se desprende de las suyas, por la comunicación que existe entre el espíritu y el cuerpo y en virtud de la influencia que el primero ejerce sobre el segundo.

El hombre tiene dos cuerpos. Por el primero, que lo toma de la substancia etérea fluidica, comunica el espíritu su actividad y perfecciones al segundo.

El primero es tanto más etéreo y celestial, cuanto mayor es la elevación del espíritu; y el segundo es ménos carnal, á medida de la purificación del primero.

El límite superior del cuerpo carnal es el cuerpo espiritual; el límite del cuerpo espiritual es el espíritu, y el límite del espíritu es Dios.

No lo dudeis, aunque no lo comprendais. El cuerpo terrenal se purifica gradualmente y se eleva hacia el cuerpo espiritual, el cuerpo espiritual hacia el espíritu y el espíritu hacia Dios.

Esta es la ley. No la conoceis hoy; esperad á conocerla mañana.

VIII.

De dónde han venido esos hombres, nuevos en medio de los hombres? La tierra no es su nacimiento; porque nacieron ántes de la fecundidad de la tierra.

La humanidad no se transfigura desde la salida hasta la puesta del sol, sino que es obra de siglos y siglos.

En medio de los hombres viejos de la tierra veo hombres nuevos; veo niños y mujeres y varones robustos: ¿de dónde han venido esos hombres, que nacieron ántes de la fecundidad de la tierra?

Sobre la tierra y enderredor de la tierra ruedan los cielos y los infiernos con simiente de generación y de luz.

El viento sopla de donde lo empuja la mano del que estableció la fuerza, y el espíritu viene de donde lo empuja el cumplimiento de la ley.

Los hombres nuevos que yo veo entre los hombres

viejos de la tierra, y que nacieron ántes del nacimiento de la fecundidad de la tierra, vienen á la tierra en cumplimiento de la ley y del juicio.

Vienen de arriba; porque vienen envueltos en luz; y su luz es faro para los que moran de asiento en las tinieblas de la tierra.

Pero si sus ojos y su frente despiden luz, llevan impreso en su semblante un sello de maldicion. Es la maldicion de la conciencia.

Arboles pomposos de hojarasca y vacíos de fruto, fueron arrancados y arrojados del paraíso, donde la misericordia los habia llevado, y desterrados hasta el tiempo.

Su cabeza de oro, sus manos de hierro y sus piés de barro. Entendieron el bien, obraron la violencia y anduvieron en la carne.

Los que de ellos aprovecharon la luz y obraron justicia, el hierro de sus manos y el barro de sus piés se trocó en el oro de su cabeza, y quedaron de asiento en el paraíso, hasta su elevacion. Los otros, la misericordia fué justicia, y su pecado fué con ellos en maldicion perpetua, hasta el renacimiento:

Porque tenian, y no quisieron; y su luz en el orgullo y en la opresion de los buenos.

Y Moisés vió su luz, y dijo: «Angeles caidos son»: y los vió en barro, y dijo: «Hombres son, Adan y Eva»: y echó del paraíso á Adan y Eva por la tentacion de los ángeles caidos, que eran Adan y Eva.

Vosotros decís: «¿Cómo se vuelve atrás en el camino de la felicidad y de la perfeccion? Así ¿podemos esperar vivir de asiento en las moradas de la dicha? Somos débiles, y el temor y el desaliento se apoderan de nosotros.» (1).

Recobrad la paz, yo Juan os lo digo: descansad en el seno de la sabiduría y de la misericordia del Pa-

(1) Efectivamente, acabábamos de expresarnos en este sentido al leer que la raza adámica habia venido á la tierra, arrojada de otro mundo más feliz. Nuestras dudas fueron espontáneamente aclaradas en el momento de concebirlas.

dre, como descansó mi cabeza en el regazo y en el amor del Hijo, Jesucristo. (1)

En la perfeccion no se retrocede jamás: el espíritu es siempre atraído hácia el centro de la perfeccion, que es Dios. Los hombres de Adan al venir á la tierra no perdieron un átomo de la perfeccion adquirida.

Pero habian sido elevados al paraíso por la misericordia y no por sus merecimientos: porque las felicidades son tambien pruebas como los sufrimientos y miserias.

Muchos llenaron la prueba, y hicieron justicia lo que fué misericordia: estos heredaron el paraíso hasta su elevacion; porque la felicidad de justicia es perpetua, de tiempo á tiempo y de generacion á generacion.

Otros abusaron de la misericordia, y sus obras llamaron la justicia; y el peso de sus obras en la balanza de la justicia los abatió á la tierra, hasta el renacimiento.

Mas la misericordia de Dios de siglo en siglo y de generacion en generacion por siempre jamás.

En la frente de la generacion proscrita el sello del juicio, y en su corazon el sello de la promesa.

Habian pecado por sabiduría y orgullo, y su entendimiento se oscureció:

Hasta el dia en que de sus entrañas subirá la humildad á sus ojos y buscarán la luz en la mansedumbre, y en el amor, y en el sacrificio, y en el camino recto:

Hasta el dia de la redencion.

Pasarán los años y los siglos, y el entendimiento en las tinieblas y las tinieblas en el entendimiento:

(1) Al principiar la comunicacion sabiamos que era La-Mennais quien nos hablaba, por habérsenos así manifestado. Mas la diferencia de estilo y de conceptos en algunos párrafos de la comunicacion nos hizo sospechar que no era uno solo el espíritu que la inspiraba; y en efecto, al llegar á este punto, tuvimos la inefable satisfaccion de ver que venia tambien á edificarlos é ilustrarlos el pensamiento del evangelista Juan.

Porque pecó el entendimiento, y su castigo las tinieblas; y no hay otro.

La oscuridad fué el juicio del entendimiento hinchado, y la luz la promesa de la misericordia, que subsiste y subsistirá.

Y esta luz había de iluminar á todos los hombres que vienen al mundo en cumplimiento de juicio:

A los unos como el sol en el oriente; á los otros como el sol del mediodía; á los otros como el sol en el ocaso, y su calor duradero hasta mañana, que nacerá más luminoso.

Allá en el oriente amanecen los primeros albores del Sol de los espíritus, los crepúsculos del nuevo día, la aurora de la redención. Bienaventurados los que no duermen, y tienen sus ojos hácia el nacimiento del Sol:

Porque verán los primeros la luz, y se regocijarán ántes del día, y el día no los cegará.

Bienaventurados los que lloran por las tinieblas y por el juicio, y su corazón no edifica moradas, ni levanta tiendas:

Porque serán peregrinos en la cárcel, y renacerán para morar perpetuamente, de generación en generación, en las cimas donde no moran las tinieblas:

Porque recobrarán el pleito de la misericordia en la consumación.

¡Ay de los que duermen con el rostro hácia el occidente! ¡Ay de los que olvidan y rien! ¡Ay de los que establecen moradas y levantan tiendas! ¡Ay de los que echan raíces en el polvo!

Porque serán ciegos ántes de ver la luz, y sus ojos renacerán en la oscuridad, y el día no volverá ni en este siglo ni en el siglo venidero:

Porque serán reputados moradores de asiento; y su juicio, de justicia:

Porque serán nuevamente plantados en el polvo de sus raíces, hasta la hora del fruto, y del olor, y de la justicia, y de la renovacion.

Yo Juan.»

IX.

«Los días de la tierra ¿quién los podrá contar? Sólo Aquel que la sacó de la confusion, y la separó, y la tomó del seno de la generatriz.

Los días del hombre ¿quién podrá, quién se atreverá á reducirlos á número cierto?

Porque los días de la tierra son uno; y los días del hombre, ayer, y hoy, y mañana.

Antes de la tierra era la tierra; y ántes de la tierra, el hombre, el espíritu del hombre. Despues de la tierra, la tierra; y despues de la tierra, el hombre, el espíritu del hombre.

Antes del hombre era el espíritu del hombre y también el hombre; y ántes del hombre y del espíritu del hombre era Dios, y en Dios el hombre y el espíritu del hombre. Despues del hombre y del espíritu del hombre, el hombre y el espíritu del hombre; y despues Dios; y en Dios, el hombre y el espíritu del hombre, hasta la plenitud.

Porque el poder y la gloria de Dios, en el hombre y en el espíritu del hombre; y su gloria y su poder, ántes, y despues, y siempre.

Antes y desde el principio era Dios; y era su gloria y su poder, en el hombre y en el espíritu del hombre: y despues y siempre será Dios, y será su gloria y su poder, en el hombre y en el espíritu del hombre.

La simiente del hombre y del espíritu del hombre, desde el principio, en la mano de Dios; y el hombre, desde el principio, á los piés de Dios; y el espíritu del hombre, ministrando, desde el principio, á los ojos de Dios, en cumplimiento del Verbo, engendrado, con el pensamiento, en Dios.

Ni rey, sin vasallos; ni Dios, sin gloria; ni Creador, sin las obras de su poder.

Siempre Dios: por tanto, siempre el hombre y el espíritu del hombre.

El hombre y el espíritu del hombre, desde el prin-

cipio, en Dios: los hombres en el tiempo, continuando la obra esplendorosa de Dios, y marchando eternamente hácia Dios, que es el término de toda la creación.

Dios es Dios desde el principio, y su ley desde el principio; porque su ley es el bien, la sabiduría, y la sabiduría es Dios.

Y la sabiduría, en su actividad eterna, engendra hoy, en el principio, el hombre, el espíritu del hombre.

La sabiduría obrando en el tiempo, y no desde el principio, es la negación de la sabiduría y de Dios:

Por tanto, el hombre y el espíritu del hombre desde el principio; por cuanto el hombre y el espíritu del hombre emanan de la actividad eterna de la sabiduría.

La humanidad, desde el principio: los hombres, en el tiempo, continuación de la actividad eternamente creadora de la sabiduría de Dios.

¿Quién como Dios? Porque si el hombre viene desde el principio, de la mano de Dios viene y de su sabiduría. El hombre, desde el principio, en Dios; mas los hombres son la sucesión en el tiempo.

¿Quién podrá decir, sino Dios: Yo soy desde el principio? Porque los hombres, todos tienen principio en la ley, en la sabiduría de Dios. Desde el principio, en Dios el hombre, y el espíritu del hombre, y la sucesión de los hombres; mas los hombres en el tiempo, llenando la ley de sucesión establecida desde el principio.

En Dios no hay sucesión: en todo lo que está fuera de Dios hay sucesión: la sucesión es el sello de la criatura y la línea misteriosa que la divide del Altísimo.

El hombre nace con el primer pensamiento; porque el primer pensamiento es la primera palabra del espíritu del hombre. Y el primer pensamiento, en donde el hombre tiene su principio, es la revelación de la continuación eternamente activa de la sabiduría de Dios.

Antes del primer pensamiento, el hombre no existió: pensó, por la sabiduría de Dios, y fué creado; saliendo

del caos de donde la sabiduría arrancó desde el principio la sucesión en las criaturas.

El primer pensamiento es el hombre, y el principio de una sucesión, sin término, de modificaciones y transfiguraciones. Sale de la confusión, del caos, de las tinieblas, y marcha constantemente hácia un radiante foco de inextinguible luz. A su alrededor describe círculos cada vez menores. Las criaturas no son sino diminutos satélites circulando en derredor del Sol de la sabiduría, centro inmutable del universo infinito.

¿Quién como Dios? Dios es el centro fijo é inmutable de la felicidad y de la luz: de él sale la vida, y sus rayos dan el ser é infunden, desde el principio, el movimiento y la sucesión.

El hombre marcha hácia Dios; mas el hombre es la sucesión, y jamás alcanzará la inmutabilidad del presente, propia del Ser Supremo.

Jamás llegará á la inmutabilidad; mas se aproximará eternamente á ella.

La inmutabilidad es la felicidad infinita: por tanto, el hombre no poseerá jamás la felicidad infinita.

La felicidad infinita es la sabiduría infinita; porque la suma de todos los gozos sólo cabe en la suma de todos los conocimientos. Por tanto, el hombre siempre estará separado por el infinito de la felicidad absoluta, por cuanto jamás poseerá la sabiduría inmutable.

El Verbo fuera de Dios, es la sucesión; y el hombre es, desde el principio, el Verbo fuera de Dios, la sucesión eterna, la mutabilidad sin término.

La felicidad es un océano de luz sin horizontes ni orillas, eterno, inmenso, insondable, infinito. El hombre es creado dentro de esa inmensidad como un punto sombrío, imperceptible en el infinito luminoso, destinado, por la sabiduría y la misericordia, á bañarse eternamente en el océano de felicidad que le rodea. Mas ¿cómo ese punto imperceptible ha de poder recorrer todo el océano... si es infinito?

Esto Dios, y sólo Dios. Bendigamos, hermanos míos, á Dios, de todo nuestro corazón y de todo nuestro en-

tendimiento; porque su mano nos hizo y nos comunicó poder para adelantar cada día en nuestra perfección y en nuestra felicidad por medio de nuestros merecimientos.

Merezcamos, hermanos míos, y nuestra felicidad irá en aumento.

Mi espíritu se mece y vuela en la esfera de felicidad de que os hablo, y que vosotros no podeis debajo de vuestra corteza adivinar. Elevo mis ojos, y veo que aun me divide de Dios el infinito: y el infinito divide el infinito.

¡Gracias, Dios mio! Me siento de Vos á una distancia infinita; pero vos llenais todo mi ser.

¡Gracias, Dios mio!.....

Yo Juan.

X.

A Juan le divide de Dios el infinito; y yo me hallo de Juan á una distancia abrumadora.

Es el águila de blanquísimo plumaje y magestuoso vuelo que se eleva hasta la region del sol y se baña en un piélago de inextinguible luz, mientras tanto que yo, miserable ave nocturna, no puedo elevarme de la region de las tinieblas.

El peso de mi inferioridad y de mis miserias me abate á la tierra; mas levanto mis ojos á los cielos, y espero en Dios.

Yo he visto á Juan descendiendo dentro de un círculo de luz, de las célestes moradas, cuyos umbrales solo pisa la virtud acrisolada.

Yo le he visto rasgar el espacio con la velocidad del pensamiento divino y bajar á la tierra inundándolo todo con su luz.

Yo le he visto encendido en el amor de Dios y en la caridad, radiante y hermosísimo como un reflejo del Señor de las alturas.

Yo le he visto aproximarse á mí, envolviéndome

en su amorosa y regeneradora mirada, y posarla sobre vosotros con inefable ternura:

Como el hermano mayor que mira con entrañable cariño y paternal solicitud á sus hermanitos, huérfanos de la bienhechora tutela de su padre y de las dulces caricias de su madre.

Yo le he visto apoderarse de vuestra pluma, para deciros lo que yo no podía decir, porque lo ignoraba; para explicaros lo que yo no podía explicar, porque no lo comprendia; para revelaros lo que no pueden revelar sino los espíritus que reciben directamente los resplandores del pensamiento de Dios.

¡Oh! yo estaba junto á vosotros, y no me acordaba de vosotros. Perdonadme; porque en aquel venturoso instante mi alma estaba toda absorta en la contemplacion del pensamiento de Juan. Me sentia arrebatado por la corriente de una felicidad desconocida, en el caudaloso río de sabiduría celestial que se estendia ante mis ojos.

¡Cómo habia de acordarme de vosotros, si hubo momentos en que ni del mismo Juan me acordaba! Embebido en los divinos conceptos de la mente del Discipulo; arrobado en la sublimidad de su teología; no podia acordarme sino de Dios, ni admirar sino la bondad y la sabiduría de Dios.

Yo he visto á Juan elevarse de nuevo despues de hablaros, y trasponer las nubes de oro que sirven de pavimento de la morada de los justos.

Y he visto, por último, como ántes de desaparecer de mi presencia me decia y repetia con indescriptible emocion. «Hermano mio, estudia, ama y espera. Mi sabiduría es una gota de rocío, mi amor una pequeña chispa, mi felicidad una sombra. Estudia, ama y espera; y tu entendimiento alcanzará luces que mi entendimiento no ha vislumbrado aun, y el amor trocará tu corazón en una llama inextinguible, y tu felicidad sobrepujará á tus deseos. Estudia, ama y confía en Dios, hermano mio.»

Y yo caia abismado en honda meditacion. Considere-

raba mi pequeñez, y oraba. Oraba, hermanos míos, oraba y me sentía regenerado; oraba, y sentía germinar en mi corazón las esperanzas de Juan. Oraba, hermanos míos, y oraré eternamente á Dios; porque sin su paternal auxilio jamás alcanzaría el amor y la sabiduría de Juan.

Oremos todos, hermanos míos; ayudadme á orar. ; Dios eterno, Padre misericordioso, tiende tu mano á mis hermanos que lloran las miserias de la carne, y no te olvides de los que lloramos en las tinieblas del espíritu....

¡Gracias, Dios mío!

XI.

«Los hombres nuevos, que han venido á la tierra en cumplimiento de juicio, miran á los hombres viejos de la tierra con orgulloso desprecio, y los reputan indignos de su trato, y en su consejo resuelven dominarlos y abatirlos.

En el paraíso abusaron de la mansedumbre y sencillez de corazón de sus hermanos, y en la tierra abusarán de su ignorancia.

Ayer se juzgaron superiores, y su entendimiento fué confundido y su orgullo humillado de justicia: hoy se juzgan de nuevo superiores, y otra vez serán confundidos en su entendimiento y humillados en su orgullo.

Ya sabéis hasta cuándo.

Trabajan la piedra, y la madera y el hierro; porque su orgullo necesita torres, y su sensualidad moradas de placer, y la perversidad de sus sentimientos instrumentos de opresión y de muerte.

Han venido á la tierra como peregrinos, y habitarán de asiento en ella; porque han edificado moradas á su corazón y palacios á su soberbia.

Irán, y volverán; porque, al partirse, su alma no abandona las llaves de las moradas que edificó en la tierra.

Van, y vuelven; y tejen vestidos de vanidad para

sus cuerpos, y túnicas de corrupción para sus almas.

Corren desalados en pos de las armonías de la creación, no para buscar en ellas á Dios y á la virtud, sino para acomodarlas á los goces de la materia.

Sienten en su corazón un deseo celestial; pero su ofuscado entendimiento extravía su conciencia y sólo habla á sus sentidos.

Su Dios es la carne; porque no adivinan otros placeres que los groseros placeres de la carne.

Levantán en su alma tantos altares como pasiones la corrompen; pero del Dios de justicia y de misericordia no se acuerdan.

Una intuición luminosa á manera de presentimiento les habla de un ser superior y de la responsabilidad humana; mas su orgullo tiene tan hondas raíces, que protestan contra la existencia de Aquel que podría destruirlos con su sople.

Todo lo refieren al presente; y por lo mismo, su actividad y sus esfuerzos no se encaminan sino á la satisfacción de sus instintos y pasiones. Mas allá de la muerte, el silencio, la descomposición.... la nada!....

Huyen de Dios; pero el peso de sus miserias y las calamidades que sobre ellos atrae el furor desenfrenado de su orgullo, les hacen sentir á Dios por el terror.

Le odian y le temen, y le ofrecen sacrificios de sangre para calmar sus iras y apartar su venganza; porque suponen á la Divinidad miserable y vengativa como ellos.

Si alguno les habla de Dios, es siempre del Dios que deja oír su voz en la tempestad y muestra en el rayo su poder.

No temen otros castigos que las enfermedades, la inundación, el incendio, la espada y el exterminio; ni esperan otros bienes que las comodidades y goces de los sentidos durante largos años de vida sobre la tierra.

De tiempo en tiempo, de generación en generación, aparecen en el seno de la humanidad, como antorchas en medio de las tinieblas, como modelos de imitación, hombres virtuosos y humildes que lloran los extravíos

del mundo. Son metéoros que Dios envía de la region de la luz para despertar á los que duermen en el cieno.

Otros vienen armados de la palabra y del espíritu de Dios, y pregonan su nombre y su poder. Arrojan palabras de fuego, de destruccion y de muerte, las únicas que pueden domar las rebeldías humanas. Llevan en la diestra la promesa, y en la siniestra una espada flamigera. Son los guías que necesita la humanidad en el apogeo de la concupiscencia.

La raza de los hombres nuevos se propaga con asombrosa rapidez: invaden la tierra y se enseñorean de ella.

Sujetan á su dominio las primitivas razas, despues de haber asolado sus tierras con el hierro y con el fuego.

Sin embargo, en la servidumbre y en el roce de sus dominadores aprenden (las primitivas razas) los primeros rudimentos de la virtud, y adquieren, por la cultura del entendimiento, los primeros elementos del poder.

Habrà de los postreros, que llegarán de los primeros; y habrá de los primeros, que caerán siete veces en el camino y no llegarán hasta al declinar de la tarde.

La tierra sufre grandes perturbaciones: el mundo físico y el mundo moral marchan paralelos en el cumplimiento de la ley.

A la invasion de las pasiones en el corazon del hombre corresponde en la tierra la invasion de las aguas. El hombre vomita de sus entrañas el fuego que encienden la lascivia y la iniquidad; y la tierra arroja de las suyas, por sus formidables bocas, torbellinos inmensos de humo y materias derretidas, que asolan fertilísimos países.

En estos sacudimientos terrestres y morales los hombres desaparecen en legiones innumerables, y van al juicio, los unos de prueba y purificacion, y los otros de reparacion: y vuelven de nuevo.

Estos mueren debajo de las aguas; aquellos debajo de las ruinas; estos á fuego, y aquellos á espada.

Porque las calamidades caen sin interrupcion sobre los pueblos. Hoy es este el que siente el peso de la mano del Señor, y mañana aquel.

Y todo es misericordia, y nada más que misericordia:

Porque los hombres olvidan en la carne sus propósitos; y la misericordia les concede períodos de reflexión, en los círculos espirituales, para recordarlos, renovarlos y fortalecerlos.»

XII.

«Un siglo, y otro siglo, y otro siglo:

Y los siervos son los señores, y los señores son los siervos.

Una estrella nace para los hombres de la raza primitiva de la tierra, á cuya luz y calor tendrá principio la formacion de un gran pueblo.

La estrella es Abraham.

Él es el fundamento del pueblo hebreo; el primer caudillo de la emancipacion de la raza primitiva, y la primera nube en el horizonte de la raza dominadora.

Porque los hebreos son los hombres viejos de la tierra, y sus caudillos, hombres de mision para levantar al oprimido y abatir al opresor.

Al rededor de Abraham, de Isaac, de Jacob y de Josè se agrupan todos los humillados, todos los esclavos, todos los que gimen en el oprobio por el orgullo y la iniquidad de los extranjeros que vinieron del paraíso.

Y Moisés y Josué los libran del oprobio y de la servidumbre, y caen despues sobre Canaan, nacion guerrera y orgullosa, y la sujetan y encadenan.

Pero ántes el pueblo hebreo pasa cuarenta años de prueba, y en la prueba prevarica una, y otra, y otra vez, y cae en las abominaciones de la idolatría y de la fornicacion.

Triunfará de Canaan y lo sujetará: más tarde volverá á la servidumbre.

Hoy la expiacion para Canaan: mañana para el pueblo grosero, indigno y prevaricador.

Recibe la ley escrita, á fin de que penetre por los ojos al entendimiento y al corazon.

Es la nueva ley el primer anuncio divino del amor y de la caridad como medios de depuracion y progreso.

Mas el pueblo hebreo ve y oye la ley, y no aparta sus entrañas de la liviandad, ni sus piés de la idolatría.

Sufre las justas consecuencias de sus pecados, y llora á los piés de Dios: recobra la paz, y se precipita otra vez en las abominaciones de los ídolos.

Pero es la humanidad terrestre primitiva: compadezcámosla!...

Sus ideas respecto á la Divinidad han nacido en medio del terror, á presencia de grandes cataclismos. Respetan á Dios á manera del siervo que ve á su señor con el látigo en la mano en actitud iracunda. Obedece; mas no respeta en su alma: tiembla; mas en su temblor sólo siente la necesidad de emanciparse.

Como el niño voluntarioso, se doblaga en el castigo y se subleva de nuevo.

El pueblo hebreo es la segunda infancia de la humanidad terrestre.

Pero el Padre, si es bondadoso, es tambien justo y sapientísimo, y quiere que sus hijos se hagan dignos de la felicidad por el mérito.

Las abominaciones del pueblo de Abraham piden justicia al cielo, y la justicia se acerca.

Vienen los Jueces, y vienen despues los Reyes; y las amenazas de la justicia tienen cabal cumplimiento.

Las razas primitivas, bajo el yugo de las razas generadas, aprenden las primeras nociones del deber. Mas adelante, las primeras son el instrumento providencial para el castigo de las segundas, y estas para el castigo de las primeras.

Las unas serán recíprocamente el correctivo de las otras, hasta su equilibrio y confusion en una sola familia, en cumplimiento de la ley de fraternidad universal.

Cuando llegue este venturoso día, las nubes no flotarán sobre la tierra sino para fecundarla:

Pero se sucederán ántes muchas generaciones; porque la humanidad sigue su camino paso á paso.

Algunos espíritus activos salvan con insólita rapidez las distancias; mas la generalidad verifican pausada y gradualmente sus progresos.

Apénas si comienza á germinar entre los hombres de una y otra raza la idea de la inmortalidad espiritual. Es demasiado grande para que pueda caber en el angosto cerebro de los hombres primitivos, y excesivamente consoladora para que sean dignos de concebirla los hombres degenerados.

Unos y otros reputan la muerte como el término del principio de vida que sienten y cuya naturaleza desconocen.

Ciertas inteligencias privilegiadas entreven algunos resplandores, y con su auxilio adivinan algo sobre el destino de las almas; pero guardan el secreto de su fé, porque saben que los tiempos no han llegado aún.

Misteriosamente se reunen en la oscuridad, y hablan en voz baja de sus creencias y esperanzas, sin dejarlas traslucir sino á los que juzgan capaces de comprenderlas y sentirlas.

Escriben libros divinamente inspirados, para encauzar y dirigir las corrientes humanas y preparar el advenimiento del espíritu.

Los hombres de la materia esperan del cumplimiento de estos libros dilatados años de salud y abundancia de bienes terrenales; y los que creen en secreto en la inmortalidad de su conciencia, aplican á la vida espiritual el cumplimiento de las recompensas y castigos.

De la resurreccion de la carne nadie dice una palabra, ni el padre al hijo ni el hijo al padre. Es el secreto de los secretos y el misterio de los misterios.

Mas adelante, algunos pensadores atrevidos, á quienes el mundo da el nombre de filósofos, levantan una punta del velo que guarda el misterioso secreto de la muerte,

Hablan del alma humana y de su naturaleza; mas la naturaleza del alma es desconocida aún hoy para los hombres y para los espíritus que no ven el pensamiento de Dios.

Dicen la primera palabra de la resurreccion de la carne, pero oscurecida entre conceptos erróneos. Estos nacen de la miseria del entendimiento del hombre, y aquella es inspiracion superior.

De todos modos, la simiente ha caido sobre la tierra: el grano de mostaza germinará y se convertirá en un corpulento árbol, á cuya bienhechora sombra se acogerá la humanidad entera.

«Tenemos un alma inmortal»: estas palabras corren de boca en boca, y el eco penetra en los corazones, y se extiende como la influencia de la piedra lanzada sobre las aguas de un estanque:

Mas, asi como el ruido y el movimiento de las aguas asusta y pone en confusion á los peces, la existencia del alma inmortal es al principio causa de temores y confusion entre los hombres.

Se levantan sectas y se disputan el dominio de las almas, como se han disputado las castas el dominio de los cuerpos.

Y vienen las guerras religiosas:

Porque aun está lejana la hora en que la caridad destruya la intolerancia;

Y en que la humanidad conozca que el amor es la mejor de las religiones y la única que conduce á la posesion del cielo.

Y viene la perturbacion moral y el extravío del sentimiento, por el fanatismo religioso:

Y las sociedades y las conciencias representan la imágen de la confusion y del delirio.

Los hombres de las razas degeneradas levantan altares á sus pasiones; porque sus dioses no son sino personificaciones de su concupiscencia, del sensualismo que corroe sus entrañas.

Los de la raza primitiva edifican bajo el cetro de sus Reyes un solo templo y un altar, monumento alegórico de la adoracion del porvenir:

Porque vendrán los dias, y el templo del Altísimo será el Universo, y su altar el corazon de la Humanidad entera.

Los templos de barro quedarán reducidos á escombros al advenimiento del reinado del espíritu, profetizado por Jesús.

Los que contribuyeron á levantarlos, volverán á destruirlos con el soplo de su palabra.

Esto se cumplirá cuando la ley de amor impere en toda la redondez de la tierra:

Quando el genio del bien, que es el sentimiento de caridad, haya penetrado y tomado asiento en el corazon de los hombres.»

XIII.

¿Quién preparará el advenimiento del espíritu?

¿Quién derribará por tierra los altares de los ídolos?

¿Quién abatirá el gran templo que, simbolizando la religion del porvenir, revela tambien la materializada adoracion de la raza primitiva, para edificar el templo moral del sentimiento?

¿Quién fundirá en una sola todas las razas y todas las familias de la tierra?

¿Quién empujará hácia adelante á los hombres primitivos y abrirá las puertas de la rehabilitacion á los hombres degenerados?

¿Quién hará la luz en la densísima oscuridad en que están sumergidas las inteligencias humanas?

¿Quién mostrará el camino con la palabra y el ejemplo?

¿Quién arrancará de los corazones el temor, para sembrar en ellos el amor?

¿Quién disipará todas las dudas, y hará renacer todas las más consoladoras esperanzas?

Hermanos míos, me retiro: volveré á despedirme de vosotros cuando me llame el que con más unción y sabiduría que yo contestará á las preguntas ó cuestiones que acabo de formular.»

XIV.

«En los consejos del Altísimo se pronuncia la sublime palabra de la redencion:

Porque Dios ha puesto sus ojos en los hombres, y en su justicia se ha compadecido de los hombres.

La confusion y las miserias humanas han contristado su corazon amorosísimo.

La humanidad tiene hambre.

La humanidad necesita luz; porque se ahoga en las tinieblas.

Un espíritu, purísimo sobre todos, ha visto la palabra del Señor, y descende de sus consejos en cumplimiento de la palabra, para que los hombres oigan la palabra, y vean.

El que viene de arriba sobre todos es; y habla la palabra de Dios, porque viene de los consejos de Dios.

Sobre todos es; porque ninguno ha visto la palabra sino él.

Es la luz; porque viene de los círculos que resplandecen con los rayos de la divina sabiduría.

Y esta luz borrarà del mundo las tinieblas, y las tinieblas verán la luz, y no la comprenderán hasta la hora.

Es el camino; porque por él los hombres alcanzarán la perfeccion y marcharán hácia Dios.

Es la verdad; porque es la expresion de la ley.

Su madre, María; su padre, José.

Nace en la humildad; porque viene para destruir el fanatismo del orgullo, y para que los pobres hijos del pueblo sufran con resignacion y esperen en el amor del Padre.

Es la luz, y da testimonio de la luz, para que los hombres vean la luz, y crean por él, que es la luz:

Y da testimonio de Dios; porque la luz de Dios procede, y da testimonio de la luz.

A Dios nadie le vió jamás; pero el que ve la luz, ve á Dios.

Ni el Hijo ha visto al Padre; mas el hijo vió el primero la luz, y vió al Padre.

El Hijo está en el Padre, porque está en el seno de la luz; y el Padre está en el Hijo, porque en el Hijo está la luz, que es el soplo de la omnipotencia del Padre.

El Hijo nada puede sin el Padre, y todo lo puede con el Padre; porque todo poder viene de Dios.

El Hijo es una misma cosa con el Padre; por cuanto las palabras del Hijo son el pensamiento del Padre, y las obras del Hijo son la voluntad del Padre.

La esencia del Padre es la luz: la naturaleza espiritual del Hijo es la luz, que emana de la substancia del Padre.

El Hijo sobre todos es; porque ha visto la palabra y obra la voluntad del Padre.

Ninguno fué igual al Hijo, y ninguno será igual al Hijo; porque el Hijo fué siempre el cumplimiento de la ley, sin infraccion de la ley:

Por tanto, el Hijo es el camino, es la verdad y es la vida, por cuanto es el cumplimiento de la ley.

Mas el Padre es Dios.

El Hijo es primero que todos, y va delante de todos, y es la luz de todos; mas el Padre es primero que el Hijo, y lo que el Hijo habla, por el Padre lo habla, y lo que el Hijo obra, por el Padre lo obra.

El Hijo habla la luz y obra la verdad; mas el Padre es la luz y la verdad.

El Hijo procede del Padre, y el Padre procede de sí mismo, y no procede sino de sí mismo.

El Hijo es el Hijo, y el Padre es el Padre.

El que no procede de otro y no fué engendrado, este es por sí mismo, y ningun otro:

Este es el Padre.

Yo Juan.»

XV.

«El hijo descende del cielo para obrar, no su voluntad, sino la voluntad de Aquel que le envió.

Mas la voluntad del Hijo es el cumplimiento de la ley, y al obrar la voluntad del Padre, obra su propia voluntad.

Y la voluntad del Padre es que todos los hombres vean la luz, y sean salvos por la luz.

Y la voluntad del Padre es la ley, y su cumplimiento infalible.

El Padre es la ley, y el Hijo el cumplimiento de la ley:

Por esto el Hijo es el camino para llegar al Padre.

Los rayos del sol revelan la existencia del sol, y el Hijo revela la existencia del Padre:

Porque el Padre es el centro de la luz eterna, y el Hijo un purísimo destello de la divina luz.

Los crepúsculos preceden á la salida del sol, y al espíritu que es la luz le precede otro espíritu que es el crepúsculo de la luz.

Juan es el crepúsculo de Jesús: el mayor de los profetas precede al mayor de los enviados:

Porque jamás nació de mujer mayor profeta que Juan, ni hijo mas amado del Padre que Jesús el Cristo.

Juan bautiza á los hombres en agua, y Jesús en espíritu, y su bautismo es la vida del espíritu:

Porque su bautismo es la palabra, y las palabras de Jesús espíritu son y vida de los espíritus.

Por esto, el que estudia sus palabras en espíritu, verá la salud y recibirá la vida eterna.»

XVI.

«Hablo á la humanidad.

Si alguno pronunciare la palabra: «¡Imposible...!»

¡Insensato!... Desconoces absolutamente las causas: ves, y no sabes por qué ves; oyes, y no sabes por qué oyes; ¿y señalas límites á las causas?

La inteligencia del hombre es un efecto, y su acción no se elevará de los efectos.

Una es la causa de todo: Dios.

Los hombres y los espíritus hablan de Dios, de la

causa de todo; mas ¿quién vió jamás á Dios; quién conoció jamás la causa de todo?

No digais jamás: «¡Imposible!» Esta palabra es la ignorancia, y el orgullo en la ignorancia.

Si alguno dijere: «¡Increíble!... Juan no puede hablar la palabra de luz sino por conducto de criaturas perfectísimas, y ¿quiénes son los que no traen la palabra de Juan, que es palabra de luz?»

Y quiénes sois vosotros que juzgais? Porque escrito está que el que juzga, en su propio juicio queda juzgado.

¿Habeis visto el corazón de vuestro hermano? Ni aun vuestro corazón, que está dentro de vuestra alma, habeis visto, y penetrais en el alma de vuestro hermano.

Acordaos del publicano y no olvideis al fariseo.

El que dijere: «¿Quién es éste?» en su juicio está el juicio de su corazón, y su galardón en su juicio.

No digais, por tanto, de mis palabras «imposible» ni «increíble», si no quereis llamar sobre vosotros el juicio del orgullo.

Recibid las obras de Dios, y estudiadlas, sin averiguar las causas de las obras de Dios; porque en el estudio de las obras de Dios hallaréis la sabiduría.

La ley fué de Dios, al alcance de la humanidad; mas la causa de la ley fué de Dios, es la ley en Dios, y permanecerá eternamente en Dios.

Amo á los hombres: hablo á la humanidad.

Mis palabras serán la semilla de la parábola.

Pero los tiempos se acercan.

Yo Juan.»

XVII.

«Yo oí su palabra: yo recogí su luz.

Oid la palabra de Jesús el Cristo:

Bienaventurados los pobres de espíritu;

Bienaventurados los mansos;

Bienaventurados los que lloran;

Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia;

Bienaventurados los misericordiosos;

Bienaventurados los pacíficos;

Bienaventurados los limpios de corazón;

Bienaventurados los que padecen persecucion por causa de la justicia de sus obras;

Porque el nombre de ellos escrito está en el gran libro de la vida, y el juicio de ellos en el corazón y en las manos de ellos.

Dios es la fuente de la vida:

Y vosotros habeis recibido el don de la vida, principio de la felicidad inmortal.

Si sois, por Dios sois: si sentís, por Dios sentís: si quereis, por Dios quereis: si amais, por Dios amais:

Amad á Dios sobre toda la creacion; porque si Dios no fuese, no seria la creacion, ni tampoco vosotros en la creacion.

Mas á Dios debeis amarle en espíritu; porque Dios es espíritu, y su ley la verdad, y quiere que los que le aman, le amen en espíritu y en verdad.

El nombre de Dios, en lo más sagrado de vuestra alma; porque sobre vosotros está Dios, y sobre el sol que os alumbrá, y sobre la ley del universo.

Dios es vuestro Padre.

En vuestras necesidades llamad á vuestro Padre; y vuestro Padre, que ve vuestras necesidades, responderá á vuestro llamamiento:

Y responderá siempre que le llamaréis del fondo de vuestras almas.

Si alguno os dijere: «Dios no oye sino á sus elegidos», decidle: ¿y quiénes son sus elegidos? Porque en el reino de Dios los primeros serán los postreros, y los postreros los primeros:

El Padre distribuye por igual su amor, y oye compasivo los sollozos de los pequeñuelos:

El Padre no dejará defraudado al que dijere de su corazón: ¡Padre mío!

Todos sois hijos de Dios; y Dios no excluyó desde la eternidad á ninguno de sus hijos.

El que rechaza el don de Dios, en su pecado su cas-

tigo, y en su renacimiento su prueba; y ninguno entrará en el reino de los cielos, sino aquel que triunfará de la prueba en el renacimiento.

Vosotros habeis sido, y vuestros padres volverán á ser.

Hoy el mundo puede llevar estas cosas, que no podian llevar los maestros en Israel.

Y otras cosas no las puede aún llevar el mundo:

Mas el Evangelio será siempre la luz.

El que tenga oídos, que oiga:

Porque en verdad os digo, que muchos tienen los ojos en el orgullo, y no verán, y los oídos en la soberbia de su corazón, y no entenderán la palabra;

Y dirán: Obra es y espíritu de Beelcebub,

Como lo dijeron del Hijo del hombre.

Oid la palabra:

Todos los días son de Dios; porque Dios hizo la sucesion y estableció la luz:

Por tanto, honrad al Señor vuestro Dios todos los días, y clamad á sus piés: ¡Padre nuestro, Padre nuestro!

Porque el Señor oye las súplicas de los afligidos, el sábado y el domingo.

No preguntéis: ¿Qué día es y adoraré al Señor? Porque el Señor no pregunta el día, cuando le clamáis: ¡Padre! ¡Padre!

Honrad, pues, á Dios todos los días.

La honra de Dios, en la mansedumbre, en la humildad de corazón, en la pureza de sentimientos, en la caridad y en la justicia; y la gloria de Dios, en el cumplimiento de la ley.

Guardad estas verdades, y guardaréis el sábado.

Y si el sábado vuestros hijos os piden pan, buscad en sábado el pan de vuestros hijos, y guardaréis el día del sábado.

El sábado es el día en que se obra la virtud; y el sábado en que no se obra la virtud, no es sábado.

Esta es la palabra de Jesús el Cristo en el primer mandamiento.

Yo Juan.»

XVIII.

«Honra á tu padre y á tu madre.

En ellos ha delegado el Criador una parte de su poder.

Son una manifestacion visible de la providencia divina, que cuida de las criaturas desde el instante mismo de nacer.

Si vieres que tu padre quebranta el precepto, y no anda en la virtud, cierra los ojos y no te acuerdes del pecado de tu padre, y ruega al Señor que borre de su presencia el pecado de tu padre.

Si tu padre está ciego, que tus ojos sean sus ojos; si está tullido, que tus piés sean sus piés, y tus manos sean sus manos:

Porque tus ojos, y tus manos, y tus piés, de tus padres los has recibido, por delegacion del Padre.

Jamás dirás delante de tu padre: Yo soy;

Porque tus padres fueron ántes que tú; y sin ellos ¿dónde tu alma y la razon de tu soberbia?

El nombre de tus padres siempre sobre tu cabeza, y el sacrificio de tu nombre por el nombre de tus padres.

Cuando oyeres, de tu padre: «Pecador es»; defiende el nombre de tu padre: y si el pecado subsistiere, llora en tu corazon, y ruega á Dios por el pecado, y borra el pecado de tu juicio.

Y Dios honrará tu nombre en tus hijos, y borrará tus pecados del juicio de tus hijos, y tu galardón de vida eterna.

Honra las canas de los ancianos.

La corona blanca del anciano es el testimonio de la madurez del juicio, y los surcos de su semblante líneas de un libro escrito por el dedo del Señor.

No desprecies el consejo del anciano, fabricado en la oficina de la experiencia: su sabor es muchas veces amargo; mas su virtud obra en el alma y endereza los sentidos.

Honra á los ministros de la palabra, que son los administradores de la luz para los que no conocen la luz; porque el que á ellos honra, honra la luz, y honra á Aquel que envió la luz:

Honra al Hijo en la luz, y al Padre en el Hijo.

Y el que desprecia á los ministros de la palabra, desprecia la luz, y el que desprecia la luz, desprecia á Aquel que envió la luz:

Y desprecia al Hijo en la luz, y al Padre en el Hijo.

Los ministros de la palabra árboles son de vida para los hombres, y conocidos por sus frutos.

El que anda en la humildad y habla la sabiduría;

El que vive en la pobreza de corazon y de su boca sale la paz;

El que abre su mano y sus entrañas á los que viven en la humillacion, y dice sin temor la verdad á los poderosos;

El que vela mientras los otros duermen, y alza la voz para señalar el peligro;

El que tiene puro el pensamiento, y anda en la pureza del pensamiento, y dice en su alma: Indigno soy:

Estos son los ministros de la palabra, y la bendicion de Dios en los caminos de ellos:

Porque la palabra de ellos bendicion es, y hace rectos los caminos del Señor.

No todos los que dicen: «¡Señor! ¡Señor!», son ministros de la palabra; mas los que cumplen la voluntad del Señor.

Y habrá falsos ministros de la palabra; mas sus caminos perecerán, y en sus manos y en sus piés el juicio de ellos:

Porque el árbol de mentira no puede dar fruto de verdad.

Los tales dirán: «Abominad los bienes del mundo»; y su alma en las riquezas y en las comodidades:

«Sed humildes»; y el orgullo en el corazon y en las miradas de ellos:

«Sed misericordiosos y caritativos»; y de su boca la injuria y la maldicion, y acumulan el oro y la plata delante de la miseria:

«Sed mansos»; y la ira de ellos sobre sus enemigos, y dicen es el celo del Señor:

«Sed honestos»; y la lascivia en su deseo, y el adulterio en su tálamo.

Los tales no son ministros de la palabra, sino la hipocresía de los ministros de la palabra, y sus caminos abominables.

Si de la boca de ellos salen palabras de verdad, la boca es indigna de la palabra, y profana el don de Dios.

Escuchad sus palabras de verdad; mas estad alerta, y no os dejéis sorprender en sus intenciones:

Porque son los sepulcros blanqueados de Jesús.»

XIX.

«Oid la palabra :

Amad, amad, amad.

Esta es la letra: No matarás. Este es el espíritu: Ama.

Y ama á tu amigo, y ama á tu enemigo, y al rico, y al pobre, y al niño, y al anciano, y al santo, y al pecador, y al hombre, y á la mujer. Este es el espíritu.

Lo que á tí te ofende, ofende á tu hermano; y no ofenderás á tu hermano en lo que á tí te ofende; porque esto perversidad es de corazón, y en el corazón el castigo.

No muevas tu lengua, ni tu mano, ni levantes tu pensamiento contra uno de tus hermanos. Sus ofensas en manos de Dios, á fin de que las tuyas muevan á misericordia.

El que con el pensamiento ofende á su hermano, consumada está la ofensa á los ojos de Dios; porque el pensamiento es obra del espíritu, y alimento del espíritu, y hijo de la concepción del espíritu.

Al que quebrantare la ley sin daño de su hermano, la purificación por la expiación; mas al que ofendiere á su hermano, la expiación y la reparación.

Si la ofensa fué de pensamiento, en el pensamiento

la reparación; si de palabra, en la palabra la reparación; si de obra, en la obra.

Ninguno será justificado por la ofensa de su hermano, mientras subsistiere el daño, y no se pague la deuda que se ha contraído por el daño.

El Juez de la ley condenará al deudor á la cárcel, y el deudor no saldrá de la cárcel hasta que pague la última moneda de la deuda.

Todos sois hermanos; porque no hay uno solo que no sea hijo del Padre: Jesús lo ha dicho.

Amáos, pues, los unos á los otros con amor de hermanos, si quereis que el Padre celestial os ame como á hijos.

Si ves que tu hermano tiene hambre y sed, y comes y bebes sin acordarte del hambre y de la sed de tu hermano, no eres hijo del Padre celestial, y padecerás hambre y sed.

Si ves la desnudez en tu hermano, y tú llevas túnica, y no rasgas tu túnica para cubrir la desnudez de tu hermano, no eres hijo del Padre celestial, y padecerás desnudez.

Porque el pan, y el agua, y el lino, dones son de Dios y para todos los hijos de su amor; y el que acapara los dones de Dios en daño de su hermano, ladrón es de su hermano, y frustra el amor del Padre y su providencia.

No ría tu corazón cuando llora el corazón de tu hermano: junta tus lágrimas á las suyas, y los ángeles del Señor recogerán tus lágrimas, y el Juez de la ley escribirá con ellas el juicio de tus pecados.

Haz á tu hermano todo el bien que en tu mano estuviere; mas por el bien, y no por el premio; porque si por el premio obrares, tu corazón es indigno de la obra y del premio de la obra.

El premio de las obras es perecedero; mas la recompensa del corazón jamás perecerá.

El bien que hagas á tu hermano, hazlo en silencio: si de tu mano derecha sale, que no se aperciba tu izquierda:

Porque el bien que se hace á son de trompeta, no nace de la caridad, sino del orgullo del corazon.

El que entiende que hay mérito en el bien que obran sus manos, léjos está de la perfeccion del espíritu; por cuanto el bien es la ley del espíritu, y el hombre que lo obra no hace sino cumplir la ley.

No dividas en tu corazon á tus hermanos, al santo del pecador; porque Dios hace brillar el sol lo mismo para el pecador que para el justo.

Todos caben en el amor del Padre; y tú no eres el juez de tus hermanos.

¿Cuál de tus hermanos es justo? ¿cuál es pecador? ¿Has visto el alma de tu hermano? Por esto no dividirás en tu corazon á tus hermanos.

El que juzga á los otros, llama con orgullo el juicio de sus pecados.

Otro mandamiento tengo que daros: que perdoneis á los que os han ofendido, y les volvais bien por mal: esta es la perfeccion en la caridad.

El que devuelve bien por bien, obra como suelen los pecadores y los impíos, los cuales obran por la carne; mas el que ama á su enemigo y le hace bien en cambio de la ofensa, este obra contra la carne y como obran los ángeles del Señor.

Esta es la palabra de Jesús el Cristo en el segundo mandamiento. Toda la ley, en el primero y el segundo.

Yo oí su palabra: yo recogí su luz.

Guardad la palabra de Jesús el Cristo.

Yo Juan.»

XX.

«Y Jesús obraba muchos prodigios en testimonio de la verdad de sus doctrinas: porque de su cuerpo salia virtud, y curaba las enfermedades del cuerpo; y de su boca y de sus ojos salia luz, y sanaba los males del espíritu.

Por esto las gentes le seguian en tropel, y todos procuraban oír su voz y recoger la sombra de su cuerpo.

¿Qué profeta es este? decian: ¿es el verdadero Mesías que el Dios de nuestros padres prometió á Abraham, á Isaac y á Jacob nuestros padres? Y aún algunos quisieron adorarle.

Mas los sacerdotes, y los principes de los sacerdotes, y los fariseos decian de él: obra es y espíritu de Beelcebub:

Porque la palabra de él condenaba la soberbia de los doctores de la ley y el fausto, y habian resuelto matarle.

Por esto se escandalizaban de los prodigios que hacia en el dia del sábado, y concitaban contra él las turbas;

Y hablaban del zelo de ellos por la ley, y de su amor al César.

Por causa de esto y de la iniquidad del corazon de ellos, decia Jesús hablando á sus discipulos: Si no fuere mayor vuestra justicia que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de mi Padre.

Mas estaba escrito que el Cristo habia de morir en confirmacion de la palabra y para la redencion de todos.

El no lo ignoraba, y se humillaba á la voluntad del Padre, y queria morir en testimonio de la luz del Padre, á fin de que todos los hombres fuesen salvos.

Oró en el huerto en compañía de algunos de sus discipulos, y despues de orar, los soldados le prendieron; porque Júdas, uno de los doce, le habia vendido á los sacerdotes por el dinero de ellos y por la malicia de su corazon.

Depusieron contra él testigos falsos, y no fué hallada causa para matarle.

Mas las profecias habian de tener cumplimiento:

Y en cumplimiento de las profecias fué cargado de oprobio y de dolores, por la iniquidad de los hombres, y levantado en una cruz entre dos hombres infames;

Y en la cruz espiró perdonando á sus verdugos y encomendando su espíritu á su Padre.»

XXI.

«No lloreis la muerte de Jesús, ántes regocijaos; porque Jesús no ha muerto.

Su muerte es el sueño de la justicia y la resurreccion gloriosa del Hijo en el seno de la felicidad del Padre.

Su vida fué vida para los vivos, y su muerte vida para los vivos y para los muertos:

Porque el espíritu purísimo de Jesús, al abandonar el cuerpo, llevó la palabra de la redencion á los espiritus que por sus pecados estaban en cárcel,

Y á los espiritus de justicia la palabra de caridad; Para que unos y otros obrasen el cumplimiento de la ley,

Y hiciesen, los primeros fruto de redencion, y los segundos fruto de gloria.

Por esto dijo el Apóstol que el Evangelio fué tambien predicado á los muertos.

Despues de tres dias, el cuerpo de Jesús desapareció de la vista de los hombres, y no fué hallado más sobre la tierra.

Mas los discipulos le vieron en su cuerpo espiritual, y oyeron su voz, y pusieron en él sus manos:

Porque vacilaban en la fé, y no creian aún firmemente en la revelacion de Cristo ni en la resurreccion espiritual;

Y aun temian, y no confesaban, despues de haberlo visto y tocado;

Y temieron aún, y no confesaron, hasta que la verdad penetró las nieblas de su entendimiento y el espíritu del Señor inflamó su corazon en la fé.

Aun vieron tercera vez el espíritu de Jesús, y oyeron su palabra. Yo tambien.

Y la palabra de Jesús era de paz y caridad, como cuando vivia entre nosotros y hablaba al pueblo.

Encargó á los Apóstoles la predicacion del Evange-

lio á las gentes, y que bautizasen en su nombre y en su doctrina á los hombres;

No en agua, como Juan, sino principalmente en espíritu, como Jesús:

Porque lo que se hace en la carne, carne es; y lo que se hace en espíritu, espíritu es.

Y yo recomiendo de nuevo á los pastores, en nombre y por inspiracion de Jesús, el bautismo en espíritu y en verdad, que es el sello de los hijos de Dios.

Mas Jesús prometió á los Apóstoles su luz y su asistencia, y en ellos á todos los discipulos del Evangelio y hijos de Dios, hasta la consumacion del presente siglo y del siglo venidero.

Y envolviéndolos en su resplandor y en el amor de su inolvidable y divina mirada, se elevó al Padre.

Y yo ví esto, hermanos míos.

Yo Juan.»

XXII.

«Despues de esto, los discipulos, en cumplimiento de la palabra y de la voluntad de Jesús, fueron, y predicaron á las gentes lo que habian oído del Maestro.

El espíritu de Jesús estaba en las palabras de ellos, y hablaban la sabiduría y la caridad.

El fuego de la palabra, y la sabiduría, inflamaba los corazones tibios, y confundia la sabiduría de los maestros:

Y muchos, de todas las gentes, creyeron en el señor Jesús, y adoraron en presencia del Dios del señor Jesús:

Y á los que creian, los bautizaban en agua, que era la figura del bautismo del espíritu en la fé.

Mas el bautismo de agua es vano y sin virtud, sin el bautismo en espíritu, y el bautismo en espíritu lo es todo;

Conforme lo atestigua Pablo, hablando de la circuncision y del prepucio. (1)

(1) Véase la nota núm. 3 de la pág. 30.

Mas la palabra de Jesús era para los poderosos del mundo áspera, y hería los corazones hinchados;

Y el Cristianismo nacia y se levantaba sobre un lecho de púrpura;

Sobre rios de lágrimas y sobre lagos de sangre:

Porque los potentados del mundo y los demonios querian ahogar la semilla y destruir el espíritu de Jesús.

Mas la semilla se multiplicaba con la sangre, y el espíritu soplabá aquí y allí, y era el espíritu de Jesús.

Y los potentados del mundo, y los demonios de la tierra, fueron vencidos: porque se enseñoreó de los palacios y de las cabañas el espíritu de Jesús el Cristo.

Mas ha llegado la hora: ¡ay de los vencedores!

Porque las nubes cubren el firmamento, y el sol se oscurece:

Porque la humildad, que es el espíritu de Cristo, se esconde, y aparece el orgullo de la victoria:

Porque la caridad, que es el espíritu de Cristo, retrocede del corazón, y penetra en él el sentimiento de maldición:

Porque la pobreza de corazón, que es el espíritu de Cristo, es escarnecida, y las comodidades y el fausto atraen y ganan las voluntades de los que se dicen discípulos de Cristo:

Porque la tolerancia y la mansedumbre, que son el espíritu de Cristo, se apartan á la invasión de la intransigencia y del exclusivismo.

En el atrio del templo ha puesto su pié el espíritu de secta, y en el presbiterio el interés.

En el seno de la iglesia universal, establecida por Jesús sobre la piedra de la fé y de la caridad, se levanta otra iglesia pequeña sobre el lodo del egoismo y la arena de la ignorancia.

Los indoctos, y los hipócritas, y los soberbios de la sabiduría, adulteran el sentido de las Escrituras al pueblo.

Ya Pedro se lamentaba de esto, y lo escribía, ha-

blando de las escrituras y de las palabras de Pablo. (1)

Y las aguas en que el pueblo apagaba su sed empezaban á correr turbias y cenagosas:

Porque los doctores de la ley no se contentaron con la palabra y el espíritu de Cristo; mas añadieron su propia palabra de ellos, y el espíritu de la ciencia de ellos.

Mas la ciencia de ellos era vana, y corrompia las aguas de la fuente: porque salia del orgullo de las entrañas de ellos y de su apego á las glorias del mundo y á las comodidades; mas no de la caridad.

Olvidaron las palabras del Maestro que sería contado el postrero de todos el que quisiere ser el primero de todos: y todos querian ser los primeros.

Y se establecieron primeros, y segundos, y terceros, entre los doctores, contra el espíritu de Jesús: y el último de los doctores creyó que era sobre todos los demás que eran del pueblo.

Mas cuando esto aconteció, se apartó de ellos el espíritu del señor Jesús.

Y todo habia de acontecer en castigo de los pecados de los hombres, y en cumplimiento de la misericordia del Dios de nuestro Maestro Jesucristo.

Entónces la iglesia pequeña, que habia nacido en el seno de la iglesia, creció en gran manera;

Y derribó la iglesia universal, á los ojos de la multitud:

Porque la multitud juzgaba, y juzgaba que la iglesia pequeña era la iglesia universal:

Y era que la iglesia universal habia huido del templo, y habia en el templo la iglesia pequeña de los mercaderes.

Y la iglesia universal tuvo desde entónces su altar en el corazón de los hijos del Evangelio, que son los discípulos de Cristo.

En verdad os digo que el que ama á Dios, y ama

(1) Ep. segunda de S. Pedro, III, 15 y 16.

tambien á los hombres, éste está en la iglesia universal establecida por Jesús:

Jesús lo dijo: (1)

Mas no el que fué bautizado en agua, y no ama en su espíritu.

En aquel tiempo los doctores pensaron más en la vida del cuerpo y en los goces, que en la vida del espíritu, y fabricaron palacios á sus cuerpos;

Y tuvieron hartura de pan, y de vino, y de miel, y habia pobres;

Y tuvieron fausto, y habia hombres que lloraban:

Mas ellos decian que esto era el Evangelio, y engañaban al pueblo.

Y añadian los mandamientos de ellos á los mandamientos de Dios, y hicieron muchos mandamientos:

Mas ellos decian que esto era el Evangelio, y engañaban al pueblo.

Y los nombres de ellos entre los nombres de los poderosos y de los dominadores de la tierra, y el dominio de ellos mayor que el dominio de los príncipes:

Por cuanto el dominio de ellos, sobre la voluntad de los hombres; y sus mandamientos miraban mucho al dominio, y poco á la caridad.

Algunos de ellos ceñieron espada que mata, y los demás no condenaron á los que ceñian espada;

Antes bien en su corazon, ó en sus palabras, aplaudieron á los que ceñian espada.

Y hubo guerras por causa de ellos; y hermanos contra hermanos por causa de ellos, y por la sed del corazon de ellos.

Quando esto acontecia, invocaban el nombre del Señor para la guerra, y decian que la guerra era santa á los ojos de Dios:

Mas ellos decian que esto era el Evangelio, y engañaban al pueblo;

Y aun algunos de ellos se engañaban.

(1) Véase la nota núm. 4 de la pág. 30.

Se acostumbraron al dominio de los hombres, y ensanchaban cada dia su dominio;

Y invadieron el dominio de los príncipes del mundo;

Y invadieron el señorío de Dios sobre las almas; por cuanto quisieron juzgar á las almas, y las juzgaron, y las condenaron;

Y dieron castigo á los cuerpos, por los pecados de las almas; y muchos hombres fueron muertos en nombre de Cristo:

Mas ellos decian que esto era el Evangelio, y engañaban al pueblo;

Y aun muchos de ellos se engañaban, en castigo de los pecados de ellos y de los pecados de los hombres.»

XXIII.

«Si oyereis que el Evangelio es la guerra en nombre de Jesús, y el derramamiento de sangre; en verdad os digo que ese es el evangelio de los rencorosos y vengativos, mas no el de Jesús, que amó á los hombres, y predicó la paz.

Si oyereis que el Evangelio es el fausto, y las riquezas, y las comodidades de los ministros de la palabra; en verdad os digo que este es el evangelio de los mercaderes del templo, mas no el de Jesús, que tanto recomendó á sus discipulos la pobreza de corazon, y el menosprecio de los bienes de la tierra.

Si oyereis que el Evangelio es el agua, y las manos elevadas al cielo, y los golpes en el pecho, y las formas, y la adoracion exterior; en verdad os digo que ese es el evangelio de los hipócritas, mas no el de Jesús, que recomendó el amor y la adoracion á Dios en espíritu y en verdad.

Si oyereis que el Evangelio es la resistencia á las leyes y á los príncipes en el gobierno de los pueblos; en verdad os digo que ese es el evangelio de los rebeldes y ambiciosos, mas no el de Jesús, que mandó dar á Dios lo que es de Dios y al príncipe lo que es del príncipe.

Si oyereis que el Evangelio es la intolerancia, y el anatema, y la persecucion, y la fuerza, y el odio; en verdad os digo que ese es el evangelio de la soberbia y de la ira, mas no el de Jesús, que rogaba al Padre de las misericordias por sus mortales enemigos.

Y todo esto ha sido dicho del Evangelio al pueblo.

¿Por qué extrañais que Juan hable esto de los doctores y ministros de la palabra? ¿Por ventura juzgais de Juan que viene para disimular y oscurecer la verdad, que ha de ser el alimento espiritual del pueblo? (1).

En verdad os digo que lo que os hablo, esto he visto, y os lo hablo en testimonio de verdad:

Porque el Evangelio es la verdad, y mis palabras son la verdad en testimonio del Evangelio de Jesús;

Y el Evangelio de Jesús en testimonio de la verdad de mis palabras.

Por tanto no extrañeis que Juan hable esto de los doctores y ministros de la palabra.

Esto digo á la iglesia pequeña:

Tengo contra tí que has dejado tu primera caridad (2), aquel amor que te enseñó el corazón de Jesús, y por el cual murió en la ignominia de las gentes; y dejado aquel amor purísimo, se ha asentado en tus entrañas el deseo del dominio y de la persecucion por el dominio,

Y has buscado tu reino en este mundo.

Y tengo contra tí que has dejado tu primera mansedumbre, aquella mansedumbre con que Jesús hablaba á los que le insultaban y escupian; y dejada aquella mansedumbre, te has rebelado contra los principes, y en las tinieblas has minado los poderes de la tierra.

Y tengo contra tí que has dejado tu primera sencillez, aquella sencillez con que Jesús llamaba á sí á los pequeñuelos; y dejada aquella sencillez, has sido hu-

(1) Efectivamente, nos ocupábase de las censuras que Juan dirige á la iglesia pequeña, pareciéndonos algo duras, aunque justas; y en el acto se apodera de nuestros juicios y los comenta.

(2) Frase apocalíptica.

milde con los poderosos, y altiva con los humildes del infortunio.

Y tengo contra tí que has dejado tu primer desinterés, aquel desinterés con que Jesús hablaba de los bienes de la vida sin pensar jamás en el día de mañana; y dejado aquel desinterés, has adquirido y amontonado riquezas, como los que se olvidan de la vida del espíritu y ponen sus sentidos en la vida y en las comodidades de la carne:

Y así has borrado la fé del corazón de los hombres que piensan en su entendimiento.

Y tengo contra tí que has dejado tu primera adoracion, aquella adoracion del espíritu con que Jesús se sujetaba en todos sus actos y pensamientos á la misericordiosa voluntad del Padre; y dejada aquella adoracion, has acrecentado las formas del culto, haciéndolas esenciales para la salvacion de las almas.

Y tengo contra tí que has dejado tu primera humildad, aquella humildad con que Jesús se abatía hasta los piés de sus discipulos; y dejada aquella humildad, el orgullo se ha enseñoreado de tu entendimiento, y has usurpado las llaves, y has condenado y has salvado, y has idolatrado en tí misma haciendo dios á tu propio entendimiento.

Iglesia pequeña, no te maravilles de las palabras de Juan, ántes medítalas, y llora:

Porque la hora suena ya, y el tiempo llega de sorpresa como el ladrón.

Iglesia pequeña, acuérdate de tus principios, que has olvidado.

Yo Juan te lo digo: tus días no serán contados desde que se separó de tí el espíritu de Jesús, hasta la consumacion de tu orgullo.

Vuelve en tí, y conviértete al Evangelio de Jesús, y pon tus ojos en la misericordia del altísimo Señor, de cuya omnipotente voluntad penden los cielos y la tierra.

¿No ves que las almas se secan en tu seno, como las plantas sin agua?

Tu palabra no es ya la benéfica lluvia, ni el conso-

lador rocío: es el soplo frío del septentrion, que hiela los corazones.

Iglesia pequeña ¿qué has hecho de la sociedad cristiana? Mira enderredor, y responde.

Vuelve á tu primera caridad, á tu primera adoracion, á tu primera mansedumbre, á tu primer desinterés y á la humildad de los primeros días del siglo de Jesucristo;

Y el espíritu de Jesús volverá á ti, y tú serás su esposa, y él será tu esposo, como en los primeros días del siglo.

Medita, y ora, y rechazarás el demonio del orgullo, que ciega tu entendimiento;

Y borrarás del libro de la ley las añadiduras de tu entendimiento:

Porque conocerás que la ley viene de Dios.

No desoigas las palabras de Juan, iglesia pequeña; porque las palabras de Juan, Juan las escribe, y las leerán los hombres, y tendrán asiento en el juicio de los hombres y en su corazón.

Estás dormida: iglesia pequeña, despierta.

Hablo á los hombres:

Jesús es el camino, la verdad y la vida.

Dios es mi última palabra.

La paz sea con vosotros, hermanos.

Yo Juan.»

XXIV.

«Hermanos míos, vuelvo á vosotros: yo os saludo.

Vuelvo á vosotros, como la pálida luz del astro de la noche viene á la tierra, después que sobre ella ha derramado el sol torrentes de luz, de fecundidad y de alegría.

El vivificante resplandor del sol de los espíritus ha llegado hasta vosotros: bendecid á Dios.

Mas permitid que mi pobre espíritu os refleje á su vez la poca luz que ha podido recibir de las estrellas que brillan en la profundidad de los cielos.

¡También la luna alegra el corazón del pobre viajero que atraviesa de noche las soledades de la tierra!

Viajeros de la tierra ¡cuán dignos sois de compasion!... porque viajais en tinieblas, y no veis el camino en que asentais la planta.

Sin los astros que la omnipotente mano derramó en los senos del universo, la tierra permanecería eternamente abismada en la oscuridad y en el silencio; y sin el calor y la luz de los espíritus, que vienen á cumplir la voluntad del Altísimo y los decretos de su misericordia, la humanidad continuaría aún hoy en las tinieblas de su infancia.

Viajero de la tierra ¡cuánto te compadezco y cuánto te amo! ¡Pobre viajero de la tierra!.....

Porque tus penas son mis penas; porque tus males son mis males; porque tus lágrimas son mis lágrimas; porque tu afán es el afán de mi alma.

Porque acabo de llegar de la tierra, y aun siento las miserias de los viajeros de la tierra.

¡Pobre hermano mío, pobre viajero de la tierra! Tu afán es una felicidad que no conoces y de que dudas, y esta duda es el lacerador de tu alma. ¡Cuánto sufres, hermano mío, pobre hermano mío!.....

Mas ¡ay! vuelve tus ojos á mí. También mi afán es la felicidad; pero una felicidad que mi espíritu ha vislumbrado, verdadera, como verdadero es el sol que luce todos los días sobre tí.

¡Y yo pude conquistar esa felicidad!... Estaba al alcance de mi mano. Un pequeño esfuerzo ¡y era mía!..... si..... ¡era mía!..... era mía!

¡Y no hice ese pequeño esfuerzo!..... ¡Compadecedme!..... como yo os compadezco, hermanos míos!

Me bastaba amar!..... y no amé como debía.

¡Dios mío! yo sé que llegais hasta lo más íntimo de mis sentimientos: ved que ya amo, Dios mío!... pero no me abandonéis. Acrecentad mi amor, Dios de mi alma; porque yo quiero amar, y sólo amar.

¿Veis mi afán, hermanos míos? ¡Ay! sí, lo veis: mas no podeis sentirlo como yo; porque es mío; por-

que yo lo he merecido, y no vosotros; porque es el sufrimiento que yo mismo me he fabricado dentro de mi libertad.

Sin embargo, una consoladora esperanza alienta y fortalece mi alma: aquella felicidad no la he visto para perderla para siempre; porque Dios es Dios.

Yo he visto á Juan como se sumergía en aquel abismo de felicidad, y aun oigo sus palabras de amor y de esperanza.

Ama y espera, como yo amo y espero, pobre hermano mio, pobre viajero de la tierra!....»

XXV.

«Hay deberes reales, verdaderos, inexcusables: lo he dicho antes de ahora: lo dije cuando aun vivía entre vosotros. Mas vosotros lo sabeis sin que yo os lo diga; porque lo saben todos los que piensan y sienten.

Tambien sabeis que el deber es la ley impuesta por la sabiduría de Dios á los espíritus libres.

El cumplimiento de esta ley es el cumplimiento de la voluntad soberana, el lazo de union y atracción entre el Criador y la criatura racional.

El deber es, pues, la religion.

Y existiendo, como existe, el verdadero deber, necesariamente existe la religion verdadera: de otra suerte, la religion no sería el deber ó la ley emanada de Dios sobre el espíritu libre.

¿Cuál será la religion verdadera?

Mas antes permitidme otra pregunta: ¿Cuál será la mejor de las religiones?

En absoluto, la mejor de las religiones es la religion verdadera; mas lo absoluto está fuera de la capacidad humana.

El hombre puede definir la religion verdadera diciendo que es el cumplimiento del deber en absoluto, de la ley; mas ni el hombre, ni los espíritus pueden abarcar la ley absoluta del deber.

El deber aumenta y estiende sus límites con el pro-

greso y la felicidad. Vuestra inteligencia invade cada dia nuevos términos; mas á medida de su desenvolvimiento, aumenta vuestra responsabilidad, se acrisolan las leyes del deber.

La religion es, de consiguiente, progresiva, como lo es el deber, que constituye su esencia; y la mejor de las religiones, la que mejor promueve el cumplimiento del deber.

Con respecto al hombre, la mejor de las religiones es la religion verdadera.

Y la religion verdadera es el Cristianismo; porque es la única que dirige á la humanidad por el recto camino del deber.

La palabra de Jesús ha realizado en algunos siglos progresos que jamás habrian llegado á realizarse por la virtud de todas las otras religiones juntas.

Hay manchas que parecen empañar la religion de Cristo; pero estas proceden de las formas, que pertenecen á los hombres, y no del principio divino, que es el alma de la religion cristiana.

La religion de Roma no es la religion de Cristo; porque el deber que Roma predica, no es el deber verdaderamente cristiano.

El deber, en boca del Hijo del hombre, es el amor en la libertad; porque sin la libertad no es posible el amor.

Y Roma condena la libertad, y escluye de su amor á los que no son hijos de las enseñanzas de Roma.

Acordáos de Jesús y de las catacumbas, y meditad, y comparad, y juzgad.

Jesús ofrece su vida en holocausto por la salud de todos los hombres, y recomienda la caridad, que es el amor á Dios y al prójimo, sin exclusion del publicano ni del gentil.

Los cristianos de los primeros dias, escarnecidos, humillados, vilipendiados y perseguidos á manera de animales dañinos, de perros rabiosos, cuya vida está á merced de todo el mundo, se reunen debajo de la tierra para llorar juntos la inmensidad de su infortunio. Y del

fondo de las catacumbas se levanta un piadoso murmullo de adoracion, que penetrando y atravesando la tierra y el espacio, llega como una nube de incienso hasta el trono del Altísimo. Un clamor unánime sale de todos los corazones, y una misma palabra pronuncian todos los labios: es la santa palabra ¡LIBERTAD!; libertad para adorar á Dios en medio del día y á la luz del sol, libertad para reunirse y practicar el amor, sin temor á la befa de las gentes y al odio de los tiranos.

Acordáos de Jesús y de las catacumbas, y juzgad si la religion de Roma es la religion de Jesucristo; si el anatema y el exclusivismo son el amor y la libertad.

El deber, en boca del Hijo del hombre, es la paz; porque sin paz no hay libertad, y sin libertad y paz no es posible el amor.

Y Roma maquina contra la paz de los pueblos, cuando la guerra responde á sus aspiraciones de predominio moral ó material.

Y la guerra no está en el Evangelio, hermanos míos.

La muerte se cierne en estos momentos enderredor de vosotros (1). La discordia agita su repugnante tea, y enciende en los corazones, en los corazones creados para el amor, el odio y la venganza. El hierro y el fuego son los emisarios de la muerte, y los hombres sucumben á millares, y la maldicion es la última palabra que arrojan los labios agitados con las postreras convulsiones.

Todos los oídos están aguardando la infausta nueva; todos los ánimos, llenos de ansiedad y zozobra. Los ecos y el estruendo del combate vuelan del occidente al oriente, y penetran en la ciudad de los Césares y de los Papas. También allí hay corazones que palpitan de emocion, esperando el desenlace del trágico drama que se desarrolla á vuestros ojos. Mas ¡ay! aquellos corazones no palpitan de amor sino de temor: desean el

(1) Estas líneas se escribían el día 28 de Marzo.

triumfo de los unos y la derrota de los otros, aunque esta derrota la lloren millares de familias con lágrimas de sangre, de desesperacion y de infortunio.

Los unos tremolan el estandarte del progreso; los otros llevan escrito en el suyo el santo nombre de Dios. Y he aquí el nombre de Dios, nombre que no debieran jamás los labios pronunciar sino para venerarlo y bendecirlo, helo aquí puesto como mote de odio y de guerra en la bandera enarbolada por la ambicion y el fanatismo religioso.

¡Abatid ese profanador estandarte, y borrad de él el nombre cien veces sagrado del Altísimo! ¿Juzgais acaso que se juega impunemente con lo más santo de la tierra y de los cielos?

Acordáos, hermanos míos, de Jesús, y fijando vuestra consideracion en la abominable guerra que siempre de luto los corazones y de cadáveres la tierra, decidme si el deber, si la paz, si el amor, si la libertad, si la religion de Roma, es el deber, el amor, la libertad, la paz y la religion de Jesús, el verdadero Cristianismo.

Mas la hora está á punto de sonar: se escapan ya los últimos granos de arena del reloj que señala el tiempo de la existencia de la iglesia que Juan ha llamado iglesia pequeña.

Y esta iglesia muere á manos de sí propia, de la perturbacion que ha traído á las entrañas de los organismos sociales.

Ha querido hacer de su religion una bandera exclusivamente politica, y muere á manos de la política.

Ha perturbado las creencias para mejor y más fácilmente dominar sobre los pueblos, y muere á causa de la perturbacion de las creencias.

En su agonía fomenta las rebeldías en los estados que han sacudido su pesado yugo, y atiza el fuego de la guerra para prolongar un minuto más su dominacion temporal; y las rebeldías y la guerra apresuran el ya cercano fin de su dominacion.

El supremo instante se acerca, no lo dudeis: un momento más, y la iglesia pequeña será para los

hombres de la tierra un triste y saludable recuerdo.

Y sucederá, porque es preciso que suceda; pues de lo contrario, la humanidad está irremisiblemente perdida: y Dios no puede permitir que la humanidad se hunda en un abismo perdurable.

Vosotros no sabéis cuan pequeña es ya la iglesia pequeña de los mercaderes; y es porque no os es dado registrar y escudriñar el corazón de los hombres. Lo sabréis el día en que se decidan á hablar muchos, muchísimos que hoy lloran en silencio las abominaciones religiosas.

Es muy considerable el número de los que lloran y son contados en el seno de la iglesia pequeña. Los tales buscan la iglesia universal, y como no la ven, lloran en silencio y esperan. Una pequeña ráfaga de luz, y correrán á las puertas de la iglesia universal.

La decadencia de la iglesia pequeña no es de hoy ni de ayer: su verdadera decadencia data de los días en que sus mandamientos empezaron á dirigirse á la dominación y al interés.

Ha sido la estatua de Nabucodonosor: comenzó por ser de oro en el regazo de la iglesia universal establecida por el Cristo, y ha concluido por ser de barro en manos de los hombres.

La estatua de Nabucodonosor es la imagen de todas las instituciones puramente humanas: y la iglesia pequeña no es ya otra cosa que una institución que marcha con resortes puramente humanos.

Mas los resortes que han venido sosteniendo y conservando la iglesia pequeña desde que la abandonó el espíritu de Jesús, han perdido ya toda su fuerza; y la institución humana, la iglesia de los hipócritas y de los mercaderes, se rinde al peso de sus mandamientos y errores, al alborear la luz de la libertad y el día de la emancipación de la conciencia.

La piedra que ha de derribar y reducir á polvo la estatua de los pies de barro se ha desgajado ya de la cima de la montaña y desciende con soberano ímpetu, empujada por los mensajeros del Altísimo.

¡Ay del que quiera detener su ímpetu!
¡Apartaos!... ¿no veis que la mueve la voluntad de Dios?»

XXVI.

«Los grandes acontecimientos van siempre precedidos de anuncios ó señales para fijar la atención de los hombres en la importancia del hecho que se va á realizar y para despertar á los que duermen.

Y el fin de la iglesia pequeña es un acontecimiento solemne, el más solemne é importante de cuantos la humanidad ha presenciado; porque el fin de la iglesia de Roma es el principio de la iglesia universal y el establecimiento de la doctrina de Jesús en el entendimiento y el corazón de los pobres desterrados de la tierra.

Los siglos venideros saludarán con júbilo esta jornada; con el júbilo con que saludais vosotros la encarnación y la memoria del Cristo.

Por esto el fin de la iglesia pequeña, que es el principio de la iglesia universal, va precedido de señales maravillosas, que veréis multiplicarse á medida que se precipiten los tiempos.

Y los tiempos se precipitan; porque todo conspira á precipitarlos: aun aquello que á los ojos de los hombres son entorpecimientos ú obstáculos.

La señal que precede al fin de la iglesia pequeña y al principio de la iglesia universal, es la enseñanza manifiesta de los espíritus, derramada con maravillosa y misericordiosa profusión de un confín á otro de la tierra.

Y la enseñanza de los espíritus viene, porque es absolutamente necesaria; porque el vacío que hay en las creencias es tal, á consecuencia de los sofismas y errores religiosos, que la humanidad no hubiese podido despertar sin llamamientos superiores.

Mas ántes del fin de la iglesia pequeña de Roma y del principio de la iglesia universal de Jesucristo, aun

veréis otra señal: se oirá una voz que resonará por todas partes.

Acordáos del Espíritu de Verdad prometido por Jesucristo y aguardadle despiertos y preparados.

Los pobres hijos de los hombres, los infortunados viajeros de la tierra, oirán aquella voz, suave y atractiva como el murmullo de la brisa y el perfume de la flor, y verán el cielo abierto; porque se abrirán sus corazones á la esperanza y á la fé.

Estos tiempos están cerca: podeis presentirlos; podeis verlos; porque están en vuestro horizonte.

El sol aparece oscurecido á vuestros ojos: algunas nubes os impiden ver todo el esplendor de su luz; pero las nubes serán barridas por una voluntad soberana, y la verdad brillará en toda su pureza.

Un momento más, y veréis cumplidas estas palabras.

Hermanos míos congregados, adorad á Dios.

Me despido de vosotros deseándoos el espíritu de caridad, de humildad y de adoración de nuestro Maestro Jesucristo.

La paz sea con vosotros y con todos los hombres.

Lamennais.» (1).

29.

Abril de id.

«Hijos míos, hoy es la última vez que os hablo; pero mi corazón de madre no apartará de vosotros su cariño. Mi amado hijo me legó á su muerte los deberes amorosos de la maternidad hácia los hombres, y más principalmente hácia los que lloran; y vosotros sois de los que lloran. Como madre os visité la primera vez, y os dí las flores de mi alma, á fin de que formaseis con ellas el ramillete de vuestros deberes, que es la señal

(1) Somos harto pequeños, y conocemos nuestra pequeñez, para aventurarnos á añadir á esta comunicacion comentario alguno, y la dejamos intacta al juicio de las personas ilustradas.

de los hijos de Jesucristo (1). Como madre vine á vosotros la segunda vez, y os alenté y esforcé, porque temblabais y vacilabais, y estabais inclinados á retroceder por temores vanos; pues vanos son todos los temores que se refieren únicamente á los bienes de la tierra (2). Como madre volví la vez tercera, y os hablé de la mejor de las oraciones, para encender en vuestro pecho la llama de la adoración divina y dejaros consolados con la esperanza del auxilio superior al través de los quebrantos y miserias de vuestra peregrinación temporal (3). Y volví como madre una vez más para disipar vuestras dudas en algunos puntos, trascendentales para el sosiego de las almas, y os dí armas con que triunfar de la duda y defender la verdad (4). Mas, del mismo modo que he sido yo vuestra fiel y amorosa madre, habeis de ser vosotros hijos obedientes, practicando mis instrucciones, encaminadas á vuestra felicidad, y no olvidando que son hermanos vuestros todas las humanas criaturas. De los favores y de la luz que habeis recibido debeis hacer partícipes á los demás hombres en la medida de vuestro poder; de lo contrario, os repito lo que os dije en mi segunda visita; que no faltan en las regiones de la oscuridad espíritus que no hicieron buen uso de las luces especiales recibidas.

Vuestra madre,—MARÍA.»

Al considerar la magnitud y trascendencia de las revelaciones que obteníamos y nuestros escasos merecimientos, comprendimos que nosotros no éramos más que instrumentos providenciales de superiores designios, y que la revelación no limitaba su objeto á la ilustración moral del reducido círculo que la recibía, sino que lo hacía extensivo á la ilustración y progreso de todos nuestros hermanos. El sol brilla así para el judío como para el gentil, y nadie tiene derecho á aca-

(1) Véase la comunicacion núm. 17, pág. 98.
 (2) Véase la comunicacion núm. 20, pág. 102.
 (3) Véase la comunicacion núm. 22, pág. 106.
 (4) Véase la comunicacion núm. 23, pág. 106.

parar su luz. Las instrucciones superiores no han descendido á nosotros para monopolizarlas: es un tesoro que se nos ha confiado no más que por breves instantes; un precioso legado que debíamos exhibir á la vista de todos, porque todos tienen en él algun derecho.

30.

Id. de id.

*Hermanos congregados: Habeis llegado al segundo período de vuestras incursiones en el campo de la verdad religiosa, del Cristianismo en su primitiva y celestial pureza. En el primero habeis estudiado; habeis observado; habeis podido nutrir vuestro entendimiento y vuestro corazon con las verdades que, como luminosos destellos del Sol de las inteligencias, han despejado las nubes amontonadas en el cielo de vuestras convicciones, y con los sentimientos que nacen y se desarrollan al purísimo calor de los dones y gracias del Altísimo. ¡Dichosos vosotros, si sabeis aprovechar las riquezas sembradas á vuestro paso en el primer período de vuestros ensayos y estudios religiosos!

Mas habeis entrado en el segundo período, hermanos congregados, y vengo á haceros algunas indicaciones, que espero y os ruego no olvidéis. Habeis estudiado y observado, y ha llegado ya el momento de practicar vuestros estudios. Os miran desde los mundos de luz los buenos espíritus, que han sido para vosotros emisarios de la misericordia del Eterno, y esperan ansiosos vuestros caminos y el fruto de sus desvelos. ¿Les obligariais acaso á arrepentirse de la confianza que depositaron en vosotros y á volveros la espalda con desprecio? Y no solamente ellos, sino tambien los de abajo de la tierra os siguen con sus miradas, prontos á juzgar en vuestras obras la bondad de las doctrinas que difundís con la palabra.

¿Sois cristianos ó no? Responded: pero si lo sois, no me respondais con la palabra, sino con vuestros

sentimientos y conducta. En vano diréis que lo sois, si vuestras obras desmienten lo que afirma vuestra lengua; porque sólo blasona con verdad de cristiano aquel que tiene á Cristo en el corazon y anda en los caminos de la caridad, que son los que Cristo abrió á la humanidad entera. En vano os entusiasmais con la lectura de las revelaciones obtenidas, si no traducís vuestro entusiasmo en hechos que armonicen con la bondad de las instrucciones reveladas. ¿Ignorais, por ventura, que los errores de la iglesia pequeña tuvieron principio en el falso cristianismo del corazon de sus doctores? Así vosotros, si vuestro corazon no mirase á la caridad y á la humildad, abandonados del genio del verdadero Cristianismo, que os ha cubierto con sus alas, divagariais de nuevo por las soledades del espíritu, que son el castigo de las almas frívolas é infecundas para el bien.

Conviene sobremanera, hermanos congregados, no olvidar, ántes debeis tenerlo constantemente á la vista, que el Espiritismo es el mismo Cristianismo, y que todo lo que es ajeno y contrario á las doctrinas evangélicas, á la palabra y espíritu del Cristo, ajeno debe ser y contrario á vuestra palabra y al pensamiento que ha de guiaros y ser la estrella de vuestros caminos en la segunda jornada de vuestros estudios religiosos. Ajeno y contrario es á la palabra y espíritu de Jesús el demonio del orgullo, ajena y contraria la hipocresía, ajeno y contrario el apego á los placeres y bienes temporales, ajeno y contrario el egoismo, la ociosidad, los envidiosos celos, la murmuración, el odio y la lisonja: en una palabra; todo aquello que es ajeno y contrario á los consejos y preceptos de una conciencia sincera é ilustrada, contrario es y ajeno á la sávia del Cristianismo y para vosotros árbol de prueba y fruto de prohibición. La escena bíblica del paraíso se repite todos los días: el árbol de la ciencia no ha muerto; crece y estiende sus ramas sobre la tierra, y la serpiente, enroscada, no del árbol en el tronco, sino en el corazon de cada uno de los hombres, los convida con sus mentidos halagos al quebrantamiento del precepto.

Leo en vuestro pensamiento, y discurriendo sobre el mayor ó menor precio de mis palabras os decís: Amor, caridad, sencillez, adoracion, pureza, todo esto está muy bien; pero ya lo sabíamos, y podia hablárenos de otros puntos por nosotros ignorados, de algo de lo que se refiere al mundo de los espíritus y á su admirable economía. ¿Por qué repetirnos hoy, y mañana, y siempre, los mismos consejos y preceptos?

¡Oh, hermanos congregados! ¿Juzgais de los espíritus de consejo que su mision es satisfacer la vana curiosidad, el orgullo, el amor propio y los caprichos de los hombres? No seais injustos, os lo ruego en beneficio de vosotros mismos; y á fin de que juzgueis con más acierto y rectitud, me propongo hablaros, entre otras cosas, del hermoso, del celestial ministerio de los espíritus de luz.

Pero ántes he de hablaros de otras cosas que os tocan más de cerca, porque se refieren á vosotros: primero que os eleveis sobre las nubes, necesario es que conozcais la tierra que pisan vuestras plantas y los lazos que á ella os retienen y encadenan. Yo no cumpliría la mision que me trae á vuestro lado, si, ofreciendo á vuestra consideracion el bellissimo cuadro de las armonías celestes, dejase de mostraros el camino por donde podeis en ménos tiempo participar de aquellas venturosas armonías. Sin el consolador auxilio de la Providencia, que nunca deja á las criaturas abandonadas á sus exclusivas fuerzas, en vano intentaríais elevaros sobre las miserias de la tierra y el barro de las debilidades humanas: vuestras inexpertas alas se derretirían al soplo corrompido y abrasador de las pasiones que engendran el egoísmo y el orgullo.

Una sola palabra explica y sintetiza toda la moral, toda la ley y toda la revelacion desde el principio hasta hoy, y es la fórmula universal del progreso, de la virtud y de la felicidad; es el mismo Verbo divino revelado y la luz que irradia sobre los hijos de los hombres desde las alturas del pensamiento infinito. ¿Será necesario que os nombre esa palabra? Juzgo que no;

porque á todos os ocurrirá sin esfuerzo: mas sería mejor, mucho mejor, que, en vez de llevarla escrita en vuestra mente, la sintieseis llenando vuestro corazón y conmoviendo incesantemente sus fibras.

Pues bien: esa palabra, CARIDAD, que todos habeis evocado espontáneamente, sin necesidad de repetírosela, es la fórmula que estais llamados á resolver en el segundo periodo de vuestros estudios religiosos; la caridad práctica, así como en el primer período habeis discurrido sobre sus bellezas y excelencias en el terreno filosófico. Ya os he manifestado que Espiritismo y Cristianismo son una misma cosa; y ahora os añadiré que ambas palabras significan caridad, y que fuera de la caridad no hay espíritu verdaderamente cristiano.

¡Caridad! ¡amorosa palabra, manjar divino de las almas puras, de los espíritus de Dios! Al pronunciarla los ángeles, una suave armonía llena los cielos y una dichosa corriente de inefables dulzuras se establece desde el solio del Altísimo hasta la morada de los hombres. Es la escala de Jacob: por ella suben á Dios los ayes y los deseos y las plegarias, y por ella descenden los consuelos, las esperanzas y los primeros crepúsculos de felicidad inmortal en el corazón del hombre.

Mas ¡ay! cuán poco eco halla en la tierra la palabra caridad en el corazón de los mortales! Infinitos labios la pronuncian, pero sin salir de las entrañas: escrita en la mente, se pronuncia con frialdad, cuando debiera salir envuelta en torbellinos de llamas; porque la caridad es fuego purificador, que consume todas las impurezas ó imperfecciones de las criaturas que formó la voluntad soberana.

Teneis abierto á vuestro corazón el mundo de las miserias humanas, vastísimo campo en que podeis y debeis ejercitar y desarrollar los gérmenes del amor con que Dios enriqueció vuestras almas; así como habeis ejercitado y cultivado el entendimiento en el campo de las especulaciones filosóficas. Habeis pensado y meditado en materia de religion, y ha llegado ya la oca-

sion de sentir, sino quereis haceros terriblemente responsables de los motivos de sentimiento recogidos en la primera jornada de vuestro viaje al mundo de la verdad.

La religion es sentimiento más que conocimiento: así vemos muchos ignorantes que creen en Dios y le aman sin conocerle, y muchos sábios que le conocen hasta donde alcanza la sabiduría de los hombres, y sin embargo no le aman, ni respetan los decretos de su absoluta voluntad. Por esto el juicio de los primeros será de vida, porque cumplieron la ley por bondad de corazón, y el de los segundos de castigo, porque conocieron la ley del bien y la despreciaron por frialdad y orgullo del espíritu.

A ningún hombre se le condena por lo que no sabe, sino por lo que ha dejado de sentir, en razón á que el libro de la sabiduría es un libro generalmente cerrado y el del sentimiento un libro universalmente abierto. No á todos es dado poseer los secretos de la ciencia, mas si las dulzuras del sentimiento, cuyos tesoros están á la vista de todas las criaturas sin escepcion, derramados en el universo por la mano de la misericordiosa Providencia. Desde el rey de los astros, radiante y orgulloso, hasta la pobre luciérnaga; desde el magestuoso cedro, que eleva su copa amenazando taladrar las nubes, hasta el humilde tallo de yerba que se arrastra por los suelos; desde el águila hasta el insecto; desde el leon hasta el reptil y el gusano: desde el monarca hasta el último de los siervos, y desde el palacio de la abundancia y del placer hasta la choza de la miseria y del dolor, son otras tantas páginas del libro del sentimiento constantemente abierto á la consideracion de los mortales.

Estais obligados á sentir. Y no os admireis de que llame enérgicamente vuestra atencion acerca del sentimiento y de su necesidad; porque sin él, vanos habrian sido todos los esfuerzos que habeis empleado para pertenecer al número de los verdaderos cristianos, de los discípulos é imitadores de Jesús, que era todo

sentimiento, porque era todo caridad. Seriais cristianos especulativos, y nada más; árboles sin fruto, que el Padre de familias mandaria arrancar para ser arrojados á las llamas.

El sentimiento lo es todo, y por lo mismo está al alcance de todos. Es más que la ciencia; porque la ciencia la hallaréis en los caminos de los impíos como en los senderos de los justos; y es más que el bien obrar; porque tambien los malos hacen á veces obras buenas. El que realmente siente, hace, si le es posible, las obras del sentimiento; y áun cuando, por no serle posible, no las haga, ante la ley le son reputadas como hechas é imputadas á justicia.

Ved, pues, la pauta de vuestro deber en la segunda jornada de vuestros estudios religiosos, que es la jornada decisiva de vuestro porvenir; vedla, y seguidla sin desviaros. ¡Oh, hermanos míos! tiemblo al pensar que puede alguno de vosotros ser llamado y venir á juicio con el hielo en el corazón, despues de las luces que sobre vuestras cabezas ha profusamente derramado la omnipotente mano del Excelso.

El sentimiento es el amor, y el amor es la ley: ved, por tanto, que para el cumplimiento de la ley es necesario, indispensable, que ameís. El amor cubre la muchedumbre de los pecados; porque es llama que purifica y bálsamo que repara. El que ama obra exclusivamente el bien, que es la reparacion del mal, y la felicidad será el juicio de sus amorosas obras. Amad, hermanos congregados; amad, hijos míos; y en el ministerio del amor hallaréis el ministerio de los espíritus perfectos.

Estos son, por el amor y para el amor, los mensajeros, y cumplidores, y guardianes de la voluntad excelsa; de esa voluntad eternamente activa que es la ley de la creacion; de esa voluntad que enciende los celestes luminares y la inteligencia del hombre; de esa voluntad que, penetrando todos los seres y el espacio, infunde por doquier la fuerza y multiplica la vida. Seres de luz los espíritus puros y perfectos, su

mision es reflejar sobre los demás la luz que reciben del inextinguible foco de la sabiduría de Dios; seres dichosos por el amor, su deber es la caridad, en cuya virtud se desprendieron de sus impurezas é imperfecciones y elevaron á las felices moradas, donde no se conocen ni las miserias de la tierra, ni las tormentas del corazon, ni las veleidades del espíritu; moradas de felicidad siempre naciente, porque es la felicidad del deber, y el deber se halla eternamente en su principio. Si el deber se agotase, allí y en el mismo momento acabaria la ley de felicidad.

¡Oh! ¡hermosísima mision la de los mensajeros del amor, de los espíritus de luz! Por la luz y por el amor han sido glorificados, y aspiran constantemente á la glorificacion de los demás por el amor y por la luz. Con la velocidad del pensamiento circulan sin cesar y sin cansancio enderredor de los infinitos orbes que se mueven en los inmensos senos del espacio, orbes que vienen á ser como las celdillas de la colmena universal, en cada una de las cuales van los espíritus puros á depositar la miel de su caridad.

El ministerio que desde su elevacion ejercen los espíritus de luz, podeis, bien que en menor escala, ejercerlo igualmente vosotros en la tierra. Ellos ven ante sí infinidad de mundos que necesitan de su amor, y vosotros estais rodeados de infinidad de seres para los cuales el rocío de vuestra caridad es el progreso, la regeneracion, la vida y la felicidad del porvenir. ¡Cuántas veces el hombre amoroso de sus hermanos hace la caridad, sin sospechar que sus obras en la tierra son el preludio de su mision espiritual en las regiones celestiales! La caridad, hermanos congregados, es un árbol cuya raíz está en el misterioso y fecundo seno del Criador, y cuyas ramas, cargadas de frutos y perfumes, se extienden en todas direcciones, haciendo plácida sombra sobre las moradas sembradas en el universo, que es la casa del Señor.

Decis que sois espiritistas, hermanos míos; enhorabuena, yo os aplaudo. ¿Sois hoy mejores que ayer?

Seréis mañana mejores que hoy y mejores cada dia? Os conmueve el espectáculo de la naturaleza y la contemplacion del cielo? Derramais lágrimas del corazon á la vista de las desdichas ajenas? Amais, hermanos míos, amais?

Porque el Espiritismo, que es el Cristianismo, que es la Caridad, permitidme que lo repita, no se reduce á discurrir y á propagar, sino que exige ante todo y sobre todo el sentimiento, que es el principio y fuente de las obras que nos aproximan á la perfeccion y á Dios. El que se ciñe al conocimiento y predicacion de las verdades cristianas, pero sin sentir las ni aplicarlas, se parece á uno que ha descubierto un abismo y que, no obstante, se precipita en él mientras advierte del peligro á los demás.

Que mis palabras no sean en vosotros semilla de desaliento: harto conozco las debilidades de la humana naturaleza, para maravillarme de las vuestras y poderos exigir que os desprendais en un momento de todas vuestras impurezas. ¡Ni cómo he de exigiros lo que fué y es aún imposible para mí! Yo no hago otra cosa que llamar vuestra voluntad y sentimientos al bien; mostraros la vía que juntos hemos de recorrer para acercarnos al ideal siempre progresivo de la perfeccion espiritual. Los ángeles del Señor, esos dichosos seres que beben el amor en su divino manantial, y de los cuales, como de otras tantas fuentes, manan arroyos de caridad que riegan y fecundan las pobres plantas humanas por el universo esparcidas; los ángeles del Señor han descornado á los ojos de mi alma uno de los velos caidos ante la luz de la verdad, á fin de que pudiese yo hacer é hiciese lo mismo con vosotros. Y como he visto que la verdad está en la virtud, y no más que en la virtud; tal es el motivo por que os he llamado á la práctica del amor, compendio y suma de todas las virtudes irradiadas del divino centro y foco.

Voy á terminar, hermanos congregados. Seamos todos cada dia mejores en Jesús: su yugo es suave y

pueden llevarlo aun los más débiles é imperfectos. Tomemos cada uno su cruz con resignacion y amor, y subiéndolo así el calvario de la expiacion, de la reparacion y de la prueba, imitaremos á Jesús en los merecimientos primero, para ser despues glorificados á su lado por la virtud de su doctrina.—Allan Kardec.»

Esta es la mision verdaderamente sacerdotal, y Allan Kardec desde el mundo de los espiritus un sacerdote modelo, un espejo en que debieran mirarse los sacerdotes de la tierra. Sus palabras, vaciadas en el molde de la humildad y del amor, llegan al alma y avivan la esperanza y la fe, inspirando santas resoluciones. Otro seria el estado del cristianismo en el mundo, si los que se titulan ministros del Señor, dejándose de orgullosos alardes y vanas infalibilidades, hubiesen hablado al corazon y al entendimiento de los hombres, como les habla Allan Kardec. Ni el indiferentismo ni el materialismo, las dos enfermedades crónicas de las modernas sociedades cristianas, hubiesen podido tomar las amenazadoras proporciones que han alcanzado y que tan justamente tienen alarmados á los hombres pensadores. Los errores religiosos engendran la duda, madre del indiferentismo; y el materialismo nace de la negacion, hija las más de las veces de la duda.

Espiritistas todos, esforcémonos á seguir con voluntad resuelta los consejos que Allan Kardec nos prodiga desde las regiones de la luz: no nos contemos con ser cristianos especulativos; que las teorías sin la práctica son vanidad y mentira. Seamos buenos; seamos caritativos y virtuosos, y conquistaremos el mundo para el Evangelio de Jesús. El dardo está arrojado; pero el dardo de la palabra no mata la incredulidad y el egoísmo: son indispensables las obras, el dardo de las virtudes en constante actividad.

31.

Junio de id.

«Yo soy José el esposo de Maria y guarda de Jesús en los primeros años de su vida. Vigílad, hermanos.

Os hablaré pocas palabras, porque la verdad ha descendido ya á torrentes sobre vosotros, y ahora os corresponde hacerla fructificar: que no sea la semilla de la parábola derramada entre las piedras. Vengo á vosotros como un testimonio más de los favores con que os ha distinguido el Ser Supremo para hacer en vosotros la prueba de su misericordia. Vigílad; porque la prueba de la misericordia despierta terribles responsabilidades. ¡Ay de los frios! ¡ay de los pusilánimes! ¡ay de los orgullosos! ¡ay de los hijos de la mujer de Lot! La prueba de la misericordia les saldrá al rostro y será su vergüenza y su gusano. Vigílad; vigílad.

En el terreno de la teoria y de la palabra habeis llenado hasta hoy vuestro deber con la publicacion del libro. De él se os dijo que seria un pequeño roedor, refiriéndose á la parte exclusivamente vuestra; mas yo, refiriéndome á la parte que es fruto de la inspiracion, os afirmo que será un demoleedor poderoso y un regenerador activo y eficaz.

Si por el estudio y con la palabra habeis llenado vuestro deber, mucho os falta aún en la cultura del sentimiento y en la reforma de vuestros procederés. No seais insensatos; no despreciéis las repetidas amonestaciones; no seais frios, y no os mostreis indiferentes á tanta luz. ¡Cuán dichosos podeis ser! Vigílad; vigílad.

El libro que publicais es debido á la inspiracion superior, llamada por vuestra iniciativa y estudio. Las verdades que contiene habia el mundo de saberlas; porque los tiempos se acercan; y si no hubieseis sido vosotros los instrumentos de aquellas verdades, otros habrian sido indefectiblemente los elegidos. Dad gracias á Dios por haber sido de los llamados, sin querer investigar las causas del llamamiento.

En el libro hay que considerar dos cosas: la inspiracion espiritual y la intervencion humana. Con respecto á la primera, he de manifestaros que toda es debida á espiritus de luz y de verdad, que han venido á vosotros en cumplimiento especial de su mision de

amor y como fieles instrumentos de la prueba de misericordia à que os ha sujetado la sabiduria divina. En la inspiracion habeis sido aún más afortunados de lo que juzgais; pues algunos de los espíritus inspiradores recibian à su vez la inspiracion de más elevados pensamientos. Con respecto à la intervencion humana en la composicion y escritura del libro de que os hablo, sólo os diré que la ha guiado un buen deseo y no forma desagradable contraste con los pensamientos inspirados, debiendo añadirlos que en el conjunto hay más inspiracion de la que vosotros os figurais. No temais las consecuencias de la publicacion del libro: los espíritus que con la suprema permission han sabido inspiraros, sabrán con la misma dirigir los sucesos por las sendas convenientes. Dia vendrá en que bendeciréis la publicacion de vuestro trabajo.

Vigilad, hermanos: no se os olvide que pasais por una difícil prueba, la de la misericordia: pensad en los hombres de la raza adàmica.—José.»

Suplicamos al Señor nos dispense la asistencia de los buenos espíritus, sin la cual flaquearia nuestra virtud y nos saldria al rostro la prueba de la misericordia, para ser nuestra vergüenza y nuestro gusano roedor. ¿De qué nos servirian sin el auxilio superior, los buenos propósitos formados, cuando la concupiscencia nos arrolla à cada paso con la seduccion de sus halagos? Como la mujer de Lot, volveriamos el rostro à nuestros pasados extravios y sucumbiriamos sin gloria.

32.

Mayo de id. (1).

«HIJOS MIOS: MI EVANGELIO ES LA LEY, Y LO QUE ESTÁ FUERA DE LA LEY ES EVANGELIO DE HOMBRES.—JESÚS.

La lectura de algunos pasajes incomprensibles del

(1) Esta comunicacion debia preceder à la anterior, siguiendo el orden de sus fechas; mas hemos preferido cerrar con ella la série de las inspiraciones superiores, en atencion à su notabilísima importancia.

Evangelio acababa de ser el tema de nuestra conversacion; despues de la cual tomó uno de los mediums del Circulo la pluma, y sin pretension de ninguna clase aguardábamos la inspiracion que Dios se dignase concedernos. No nos atrevemos à decir una palabra tocante à la importancia de la inspiracion recibida: juzguen de ella nuestros lectores, ya que el respeto nos prohíbe estendernos en más consideraciones.

XII.

Juzgamos suficientes las comunicaciones que dejamos copiadas en esta segunda parte, para que el lector pueda, con perfecto conocimiento de causa, fallar acerca de la utilidad ó inconveniencia de los trabajos que han sido objeto de nuestro estudio, y de la bondad ó malicia de las doctrinas que el Espiritismo propaga.

Lean esas misteriosas páginas, inspiradas por los espíritus libres, los detractores del Cristianismo espiritista; lo mismo aquellos que lo atribuyen al genio de las tinieblas, como los que, blasonando de muy cuerdos, lo llaman locura ó aberracion del entendimiento humano: léanlas todos sin prevencion y meditenlas con imparcial juicio; que si así saben hacerlo, seguros estamos que vendrán à nuestro lado para alentarnos y decirnos: «Contad con nosotros desde hoy, hermanos nuestros: las inspiraciones espirituales que habeis recibido, no son, no pueden ser fruto de inteligencias infernales, ni parto de imaginaciones calenturientas, ni tampoco una mistificacion llevada à término por hombres de mala fé y corrompido corazon: son la expresion de la virtud, de la verdad y del sentimiento, y ni la virtud puede ser inspiracion diabólica, ni la verdad producto de la locura, ni la ternura y el senti-

miento el perfume de un corazón degradado. Son las voces de los pastores, que llaman á las ovejas extraviadas; el grito del deber, que viene á despertar las conciencias dormidas en el indiferentismo y el error; el cariñoso llamamiento del padre, que abre sus brazos para estrechar en ellos á los hijos de su amor, que abandonaron inexpertos por los ilusorios goces del mundo la tranquilidad é inefable felicidad con que la morada paterna les brindaba. El Espiritismo es la verdad religiosa, es el renacimiento del Evangelio, es la resurrección del verdadero Cristianismo, es, en una palabra, el amor á la criatura y la adoración á Dios, principio y término de la misión del hombre sobre la tierra.»

Tal es el concepto que del Espiritismo hemos formado, después de someterlo al crisol de la observación y al escalpelo de la crítica. En constante vigilancia, con ánimo de sorprender cualquier germen perturbador de las conciencias que pudiese ocultarse en el fondo de sus doctrinas, no hemos dado un paso hácia adelante sin haber primero examinado con escrupulosa y nimia atención el terreno en que íbamos á fijar la meticolosa planta. Habíamos oído repetir que el espíritu tentador, para mejor seducir y arrollar después á los que ha designado por blanco de sus tenebrosas embestidas, suele vestir el blanco cendal de la inocencia ó el severo ropaje de la virtud; y, aún cuando nos parecía que en tan estrechos y transparentes hábitos no le había de ser posible ocultar su monstruosa fealdad, vivíamos sobre aviso, dispuestos á retroceder y huir á la menor sospecha de maquinación diabólica. Afortunadamente nuestros temores no llegaron á confirmarse; y si al principio nos habían cautivado las doctrinas espiritistas por su dulce persuasiva y elevadísima moral, hallamos más adelante en las comunicaciones la sanción de las teorías, y motivos abundantes de bendecir y alabar á Dios por los inapreciables tesoros que por medio de la comunicación espiritual depositaba en nuestras manos.

La convicción y la fé penetraban gradualmente en nosotros á medida que la luz, descendiendo de lo alto, desvanecía la oscuridad de nuestro entendimiento y fecundaba los gérmenes de sentimiento y de virtud que dormitaban, condenados tal vez á perpétuo sueño, en lo más íntimo del alma. Íbamos y veníamos del Espiritismo al Evangelio y del Evangelio al Espiritismo, porque, en nuestro sentir, el Evangelio es la divina piedra de toque de la religión y la moral; y, ora estudiásemos el Espiritismo como filosofía moral, ora como doctrina religiosa, hallábamos en uno y otro caso perfecta conformidad entre sus enseñanzas y las enseñanzas evangélicas. Y si, queriendo ir más lejos, leíamos el Antiguo Testamento; en el Génesis, en el libro de Tobías, en el de Job, en los Salmos, en los Proverbios, en el Eclesiastés, en la Sabiduría, en el Eclesiástico y en todos los Profetas veíamos brillar la verdad del Cristianismo espiritista. De ello se persuadirán nuestros lectores en la tercera parte de este libro.

Ahora bien: después de cuanto acabamos de manifestar ¿quién podrá con razón estigmatizarnos por haber aceptado las creencias que el Espiritismo profesa? Si estamos en un error, que se nos pruebe; pero sin odiarnos ni maldecirnos: porque la maldición y el odio si algo prueban, es la ruina de sentimientos y la carencia absoluta de razones. Nosotros no levantamos bandera, ni venimos en són de guerra contra nadie ni contra institución alguna: vamos pacíficos en pos de la verdad; y si con más abundancia de luz que la que nosotros presentamos se nos persuade de que la verdad no anda hermanada con las creencias á que hemos abierto las puertas del corazón, las arrojaremos de él sin vacilaciones para acariciar las que broten al benéfico calor del nuevo sol. Si alguno llegare á suponer que escribimos en odio á la clase sacerdotal, le perdonamos y compadecemos: los miembros de aquella clase son, como los demás hombres, hermanos nuestros, y amamos á todos nuestros hermanos. Apodérese el clero de este libro; estudie las comunicaciones en

nuestro Círculo obtenidas; discuta sin pasión; luche con armas de buena ley; y si la razón está de parte de las doctrinas de Roma, hacia Roma volveremos llenos de gratitud y amor nuestras miradas. ¿Por ventura anhelamos otra cosa que el triunfo de la verdad?

En todos tiempos la humanidad ha necesitado y recibido las inspiraciones superiores para adelantar en las vías del progreso, que es la ley constante de las obras de la voluntad omnipotente. Respondiendo á esta necesidad, vino en la infancia del linaje humano la revelación primitiva, sencilla, incompleta y envuelta en nebulosidades, tal como podía recibirla y comprenderla la grosera y materializada inteligencia del hombre. Con el desenvolvimiento de esta y el trascurso de los siglos vino también más abundancia de luz; y así, armónica y sucesivamente, la humanidad ha venido elevando su sentimiento y su razón, y recibiendo en todos los periodos históricos la luz que podía necesitar para ver sus pasados extravíos y vislumbrar más serenos horizontes. Esta es la inestabilidad humana; pero la inestabilidad marchando á la perfección, saliendo del caos para gozar de las armonías que con abundante mano ha derramado en el universo la sabia y misericordiosa providencia.

La ley del progreso se lee en todas las etapas de las sociedades humanas y en cada una de las transformaciones que han cambiado la faz de la tierra desde que comenzó á girar en las esferas planetarias. El mundo físico como el mundo moral obedecen á esta ley, el primero gravitando al rededor del sol, y el segundo circulando en virtud de la voluntad de Dios; ambos describiendo sus órbitas y elevándose siempre en el seno del infinito. A tenor de dicha ley, lo que la atracción es para los cuerpos, es la revelación para las almas; y como quiera que el misterioso centro de atracción de los espíritus reside en la Suprema Inteligencia, el negar el progreso indefinido de la criatura racional por la revelación sucesiva, es negar una verdad sancionada por la filosofía y confirmada por los hechos.

Es indudable que la revelación existió desde los primeros días del hombre, y que continuó irradiando siempre con mayor intensidad al través de las generaciones hasta la venida del Mesías. Empezando por el Génesis en el pasaje alegórico de los primeros pobladores de la tierra, y concluyendo por el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, en todos los libros sagrados se vé la fuerza providencial de la revelación creciendo con las necesidades de los tiempos y cooperando activamente al progreso espiritual. La religión establecida por Jesús no es la religión primitiva, ni la moral evangélica la moral de los códigos mosaicos: á nuevas necesidades y á mayor perfección del espíritu, nueva luz y aliento espiritual más depurado.

Esto así ¿qué son las comunicaciones de que el Espiritismo se ocupa, sino la misma revelación, la misma divina influencia salvadora, que viene á imprimir en la humanidad un movimiento acentuado en los caminos del progreso? Así lo entendemos nosotros; y por lo mismo que así lo entendemos, y por lo mismo que lo juzgamos necesario, nuestro deber es hacer un llamamiento á nuestros hermanos é infundirles, si nos es posible, la fe vivificante que ha restablecido las esperanzas y renovado las fuerzas de nuestro espíritu. ¿Pudiéramos sellar nuestros labios, cuando la conciencia manda que hablemos en voz alta; pudiéramos ocultar nuestros sentimientos, cuando un impulso superior nos mueve á publicarlos á la faz de todo el mundo; pudiéramos guardar nuestras esperanzas en los secretos del corazón, cuando la fe y la caridad nos prescriben hacerlas sentir á los demás? Léjos de nosotros tan egoísta proceder: arrostraremos, si es preciso, el anatema, el escarnio y el insulto; pero no queremos ni podemos consentir el grito acusador de la conciencia.

Si el clero romano, sobreponiéndose á su habitual intolerancia en materias religiosas, supiese entregarse sin animosidad ni prevenciones injustificadas al estudio del Espiritismo, no cabe duda que la causa de la religión daría en breve término un paso ajigantado,

por la influencia de que aquella respetable clase disfruta en el ánimo de las sociedades cristianas. A ello le escitamos con la publicación de este libro. Considere que los espiritistas se cuentan ya por docenas de millones dentro de la comunión católica, y que á cada hora, á cada instante que pasa sin demostrar su falsedad, aumenta considerablemente el número de los cristianos que abandonan el dogma romano para tomar asiento entre los hijos y defensores del cristianismo en su pureza.

La bandera ondea á la vista del mundo civilizado: á su gloriosa sombra nos acogemos nosotros, persuadidos de que es la misma que enarbó en sus predicaciones la víctima del fariseísmo judaico. Si nos equivocamos; si en vez de ser la enseña de la virtud es un pendón abominable, el deber del clero es confundirla con el poderoso acento de la verdad; y en este caso, nosotros mismos volaríamos á su lado á abatirla y destrozarla y aventar sus fementidos despojos. Entónces, y solo entónces, podrá con derecho la clase sacerdotal condenar los principios de la escuela espiritista. Pero, llegará este caso? No lo creemos; porque el dogma de Roma no puede luchar en el terreno neutral de la razón con la filosofía y la moral del Evangelio. Lo que sí esperamos es que la luz se abrirá paso á través de todas las resistencias, y que el clero se apoderará en día no lejano de la bandera que hoy combate, para tremolarla con el entusiasmo del neófito y el vigor del soldado de la fé.

TERCERA PARTE.

EL ESPIRITISMO EN LOS SAGRADOS LIBROS.

I.

Preliminares.

¿Qué son esos libros que se llaman *sagrados* y sirven como de fuente y punto de partida de las creencias y del culto? He aquí una pregunta de fácil contestación al parecer, y que, no obstante, se presta á serias consideraciones filosóficas. No penetraremos en este terreno, vedado como es para nosotros por la índole del libro que escribimos, y nos ceñiremos á algunas indicaciones, á aquellas, en nuestro concepto, más precisas para la mejor inteligencia de los textos bíblicos que nos proponemos continuar y comentar en esta tercera parte.

Sentado que el progreso de las sociedades humanas necesitaba para realizarse del concurso sobrenatural de la Providencia, causa única de la substancia inteligente, y por ende del movimiento intelectual;

habian de venir y han venido en todos tiempos y sobre todos los pueblos inspiraciones superiores, que, dando cada día satisfaccion á una nueva necesidad y despertando un nuevo deseo, llevasen al corazon del hombre la sancion de la virtud, el consuelo y la esperanza. La humanidad, como la tierra, es de sí fría é improductiva, y en su esterilidad continuaría perpetuamente, si no fecundasen su seno los templados besos del sol y las benéficas lluvias. Cuando esas inspiraciones, esos rocíos consoladores del espíritu, han sido necesarios al progreso particular del individuo, solo el individuo ha sentido su influencia; mas cuando, no el individuo, sino una parte considerable de la gran familia humana, ha necesitado del impulso providencial para triunfar de los obstáculos atravesados en el camino del general progreso, entónces la influencia de las inspiraciones lo ha invadido todo, resonando en todos los oídos y brillando con vívidos resplandores á los ojos atónitos de los pueblos. En cada uno de estos momentos históricos un nuevo jalón señala el camino recorrido por el hombre.

Tal es el origen de los libros llamados *sagrados*, que guarda cada religion en el arca santa de su fé, como sello el mas espresivo de su alianza con el supremo Autor del universo. Libros divinamente inspirados, códigos de regeneracion, monumentos solemnes de la sabiduría, testimonios irrecusables de la misericordia del Altísimo. Escritos con la intervencion superior, resplandece en ellos una luz divina que los eleva muy por encima de las concepciones de los hombres.

Los libros sagrados son el gran depósito de los tesoros de fé recogidos por los pueblos en la sucesion de los siglos: son la historia del movimiento moral de la humanidad y del desarrollo del sentimiento religioso: son la misteriosa cadena de la revelacion, cuyos eslabones enlazan la tierra con el cielo.

Mas es preciso considerar, para la debida inteligencia de las sagradas escrituras, que la revelacion,

como la moral, como la fé, como el sentimiento religioso, como las facultades humanas, es progresiva, y viene á responder en cada una de sus fases á una necesidad espiritual. Por esta razon, al estudiar su curso, conviene no ménos fijar la consideracion en las necesidades que ha llenado en sus diversas avenidas; pues estas necesidades satisfechas son casi siempre el hilo fiel para la esplicacion é inteligencia de los profundos conceptos y sentencioso lenguaje de la revelacion escrita.

Conviene asimismo distinguir en la revelacion escrita lo esencial de lo accidental, el alma del cuerpo, el fondo de la forma, el espíritu de la letra: lo primero es el resultado de la influencia superior, como si dijéramos, el soplo celestial; y lo segundo la huella indeleble de la intervencion del hombre. Figurémonos un rayo de purísima luz envuelto en oscuros y densos vapores, y tendremos una imágen de la revelacion: el rayo de luz es la inspiracion divina, hermosa, pura, immaculada; la túnica de vapores es la palabra y las interpretaciones de los hombres, nunca bastante desmaterializadas para alcanzar el nivel de la divina inspiracion. He aquí porque en el estudio de las sagradas escrituras debe atenderse en primer término, no á la letra, sino al espíritu; no al traje con que los hombres han vestido el pensamiento, sino al pensamiento mismo, que es lo esencial de la revelacion. La letra mata, y el espíritu vivifica. Por haber olvidado esta verdad, el cristianismo romano está en camino de ser pronto una religion esclava de exterioridades y formas, ajena al pensamiento capital, á la idea fundamental del verdadero cristianismo.

La revelacion existió desde el principio de la humanidad: su luz es para las almas lo que la luz sideral para los cuerpos: es la vida, es el movimiento, es la salud, es la felicidad. La primera afirmacion de la conciencia fué la primera palabra de la revelacion, llamada ley natural con respecto á las primeras épocas del sentimiento y del desarrollo del juicio. Mas la ley na-

tural, simplicísima é incompleta en su nacimiento, multiplicó sus preceptos á medida del desarrollo de la conciencia y de la razon humanas; y de paso en paso y de progreso en progreso, llegó un dia en que los hombres hubieron necesidad de tener á la vista el código moral, cuyos múltiples preceptos olvidaban con harta facilidad, apegados como estaban en demasia á los placeres de la carne. Desde entónces arranca la existencia de la revelacion escrita y la formacion de los primeros libros destinados á pasar con el carácter de sagrados á las edades venideras. Este carácter no los libró, con todo, de ser más adelante sustituidos, ó hablando mas propiamente, de ser reformados ó añadidos con otros que mejor respondiesen á las nuevas necesidades morales de los siglos, quedando los libros primitivos como cancelados en todo lo que no estuviesen conformes con las prescripciones y doctrinas de las últimas revelaciones. Monumentos insignes de civilizaciones que pasaron; ruinas venerandas y eternas del templo primitivo de la fé; cada una de sus piedras desgajadas, cada uno de sus lienzos cuarteados amenazando ruina, es una página sagrada de la gran historia de la civilizacion religiosa de los pueblos. A estas sagradas é imperecederas reliquias pertenecen los libros de la revelacion anterior á Jesucristo, que compilados forman el Antiguo Testamento, esencialmente modificados en los libros de la revelacion cristiana.

¿Qué quiere decir esto? ¿Significa por ventura que el origen de los libros sagrados es puramente humano, é inmerecida la autoridad que el mundo les atribuye? No, ciertamente; ya lo hemos dicho: su origen superior y providencial resalta, si cabe, con más fuerza de la misma mutabilidad progresiva de sus doctrinas, siempre suficientes y acomodadas á las necesidades morales de las generaciones. Lo que sí significa es que el hombre ni posee ni poseerá la verdad absoluta: es un ser progresivo y perfectible, y siempre girará dentro de la inestabilidad. Lo que sí

significa es que la revelacion progresa, y que de los progresos de la revelacion nacen las trasformaciones del sentimiento religioso y las modificaciones de la fé. Fundamentalmente, la revelacion es siempre la misma, porque es inmutable la ley de donde procede; pero brilla cada dia con nuevo esplendor y en más dilatados horizontes, de conformidad con el progreso espiritual de las humanas sociedades.

Consideremos la tierra limitada á una elevadísima montaña cubierta de negras nubes, casi impenetrables á la luz en las capas inferiores, y la humanidad en su infancia morando en la tenebrosa falda del monte, cuya cima se pierde más allá de las nubes, más allá de la atmósfera, allá en las zonas etéreas, bañadas por los espléndidos rayos de un sol regenerador. La familia humana se agita primero en las tinieblas, y cae, y se levanta, y vuelve á caer y á levantarse antes no ha alcanzado elevarse algunos pies por la falda del monte y vislumbrar los crepúsculos de la luz. Pero los ha vislumbrado ya, y son la guía de sus pasos, y la alegría de sus ojos y la esperanza de su corazón. Sube, y sube montaña arriba, adelantando aquí, retrocediendo allí, ora tomando aliento para adelantar otra vez, ora fijando con horror su mirada en los peligros ya salvados. Las capas atmosféricas van siendo sucesivamente ménos tupidas y la luz más intensa á cada ascension verificada; mas la luz del sol no la verá la humanidad en su pureza hasta concluida su peregrinacion y llegar á la dichosa cima desde donde mirando á los piés se ve un océano de tinieblas, y levantando los ojos se descubren los interminables horizontes del infinito.

He aquí el hombre; he aquí la revelacion. Esta es el purísimo sol de la verdad; pero el hombre, abismado en la ignorancia, en las miserias, en las pasiones, en las debilidades y torpezas de su naturaleza, solo puede ver la luz, sucesiva y gradualmente, conforme se emancipa de las impurezas de la materia y se eleva por las difíciles veredas del progreso. ¡Dichoso él si en

cada jornada, dichosa la humanidad si en cada una de sus etapas logra trasponer alguna de esas negruzcas capas que le impiden la vision beatifica del sol!

Fijemos ahora nuestras miradas en los monumentos de la revelacion antiguos y modernos, en los libros sagrados del cristianismo, en el Antiguo y Nuevo Testamento, de los cuales es continuacion la revelacion que se obtiene en nuestros dias con el nombre de comunicacion espiritista. Moisés habló el lenguaje de su tiempo; los profetas hablaron para los hombres de su tiempo; Jesucristo dejó aún por decir muchas cosas, porque el mundo no las podia llevar; los espíritus precisan hoy con mayor claridad las verdades evangélicas; y nuevos resplandores iluminarán mañana los pasos de la humanidad en su peregrinacion siempre ascendente, siempre hácia la perfeccion y la felicidad por los merecimientos del deber. El estudio de las sagradas letras es en la actualidad tanto más necesario, cuanto que los comentarios è interpretaciones con que ha pretendido explicarlas la iglesia oficial, si en épocas pasadas pudieron dar alguna luz, al presente pugnan con el sentido comun, con la ciencia y con el sentimiento verdaderamente religioso. Es indispensable restaurar el genio del cristianismo, cuya decadencia es sobrado notoria, para no temer su próxima ruina. Un cristianismo facticio, una moral acomodaticia y una religion de apariencias ocupan el lugar de las doctrinas de Cristo, de la moral evangélica y de la religion del corazon. El amor es egoísmo, la adoracion hipocresia, la humildad fausto y orgullo. El templo es un mercado donde se cotizan las gracias espirituales y cambian en metálico, ni más ni ménos que se hace con las materias de comercio temporal. Hay acaparadores de la luz y de los bienes celestiales, como los hay de granos, de vinos y de productos de la industria. Hasta se pretende el monopolio de la oracion, y estamos amenazados de no poder elevar à Dios nuestras plegarias sino por medio de procurador, prévio el pago de los derechos de arancel y en el papel del sello cor-

respondiente. Y ¿estarian tan notorios y escandalosos abusos autorizados en el Evangelio y los Apóstoles?

No por cierto. Volvamos la vista á esos libros todos los cristianos, y aprenderemos el verdadero cristianismo. Si queremos la salvacion, busquémosla en la fuente de la vida. Leámos esas inspiradas páginas, tan olvidadas hasta hoy, y veremos que los errores, que los abusos, que las mistificaciones, que los absurdos, que las falsedades y fraudes no son de la revelacion, sino de los hombres que han acomodado la revelacion á sus miras y egoismo. Veremos el cristianismo en su pristina pureza, y no hallaremos punto de semejanza entre el cristiano modelado en Roma y el discípulo de Jesús, entre los doctores de la iglesia oficial y los Apóstoles. Leed, cristianos, leed por vuestros propios ojos: ¿acaso ha de ser perpétua nuestra ignorancia de las verdades reveladas?

Y veremos más, si abrimos las sagradas escrituras. Veremos en ellas sancionadas las doctrinas del Espiritismo, tan combatidas y condenadas por la ignorancia y la malicia de los modernos escribas y fariseos. ¿Y cómo no, si el Espiritismo es el cristianismo original, puro, concreto, precisado, sin añadiduras ni mandamientos de hombres, sin innovaciones contrarias á las doctrinas de Cristo? Sí, lectores cristianos, hermanos nuestros: si os escandalizais de las afirmaciones espiritistas, os escandalizais de Jesús: si perseguís con vuestros anatemas y sarcasmos á los discípulos de la que llamáis nueva secta, á los discípulos de Jesús anatematizais y perseguís. La locura espiritista es la locura que llenó el entendimiento de Cristo durante su predicacion; la llama del Espiritismo la que inflamó el amoroso corazon del primero de los mártires; la idea espiritista la que propagó el Hijo del hombre hasta sellarla con el sacrificio de su preciosa vida. Por esto los espiritistas, siguiendo las huellas del Maestro, no vacilamos ni tememos: arrostraremos las miradas y los desprecios de los hombres, en la seguridad de que el tiempo nos dará la razon y conclui-

rán por abrazar nuestra cristiana locura los mismos que con más furioso empeño la combaten y maldicen.

Si posible fuese, íntegros trasladaríamos aquí el Antiguo y el Nuevo Testamento, á fin de que no quedase duda alguna acerca de la perfecta conformidad entre el Espiritismo y la revelación escrita. Mas como esto sería hacer interminable nuestra tarea y salirnos de los límites convenientes á nuestro propósito, que es escribir un libro que corra con facilidad de mano en mano; nos ceñiremos en esta tercera parte á recopilar y comentar los textos bíblicos relativos á la pluralidad de mundos y de existencias, á la reencarnación de los espíritus, al infierno, al diablo y á la comunicación espiritual, puntos los más fundamentales de doctrina que separan el cristianismo romano del cristianismo espiritista; debiendo advertir que cuantas citas haremos, podrán nuestros lectores consultarlas en la Sagrada Biblia anotada por el Ilmo. Señor Don Felipe Scio de San Miguel, que es de donde nosotros las trasladamos.

II.

Pluralidad de mundos y de existencias y reencarnación de los espíritus.

Aquellos que deseen hacer un estudio profundo y filosófico de los puntos que son objeto de este capítulo, pueden consultar las obras de Flammarion, de Pezzani y de Allan Kardec, que tratan de ellos con la extensión necesaria. En la primera parte de nuestro libro hemos presentado al lector algunas consideraciones acerca de los mismos puntos; pero sin alardes filosóficos y á la ligera, no más que con el propósito de dar

una breve idea del Espiritismo como ciencia y manifestar la conformidad de sus principios con el sentimiento y la razón. Veamos ahora si le es favorable el fallo de la revelación como el de la filosofía; y de esta suerte, las conciencias timoratas se persuadirán de que el Espiritismo, lejos de luchar con el sentimiento religioso, es su legítima expresión. Abramos el Antiguo y el Nuevo Testamento, las Profecías y los Evangelios, la revelación primitiva y la revelación cristiana, y busquemos la verdad, para abrazarla y defenderla, en sus inspiradas páginas.

Leamos y meditemos:

«Pregunta pues á la edad pasada, y escudriña atentamente las memorias de los padres:

Porque nosotros SOMOS DE AYER, Y LO IGNORAMOS, por cuanto nuestros días pasan sobre la tierra como sombra.—Job. VIII, 8 y 9.»

Baldad Suhita encarece á Job con estas palabras la justicia de Dios, como diciéndole: Si no recuerdas haber en la presente vida corporal cometido faltas que te hagan digno de los sufrimientos que torturan tu cuerpo y laceran tu corazón, *pregunta á la edad pasada*; procura investigar si puedes haber delinquido en otras existencias precedentes; pues nosotros *somos de ayer*, hemos ya vivido en otros tiempos, aun cuando lo tenemos olvidado á causa de que la materia nos impide, á manera de una espesa sombra, representarnos el cuadro de nuestras anteriores existencias.

«¿ Crees por ventura que muerto un hombre tornará á vivir? Todos los días de mi presente milicia estoy esperando hasta que llegue mi mudanza.—Job, XIV, 14.»

Job eleva su corazón al Señor, y la pregunta que le dirige es la expresión de la esperanza que acaricia en el fondo de su alma. Cree, ó mejor dicho, presiente la reencarnación, y este presentimiento le da fuerzas para sobrellevar resignado los trabajos de su *presente milicia*, esperando que llegue su mudanza, otra vida más feliz

como resultado de la expiacion que sufre ó de la prueba á que se halla sometido.

«Pues yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia he de resucitar de la tierra:

Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios.—Job, XIX, 25 y 26.»

El presentimiento de la reencarnacion se ha convertido en certeza, casi en evidencia, en el ánimo de Job: sabe ya que resucitará de nuevo de la tierra, rodeado de su piel y con un cuerpo carnal, en el cual verá la misericordia de su Dios concediéndole otra vida de prueba para conquistar por los merecimientos un grado mas elevado de felicidad y perfeccion.

«¿Cuántas veces será apagada la antorcha de los impíos, y sobrevendrá á ellos la inundacion, y les repartirá los dolores de su furor?—Job, XXI, 17.»

Los impíos pertinaces en su impiedad verán apagada repetidas veces la antorcha de su vida, hasta que se arrepientan y conviertan al Señor. Volverán á la erraticidad con frecuencia, para expiar por el remordimiento las obras de su inicuo corazon, y renacer á la vida del cuerpo para reparar los males cometidos en anteriores existencias. Morirán una, y otra, y otra vez, hasta que hayan muerto en su alma la iniquidad y el deseo de infringir la ley de la conciencia y del deber.

«Cuántas tribulaciones me has hecho probar á mí, muchas y penosas: Y HAS VUELTO Á DARMÉ VIDA, y de los abismos de la tierra otra vez me has sacado:

Has multiplicado tu magnificencia, y vuelto á consolarme.—Salmos, LXX, 20 y 21.»

David en un momento de inspiracion superior habla de sus pasadas existencias, y recordando las tribulaciones sufridas, entona himnos de alabanza al Señor por haberle vuelto á la vida y sacado del sepulcro, de los abismos de la tierra.

«Y pasaron sus dias en vanidad: y sus años en apresuramiento.

Cuando los mataba (el Señor), le buscaban: y volían, y venían á él al ser de dia.—Salmos, LXXVII, 33 y 34.»

Los malos, los pecadores endurecidos, vivían en la vanidad, y su vida era apresurada y corta. Solo se acordaban del Señor despues de la muerte, y entónces le buscaban, y la misericordia del Padre les concedía la vuelta á la vida para que le reconociesen y adorasen.

«¿Por ventura estarás para siempre enojado con nosotros? ¿ó estenderás tu ira de generacion en generacion?»

Oh Dios, tú VOLVERÁS Á DARNOS VIDA: y tu pueblo se alegrará en tí.—Salmos, LXXXIV, 6 y 7.»

El salmista habla el lenguaje del pecador arrepentido: teme de pronto que la indignacion del Señor le persiga al través de diversas existencias, esto es, de generacion en generacion; mas luego la esperanza renace en su pecho, y entrevé otra encarnacion, otra vida, no de torturas y tribulaciones, ántes de paz y de felicidad para alegrarse en el Señor.

«Porque tu misericordia es grande sobre mí; Y SACASTE MI ALMA DEL INFIERNO INFERIOR.—Salmos, LXXXV, 13.»

Yo moraba, Señor, dice David, en otro mundo inferior á este, donde son mayores los sufrimientos humanos; pero tu misericordia es grande sobre mí, y compadecido de mis miserias, sacaste de allí mi alma y me permitiste venir aquí á descansar, mejorando la suerte de mi espíritu.

«Y clamaron al Señor, cuando se veían atribulados: y los libró de sus necesidades.

Envió su palabra, y los sanó: y los escapó de sus muertes.—Salmos, CVI, 19 y 20.»

Clamaron al Señor los pecadores desde el sepulcro,

y se compadeció de ellos: enviando su palabra de vida los levantó de la muerte cuantas veces acudieron á su misericordia infinita.

«¡Ay de vosotros! hombres impíos, que desamparasteis la ley del Señor Altísimo.

Y SI NACIEREIS, en maldicion NACERÉIS: y si murieréis, en maldicion será vuestra herencia.—El Eclesiástico, XLI, 11 y 12.»

¡Ay de vosotros, los que andais en la abominacion y el pecado! porque si sois muertos, naceréis llevando con vosotros la maldicion de vuestras obras; y si vivos, moriréis, y en maldicion será vuestra memoria.

«Porque he aquí que YO CRÍO NUEVOS CIELOS Y NUEVA TIERRA: y las cosas primeras no serán en memoria, y no subirán sobre el corazón.—Ysaías, LXV, 17.»

Ysaías pone en boca del mismo Dios la sancion de la creencia espiritista acerca de la pluralidad de mundos: la actividad divina no cesa jamás y continúa sacando del caos cielos nuevos y nuevas tierras para moradas de la gran familia humana.

«Esperanza de Israel, Señor: todos los que te abandonan, serán avergonzados: los que de ti se retiran, EN LA TIERRA SERÁN ESCRITOS.—Jeremias, XVII, 13.»

Los que abandonan la ley del Señor durante su peregrinacion por la tierra, en la tierra serán escritos; ó en otros términos, volverán otra y otra vez á la tierra, hasta que se hagan merecedores por sus obras de renacer en mundos superiores.

«Y pondré mis ojos sobre ellos para aplacarme, y LOS VOLVERÉ Á TRAER Á ESTA TIERRA: y los edificaré, y no los destruiré: y los plantaré, y no los arrancaré.—Jeremias, XXIV, 6.»

«Porque he aquí que vienen los dias, dice el Señor: y HARÉ QUE VUELVAN los que hayan de volver de mi pueblo de Israel, y de Judá, dice el Señor: y LOS HARÉ

VOLVER á la tierra, que di á sus padres: y la poseerán.—Jeremias, XXX, 3.»

«Con llanto VENDRÁN, mas con misericordia LOS VOLVERÉ:

Y así como velé sobre ellos para arrancar, y demoler, y disipar, y desperdiciar, y afligir: del mismo modo velaré sobre ellos para edificar y plantar, dice el Señor.—Jeremias, XXXI, 9 y 28.»

«Y haré VOLVER los que vuelvan de Judá, y los que vuelvan de Jerusalem: y los edificaré como desde el principio.

Esto dice el Señor: En este lugar que vosotros decis está despoblado.... se oirá todavía

Voz de gozo y voz de alegría,..... pues yo HARÉ VOLVER á los que vuelvan de la tierra como al principio, dice el Señor.

Tampoco desecharé yo el linaje de Jacob y de David mi siervo, para no tomar de su linaje principes de la estirpe de Abraham, de Isaac y de Jacob: porque HARÉ VOLVER DE ELLOS á los que vuelvan, y me apiadaré de ellos.—Jeremias, XXXIII, 7, 10, 11 y 26.»

Con tanta claridad habla el Profeta en estos versiculos de la reencarnacion de los espíritus, que consideramos ocioso todo comentario encaminado á aclarar el sentido. Basta la sencilla exposicion de los textos para comprender que el Señor, apiadado de los que van á juicio manchados con impurezas, los hace volver á la tierra á emprender de nuevo la tarea de su perfeccionamiento progresivo.

«Esto dice el Señor Dios: He aquí yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mio, y os conduciré á la tierra de Israel.

Y sabréis que yo soy el Señor, cuando abriere vuestros sepulcros y os sacare de vuestras sepulturas, pueblo mio:

Y pusiere mi espíritu en vosotros, y viviereis, y os haré reposar sobre vuestra tierra: y sabréis que yo el

Señor habló, é hice, dice el Señor.—Ezechiél, XXXVII, 12, 13 y 14.»

No puede hablarse más concretamente de la pluralidad de las existencias del alma, de lo que lo hace Ezechiél. Verdad es que no hace mérito de la reencarnación, y que tal como el Profeta presiente dicha pluralidad de existencias parece ser por medio de la resurrección de los cuerpos, y no por el renacimiento; pero es preciso tener en cuenta que las profecías iban dirigidas á un pueblo material é ignorante, incapaz de comprender lo que no hablase á sus sentidos.

«He aquí yo os enviaré el profeta Elias, ántes que venga el día grande y tremendo del Señor.—Malachías, IV, 5.»

«Y si quereis recibir, él (Juan el Bautista) es aquel Elias que ha de venir.—S. Math. XI, 14.»

«Y Jesús preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?»

Y ellos respondieron: Los unos, que Juan el Bautista, los otros que Elias, y los otros, que Jeremías, ó uno de los profetas.—S. Math. XVI, 13 y 14.»

«Y él (Jesús) les respondió, y dijo: Elias en verdad ha de venir, y restablecerá todas las cosas.

Mas os digo, que ya vino Elias, y no le conocieron, ántes hicieron con él cuanto quisieron. Asi tambien harán ellos padecer al Hijo del hombre.

Entónces entendieron los discípulos, que de Juan el Bautista les habia hablado.—S. Math. XVII, 11, 12 y 13.»

La reencarnación del profeta Elias, vaticinada por Malachías en el versículo citado, viene corroborada de una manera terminante en los textos copiados del Evangelio segun S. Matheo. *El es*, dice Jesús, *aquel Elias que ha de venir.* ¿Quiérese una confirmación más espresa de la pluralidad de las existencias del alma, que la palabra de Jesús? Y aun, como si no bastase esta afirmación categórica, ó tal vez al objeto de que sus discípulos no pudiesen abrigar ningun género de

dudas acerca del cumplimiento de la mencionada profecía, el Maestro les dirige en otra ocasión la palabra, diciéndoles: «Elias en verdad ha de venir: mas os digo que ya vino Elias, y no le conocieron, ántes hicieron con él cuanto quisieron.» Entónces fué cuando los discípulos entendieron que les hablaba del Bautista; y Jesús, que penetraba sus pensamientos, nada añade para desvanecerles la idea de la reencarnación de Elias en la persona de Juan, como indudablemente lo hubiese hecho, caso de ser errónea ó contraria á la verdad.

Vése tambien que la creencia en la reencarnación no era nueva entre los judíos, y que la generalidad de ellos la aceptaban y profesaban sin reserva. Segun los discípulos se espresan al contestar á Jesús, habia judíos que le tomaban por Juan Bautista, otros por Elias, otros por Jeremías ó algun otro profeta reencarnado. Sin hallarse iniciados en el conocimiento de la reencarnación de los espíritus ¿cómo hubieran los judíos sospechado que la persona de Jesús podia ser el espíritu reencarnado de alguno de los profetas muertos muchos años ántes? Por esta razón, nada tiene de extraño que los comentaristas de la Biblia, aferrados á la creencia irracional de una existencia única, no hayan podido esplicar satisfactoriamente estos y otros pasajes bíblicos referentes al renacimiento de las almas.

«Y este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron á él de Jerusalem sacerdotes y levitas á preguntarle: ¿Tú quién eres?»

Y le preguntaron: ¿Eres tú Elias? Y dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No.—San Juan, I, 19 y 21.»

Alarmados los judíos con la fama del Bautista, é iniciados en la teoría de la reencarnación de las almas, envían de Jerusalem sacerdotes y levitas, hombres sabios y versados en el conocimiento de las escrituras, á indagar cual de los profetas históricos podia ser el hombre que hablaba á las gentes lleno de espíritu

profético. Cierto es que Juan al contestar á los sacerdotes afirma no ser Elías; mas esto nada supone contra la reencarnacion. Supone solamente que Juan, como los demás hombres, no recordaba sus anteriores existencias, y pudo sinceramente afirmar que no era Elías; porque no recordaba serlo. Estó únicamente podia saberlo Jesús, por su superior naturaleza; y por lo mismo que lo sabia, lo reveló á sus discipulos cuando lo creyó conveniente, estableciendo así un luminoso faro para la ulterior inteligencia de varios puntos oscuros de las sagradas escrituras.

Y habia un hombre de los Phariseos, llamado Nicodemo, principe de los Judios.

Este vino á Jesús de noche, y le dijo: Rabbi, sabemos que eres Maestro venido de Dios: porque ninguno puede hacer estos milagros, que tú haces, si Dios no estuviere con él.

Jesús respondió, y le dijo: En verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios, sino aquel QUE RENACIERE DE NUEVO.

Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? ¿por ventura puede volver al vientre de su madre, y nacer otra vez?

Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que FUERE RENACIDO *de agua y de espíritu santo (1).*

Lo que es nacido de carne, carne es: y lo que es nacido de espíritu, espíritu es.

No te maravilles, porque te dije: OS ES NECESARIO NACER OTRA VEZ.

Respondió Nicodemo, y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto?

Respondió Jesús, y le dijo: Tú eres maestro en Is-

(1) El adjetivo santo que sigue á la palabra espíritu en este punto de la Biblia anotada por el P. Scio, no aparece en otras Biblias; ni es de suponer se hallase en el original primitivo.

rael, y esto ignoras?—S. Juan, III, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 9 y 10.»

Jesús revela una vez más, hablando con Nicodemo, el secreto de la pluralidad de existencias y reencarnacion de las almas. Ya no es solo Elías el que renace, sino que el renacimiento es necesario á todos los hombres para purificarse y alcanzar la felicidad: el renacimiento de agua y espíritu, esto es, de materia ó carne y sustancia espiritual. Nicodemo, movido por la curiosidad, quiere saber de boca del Maestro cómo se verifican las reencarnaciones, y contesta con preguntas capciosas á las afirmaciones de Jesús; mas éste, en vez de aclarar las orgullosas dudas de Nicodemo y satisfacer la curiosidad, único sentimiento que le impulsa, le reprende diciéndole: Tú eres maestro en Israel, y sin embargo que debias conocer el sentido de las Escrituras, parece que desconoces el de mis palabras y dudas de la verdad de lo que digo, cuando no hago más que aclarar lo que está escrito en el Antiguo Testamento.

«En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho: Pues voy á aparejaros el lugar.—S. Juan, XIV, 2.»

La casa de Dios es el universo infinito; y las moradas ó habitaciones de los hombres, la tierra y los demás astros sembrados en el universo por la omnipotente mano del Criador. Si así no fuera; si la única habitacion ó morada del hombre fuese la tierra que habitamos, Jesús lo habria dicho á los Apóstoles, á fin de que no esperasen mejorar en otro mundo las condiciones de su existencia. Abatidos los discipulos con el temor de la próxima separacion de su Maestro, necesitan palabras de consuelo, y el amoroso corazón de Jesús se las prodiga. Recobrad la paz, les dice en cierto modo, y la alegría del alma: no os turbeis ni os dejéis abatir, porque yo marchó á mi Padre; pues esta separacion no ha de ser definitiva. En la casa de mi Padre hay muchas moradas, además de la tierra, y en

ellas volveremos á vernos y á continuar en el amor que aquí abajo nos une. Yo no hago sino precederos, y voy á aparejaros el lugar en otro mundo mejor.

«En el cual (en Cristo) fuimos tambien llamados por suerte, predestinados segun el decreto de aquel, que obra todas las cosas, segun el consejo de su voluntad:

Para que seamos en loor de su gloria nosotros, que ántes habíamos esperado en Cristo.—S. Pablo á los Ephesios, 1, 11 y 12.»

El Apóstol parece felicitar y felicitar á los que, habiendo en existencias anteriores pertenecido al número de los que creían y esperaban en la venida del Mesías, tuvieron la suerte de renacer en la época del establecimiento de la iglesia cristiana, para ser en alabanza de aquel en quien habian esperado.

«Pero esperamos, segun sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los que mora la justicia.—S. Pedro, Epíst. 2.ª, III, 13.»

Jesucristo habia manifestado á los Apóstoles que iba á aparejarles el lugar en alguna de las muchas moradas de la casa de su Padre; y Pedro, que no ha olvidado la consoladora promesa de Jesús, la recuerda á los judíos en su segunda carta, seguramente con el deseo de que se hagan merecedores, por sus virtudes y piedad cristiana, de la tierra prometida.

III.

El infierno no es eterno. El Diablo personal no existe.

Increible parece que pueda haber en el último tercio del siglo diez y nueve quien sostenga en nombre

del Cristianismo la eternidad de las penas del infierno, y hable en serio de la existencia personal del diablo, que tanto prestigio alcanzó en la edad media, en los tiempos del hierro y las hogueras, merced á la ignorancia de los pueblos y á la supremacia envolvente y aterradora de la casta sacerdotal. Increible parece que aún despidan siniestros fulgores las hornillas infernales, alimentadas por un dogma anticristiano y ateo, y subsista el pleito homenaje tributado al aventurero fantástico, que, armado de sendos cuernos y cubierto de una escama impenetrable, á guisa de infernal escudo, supo encadenar y avasallar por el terror, durante siglos y siglos, los pueblos acogidos á la sombra de la bandera evangélica. Increible parece, y sin embargo es la verdad: aún hay hombres que en nombre de Cristo maldicen á otros hombres; aún hay quienes, en nombre de Cristo, persiguen con sus maldiciones á los muertos y los condenan á bárbaros y eternos sufrimientos; aún hay quienes llevan y traen en nombre de Cristo legiones de demonios, y los presentan en batalla, armados de todas armas, contra débiles é inermes criaturas; aún hay, en fin, quienes, en nombre de Cristo, pregonan el poder de Satanás, y arrebatan las ovejas de manos del Pastor para conducir las al despeñadero del infierno. Y esos hombres hablan en público delante de numerosos auditorios, y nadie se atreve á decirles: hermanos, ó no creéis lo que predicáis, ó vivis en el mayor de los errores religiosos. Dejad ya la pez, y el azufre, y las tenazas, y los hornos de plomo derretido, y los cuernos y los rabos; porque con ello blasfemais de Dios y profanais la doctrina de Jesús. El Evangelio es el amor, y vosotros nos habláis el lenguaje de la venganza. Vosotros estableceis odiosas divisiones en la tierra y en los cielos, y el Evangelio hace á todos los hombres hermanos é iguales en el amor de Dios. O predicad la paz y la caridad, como Cristo os enseñó, y practicad el amor, como Cristo practicó, ó dejad de llamaros sacerdotes de la religion cristiana.

No queremos ni podemos estendernos aquí en más

consideraciones acerca los dogmas del infierno eterno y del diablo. Trascrita queda en la segunda parte de este libro la importantísima comunicacion de María, señalada con el número 23, y en ella tiene el lector todo lo que puede desear con respecto al exámen y estudio crítico de ambos dogmas. Y abriendo aquí de nuevo las sagradas escrituras, veamos si estas difieren ó guardan perfecta conformidad con la revelacion de María y sus afirmaciones, en lo que se refiere al dogma romano del infierno y á la existencia del diablo.

He aquí lo que dicen el Antiguo y el Nuevo Testamento:

«El Señor es el que quita y dá la vida, el que lleva á los infernos y el que saca.—Libro I de los Reyes, II, 6.»

«Y abriendo su boca Tobías el anciano, bendijo al Señor, y dijo: Grande eres, Señor, por siempre, y tu reino por todos los siglos:

Porque tú azotas y salvas: llevas á los infernos, y sacas de ellos: y no hay quien se escape de tu mano.—Tobías, XIII, 2.»

Las palabras de Tobías, lo mismo que el versículo transcrito del libro I de los Reyes, son la negacion más rotunda y terminante de la eternidad de las penas del infierno. ¡Cuán diferente de nuestros doctores de Roma juzgaban los antiguos de la misericordia de Dios! Pero era preciso salvar el dogma del naufragio, y al efecto el P. Scio, torciendo el sentido claro de los textos y enmendando la plana á los sagrados historiadores, nos esplica que *inferno* no quiere decir *inferno* sino *sepulcro*, ni *sacar* quiere decir *sacar*, sino *resucitar*; y en este supuesto, «llevas á los infernos y sacas de ellos» significa: «llevas al sepulcro y resucitas.» Por este procedimiento, no estrañamos haber llegado al dogma de la infalibilidad; pues en aquellas palabras de Pablo á los Romanos: «Porque Dios es veraz, y todo hombre falaz», la frase *todo hombre* no significará *todo hombre*, sino *todo hombre que no sea el Papa*.

Así es como tejiendo y destejiendo los conceptos más claros y precisados, se ha adulterado completamente lo más esencial de la Escritura y el genio del Cristianismo.

«Tus manos me hicieron, y me formaron todo en contorno: ¿y tan de repente me despeñas?

Acuérdate, te ruego, que como barro me hiciste, y que á polco me reducirás.

¿Por ventura no me esprimiste como leche, y como queso me cuajaste?

Aunque encubras en tu corazón estas cosas, sin embargo sé que de todas tienes memoria.—Job, X, 8, 9, 10 y 13.»

Las criaturas son hechura del Criador, y de consiguiendo su formacion conforme en todo con la voluntad de Dios. Job, en medio de sus padecimientos, lo recuerda como un consuelo, persuadido de que Dios, en cuyos ojos está todo presente, no puede querer ni consentir la perdicion definitiva de las obras de su voluntad omnipotente.

«¿Quién me dará que ME CUBRAS EN EL INFIERNO, Y ME ESCONDAS, hasta que pase tu furor, y me aplaces el tiempo en que te acuerdes de mí?—Job, XIV, 13.»

Hastiado Job de la vida, á consecuencia de la terrible prueba de miserias y sufrimientos corporales y morales de que es objeto, manifiesta deseos de morir y quedar olvidado en los infernos hasta que pase el término de la prueba: argumento irrecusable de que no sospechaba que el infierno fuese una mansion de tormentos *eternos* como pretenden los caritativos doctores del cristianismo romano.

«Por esto se alegró mi corazón y regocijóse mi lengua: y además también mi carne reposará en esperanza.

Porque NO DEJARÁS MI ALMA EN EL INFIERNO; ni permitirás que tu santo vea corrupcion.—Salmos, XV, 9 y 10.»

«Señor, SACASTE DEL INFIERNO MI ALMA: me salvaste de los que descenden al lago.

Santos del señor, tañedle salmos, y celebrad la memoria de su santidad.

Por cuanto la ira está en su indignacion, y LA VIDA EN SU VOLUNTAD. A la tarde habrá llanto, y á la mañana alegría.—Salmos XXIX, 4, 5 y 6.»

«Señor, en el cielo tu misericordia, y tu verdad hasta las nubes.

Tu justicia como los montes de Dios: tus juicios son un abismo profundo. A LOS HOMBRES Y Á LAS BESTIAS SALVARÁS, Señor.—Salmos XXXV, 6 y 7.»

«Dios, desechástenos, y nos destruiste: te enojaste, y tuviste misericordia de nosotros.—Salmos, LIX, 3.»

«¿Por ventura desechará Dios para siempre, ó no volverá mas á ser benévolo?

¿O cortará para siempre su misericordia, de generacion en generacion?

¿O se olvidará Dios de tener misericordia? ¿ó de tendrá con su ira sus misericordias?—Salmos, LXXVI, 8, 9 y 10.»

«Y amaron á Dios con su boca, y con su lengua le mintieron:

Mas su corazon no era recto con él: ni se mantuvieron fieles en su alianza.

Mas él es misericordioso, y perdonará los pecados de ellos: y NO LOS DESTRUIRÁ.—Salmos, LXXVII, 36, 37 y 38.»

En todos los versículos precitados resplandece con toda claridad, sin necesidad de comentarios, que la eficacia de la redencion no abandona á los espíritus que descenden á los infernos, y que la misericordia de Dios se ejerce sin limitacion sobre los vivos y sobre las almas de los muertos.

Prosigamos:

«¿Hasta cuando, señor, te enojarás POR SIEMPRE, se encenderá como fuego tu zelo?—Salmos, LXXVIII, 5.»

Como se desprende del contexto, la frase *por siempre* del versículo tiene una significacion limitada. Tén-

gase esto muy presente para la fiel comprension de otros pasajes bíblicos en que se emplean frases parecidas, tales como *eternamente, jamás, por los siglos de los siglos*, etc., propias del lenguaje hiperbólico de los sagrados escritores, y que no deben entenderse en su significacion rigurosa, sino como sinónimas de *por mucho tiempo, hasta que pasen muchas generaciones ó siglos*, etc. etc.

¿Por ventura estarás para siempre enojado con nosotros? ¿ó estenderás tu ira de generacion en generacion?

Oh Dios, TÚ VOLVERÁS Á DARNOS VIDA, y tu pueblo se alegrará en ti.—Salmos, LXXXIV, 6 y 7.»

«Te alabaré, Señor Dios mio, con todo mi corazon, y glorificaré tu nombre eternamente:

Porque tu misericordia es grande sobre mí: y SACASTE MI ALMA DEL INFIERNO INFERIOR.—Salmos, LXXXV, 12 y 13.»

¿Hasta cuando, Señor, te apartarás PARA SIEMPRE, se encenderá como fuego tu ira?

Acuérdate cual es mi subsistencia: ¿pues que acaso criaste en vanq todos los hijos de los hombres?—Salmos, LXXXVIII, 47 y 48.»

En todos estos pasajes el Salmista revela la más completa ignorancia tocante á que sean eternas las penas del infierno é irrevocable el fallo de la justicia divina. Se conoce que David no estaba á la altura de nuestros teólogos moralistas, segun los cuales, las esperanzas del Profeta, fundadas en la misericordia de Dios, no eran mas que ilusiones sin fundamento de verdad.

«Porque todos los dioses de las naciones SON DEMONIOS: mas el Señor hizo los cielos.—Salmos, XCV, 5.»

Que es como si dijera: todos los dioses de las naciones son bagatelas, cosas de nonada, sin importancia ni poder; mas el Señor, que hizo los cielos, es el solo poderoso. Resulta de esto que el Salmista no atribuye

á los demonios existencia personal, ni los considera como individualidades reales.

«Señor tu nombre es eternamente: Señor, la memoria de ti será por generacion en generacion.

Porque el Señor juzgará á su pueblo: y SE DEJARÁ VENCER de los ruegos de sus siervos.—Salmos, CXXXIV, 13 y 14.»

«Alabad al Señor, porque es bueno: PORQUE SU MISERICORDIA ES PARA SIEMPRE.

Alabad al Dios de los dioses: PORQUE SU MISERICORDIA ES PARA SIEMPRE.

Alabad al Señor de los señores: PORQUE SU MISERICORDIA ES PARA SIEMPRE.—Salmos, CXXXV, 1, 2, 3, etc.»

En este salmo, David repite veinte y seis veces las palabras que dejamos subrayadas, lo cual equivale á negar esplicitamente veinte y seis veces la eternidad de los sufrimientos del infierno.

«Enseña á tu hijo, no desesperes: mas no intentes llegar HASTA MATARLO.—Proverbios, XIX, 18.»

El Señor enseña á las criaturas, que son sus hijos; las reprende y permite sean castigadas en sus desvarios y pecados; mas no puede consentir ni consiente su muerte, esto es, la condenacion irrevocable de sus almas; pues de otra suerte, no las trataria como padre que desea la felicidad de los hijos de su amor. Así deben proceder los hombres con relacion á los hijos que el Señor les ha concedido, imitando con ello en lo posible la cariñosa solicitud del Padre celestial, que castiga para corregir y salvar, mas no para destruir.

«¿Pues como podria permanecer cosa alguna, si tú no hubieras querido? ¿ó como se conservaria lo que de ti no fuese llamado?»

Mas PERDONAS Á TODAS LAS COSAS: porque tuyas son, Señor, QUE AMAS LAS ALMAS.—Sabiduria XI, 27.»

Tú, Señor, perdonas á todas las cosas, aquellas, se entiende, que pueden necesitar perdon, porque disfru-

tan de la libertad de obrar, como son los hombres. Las almas son obra de tus manos, y por lo mismo que son tuyas, injuriarte sería suponer que puedes en algun tiempo dejar de amarlas y consentir su perdicion.

«Cuando el impío maldice al diablo, maldice él mismo á su alma.—Eclesiástico, XXI, 30.»

El que haya leído la comunicacion 23, suscrita con el venerando nombre de Maria, recordará que al hablar del *diablo*, atribuye á esta palabra idéntica significacion que el Eclesiástico. El diablo no es una individualidad real, sino la espresion de las pasiones *que salen de su punto dentro de la libertad humana*: por esto dice muy propiamente el Eclesiástico, que, *cuando el impío maldice al diablo, maldice él mismo á su alma*; porque maldice la iniquidad y la injusticia de su alma.

«Espiritus hay que fueron criados para castigo, los cuales por su saña aumentan los suplicios:

En el tiempo de la consumacion derramarán su fuerza: y aplacarán el furor de aquel que los hizo.—Eclesiástico, XXXIX, 33 y 34.»

En sentir del P. Scio, el Eclesiástico alude en este pasaje á los espíritus malignos, destinados á tentar á los vivos y atormentar á los condenados, mision bárbara, injusta y abominable que Dios no pudo establecer, y que solo puede concebir un hombre rencoroso en sumo grado y de cruelísimo corazón. Mas aun suponiendo que así sea, suposicion que no aceptamos, dejándola íntegra á los *caritativos* inventores de las hogueras inquisitoriales, temporales y eternas, siempre resultará de las palabras del Eclesiástico, que la salvacion y el perdon es el destino final de los espíritus, malignos ó no malignos; pues, *en el tiempo de la consumacion*, es á saber, pasado el término de la iniquidad, *derramarán su fuerza*, agotarán su maléfica actividad, y arrepentidos *aplarán el furor de aquel que los hizo*, y que espera su arrepentimiento con amorosa solicitud y cariño paternal.

«Porque el pueblo de Sion morará en Jerusalem: de ninguna manera llorarás, grandísima misericordia tendrá de ti: luego que oyere la voz de tu clamor, te responderá.—Isaías, XXX, 19.»

«Hablad al corazón de Jerusalem, y llamadla; porque se ha acabado su afán, perdonada está su maldad: recibió de la mano del Señor al doble por todos sus pecados.—Isaías, XL, 2.»

«La caña cascada NO LA QUEBRARÁ (Jesucristo), y la torcida que humea, no la apagará: hará justicia según verdad.

Y te puse (Dios á Jesucristo) para que abrieras los ojos de los ciegos, y sacáras del encierro al preso, Y DE LA CASA DE LA CÁRCEL Á LOS QUE ESTABAN DE ASIENTO EN LAS TINIEBLAS.

Y llevaré los ciegos al camino que no saben, y los haré andar por sendas que ignoraron: haré que delante de ellos LAS TINIEBLAS SE CAMBIEN EN LUZ, y lo torcido en derecho: estas cosas hice á favor de ellos, y no los desampararé.—Isaías, XLII, 3, 7 y 16.»

«Y todo aquel que invoca mi nombre, para gloria mía lo crié, lo formé y lo hice.—Isaías, XLIII, 7.»

«Hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas yo os traeré: YO OS HICE, y yo os llevaré: yo os traeré y SALVARÉ.—Isaías, XLVI, 4.»

«Por amor de mi nombre alejaré mi furor; y con mi alabanza te enfrenaré para que no perezcas.—Isaías, XLVIII, 9.»

«Por un momento, POR UN POCO, te desampararé, mas yo te recogeré con grandes piedades.

En el momento de mi indignación escondí POR UN POCO de ti mi cara; mas CON ETERNA MISERICORDIA me he compadecido de ti, dijo el Señor tu Redentor.

Porque los montes serán conmovidos, y los collados se estremecerán: mas mi misericordia no se apartará de ti, y la alianza de mi paz no se moverá, dijo el Señor compasivo de ti.—Isaías, LIV, 7, 8 y 10.»

«Porque NO PLEITEARÉ ETERNAMENTE, ni me enojaré HASTA EL FIN; porque de mi cara saldrá el espíritu, y yo haré los soplos.

Por la iniquidad de su avaricia me enojé, y le herí: escondí de ti mi cara, y me indigné; y él anduvo vagamundo en el camino de su corazón.

Vi sus caminos, Y LE SANÉ, Y LE VOLVÍ.—Isaías, LVII, 16, 17 y 18.»

Isaías promete al pueblo de Sion, figura de la humanidad entera, grandísima misericordia de parte del Señor: declara que Jesucristo no quebrará la caña cascada, ni apagará la torcida que humea: afirma que el Redentor sacará de la cárcel á los que están de asiento en las tinieblas, y que el Señor cambiará las tinieblas en luz y no desamparará á los pecadores: asegurará que, por cuanto el Señor nos hizo, él nos traerá y salvará; que alejará su furor por amor de su nombre y no consentirá que sus criaturas perezcan; que por un poco podrá desampararnos y esconder su cara, mas para recogerlos con grandes piedades y compadecernos con eterna misericordia: y añade, por último, que no apartará su misericordia de nosotros ni su alianza de paz; que no llevará su enojo hasta el fin; y que si por nuestra iniquidad esconde su rostro, compadecido nos convertirá y sanará. Cada una de las palabras de Isaías es un rayo de luz, que desvanece las tinieblas eternas del infierno, construido por Roma con materiales tomados del paganismo.

«Anda y grita estas palabras contra el Aquilon, y dirás: Vuélvete, rebelde Israel, dice el Señor, y no apartaré mi cara de vosotros: porque santo soy yo, dice el Señor, y NO ME ENOJARÉ POR SIEMPRE.—Jeremías, III, 12.»

El Señor, infinitamente misericordioso, no se contenta con esperar la vuelta á su ley de la rebelde Israel, figura de la humanidad extraviada, sino que la llama con grandes voces, y le promete su perdón, y que su enojo no será eternamente duradero. Este es el Dios de amor y de verdad, y no el que se complace con los tormentos perdurables de los infelices condenados.

«Cayó mi alma en el lago, y pusieron sobre mi una losa. Inundaron las aguas sobre mi cabeza: dije: Perecí. Invoqué, Señor, tu nombre desde lo más profundo del lago. Oíste mi voz: no apartes tu oído de mi sollozo y de mis clamores. Te acercaste en el día en que te invoqué: dijiste: No temas.—Jeremías, Lament. III, 53 à 57.»

La palabra *lago* la emplea con frecuencia el profeta en lugar de *infierno* ó *mansion de los muertos*, y aquí le dá la misma significacion, como lo confirma lo que sigue: *y pusieron sobre mi una losa: perecí*. La lamentacion de Jeremías es la del pecador que muere en el pecado, y que vuelve en sí y se arrepiente desde lo más profundo del lago, ó sea, desde el fondo de su remordimiento y expiacion: hasta allí le acompaña la misericordia infinita, y el Señor oye la voz del pecador en el día en que le invoca arrepentido.

«Señor todopoderoso, Dios de Israel, oye ahora LA ORACION DE LOS MUERTOS de Israel, y de los hijos de aquellos, que pecaron delante de tí, y no oyeron la voz del Señor su Dios, y se nos han pegado los males.—Baruch, III, 4.»

Baruch suplica al Señor oiga las preces de los que habian muerto en el pecado, con lo cual dá á entender que creia en la eficacia de las oraciones de los muertos y en su rehabilitacion por el arrepentimiento.

«Vendidos habeis sido á las naciones.....»

«Porque habeis irritado, á aquel que os hizo, al Dios eterno, sacrificando á los demonios, y no á Dios.—Baruch, IV, 6 y 7.»

Habeis ofendido á Dios, sacrificando á los demonios, es á saber, á vuestras pasiones, ó á los ídolos, que son la personificacion de vuestra concupiscencia.

«Y renovaré yo mi alianza contigo: y sabrás que yo soy el Señor,

Para que te acuerdes, y te confundas, y que no

puedas tú abrir más la boca de vergüenza, cuando me hubiere aplacado contigo sobre todas las cosas que hiciste, dice el Señor Dios.—Ezechiel XVI, 62 y 63.»

Será tanta la bondad y tal la misericordia de Dios para con el pecador, que éste, al verse de nuevo en la gracia y alianza del Señor á pesar de sus gravísimas infracciones de la ley de la virtud, se avergonzará y confundirá de haber pecado.

«Y será el número de los hijos de Israel como la arena del mar, que es sin medida, y no será contada. Y en el lugar en donde se les ha dicho: NO PUEBLO MIO VOSOTROS: se les dirá: VOSOTROS SOIS HIJOS DEL DIOS VIVO.—Oséas, I, 10.»

«Y diré al que llamé NO MI PUEBLO: MI PUEBLO ERES TÚ: y el dirá: Mi Dios eres tú.—Oséas, II, 24.»

«NO EJECUTARÉ el furor de mi ira: no me volvere para destruir á Ephraim: PORQUE YO SOY DIOS, y no un hombre.—Oséas, XI, 9.»

«Del poder de la muerte los libraré, LOS REDIMIRÉ DE LA MUERTE: seré tu muerte, oh muerte; seré tu mordedura, oh infierno.—Oséas, XIII, 14.»

«Sanaré las llagas de ellos, los amaré por pura gracia: porque mi furor se ha apartado de ellos.—Oséas, XIV, 5.»

Indudablemente Oséas es de los profetas el que más categóricamente destruye el dogma de los castigos eternos; pues además de hacer resaltar la infinita misericordia del Altísimo, nos revela que, aun cuando el Señor dirija á los pecadores, para su enmienda, terribles amenazas por boca de sus profetas y enviados, no ejecutará su furor; porque es Dios, y no hombre, ó vengativo y malévoló como el hombre; y que á los hombres á quienes una vez amenazó diciendo: Vosotros no sois mi pueblo, compadecido les dirá mas adelante: Vosotros sois hijos del Dios vivo.

«Escuchad esta palabra con que yo formo lamentacion sobre vosotros. La casa de Israel cayó, y NO SE LEVANTARÁ MÁS.

Esto dice el Señor à la casa de Israel: Buscadme, y viviréis.—Amós, V, 1 y 4.»

En el primero de estos dos versículos habla el profeta por su cuenta y afirma que Israel cayó y no se levantará más; y en el segundo habla el Señor, y promete la vida à Israel si le busca. Esto confirma lo que hemos ya indicado mas arriba: que no deben entenderse en todo su rigorismo las frases jamás, eternamente, por siempre y otras semejantes, cuando el buen juicio enseña que son sinónimas de otras ménos absolutas, como sucede en las amenazas dirigidas à las débiles criaturas.

«Y dijo el Señor: Tú te dueles por la yedra, en que no trabajaste, ni la hiciste crecer: la que en una noche nació, y en una noche pereció.»

¿Y yo no perdonaré à Ninive ciudad grande, en la que hay mas de ciento y veinte mil hombres, que no discernen lo que hay entre su derecha y su izquierda, y muchas bestias?—Jonás, IV, 10 y 11.»

¡Cuán consolador es este pasaje de la profecía de Jonás! Los que amenazais con eternas penas à vuestros semejantes, leed lo que el Señor dice à Jonás, y cerraréis vuestra boca para no blasfemar en adelante de la misericordia del Señor.

«¿Quién es, oh Dios, semejante à ti, que quitas la maldad y olvidas el pecado de las reliquias de tu heredad? no enviarà más su furor, porque es amator de misericordia.»

Se tornará, y tendrá misericordia de nosotros: sepultará vuestras maldades, y echarà en el profundo de la mar todos nuestros pecados.—Micheas, VII, 18 y 19.»

Siempre la misericordia de Dios brotando junto à las huellas de los pecados de los hombres.

«Acomódate luego con tu contrario mientras que estás con él en el camino: no sea que tu contrario te en-

tregue al juez, y el juez te entregue al ministro, y seas echado en la cárcel.»

En verdad te digo, que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.—S. Matheo, V, 25 y 26.»

«Cuando vas con tu contrario al principe, haz lo posible por librarte de él en el camino, porque no te lleve al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel.»

Te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último maravedí.—S. Lucas, XII, 58 y 59.»

«Este contrario, à quien alude el Señor en los pasajes de S. Matheo y S. Lucas, dice el P. Scio, es nuestro prójimo à quien hemos ofendido, ó de quien hemos sido ofendidos; y con éste nos manda el Hijo de Dios acomodarnos prontamente mientras estamos con él en el camino, esto es, mientras estamos aún en esta vida.» El que no se acomoda con su contrario durante la vida, será despues llevado por el Juez à la cárcel, à un lugar de sufrimiento, al infierno; mas no por toda la eternidad, sino hasta que pague el último cuadrante, hasta que haya satisfecho cumplidamente por la ofensa ó el rencor y se haya purificado de la falta.

«¿Cómo puede alguno entrar en la casa del fuerte y saquear sus alhajas, si primero no hubiere atado al fuerte? y entonces saqueará su casa.—Math, XII, 29.»

«No puede ninguno entrar en la casa del valiente, y robar sus alhajas, si primero no ata al valiente, para poder despues saquear su casa.—Marc. III, 27.»

El valiente sobre los valientes es el Omnipotente, de quien emana todo poder y fuerza, y sus alhajas las criaturas, obra de su amor y de su sabiduría. Vivamos, pues, seguros de que; aún en el caso de que el diablo tuviese existencia personal, no se dejaria atar por él y robar el Dios Todopoderoso. Ni ¿cómo es posible que el diablo sea una realidad, siendo todos los espíritus alhajas de la casa del Señor?

«Y tomándole Pedro aparte, comenzó à increparle diciendo: Léjos esto de tí, Señor; no será esto contigo.»

Y vuelto hácia Pedro, le dijo: Quitateme de delante, SATANÁS: estorbo me eres: porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres.—Math, XVI, 22 y 23.»

«Jesús les respondió: ¿No os escogí yo á los doce, y el uno de vosotros ES DIABLO?»

Y hablaba de Júdas Iscariotes, hijo de Simon: porque este, que era uno de los doce, le habia de entregar.—Juan, VI, 71 y 72.»

Pedro intenta hacer desistir al Maestro de ir á Jerusalem, á fin de evitar los tormentos y la muerte: el Apóstol en este caso es la tentacion del egoismo, y por esto Jesús le llama *Satanás*, ó sea *tentacion*, y le reprende. Tambien llama Jesús *diablo* á Júdas Iscariotes, por la envidia y la avaricia que le mueven á vender á aquel de quien no habia recibido mas que amor y beneficios. En ambos casos las palabras *Satanás* y *diablo* las emplea el Redentor en la acepcion que les da María en la comunicacion núm. 23 de la segunda parte de este libro, el Salmista en el salmo XCV, el Eclesiástico en el cap. XVI y Baruch en el cap. IV., y no en el sentido de un ser real como lo entiende el cristianismo romano.

«En verdad, en verdad os digo: Que viene la hora, y ahora es cuando LOS MUERTOS OIRÁN la voz del Hijo de Dios, Y LOS QUE LA OYEREN vivrán.»

No os maravilleis de esto, porque viene la hora, cuando TODOS los que están en los sepulcros OIRÁN LA voz del Hijo de Dios:

Y los que hicieron bien, IRÁN Á RESURRECCION DE VIDA: mas los que hicieron mal, Á RESURRECCION DE JUICIO.—Juan, V, 25, 28 y 29.»

Llamamos muy especialmente la atencion del lector hácia las palabras de Jesús que trascribimos del Evangelio de S. Juan, luminosas é importantísimas bajo diferentes aspectos. Son, en primer término, una confirmacion concreta de lo que se revela en la comunicacion citada de María, tocante al descenso del espí-

ritu de Jesucristo á los infiernos para predicar la buena nueva, lo mismo á las almas justas que á las almas condenadas. Adviértase además en el pasaje evangélico, que Jesús promete *la vida* á los muertos *que oyeren* la voz del Hijo de Dios; y como á continuacion añade que *todos los que están en los sepulcros* la oirán, resulta que todos los muertos, sin escepcion, están llamados á renacer, á revivir. Pero el renacimiento no será con idénticas condiciones para todos los espíritus; sino que, los que hicieron bien, *irán á resurreccion de vida*, á continuar en otra existencia su progreso por el mérito, y los que hicieron mal, *á resurreccion de juicio*, á reparar el mal hecho y recobrar el tiempo perdido en los impuros goces de la materia. Si despues de esto y apesar de las promesas y afirmaciones de Jesús, hay todavía quien se empeñe en sostener que no hay redencion para las almas del infierno, es digno de lástima, y la caridad nos aconseja compadecerle desde lo mas íntimo del corazon; porque pertenece al número de los desdichados que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, de que hablaba Jesús á sus discipulos.

IV.

Salvacion universal.

No siendo eternas la desesperacion y las penas del infierno, segun queda hasta la evidencia probado con las citas del Antiguo y Nuevo Testamento de que hacemos mérito en el precedente capitulo, además de las muchas que podríamos añadir y no añadimos por no hacernos difusos en demasia; venimos lógicamente á parar en que ningun hombre queda excluido de la felicidad espiritual, y que todos, sin escepcion de uno solo, cual más temprano cual más tarde, segun sus mere-

cimientos, alcanzarán sentarse á la mesa de los celestiales banquetes, y cobijarse al suave calor de la misericordia del Padre comun de las criaturas. Allí, en un círculo que abrazará á la humanidad entera, elevaremos cánticos de amor y adoracion al Criador, por habernos arrancado del caos y llevado á las esplendorosas regiones de la luz, santamente confusos y avergonzados con la memoria de nuestros éstravios y volando en pos del cumplimiento de la divina voluntad. Este es el cielo; este es el destino de la gran familia humana; esta es la generosa y purísima felicidad apetecida por los corazones nobles; y no la egoísta y cruel complacencia en la contemplacion de Dios, mientras hay criaturas que gimen con gemido eterno, rabiosamente atormentadas y eternamente envueltas en la maldicion y en las iras del Ser Soberano que las hizo.

Podríamos, por tanto, prescindir de alegar nuevas citas bíblicas en comprobacion de la salvacion universal, es á saber, de que todos seremos en último resultado salvos, otra de las creencias aceptadas por el Espiritismo como uno de los puntos de su credo. Sin embargo, como la cuestion es tan capital, tan merecedora de estudio y de la consideracion de todos, y hay aún quienes hacen de Dios un inquisidor aterrador y sañudo para la mayor parte de las almas; nos permitiremos, á manera de protesta contra semejante impiedad, transcribir algunas líneas más de la infinita misericordia del Señor, sembrada en todas las páginas de las sagradas escrituras. Abrámoslas otra vez.

«¿Acaso no vendrán á conocimiento todos los que obran iniquidad, los que decoran mi pueblo, como un pedazo de pan?—Salmos, XIII, 4.»

«Se acordarán, y se concertarán al Señor todos los términos de la tierra: y adorarán en su presencia TODAS las familias de las gentes.

Por cuanto del Señor es el reino: y él mismo SE ENSEÑOREARÁ de las gentes.

Comieron y adoraron todos los opulentos de la tier-

ra: delante de él se postrarán TODOS los que descenden á la tierra.—Salmos, XXI, 28, 29 y 30.»

«Tú, señor, eres suave y apacible, y de mucha misericordia para con TODOS los que te invocan.

TODAS LAS GENTES, cuantas hiciste, vendrán y te adorarán, Señor, y glorificarán tu nombre.—Salmos, LXXXV, 5 y 9.»

Vendrán, pues, á conocimiento, volverán en sí para emprender el camino de la virtud, todos los que obran iniquidad; se acordarán de que Dios es la vida y la bienaventuranza, y se convertirán á él todos los términos de la tierra, y todas las familias de las gentes adorarán en presencia del Altísimo; el Señor mismo se enseñoreará de las gentes, y delante de él se postrarán todos los que descenden á la tierra; y por último, todas las gentes, cuantas el Señor hizo, vendrán á su ley y le adorarán, y glorificarán su santo nombre: el Salmista lo atestigua del modo más terminante.

«Todas las obras de Dios son buenas, y toda obra á su tiempo hará su servicio.

No hay decir: Esto es peor que aquello: porque TODAS las cosas á su tiempo serán aprobadas.—Eclesiástico, XXXIX, 39 y 40.»

Haciendo aplicacion de esta máxima á los hombres, nadie puede decir «este es peor que aquel»; porque todos somos hechura de Dios é iguales en naturaleza, y destinados á un mismo fin, que es merecer, más ó ménos tarde, la aprobacion del Señor.

«No se pondrá tu sol de allí adelante, y tu luna no menguará: porque el Señor te será por luz perdurable, Y SERÁN ACABADOS los dias de tu llanto.

Y tu pueblo TODOS JUSTOS heredarán para siempre la tierra, pimpollo de mi plantio, obra de mi mano para glorificarme.—Isaias, LX, 21.»

A tenor de esta profecia, los dias de llanto de la humanidad tendrán un término, y los hombres, purificados ya y todos justos, heredarán la tierra de los vi-

vientes, una tierra privilegiada sobre las demás, feliz morada de los que glorifican al Señor.

«Mas este será el pacto que haré con la casa de Israel despues de aquellos dias, dice el Señor: Pondré mi ley en las entrañas de ellos, y la escribiré en sus corazones: y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.

Y no enseñará en adelante hombre á su prójimo, y hombre á su hermano, diciendo: Conoce al Señor: porque TODOS me conocerán desde el mas pequeño de ellos hasta el mayor, dice el Señor: porque PERDONARÉ la maldad de ellos, y NO ME ACORDARÉ mas de su pecado. —Jeremias, XXXI, 33 y 34.»

Cuando los tiempos se cumplan, el Señor hará un pacto definitivo con la casa de Israel, figura de la humanidad, y su ley no será ya mas infringida maliciosamente por los hombres. Entónces nadie habrá de enseñar á su prójimo el conocimiento de Dios; porque todos, desde el mas pequeño hasta el mayor, le conocerán y cumplirán su voluntad.

«Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad para con aquellos que cayeron, y la bondad de Dios para contigo, si permanecieres en la bondad: de otra manera serás tú tambien cortado.

Y aun ellos, si no permanecieren en la incredulidad, serán ingeridos: pues Dios es poderoso PARA INGERIRLOS DE NUEVO.

Mas no quiero, hermanos, que ignoreis este misterio (porque no seais sabios en vosotros mismos) que la ceguedad ha venido en parte á Israel, hasta que haya entrado la plenitud de las gentes,

Y que así TODO ISRAÉL SE SALVASE, como está escrita: Vendrá de Sion el libertador, que desterrará la impiedad de Jacob.

Porque como tambien vosotros en algun tiempo no creísteis á Dios, y ahora habeis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos:

Así tambien estos ahora no. han creído en vuestra

misericordia, para que ellos alcancen tambien misericordia.

Porque Dios TODAS LAS COSAS ENCERRÓ EN INCREULIDAD, para usar con TODOS de misericordia.—S. Pablo á los Romanos, XI, 22, 23, 25, 26, 30, 31 y 32.»

¡Cuánta enseñanza contienen las instrucciones que á los Romanos dirige el Apóstol de los gentiles tocante á la infinita misericordia del Señor! Trata este con severidad y corta el tronco del pecador, no para arrojarlo á eternas llamas y á dolores sin fin, sino para ingerirlo de nuevo en cuanto abandona su malicia. Quiere que todo Israel, toda la humanidad se salve y le glorifique, y aun para tener ocasion de usar con todos de misericordia como padre, encerró todas las cosas en incredulidad; cubrió con un misterioso velo todas las verdades que se refieren al espíritu y á sus ulteriores destinos. De esta suerte, los que, sin embargo los motivos de incredulidad de que van aquellas verdades acompañadas, profesan la fé y practican la justicia, adquieren merecimientos superiores en su presencia; al paso que guarda tesoros de misericordia para los incrédulos, cuya incredulidad es hasta cierto punto excusable, á causa de la ignorancia humana con respecto á las verdades del espíritu. Inescrutables son los designios del Señor; pero la bondad y la misericordia resplandecen en todas las obras de su omnipotente voluntad.

V.

Revelacion, ó enseñanzas de los espíritus.

El acto de la comunicacion espiritista es un hecho. A los materialistas, para quienes dicho acto es no mas que una alucinacion en ciertos casos, una superchería

en otros, y en muchos un fenómeno puramente físico, nos limitaremos en este lugar á recomendarles que lo estudien, que observen, que lo ensayen por cuenta propia, y sobre todo, que no fallen sin conocimiento de causa. Materialistas hemos visto acérrimos, convertidos hoy en fervientes propagandistas de las doctrinas que el Espiritismo sustenta. Es un milagro muy frecuente, que no deben olvidar los apóstoles y encomiadores del poder de la materia y de la fuerza.

Esta tercera parte no la escribimos para los materialistas; la escribimos para los católicos romanos: y como la iglesia romana conviene con nosotros en la realidad del hecho de la comunicacion; á confesion de parte, nos creemos dispensados de aducir pruebas, perfectamente innecesarias. Mas, como quiera que en su opinion, á su decir, infalible, la comunicacion espiritual no puede proceder de los espíritus bienaventurados, *porque no*; ni de las almas del purgatorio, *porque no*; ni tampoco de los tristes habitantes de las cavernas infernales, por idéntica razon, debiendo por tanto atribuirse á la intervencion esclusiva del diablo; nos proponemos aquí, despues de dar por reproducidas todas las razones que alegamos en el curso de este libro, y más especialmente en los párrafos XX de la primera parte y X y XI de la segunda, nos proponemos, repetimos, demostrar, con el testimonio de las sagradas escrituras, que las comunicaciones no son debidas á una influencia infernal, sino á los espíritus en sus diversos grados de elevacion y pureza. Verdad es que, negada como queda en los capitulos precedentes por la misma Escritura la existencia personal del diablo, negado queda todo lo que al diablo se refiere; sin embargo, deseosos de estudiar la cuestion por todos sus aspectos, no hemos de rehuir el estudiarla, á la vista del público que nos lee, en el fenómeno de las comunicaciones. Leed, lectores, y juzgad.

«Entonces saliendo Tobías, halló un gallardo jóven, que estaba haldas en cinta y como á punto para caminar.

Y sin saber que ERA UN ÁNGEL de Dios, le saludó, y dijo: ¿De donde te tenemos, buen mancebo?

Y el respondió: DE LOS HIJOS DE ISRAÉL.

Mas por no ponerte en cuidado, YO SOY AZARIAS, hijo del grande Ananias.—Tobías, V, 5, 6, 7 y 18.»

De este pasaje se desprende claramente que, ó el ángel mintió, lo cual no podemos admitir, ó los ángeles no son sino los espíritus de los hombres que mueren en la virtud; pues el que habla con Tobías afirma ser *de los hijos de Israel*, y su nombre Azarias, hijo del grande Ananias. La proteccion que dispensa á la familia de Tobías es muy natural, como parientes que eran las dos familias. Tenemos, de consiguiente, un hecho de comunicacion espiritual, y no creemos que la iglesia romana se atreva á esplicarla por la intervencion del diablo.

«Y pasando por delante de mí UN ESPÍRITU, erizóronse los pelos de mi carne.

Paróseme delante uno, CUYO ROSTRO NO CONOCIA, una imágen delante mis ojos, y oí una voz como de airecillo apacible.—Job, IV, 15 y 16.»

Un espíritu, cuyo rostro no conocia, que es lo mismo que si dijéramos *de persona desconocida*, se para delante de Job, y Job le ve y le oye; y el caso es que tampoco podia ser un espíritu maligno, porque su voz no era atronadora ni huracanada, ántes bien *como de airecillo apacible*.

«Y despues de esto murió (Samuel), y SE APARECIÓ al rey, y LE MOSTRÓ el fin de su vida, y alzó su voz desde la tierra, profetizando que seria destruida la impiedad de la nacion.—Eclesiástico, XLVI, 23.»

He aquí como comenta el mismo P. Scio este versículo: «Por este lugar parece que no fué el demonio el que apareció á la Pytonisa en la figura de Samuel, sino el mismo Samuel, para notificar á Saul el fin de su vida y la traslacion del reino á la casa de David. Si esto hubiera sido hecho por arte del demonio, no lo

contaría aquí la Escritura entre las alabanzas de Samuel; y este sentido sirve para apoyar la inmortalidad del alma.» Resulta de aquí que hay comunicaciones que proceden de las almas de los bienaventurados, y que pueden recibirlas personas, como la Pythonisa, poco virtuosas y perfectas. Estamos del todo conformes con la esplicacion del P. Scio, y la entregamos sin nuevos comentarios al juicio del lector.

«Y el Señor me dijo: Tómate un libro grande, y ESCRIBE en él con estilo de hombre.—Isaías, VIII, 1.»

«En aquel tiempo habló el Señor POR MANO de Isaías hijo de Amós.—Isaías, XX, 2.»

«Pues ahora (dice el Señor) entra y ESCRIBE en su presencia sobre boj, y en un libro registralo exactamente, y será en el día postrero un testimonio sempiterno.—Isaías, XXX, 8.»

«He aquí que yo LE DARÉ UN ESPÍRITU Y OIRÁ una nueva, y se volcerá á su tierra, y haré que perezca á cuchillo en su tierra.—Isaías, XXXVII, 7.»

«Esta es palabra que vino del Señor á Jeremías, diciendo:

Esto es lo que dice el Señor Dios de Israel: ESCRIBE TÚ EN UN LIBRO todas las palabras que te he hablado.—Jeremías, XXX, 1.»

¿Eran también diabólicas las comunicaciones ó inspiraciones espirituales escritas que recibían Isaías y Jeremías y á que hacen referencia los versículos transcritos? No, indudablemente; porque, como dice muy bién el comentario que del P. Scio tomamos mas arriba, si hubiera sido hecho por arte del demonio, no lo contaría aquí la Escritura entre las alabanzas de Isaías y Jeremías.

«Y ENTRÓ EN MÍ EL ESPÍRITU, despues que ME HABLÓ, y me puso sobre mis piés; y oí al que me hablaba.—Ezechiél, II, 2.»

Suponemos que tampoco fué el diablo el espíritu que habló con el profeta.

«Y OÍ HABLAR Á UNO DE LOS SANTOS que hablaba: y dijo un santo á otro, no sé á quien que hablaba: ¿Has-ta cuando etc.—Daniel, VIII, 13.»

«Estando aún hablando en mi oracion, he aquí Gabriel, EL VARON á quien al principio habia visto en la vision, volando arrebatadamente ME TOCÓ en la hora del sacrificio de la tarde.

Y me instruyó y me habló, y dijo: Daniel, ahora he salido para instruirte, y para que tú entendieses.—Daniel, IX, 21 y 22.»

«Y habiendo quedado yo solo, vi esta vision grande: y no quedó fuerza en mí, sino que se mudó en mí todo mi semblante, y quedé pálido, y perdi todas las fuerzas.

Y he aquí UNA MANO ME TOCÓ, y me alzó sobre mis rodillas, y sobre los artejos de mis manos.

Y ME DIO: No temas, Daniel: porque desde el primer día que pusiste tu corazón para entender, afligiéndote en la presencia de tu Dios, fueron oidas tus palabras: y yo he venido POR TUS RUEGOS.

Y he aquí una semejanza COMO DE HIJO DE HOMBRE tocó mis labios, etc.

Me tocó pues de nuevo el que YO VEIA COMO UN HOMBRE, y me confortó.—Daniél, X, 8, 10, 12, 16 y 18.»

Daniel se comunica con los santos, de quienes oye las palabras; recibe las instrucciones del espíritu de Gabriel, varon justo que descendía á hablar con él de la morada de los bienaventurados; y siente el contacto y vé en semejanza de hombre á su espíritu protector, que le manifiesta haber venido á él, movido de sus ruegos. Véase, por tanto, como los ruegos de los hombres pueden alcanzar, con la permission divina, comunicaciones de los espíritus puros.

«Y acaecerá despues de esto: Derramaré mi espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.—Joél, II, 28.»

Las palabras de Joél son una fiel profecia de lo que empieza á suceder en nuestros dias, de la venida y ad

mirable desarrollo del Espiritismo. Los espíritus del Señor se derraman con profusión por el mundo, y en todas partes se oye su voz y se reciben sus bienhecho-
ras enseñanzas. Bendito sea el Señor, que así manifiesta su misericordia y su poder y endereza los caminos de la extraviada humanidad.

«Y yo digo á vosotros: PEDID, y se os dará: BUSCAD, y hallareis: LLAMAD, y se os abrirá.

Porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla: y al que llama se le abrirá.

¿Y si alguno de vosotros pidiere pan á su padre, le dará él una piedra? ¿O si un pez, por ventura le dará una serpiente en lugar de pez?

¿O si le pidiere un huevo, por ventura le alargará un escorpion?

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre celestial DARÁ ESPÍRITU BUENO á los que se lo pidieren?—S. Lucas, XI, 9, 10, 11, 12 y 13.»

No olvidemos los cristianos las promesas del Enviado de Dios: pidamos con fé, por nosotros mismos, y se nos dará lo que nuestras almas necesiten: busquemos la verdad en la sabiduría y la virtud, y la hallaremos en la medida de nuestros esfuerzos: llamemos con humildad á las puertas de la bondad y misericordia del Señor, y el Señor, que es nuestro padre, nos cobijará bajo su paternal y protectora sombra. Jesucristo ha dicho que el Padre celestial dará *espíritu bueno*, esto es, el consejo de los espíritus buenos á los que se lo pidieren; y ántes hemos de creer en su palabra, que en la de los desdichados que suponen capaz á la Divinidad de engañarnos con el falaz consejo de los espíritus malignos, cuando invocamos su misericordioso y justo nombre.

Continuemos:

«Mas Estévan, lleno de gracia y de fortaleza, hacia grandes prodigios y milagros en el pueblo.

Y algunos de la Synagoga..... se levantaron á disputar con Estévan:

Mas no podían resistir á la sabiduría, y AL ESPÍRITU, que hablaba.—Hechos, VI, 8, 9 y 10.»

«Y pensando Pedro en la vision, LE DIJO EL ESPÍRITU: He ahí tres hombres que te buscan.

Y ellos dijeron: El centurion Cornelio, hombre justo y temeroso de Dios, y que tiene el testimonio de toda la nacion de los judios, RECIBIÓ RESPUESTA del santo ángel, que te hiciese llamar á su casa, y que escuchase tus palabras.—Hechos, X, 19 y 22.»

«Y levantándose uno de ellos, por nombre Agabo, daba á entender POR ESPÍRITU que habia de haber una grande hambre por todo el mundo: esta vino en tiempo de Claudio.—Hechos, XI, 28.»

«Y cuando llegaron á Mysia, querian ir á Bithinia, y no los dejó el espíritu de Jesús.—Hechos, XVI, 7.»

Estévan habla, y los de la Synagoga quedan confundidos ante la sabiduría de Estévan, que habla inspirado por un espíritu del Señor: un espíritu dirige á Pedro la palabra, y Cornelio recibe respuesta de un santo ángel. Agabo profetiza por espíritu, pronunciando las proféticas palabras que un espíritu le inspira; y el mismo espíritu de Jesús no deja que pasen á Bithinia, como pensaban, los apóstoles Pablo y Bernabé: casos todos de comunicacion espiritual sin intervencion diabólica, y que ponen de manifiesto la posibilidad y la realidad del hecho, tan combatido hoy con el diablo por la iglesia, que cree poseer el sentido propio de las sagradas escrituras.

«Por tanto, si hay alguna consolacion en Cristo: si algun refrigerio de caridad: si alguna COMUNICACION DE ESPÍRITU: si algunas entrañas de compasion:

Haced cumplido mi gozo, sintiendo una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos.—S. Pablo á los Philip. II, 1 y 2»

«No apagueis el espíritu.

No despreciéis las profecías.

Examinadlo todo: y abrazad lo que es bueno.—Ep. I de S. Pab. à los Thessal, V, 19, 20 y 21.»

«Mas os rogamos, hermanos,.....

Que no os mováis fácilmente de vuestra inteligencia; ni os perturbeis, ni por ESPÍRITU, ni por palabra, ni por carta como enviada de nos...—Ep. II de S. Pab. à los Thessal, II, 1 y 2.»

Terminantemente habla S. Pablo en su carta à los Philipenses de las comunicaciones de los espíritus, y no à buen seguro de los espíritus malignos: aconseja à los de Thessalónica en la primera carta que les dirige que no apaguen el espíritu; que no se hagan indignos por sus faltas de las comunicaciones espirituales, ni desprecien los avisos proféticos que puedan recibir, antes bien lo examinen todo y abracen únicamente lo que es bueno: y añade, en su segunda carta à los mismos de Thessalónica, que no varíen fácilmente en sus propósitos y creencias, ni por palabra, ni por comunicación espiritual, que lo mismo puede proceder de los espíritus de verdad, como de espíritus falaces y engañadores.

«Carísimos, no queráis creer à todo espíritu, mas probad los espíritus si son de Dios.—Ep. I de S. Juan IV, 1.»

«Yo fui en espíritu un día de domingo, y oí en pos de mí una grande voz como de trompeta,

Que decía: Lo que ves, escríbelo en un libro.—Apocalipsis de S. Juan, I, 10 y 11.»

Las diferencias en perfecciones y virtudes que se observan entre los hombres, existen igualmente en el mundo espiritual, por cuanto los espíritus no son sino los mismos hombres, desposeídos de su terrenal envoltura. El Señor, que permite la comunicacion è inspiraciones de los espíritus elevados, para fortalecernos è instruirnos, consiente asimismo à veces las de espíritus imperfectos, más ó ménos pegados aun à los instintos sensuales è inclinados à la mentira ó al

error, para sujetarnos à pruebas. Por esta razon recomienda el Evangelista, que no se deposite una confianza ciega en las palabras y consejos de los espíritus, sin àntes cerciorarnos de que son realmente espíritus buenos y enviados de Dios para ilustrarnos y mejorarnos. Por el fruto se conoce el árbol, dijo Jesucristo; y à los espíritus los conoceremos por la bondad ó malicia de sus inspiraciones.

¿A qué continuar aduciendo citas bíblicas en confirmacion de la tésis que sustentamos; en comprobacion de que la revelacion ó comunicaciones espirituales pueden proceder y proceden en muchos casos de origen benéfico superior? No negaremos que sin el fervor necesario, sin el buen deseo conveniente, sin un fin puramente moral y humanitario en el acto de la evocacion; es decir, si la oracion que elevamos para alcanzar luces celestiales carece de las condiciones que la hacen aceptable à los ojos del Ser Supremo, podemos ser arrollados y engañados por espíritus peligrosos; mas de esto à ser víctimas de un ser maléfico, autorizado por Dios para seducirnos y arrastrarnos à eterna perdicion, media una distancia enorme, una distancia infinita. No insistiremos, pues, en invocar nuevos testimonios sagrados como sancion de nuestras afirmaciones; creyendo que con los que dejamos trascritos tendrá el lector cristiano suficientes, y aun de sobras, para comprender la sinrazon con que el catolicismo de Roma condena la práctica de las evocaciones, cuando van acompañadas del fervor, buen deseo y recogimiento necesarios.

Una salvedad hemos de hacer en este lugar, salvedad que rogamos al lector tenga por hecha en todos los capitulos en que hemos copiado y comentado pasajes de la sagrada escritura. No somos y estamos muy lejos de juzgarnos infalibles en cualquier ramo del saber, y mucho ménos tratándose de materias de suyo tan árduas y difíciles como lo es la inteligencia de la palabra revelada: podemos, de consiguiente, haber cometido errores en los comentarios que hemos

hecho de los versículos sacados del Antiguo y Nuevo Testamento. En todo caso, protestamos haber procedido con la mejor intencion, movidos solamente de nuestro amor á la verdad y ganosos de decirla á la faz de todo el mundo. Compárense, sin embargo, nuestros comentarios con las notas del P. Scio, y falle despues el público: *examinelo todo*, pero sin prevencion, segun el consejo de S. Pablo, y *abraze* lo que le parezca mejor. A nadie exigimos la fé del ciego, sino la fé ilustrada, la fé racional, la fé del que tiene abiertos los ojos de la razon, que es la fé que para nosotros deseamos y entendemos poseer.

Una observacion más, y concluiremos. Los apolo-
gistas del catolicismo romano suelen echar en cara á los que combaten alguno de sus dogmas con el testimonio de las Escrituras, un procedimiento, que en realidad de verdad es el que ellos han usado para establecerlos y defenderlos. Consiste dicho procedimiento en entresacar uno que otro versículo que hace para su objeto, y forzando su significacion y arrastrando su sentido por los cabellos, crean el infierno eterno, inventan el diablo ó establecen la infalibilidad, sin tener en cuenta que la tal infalibilidad, el tal diablo y el tal infierno se desvanecen como sombras á la luz de otros cien versículos y pasajes que se guardan muy mucho de citar. Por este motivo hemos dado á nuestras citas toda la extension que permiten los limites y la indole de este libro, pesarosos de no poder trasladar íntegra la Escritura, cuya constante lectura recomendamos á los cristianos, en la seguridad de que verán confirmada en cada línea la verdad del cristianismo espiritista.

CONCLUSION.

Hace poco más de un año. Tristes corrian para nosotros los dias, y el alma no vislumbraba en su horizonte un rayo de luz ni una esperanza de consuelo. Veian nuestros ojos el sol, y el sol no alegraba nuestro corazon: percibíamos el fulgor de las estrellas, y las estrellas nos parecian luces encendidas por una gran mano oculta, para alumbrar un inmenso sudario, el sudario de toda la humanidad: en derredor nuestro la naturaleza ostentaba sus galas y la creacion sus armonías, y aquellas armonías y aquellas galas cruzaban á los ojos de nuestro espiritu como ilusiones ópticas, como sueños pasajeros de felicidad, como promesas seductoras que no habian de cumplirse. Como el condenado á muerte que se ve rodeado de todos los medios y elementos de vida, en los mejores años de su juventud, junto á una familia querida, de cuyo seno la ingrata muerte le arrebató, y que todo es para él oscuro y aterrador; así nosotros, temerosos de perder de un momento á otro, y tal vez *para siempre*, las riquezas y dulzuras de la vida del espiritu, no podíamos dirigir sino miradas de desaliento á las bellezas y armonías de que Dios ha sembrado el universo para alegría y esperanza de los hombres.

Y era porque *nos sentiamos enfermos del corazon* (1). Dentro, los unos, de las creencias romanas, las dudas se apoderaban de nuestro ánimo, siempre que el entendimiento, volando en alas del deseo de des-

(1) Así lo expresa María en la comunicacion que lleva el n.º 93.

cubrir la verdad, invadía los términos de la filosofía racional, pasando por encima de la línea establecida, à manera de cordón sanitario, por los fariseos del catolicismo esclusivista: indiferentes, los otros, en materias religiosas, à consecuencia de los desengaños recibidos en nuestras escursiones al rededor del catolicismo oficial, sentíamos en nuestras horas de recogimiento y estudio una necesidad imperiosa de recobrar la paz del alma, perdida con las esperanzas de la fé: y por último, materialistas los demás, aunque pocos por fortuna, nos agitábamos impotentes con el vértigo de la desesperacion en un vacío que no habian podido llenar las enseñanzas absurdas de una religion mal interpretada, que, sin embargo de pretender el monopolio de la verdad, estaban en lucha con los descubrimientos de la ciencia y los mas nobles sentimientos que brotan de un corazón puro y generoso. Todos luchábamos; todos deseábamos rasgar el velo del porvenir; todos buscábamos en vano un oasis consolador de verdad y de esperanza en el desierto de dudas y desaliento en que agotaban sus fuerzas la conciencia y la razon.

Esto, hace poco más de un año. Un año no más, y todo ha cambiado enderredor de nosotros. Hoy nos parece bello el sol, bellos los astros que brillan en la oscuridad de la noche, bellas las galas de la naturaleza y las armonias del cielo, bella la vida y bella la creación. Un suave rocío, el rocío de la fé, ha vivificado nuestra alma, y el amor llena nuestro corazón. Amamos la vida, porque es un don de la Bondad infinita; y amamos la muerte, porque sabemos que es el principio de otra vida mas feliz. Somos dichosos en medio de las miserias de la vida, porque el amor y la fé son en la tierra las primicias de la felicidad inmortal. Y ¿quién ha realizado este milagro, quien ha calmado la tempestad que rugia amenazadora en las soledades de nuestra alma, quién ha hecho renacer en nosotros los dulces consuelos de la fé y despertado todos los gérmenes de adoracion al Ser Supremo y de amor à

las criaturas, adormecidos al soporífero aliento de insustanciales enseñanzas? El Espiritismo, el CRISTIANISMO DE JESÚS.

Si, lectores, hermanos nuestros, el verdadero cristianismo ha realizado el milagro. Bebíamos aguas cenagosas, y estábamos enfermos: hemos remontado la corriente en busca del manantial, y las aguas puras han restablecido nuestra salud y renovado las fuerzas vivas del espíritu.

Vosotros, hijos del pueblo, pobres hijos del pueblo, que naceis envueltos en la atmósfera malsana del infortunio; que vivis en la oscuridad y en la miseria; que trabajais, y con vuestro trabajo no podeis acallar el hambre de vuestros hijos; que tiritais de frio por falta de abrigo, de fiebre por falta de alimento y de desesperacion por vuestro porvenir, si llegais à la vejez, y por el porvenir de vuestras infortunadas familias, si una muerte prematura les arrebatara vuestro amparo; venid con nosotros, venid al lado de otros hijos del pueblo que os aman como hermanos, y lamentan vuestras necesidades y amarguras. Venid, y vuestras lágrimas se enjugarán, y vuestros trabajos os serán más llevaderos, y no temeréis por la suerte de vuestros hijos; porque recibiréis inefables consuelos para el presente y la esperanza de un porvenir asegurado, libre de la miseria y de las penalidades que gastan las fuerzas de vuestro cuerpo y consumen la actividad de vuestro espíritu. Sabréis que sois iguales en dignidad y en derechos à los privilegiados de la tierra, è hijos igualmente amados del Padre celestial, que os espera con los brazos abiertos para daros la recompensa que merezcáis por vuestra resignacion y virtudes. La felicidad atravesará los umbrales de vuestra pobre morada, y poseeréis en el corazón un tesoro inagotable que no podrá arrancaros ni la sombría mano de la muerte. Os llamamos, porque la caridad nos lo prescribe; porque sois hermanos nuestros; porque, como vosotros, hemos llorado sin consuelo, y queremos y debemos haceros partícipes de las riquezas y alegría que la Providencia ha puesto en nuestro camino.

También á vosotros, los ricos, los poderosos de la tierra, los que disfrutais de la consideracion y de las comodidades del mundo, también á vosotros os llamamos. Dios os ha concedido los bienes que ha negado á los demás; pero la infinita Sabiduría nada permite en vano, y debemos acatar y venerar las obras de su justicia. El os ha concedido los honores y las riquezas: no os las envidiamos, porque son vuestras y no nuestras. Sois ricos; que Dios os bendiga. Mas venid á nuestro lado; acojeos á la benéfica sombra del verdadero cristianismo, y seréis más ricos aún: poseeréis las riquezas del alma, cuyo valor escede en mucho á las que llenan vuestras arcas. Con estas comprais los goces de la tierra, vanos y pasajeros; y con aquellas alcanzaréis armonías imperecederas é inmortales. El verdadero cristianismo os revelará el secreto de vuestro presente bienestar; os señalará el buen uso que podeis hacer de vuestros bienes; os recordará la miseria ajena, formando triste contraste con la abundancia en que nadais; os dirá, en fin, que no podeis consentir, teniendo montones de oro, el hambre de vuestro hermano; y de esta suerte, administrando rectamente los bienes con que Dios os pone á prueba, sabréis granjearos la aprobacion superior y hacer estable vuestra dicha transitoria.

Quisiéramos llamar asimismo al cristianismo de Jesús á los ministros de la iglesia católico-romana. ¡Con cuánto amor y entusiasmo los recibiríamos! Ellos podrían hacer en un dia el bien que, sin su poderoso concurso, tardará tal vez un siglo á realizarse. ¿Y por qué no hemos de llamarlos? Ciertamente es que en el seno de las familias, en el confesonario, en el púlpito, donde quiera que se nombre el cristianismo espiritista, sólo se acuerdan de nosotros para ridiculizarnos, menospreciarnos, calumniarnos, ofendernos y maldecirnos; pero han sido educados así; muchos de ellos creen en la verdad de las enseñanzas de Roma, y mas bien son dignos de lástima que de indiferencia ó de desprecio. No os despreciamos, ni odiamos, no; sabedlo de una

vez para siempre: nos compadecemos de vosotros, porque el orgullo, sin que os apercibais, os ciega. ¡Oh! ¡cuán diferente sería vuestro proceder con respecto á nosotros, si supieseis despojaros de ese orgullo que os encadena y aturde, no dejándoos ver con claridad la luz del sol! Estudiad imparcialmente las doctrinas del cristianismo puro; estudiad, como nosotros hemos hecho, en el nombre de Dios, que bien podeis atreveros á estudiar y comparar en tan escelso y respetabilísimo nombre; y si teneis sentimiento, y si teneis caridad, y si teneis sano el juicio, vive Dios que sentiréis como nosotros, y amaréis como nosotros y juzgaréis como nosotros, resueltos á hacer en el altar de la verdad el sacrificio de las comodidades y consideraciones mundanas. Reflexionad que Cristo predicó la Caridad como lo esencial de sus doctrinas, curando poco de los intereses temporales, y obrad en consecuencia: de lo contrario, al ultrajarnos y combatirnos con mortal encono por nuestras doctrinas, que son las doctrinas de la caridad cristiana, tendremos y tendrá todo el mundo derecho á sospechar que no defendeis la Religion, que es lo esencial, sino otro linaje de intereses menos santos y un tanto más vulnerables, que no queremos nombrar para evitaros el sonrojo. Y en último resultado, vengais ó no vengais; sacudais la lepra del orgullo ú os encastilleis en él; el movimiento universal está iniciado, y se consumará, á pesar de vuestras resistencias; porque viene empujado y dirigido por los espíritus de Dios.

La paz sea con todos.

FIN.

SUMARIO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

	Pág.
Cuatro palabras al lector	5

PRIMERA PARTE.

LA RAZON EN BUSCA DE LA FÉ.

Párrafo I.—Nuestros propósitos.—La luz de la razon.—La verdad, la ciencia y la religion.—Buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; pedid, y seréis oídos.	11
Párrafo II.—Razon de nuestra iniciativa en materias religiosas.—Insuficiencia de la fé ciega.—La imposicion de la fé, negando el derecho de estudiarla, la hace sospechosa.—La razon y la prudencia aconsejan dicho estudio.	13
Párrafo III.—Deber del hombre de emplear la razon para los actos que dependen de la libertad individual.—En que sentido no somos racionalistas.—Nuestro racionalismo.—Error de los que pretenden perpetuar la infancia de la humanidad.	15
Párrafo IV.—Razon de nuestras primeras creencias.—Insuficiencia de las creencias que se basan en la fé ciega.—Necesidad de la conviccion.	
Párrafo V.—Punto de partida de nuestros estu-	

	Pág.
dios.—Roma puede errar.—Ha errado.—Puede, por tanto, inducir á error.	20
Párrafo VI.—Atributos de Dios.—Lo infinito con limitaciones; el absurdo.—Consecuencias de los absurdos religiosos.	22
Párrafo VII.—Legítimas aspiraciones de los que van en busca de la verdad.—Deber del hombre verdaderamente religioso.—Necesidad de una inmediata restauracion religiosa.	23
Párrafo VIII.—Fariseísmo é hipocresía.—Los hipócritas y fariseos del Evangelio.—El número de los afiliados por conviccion y de buena fé al catolicismo de Roma es muy reducido.	26
Párrafo IX.—Roma no es la legítima espresion de la iglesia establecida por Jesús.—La iglesia de Jesús es más grande que Roma, que Lutero, que Mahoma y que todas las iglesias esclusivistas.—Un solo rebaño y un solo pastor.	29
Párrafo X.—El Evangelio es la fuente de las verdades morales y religiosas.—La nueva escuela filosófico-religiosa.—Sus propósitos.—Sus apóstoles son motejados de locos, impostores y órganos de Beelcebub, como lo fué Jesús.	31
Párrafo XI.—Los adeptos de la nueva escuela.—Los defensores de última hora del catolicismo romano.—Campana clerical.	33
Párrafo XII.—Los abusos y errores cometidos en nombre de Cristo, denunciados por la nueva escuela y combatidos con las enseñanzas de Cristo.—El Espiritismo y sus principios.—Los comerciantes del Templo.	35
Párrafo XIII.—Falta de valentía para denunciar los abusos.—La locura espiritista.—Los cuerdos y los locos del siglo.	37
Párrafo XIV.—Nuestras esperanzas.—Con respecto á los católicos romanos.—Con respecto á los indiferentes en materias religiosas.—Con respecto á los materialistas.	39
Párrafo XV.—El vulgo y aun muchas personas ilustradas juzgan mal del Espiritismo por no haberse tomado el trabajo de estudiarlo.—Afirmaciones romanas y afirmaciones espiritistas.	41
Párrafo XVI.—Pluralidad de mundos habitados.	43
Párrafo XVII.—Pluralidad de las existencias del hombre.	45
Párrafo XVIII.—Gravísimos errores á que conduce la creencia en la suerte definitiva de las al-	

	Pág.
mas despues de la muerte.—Reencarnacion de las almas.	48
Párrafo XIX.—Eternidad relativa de los sufrimientos de las almas.	51
Párrafo XX.—Comunicacion entre el mundo espiritual y el de los encarnados.—Cómo juzgan este hecho los <i>despreocupados</i> , la mayor parte de los católicos y los materialistas.	53
Párrafo XXI.—La fé ilustrada sustituyendo á la fé ciega.—Conformidad completa del Espiritismo con el Cristianismo de Jesús.—Somos espiritistas en Cristo.—Dias de angustia y noches de insomnio.—NUESTRO CREDO.	56

SEGUNDA PARTE.

LA RAZON Y LA FÉ ILUSTRADAS POR LA REVELACION.

Párrafo I.—Reparadora influencia del cristianismo en su pureza.—La presencia de Dios.	60
Párrafo II.—En busca de los hechos.—Eficacia de la oracion.—La revelacion es progresiva.—Las profecías de Isaías y Joél, y la promesa del Consolador, del Espiritu de verdad.	61
Párrafo III.—Primeros resultados.—Inconvenientes de la comunicacion.—Diversidad y contrastes en las comunicaciones, y su razon de ser.—Cómo se salvan los inconvenientes.—Consideraciones.	63
Párrafo IV.—Importancia de la comunicacion espiritual.—Decepciones.—Fin que debemos proponernos por la comunicacion.	65
Párrafo V.—La comunicacion espiritual es un hecho.—Ignorancia del hombre tocante á las leyes de la naturaleza.—Los <i>despreocupados</i> .—Cómo explica la iglesia romana el hecho de la comunicacion.	67
Párrafo VI.—Cómo se realiza el hecho de la comunicacion por la escritura.—Capacidad ó aptitud medianímica.—Mediums mecánicos y mediums intuitivos.	68

	Pág.
Párrafo VII. —El acto de la comunicacion es el resultado de una ley natural.—Cuerpo animal y cuerpo espiritual.—Hipótesis sobre la manera de verificarse la comunicacion.	71
Párrafo VIII.—Nombres con que suelen aparecer suscritas las comunicaciones.—La incertidumbre que ocasionan es necesaria y provechosa.—Medios de que hemos de valernos para persuadirnos de su autenticidad.	73
Párrafo IX.—Prudente desconfianza.—Eficacia de las oraciones colectivas. Evocacion.—Sus condiciones.	75
Párrafo X.—Prevencciones injustificadas.—La evocacion es un acto humilde y esencialmente cristiano.—Anomalías romanas tocante á la evocacion y á la comunicacion.—Tradiciones espiritistas dentro del catolicismo.—Consecuencias que se deducen del proceder de la clase sacerdotal.	78
Párrafo XI.—Importancia moral de la comunicacion espiritista.—Objecion contraproducente.—Consideraciones.	82

Comunicaciones ó enseñanzas de los espíritus.

Comunicacion núm. 1, suscrita por <i>Lúculus</i> .	85
Idem. núm. 2, suscrita por el mismo.	86
Idem. núm. 3, suscrita por <i>S. Luis</i> .	87
Idem. núm. 4, suscrita por <i>Fenelon</i> .	87
Idem. núm. 5, suscrita por el mismo.	88
Idem. núm. 6, suscrita por <i>S. Pablo</i> .	88
Idem. núm. 7, suscrita por <i>Lúculus</i> .	89
Idem. núm. 8, suscrita por <i>Moisés</i> .	89
Idem. núm. 9, suscrita por <i>Eulogio</i> .	90
Idem. núm. 10 y 11, suscritas por <i>S. Pablo y S. Luis</i> .	90
Idem. núm. 12, suscrita por <i>S. Luis Gonzaga</i> .	91
Idem. núm. 13, suscrita por <i>S. Luis</i> .	92
Idem. núm. 14, suscrita por <i>San Juan Evangelista</i> .	93
Idem. núm. 15, suscrita por <i>S. Agustín</i> .	95
Idem. núm. 16, suscrita por <i>Fenelon</i> .	96
Idem. núm. 17, suscrita con el venerando nombre de <i>MARÍA</i> .	98

	Pág.
Idem. núm. 18, suscrita por <i>San Luis Gonzaga</i> .	100
Idem. núm. 19, suscrita por <i>Tomás de Aquino</i> .	101
Idem. núm. 20, suscrita por <i>MARÍA</i> .	102
Idem. núm. 21, suscrita por <i>Victor</i> , Obispo.	104
Idem. núm. 22, suscrita por <i>MARÍA</i> .	106
Importantísima comunicacion, núm. 23, suscrita con el venerando nombre de <i>MARÍA</i> . Paralelo entre el cristianismo romano y el verdadero Cristianismo. Se trata la cuestion de la existencia del diablo. Existencia del infierno romano. Redencion. Perdon de los pecados. A los ministros ó sacerdotes del Señor.	106
Idem. núm. 24, suscrita por <i>Victor</i> , Obispo.	125
Idem. núm. 25, suscrita por <i>S. Agustín</i> .	127
Idem. núm. 26, suscrita por <i>Allan Kardec</i> .	128
Idem. núm. 27, suscrita por <i>Luculus</i> .	130
Trascendentalísima comunicacion, núm. 28, inspirada por los espíritus del Evangelista <i>Juan</i> , y del Abate <i>Lamennais</i> . I. Formacion y desenvolvimiento del planeta. II. Los vegetales, los animales y el hombre. III. Primer dia de la humanidad. IV. Segundo dia. V. Tercer dia. Dios y el Verbo. VI. Generacion de los seres y de las leyes y formacion de las sociedades primitivas. VII. Cuarto dia de la humanidad. VIII. La raza adámica. IX. La tierra, el hombre y el espíritu del hombre. X. Vision celestial. XI. Quinta época del hombre. XII. Sexta época. XIII. Cuestiones. XIV. Séptima época: venida de Jesús: el Padre y el Hijo. XV. Continuacion del anterior. XVI. Juicios humanos. XVII. Predicacion de Jesús: el primer mandamiento. XVIII. Segundo mandamiento. XIX. Continuacion del segundo mandamiento. XX. Hechos y muerte de Jesús. XXI. Apariciones y ascension de Jesús. XXII. Desarrollo del Cristianismo en el siglo apostólico: la iglesia universal y la iglesia pequeña. XXIII. Lo que no es el Evangelio: cargos que <i>Juan</i> dirige á la iglesia de nuestros dias. XXIV. ¡Pobre viajero de la tierra!..... XXV. El deber y la religion. XXVI. Próximo fin de la iglesia pequeña de Roma y principio de la iglesia universal de Jesús.	131
Idem. núm. 29, suscrita por <i>MARÍA</i> .	194

	Pag.
Idem. núm. 30, suscrita por <i>Allan Kar-</i> <i>dec.</i>	196
Idem. núm. 31, suscrita por José.	204
Notabilísima comunicacion, núm. 32, inspirada por el purísimo espíritu de JESÚS.	206
Párrafo XII.—Consideraciones acerca de las re- velaciones obtenidas.	207

TERCERA PARTE.

EL ESPIRITISMO EN LOS SAGRADOS LIBROS.

Párrafo I.—PRELIMINARES : estudios tocante á los sagrados libros y á su inteligencia.	213
Párrafo II.—Pluralidad de mundos y de existen- cias y reencarnacion de los espíritus. Job, Sal- mos, Eclesiástico, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Malachias, Matheo, Juan, Pablo, Pedro.	220
Párrafo III.—El infierno no es eterno. El diablo personal no existe. Libro primero de los Reyes, Tobías, Job, Salmos, Proverbios, Sabiduría, Eclesiástico, Isaías, Jeremías, Baruch, Ezequiel Oséas, Amós, Jonás, Micheas, Matheo, Lucas, Márco, Juan.	230
Párrafo IV.—Salvacion universal.—Salmos, Ecle- siástico, Isaías, Jeremías, Pablo.	245
Párrafo V.—Revelacion, ó enseñanzas de los es- píritus. Tobías, Job, Eclesiástico, Isaías, Jere- mías, Ezequiel, Daniel, Joél, Lucas, Hechos de los Apóstoles, Pablo, Juan.	249
Conclusion..	259